

Contemporánea

PREMIO NOBEL DE LITERATURA

**SAUL
BELLOW**

Todo cuenta

Lectulandia

En *Todo cuenta*, recopilación de ensayos, artículos, ponencias y apuntes de viaje que abarca, prácticamente, toda la vida del autor, el lector tiene la oportunidad de conocer la visión del mundo de este hombre de letras ajeno a modas y estilos. Más de treinta textos publicados en su día por revistas y periódicos en los que la astuta mirada de Bellow recoge, desde un magnífico retrato de la ciudad de Chicago, la firma del tratado de paz entre Egipto e Israel, o impresiones sobre sus colegas, hasta una descripción de la sociedad española de posguerra. Pero es, sobre todo, su lamento sobre la pérdida de responsabilidad del novelista en la tarea de construir una literatura que sea vehículo de «impresiones verdaderas» lo que compone el corazón de este libro. Una crítica devastadora a sus contemporáneos que ejemplifica a la perfección el texto leído en la recepción del Nobel. Como colofón, tres entrevistas recogen las impresiones del autor sobre la lectura, la escritura, la enseñanza y la vida.

«Frase a frase, página a página, Bellow es, simplemente, el mejor escritor que tenemos».

The New York Times Book Review

Lectulandia

Saul Bellow

Todo cuenta

Del pasado remoto al futuro incierto

ePub r1.0

Titivillus 24.03.16

Título original: *It All Adds Up*
Saul Bellow, 1994
Traducción: Benito Gómez Ibáñez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

AGRADECIMIENTOS

Quisiera agradecer a mi agente, Harriet Wasserman, su insistencia en que me tomara la molestia de preparar esta recopilación.

A Marjorie Shain Horvitz, mi correctora, que con tanta diligencia veló por los menores detalles y tanto tiempo dedicó a la corrección de estos artículos, debo darle mis más expresivas gracias.

PREFACIO

Nunca resulta muy agradable leer lo que se ha escrito decenios atrás. En sitios dispersos encontré artículos de mi agrado, que por un momento me hicieron exclamar, como el pequeño Jack Horner: «¡Ah, pero qué buen chico era!»^[1]. El descubrimiento menos gratificante fue que yo también tenía una cabeza del rey Carlos, y que había perdido el tiempo en garabatos inútiles como el mister Dick^[2] de *David Copperfield*. Estaba ofuscado o distraído por el problema de la distracción. Pronto se presentó otra cabeza del rey Carlos, más pequeña pero casi tan insistente: no dejaba de referirme a Wyndham Lewis. ¿Por qué motivo mencionaba ese nombre más que otros?

Llevo leyendo a Lewis medio siglo, si no más. Sus ideas políticas me repugnaban (siguen sin gustarme), pero ha meditado con mayor profundidad y escrito de manera más inteligente que cualquiera de sus contemporáneos sobre el destino del artista del siglo xx. Tengo en poco aprecio *The Art of Being Ruled* [El arte de ser gobernado], pero he vuelto repetidas veces a libros como *Men Without Art, America and the Cosmic Man, The Writer and the Absolute* [Hombres sin arte, América y el hombre cósmico, El escritor y el absoluto] y su autobiografía literaria, *Rude Assignment* [Ruda tarea]. Lo he estudiado detenidamente, y me he referido a él con impensada profusión. Se le ha descrito como nietzscheano, motivo por el que se le ha desdeñado, y en alguna ocasión me ha parecido aconsejable remontarme a la fuente. Pero un escritor genial como Lewis es algo más que la suma de sus influencias. Hay quien describe a William Blake como rousseauiano, pero no fue Rousseau quien escribió *Cantos de experiencia*. Los autores buscan a veces el apoyo de un precedente, y cuando yo necesitaba alguno solía venirme a la memoria lo que Lewis opinaba sobre las cuestiones importantes.

Al releer estos artículos, no he dejado de pensar en ese poema donde Robert Frost dice que antes de acostarse hay promesas que cumplir y kilómetros que recorrer. Eso no era para mí. Entonces yo dormía a pierna suelta y confiaba en que el caballito me llevara a casa. *Él* conocía el camino (más o menos).

Me han invitado a publicar *todas* las nimiedades que he escrito para ganarme la vida, pero he decidido no asumir «responsabilidades históricas». Esto no es por tanto un relicario sino una compilación de algunos de mis ensayos más legibles. Si debiera escribirlos hoy, creo que hablaría menos de la distracción para destacar en cambio la importancia de la atención. Hace muchos años, leyendo el ensayo de Tolstói sobre Maupassant, me sorprendió su breve lista de cualidades indispensables para escribir bien. Eran las siguientes: estilo perspicuo (he de respetar el adjetivo del traductor), fondo moral —es decir, una postura firme sobre el problema del bien y el mal— y finalmente capacidad de atención. Concentrándose debidamente, el escritor tenía que suscitar la atención de sus lectores, suplantando el mundo con *su* propio universo. La

determinación y la pasión son aquí intercambiables. Lo único que queda por decir sobre la cuestión es que un escritor aprende sobre todo de sus errores. Y tal como lúgubrementemente sugiere Henry James en su relato *Los años de madurez*, cuando se ha concluido la propia instrucción y dominado el oficio, posiblemente se encontrará uno con que le ha llegado la hora.

Cuando un escritor afirma que «está en las últimas», es muy probable que no lo diga en serio. Lo que más lo entristece es que sus errores permanezcan grabados de forma indeleble en lo que una vez escribió. Si tuviera que escribirlo de nuevo ahora lo haría mucho mejor, piensa él, ansiando corregirse, revisarse y retractarse públicamente. Algunos amigos míos se han mostrado muy escépticos con respecto a la educación para adultos. En general se considera inútil intentar en la edad madura lo que debía haberse hecho en los años de máxima receptividad. Pero algunos somos perseverantes aprendices, y en los dos instructivos decenios transcurridos desde que cumplí sesenta años, he aprendido muchas cosas que debía haber sabido antes.

La amargura de mi insatisfacción al releer algunos de estos artículos se debe a cambios fundamentales, a alteraciones radicales de mi punto de vista. Ahora veo dónde me equivoqué. El «camino no tomado»^[3] fue el que se tomó, y cientos de veces además. Ya llevo muchos kilómetros recorridos hacia la promesa del sueño, pero llego ciegamente despierto a mi destino. Voy por tanto como en un estado de iluminación insomne. No he sabido comprender las cosas que he escrito, los libros que he leído, las lecciones que me han dado, pero he descubierto que soy un autodidacta de lo más persistente, con ganas de rectificar. Es muy posible que no haya alcanzado mis objetivos, pero a pesar de todo es una gran satisfacción haberse liberado de viejos y tenaces errores. Para entrar en una era de errores mejorados.

TODO CUENTA

Mozart: una obertura

(1992)^[4]

Al preparar este artículo, vi que estaba analizando a Mozart como si pensara escribir una novela con él de protagonista. Al principio no me di cuenta de lo que estaba haciendo. Solo lo comprendí cuando iba por la mitad.

Mozart resulta inmediatamente accesible al ingenuo. Está claro que otros compositores requieren preparación. No es una crítica decir que los dodecafonistas, por poner un ejemplo evidente, nos obligan a considerar los presupuestos formales que nos exigen asumir. Con Mozart, en cambio, cualquier aficionado puede disfrutar sin trabas ni dificultad alguna. Me han invitado a hablar de Mozart porque soy un aficionado, condición que pretendo aprovechar al máximo para evitar los problemas que intrigan y desconciertan a los eruditos especialistas que he leído en mis esfuerzos por dar una orientación personal al tema.

Lo mejor que puedo hacer es sacar el mayor partido de mi ignorancia. Lo que sigue es una confesión, adornada con las tímidas sugerencias que afloran necesariamente cuando se hace una declaración preliminar de ese tipo. Empezaré diciendo que Mozart amuebló desde el principio determinados rincones de mi existencia. No creo que haya tenido que desalojar a otro inquilino musical para hacerle sitio a él. Una hermana mía —mucho mayor que yo— tocaba el piano, aunque no especialmente bien. Era una perfecta metrófono (metrófono), pero me familiarizó con Mozart.

Había en Chicago un fabricante llamado Gulbrantsen en cuyos anuncios publicitarios, pintados en los muros de ladrillo, aparecía un niño pisando los pedales de un piano. La leyenda decía: «Sin educación musical, el niño más rico es pobre». Aquella era una advertencia que los padres se tomaban en serio en la región central del país. A temprana edad empezaron a darme clases de violín. Muchos profesores de música eran refugiados de la Rusia revolucionaria. El mío era un hombre robusto y melancólico de Odessa en busca de un niño prodigio, otro Heifetz, Menuhin o Elman, que le hiciera famoso. Evidentemente yo carecía de las dotes que él andaba buscando, y solía arrebatarme el arco de las manos para azotarme el trasero con él. Era tan inútil y desagradable que me hacía más gracia que daño. Aprendí, sin embargo, a tocar convenientemente el instrumento, de tal manera que hasta la edad madura anduve al acecho de otros músicos aficionados y de vez en cuando tuve el placer de tocar sonatas de Mozart transcritas para dúos y tríos. En mi época de estudiante, trabajé de acomodador voluntario en el Auditorium Theater; el Ballet Russe de Montecarlo y la Ópera de San Carlo venían periódicamente a Chicago. Samuel Insull, el magnate de las empresas de servicios públicos, donó a la ciudad un teatro de la ópera (antes de que huyera a Grecia, de donde acabaron extraditándolo). Hurok, el productor teatral,

traía celebridades internacionales al Orchestra Hall. Había excelentes profesores de teoría e historia de la música, así como instrumentistas de primera clase, en la parte sur del Loop. Aunque mi formación no era de conservatorio, dedicaba mucho tiempo a la música, y si bien prefería los libros a los instrumentos, había algún que otro rincón de mi existencia reservado a Haendel, Mozart, Pergolesi, etcétera.

Tras haber explicado mi condición de aficionado, pasaré a las confesiones prometidas. Pero ¿qué es lo que debe confesarse hoy, cuando los peores pecados ya son solo veniales? El incumplimiento de los procesos metódicos de pensamiento, tal como prescribe la racionalidad superior, es lo que nos precipita en el pecado. La falta de rigor científico supone un grave delito intelectual en nuestra época.

Algunas de mis consideraciones sobre Mozart carecen manifiestamente de rigor científico. A veces me deja perplejo la naturaleza de su genio. ¿Cómo es posible que apareciese tan pronto y se desarrollara tan rápidamente hasta llegar a ser tan completo? ¿Tal vez porque su padre era un educador de genio similar? Nadie ha observado jamás en Leopold genio alguno. Nada excepcional ha parecido tampoco a sus biógrafos la contribución pedagógica o genética de su madre. Mozart, para tomar una imagen de William Blake, era terreno ya labrado y sembrado. Da la impresión, en otras palabras, de que lo llevaba dentro. Y luego pienso en otros niños prodigio nacidos en familias de matemáticos o músicos. La madurez alcanzada por esos seres excepcionales no puede explicarse con teorías ambientales o históricas. Se asemejan a las flores o los insectos, poseen facultades que asombran y finura fisiológica o recursos intelectuales demasiado insólitos para que puedan atribuirse a la teoría de la probabilidad, la laboriosa acción del tiempo o el resultado de sucesivos ensayos. Lo que sugieren es la intervención de designios invisibles. «Hasta cierto punto —escribe Albert Einstein— es verdad que Mozart solo estuvo de visita en la tierra. Era un hombre que en ninguna parte se sentía enteramente a gusto: ni en Salzburgo, donde nació, ni en Viena, donde murió».

En la raíz de mi confesión se encuentra, pues, la idea de que con seres como Mozart nos vemos obligados a hablar de trascendencia, y eso nos pone en una situación muy incómoda, porque la noción de trascendencia viene asociada con la rareza o el capricho, cuando no francamente con el desequilibrio y la debilidad mental. Esas son las acusaciones y desgracias a que uno se expone al confesar que le resulta imposible desechar ese tipo de ideas. Ciertas mentalidades razonables podrían llegar incluso a limitar el arte —el arte en el que sobreviven tendencias «indeseables», religiosas o no— a prácticas ceremoniales o tradicionales: celebraciones de fervor cultural.

La música, supongo (como aficionado), se basa en un código tonal que contiene, inevitablemente, expresiones de toda la historia del sentimiento, la emoción, la fe: de esencias inseparables de lo que denominamos «nivel superior» de nuestra existencia. Sugiero además que ahí es adonde nos encaminamos cuando llegamos al fondo de las nuevas ortodoxias positivas que nos mantienen dentro de ciertos límites: los

presupuestos que nuestra educación y la marcha del mundo nos han enseñado a aceptar como normales, prácticos e indispensables, los postulados fundamentales de nuestros logros científicos y tecnológicos.

A todo eso Mozart nos brinda una salida ordenada y también emocional: una liberación infinitamente rica y jubilosa.

No quiero dar demasiada importancia a esa idea de profunda originalidad que viene de Dios sabe dónde. La menciono como correctivo de la psicología pedestre que rige nuestra mentalidad en este siglo. No se pierde nada recordando que esa psicología limita penosamente la inteligencia y muchas veces no es sino una cómoda forma de librarse de molestos recordatorios de naturaleza prohibida. Los milagros que nos fascinan pertenecen al ámbito de la ciencia y la técnica. Son los que han transformado el espacio, el tiempo y la naturaleza. Para el positivista, vivimos en un universo de objetos regidos por ideas. Cualquier ambiente contemporáneo está constituido por esas ideas concretizadas: ideas de residencia, de transporte, de medios para ver y oír a distancia, etcétera. Mediante tales ideas (y son enormemente complejas), la tierra misma se ha humanizado. Esto se nota a simple vista, y en apariencia se explica por sí solo. Se aprieta un botón y se ve gente, se oyen sus palabras. Pocos de nosotros, sin embargo, somos capaces de explicar la técnica que posibilita el fenómeno.

Hace años leí un libro curioso de Ortega y Gasset titulado *La rebelión de las masas*. En él define el autor al «hombre masa»: no es necesariamente proletario, también puede ser un hombre de carrera. Este no es lugar para explicar la teoría de Ortega. Solo me interesa uno de sus argumentos: afirma que el hombre masa es incapaz de distinguir entre un objeto o proceso natural y un artefacto, un objeto de naturaleza secundaria. Como parte del orden de las cosas, da por sentado que cuando entra en el ascensor y pulsa el botón, va a subir. Si falla el mecanismo, por ejemplo, cuando el ascensor no sube o el autobús no llega, el espíritu con que protesta revela que considera los ascensores o los autobuses como bienes gratuitos, tan universalmente disponibles como la luz del día o el aire que respiramos.

Pero felicitarnos por nuestras luces y nuestros conocimientos equivale, sencillamente, a evadirnos de la verdadera realidad. Nosotros, las «personas instruidas», ni siquiera somos capaces de explicar el principio de las técnicas que utilizamos diariamente. Hablamos de electrónica o cibernética, pero solo vanamente. Los procesos naturales también se nos escapan, y por mucho que hablemos del metabolismo de los lípidos o los hidratos de carbono, no entendemos prácticamente nada de la fisiología de la digestión ni de la transmisión de los impulsos nerviosos. Frente a los milagros tecnológicos sin los cuales no podríamos vivir como lo hacemos, estamos tan atrasados como cualquier salvaje, aunque la educación nos ayuda a ocultarlo a nosotros mismos y a los demás. En realidad, si nos pusiéramos a cavilar sobre circuitos complejos o microordenadores, o a tratar de comprender claramente la aplicación de los descubrimientos de la física de partículas en el

armamento moderno, nos quedaríamos absolutamente perplejos.

Esos son, sin embargo, los milagros hacia los que sentimos un profundo respeto y que, tal vez, determinen nuestra comprensión de lo que es un milagro. Un milagro es lo que nos transporta a Australia en diez horas. Y eso se lo debemos a la revolución científica.

Lo que quisiera hacerles notar es del todo transparente. Ninguna otra generación en la historia ha vivido en un mundo milagrosamente transformado por artefactos fácilmente disponibles. Pese a lo que diga Ortega y Gasset, en general no somos más capaces de distinguir entre naturaleza y artificio que su hombre masa. Peor aún, hemos perdido la anticuada confianza de Ortega en nuestra capacidad de explicar lo que es la naturaleza. ¿Podemos afirmar que comprendemos la tormenta metabólica interna que transforma la materia en energía?

Nuestra tarea, en cierto sentido, se reduce a manejar los artefactos que nos brinda la tecnología en variaciones cada vez más esotéricas y milagrosas. Pero ¿qué hay de la música de *Don Giovanni* o *Così fan tutte* considerada como milagro, como revelación exhaustiva de lo que puede ser Eros en dos efusiones sonoras tan diferentes?

Supongo que casi todo el mundo pensaría que, al igual que los principios subyacentes a todo producto tecnológico pueden ser plenamente aprehendidos si decidimos estudiar el método establecido para nosotros por seres inteligentes a los cuales nos parecemos en esencia, también seremos capaces de explicar enteramente las mencionadas óperas. Pero cuando tratamos de hacerlo, la música nos deja en suspenso. Hay en la música una dimensión que impide la comprensión última y elude o desvía los hábitos cognitivos que respetamos y veneramos. Tenemos la impresión de encontrarnos en la cresta de una ola de comprensión que ya ha dominado a la naturaleza, y estamos convencidos de que ya no hay misterios, de que solo hay lo que aún no se conoce. Pero creo que me he expresado con claridad. Somos tan ignorantes de los principios fundamentales como siempre lo han sido los seres humanos, aunque el amor propio nos exija parecer que «estamos en el ajo».

Y lo que acabo de decir quizás esté relacionado con la creciente importancia de Mozart, porque a medida que el siglo xx se acerca a su fin, sus rivales románticos parecen menos grandes que hace cincuenta o sesenta años. Los historiadores más competentes de la música contemporánea, autores como el brillante Wolfgang Hildesheimer, lo consideran el tipo de persona que nos resulta sumamente familiar, y hace unos años, en junio de 1983, Peter Porter escribía en un artículo del *Encounter* que Mozart «parece un hombre moderno», más próximo a nosotros que Bach, «una personalidad cercana y afín a nuestro temperamento». Prosigue diciendo que «al considerar la vida de Mozart encontramos abundantes testimonios —(se refiere a pruebas documentales: correspondencia, recuerdos personales, datos revelados por los investigadores)— que nos llenan de profunda tristeza. Lejos de parecer triunfal, su vida se niega a ofrecernos un resquicio que nos permita escapar a una incómoda

aunque anacrónica sensación de culpa; ningún adorno de los hechos ni ficción deformante alguna, desde las almibaradas distorsiones de Sacha Guitry a las degradantes simplificaciones del *Amadeus* de Peter Schaffer, podrá ataviar a Mozart con el atuendo de la vindicación o la apoteosis. Es muy diferente a Beethoven, un titán de distinta especie».

Pero «moderno» es un término ambiguo: puede emplearse tanto para degradar como (con mayor frecuencia) para ensalzar. Por un lado, puede significar decadente, degenerado, nihilista, incomprensible, o suponer, al contrario, la capacidad de vencer el desorden contemporáneo, de esbozar una etapa en la formación de una nueva superioridad, o de empezar a destilar una esencia nueva. Puede sugerir que los mejores cerebros de la época muestran cualidades de primer orden: sutileza, amplitud de miras e inventiva, plasticidad infinita y adaptabilidad, valor para afrontar todo lo que la historia del mundo ha vertido sobre las generaciones de la era actual. «El cerebro humano —observaba E. M. Forster— no es un órgano digno». Y nos invitaba a «utilizarlo con sinceridad».

En el caso de Mozart, la «sinceridad» es una consideración tangencial, pues él no estaba obligado a buscar la verdad en alemán, francés, italiano o inglés. Su objetivo no era la sinceridad, sino la felicidad. Pero la noción de que el cerebro no es un órgano digno, como todos entenderemos de inmediato, es moderna. Es exactamente lo que esperamos: esa desenvoltura, esa ironía, esa ligereza que en nuestra época parece que damos por descontado. La rigidez de los ideales decimonónicos y la pomposidad de los dictadores del siglo xx se rechazan y ridiculizan por peligrosas y falsas. Si leemos algo sobre la vida íntima de Mozart, vemos que, como mínimo, era informal, *sans façon*. No adoptaba actitudes fingidas; la idea misma de «genio» le resultaba ajena. En su correspondencia se nos revela como un observador asombrosamente moderno. Permítanme dar algunos ejemplos. He aquí su descripción del archiduque Maximiliano, hermano del emperador y nuevo arzobispo de Colonia:

Cuando Dios otorga un cargo sagrado a alguien, por lo general le confiere discernimiento; y así es, supongo, en el caso del Archiduque. Aunque antes de ser sacerdote, se mostraba más ingenioso e inteligente; y hablaba menos, pero con más razón. Hay que verlo ahora. Su mirada rezuma estupidez. Habla y parlotea sin cesar y siempre en falsete; y le empieza a salir bocio. En resumen, este personaje ha cambiado por completo. (1781 – Mozart tenía veinticinco años).

Y esta es su descripción de un dominico de Bolonia:

[...] considerado como un santo. Por mi parte no lo creo, porque para el desayuno suele tomar una taza de chocolate e inmediatamente después una buena copa de vino fuerte de España; y personalmente he tenido el honor de almorzar con ese

santo, que en la mesa se bebió un frasco entero y terminó con un gran vaso lleno de vino, dos rajitas grandes de melón, unos cuantos melocotones, peras, cinco tazas de café, un plato entero de pastelitos y dos raciones de leche al limón. Puede que esté siguiendo algún régimen, claro está, pero no es probable, porque sería demasiado; además, luego merienda muchas cosas... (21 de agosto de 1770).

Mozart posee un don de novelista para la caracterización mediante la minuciosidad del detalle. No es respetuoso, tampoco severo; ni siquiera cuando escribe: «Su mirada rezuma estupidez». Su manera de ver las cosas viene directamente de su naturaleza, quizá de una fuente próxima a la de su música. Los dos estilos, el verbal y el musical, tienen algo en común. Con frecuencia formula observaciones sobre las voces de las personas que describe. El arzobispo parlotea en falsete. El poeta Wieland, a quien conoce en Mannheim en 1777, «tiene una voz bastante infantil» y un defecto en la lengua «que le hace hablar muy despacio», de manera que «es incapaz de decir media docena de palabras seguidas». Sobre los cantantes, hace extensos comentarios: «Buen cantante, barítono, forzado cuando canta en falsete, pero no tanto como Tibaldi en Viena». «Bradamante, enamorada de Ruggiero..., la canta una pobre baronesa... Aparece con nombre supuesto... Tiene una voz pasable, y no ofrecería mala presencia en escena si no fuera porque desentona como un demonio...».

Tiene una pronunciada tendencia moderna a las impresiones subjetivas, observa Einstein. Del paisaje —aunque sea un gran viajero— rara vez escribe. «Sobre arte no se pronuncia en absoluto». Acerca de eso añade Einstein que en Roma «ni las flores más hermosas le interesaban, porque permanecía encerrado en casa llenando montones de hojas de composiciones musicales». Desde Roma, Mozart escribía en broma a su hermana que por la calle pasaba gente llevando bonitas flores: «Eso acaba de decirme papá».

Ser moderno es estar en movimiento, siempre en marcha, con pocos compromisos allá donde se vaya; cosmopolita, no debe molestar especialmente el hecho de ser un extraño que solo anda de paso. En los viajes, Mozart componía de memoria. Su carácter le permitía estar siempre en movimiento. Nissen, uno de sus primeros biógrafos, refiere que la cuñada de Mozart recordaba que en los últimos años de su vida «dirigía a todo el mundo una mirada penetrante, respondía a todo con ponderación, ya se sintiera alegre o triste, al tiempo que parecía enfrascado en sus pensamientos, como si estuviera en otra parte. Ni siquiera cuando se lavaba las manos por la mañana se estaba quieto, iba y venía, entrechocaba los talones y siempre estaba pensativo... Solía manifestar entusiasmo por los pasatiempos nuevos, como la equitación o el billar... Movía sin cesar las manos y los pies, jugaba continuamente con algo, con el sombrero, por ejemplo, los bolsillos, la cadena del reloj, las mesas, las sillas, tocándolas como si fueran pianos...».

Lo que *tenía* de permanente, claro está, lo llevaba consigo. En 1788, escribe

desde Viena:

Esta noche dormimos por primera vez en nuestros nuevos aposentos [en Währing], donde pasaremos el verano y el invierno. En realidad este cambio me da lo mismo, aunque quizá sea preferible... Tendré más tiempo para trabajar.

Einstein nos informa de que Mozart y su mujer cambiaron de residencia en Viena once veces en un período de diez años, «y en alguna ocasión al cabo de solo tres meses. Su vida era una perpetua gira, en la que pasaba de una habitación de hotel a otra, olvidando pronto la anterior... Estaba preparado para salir de Viena en cualquier momento y dirigirse a otra ciudad, o abandonar Austria y marcharse a otro país».

El arte no era un «proyecto» para él, como para tantos otros en el siglo XIX. Y tampoco pensaba que ser un genio le daba seguridad. Se deshacía de lo superfluo, y parece que a temprana edad hizo su composición de lugar y decidió las cosas de que podía prescindir. Y todo ello con una rapidez e intuición fulgurantes: claros indicios de una libertad pura y sin mácula. La postura afectada de los genios románticos se ha vuelto odiosa a ojos de los modernos. Hay en ella un tufillo a relaciones públicas y mercadotecnia. En ese sentido nos viene a la memoria la megalomanía, el histrionismo, la actitud política y el culto a la personalidad wagnerianos. Mozart no tiene ninguno de esos defectos o propósitos. No le interesa la política. El «poder», en el habitual sentido moderno, no le atrae en modo alguno. Intrigar es completamente ajeno a su carácter. Y en el aspecto práctico es de una imprevisión absoluta. Sus más recientes biógrafos concuerdan en que la gestión de sus propios asuntos era desastrosa. Para huir de esos fracasos se refugiaba en el trabajo. Entre sus contemporáneos vieneses, dice Peter Porter, resumiendo las conclusiones de Hildesheimer, se le consideraba inconsecuente y pródigo por naturaleza. Pero esa negligencia o incapacidad para prever las consecuencias (¿cómo no comprendió que *Fígaro* suscitaría el antagonismo de la aristocracia vienesa, que lo castigaría boicoteando sus conciertos?) es lo mismo que las flores de Roma, la interminable procesión de coches y giras, los paisajes a los que no hace caso, los múltiples cambios de domicilio. Esas experiencias efímeras constituyen un fondo u horizonte. *Tenía* que escribir *Las bodas de Fígaro*; y en consecuencia, *debía* sufrir la pérdida del mecenazgo. Y así con otros desaires, derrotas y decepciones. Se enamora de una mujer que no lo ama y ha de contentarse con la hermana de ella. El vivo interés que sintió por Constanze se nos revela en el tumultuoso candor sexual de las cartas que le escribía. ¿Hacía de la necesidad virtud, o sus fantasías sobre sus genitales se sitúan también en el horizonte de lo efímero —un tema agradable para la correspondencia—, y no son, a fin de cuentas, lo principal?

Sentimos hoy una especial ternura por la ligereza adolescente de Mozart con respecto a la sexualidad (y a lo que Porter califica de «diversión coprófila y... sexualidad infantil»). Pero los contemporáneos de Mozart solían ser más abiertos a

este respecto que nosotros. Su madre también utilizaba un lenguaje vulgar. El siglo XIX nos ofreció un interregno de puritanismo. Con frecuencia pienso que la «represión» y la «inhibición» que describe Freud se refieren a un cambio de acento «moral» de carácter temporal. Los estudiantes de literatura inglesa conocen el paso de la franca sensualidad de Fielding y Laurence Sterne a la mojigatería («el decoro») de la época victoriana en Dickens o Trollope. Lo que confirman las *Confesiones* de Rousseau o *Los dijes indiscretos* de Diderot. El siglo XX experimenta una «liberación», con todos los excesos y exageración que implica ese término. Sería un error erigir a Mozart en heraldo de esas «libertades» que conquistamos a mediados de siglo. No era en absoluto el pionero «desinhibido» del *Amadeus* de Peter Schaffer. Hace setenta años, mis tíos y primos recién emigrados de Rusia seguían hablando libremente y en un lenguaje algo subido de tono de las funciones corporales y las relaciones sexuales, de «asuntos del campo»^[5], según la alusión de Shakespeare en *Hamlet*. (Los dobles sentidos obscenos son frecuentes en sus obras. Algunos especialistas en la literatura de los períodos Tudor y Estuardo no han dejado de recogerlos). La desvergüenza tiene una larga historia. En la corte de Isabel y Jacobo I la conversación no era lo que luego llamaríamos «respetable».

La lascivia de Mozart en las cartas a su «Bäsle» —prima hermana— podría ilustrar, dice Porter, un manual sobre sexualidad infantil. Pero no tiene nada que ver con el lenguaje de la calle de hoy, que rara vez resulta divertido y tiende a ser bastante rutinario. Las atrevidas obscenidades del siglo XVIII desaparecen en la literatura romántica del XIX; puede que como concesión a las particulares ideas sobre el buen tono que se hacía el burgués en vías de ascensión social.

Pero es inútil pretender que Mozart no era curiosamente imprevisible. Hay numerosos testimonios de que se comportaba mal, hacía el payaso, jugaba malas pasadas, gastaba bromas. Además, disfrutaba con las malas compañías. Una tal frau Pichler, que escribía novelas históricas, observa que tanto Mozart como Haydn jamás «demostraron en sus relaciones personales unas facultades intelectuales fuera de lo corriente, y apenas instrucción o educación superior. En sociedad solo hacían gala de un carácter vulgar, de ocurrencias insípidas, y [en el caso de Mozart] de un despreocupado estilo de vida; y sin embargo, qué profundidades, qué mundos de fantasía, armonía, melodía...».

Y esa misma dama se sentó una vez al piano para tocar el «Non piú andrai» de *Fígaro*, cuando «Mozart, que estaba allí, se acercó y se puso detrás de mí, y debió de gustarle cómo tocaba, porque tarareó la melodía conmigo marcando el compás en mi hombro; de pronto, sin embargo, cogió una silla, se sentó, me dijo que siguiera tocando la parte del bajo y empezó a improvisar variaciones tan bellas que todo el mundo contuvo el aliento al escuchar la música del Orfeo alemán. Pero enseguida se cansó; se puso en pie bruscamente, y empezó a hacer el tonto, saltando por encima de la mesa y las sillas, maullando como un gato y dando volteretas como un niño revoltoso». Hildesheimer califica tales accesos de una «necesidad física, la

compensación automática de un espíritu trascendente..., que constituye el resultado, y también el reflejo, de una gran agitación mental».

Pensar en la personalidad de Mozart y en las circunstancias de su vida me resulta muy agradable: su bullicioso sentido del humor es enteramente contemporáneo. Sin embargo, no podemos comprenderlo más de lo que nos entendemos a nosotros mismos. Tras la lectura de obras como el estudio de Hildesheimer sobre Mozart, debemos confesar que el enigma de su carácter está fuera de nuestro alcance. Se oculta detrás de su música, y nunca llegaremos siquiera a tocar su fondo. Cuando lo calificamos de moderno, supongo que queremos decir que en su música reconocemos la firma de las Luces, de la razón y del universalismo; y también vemos los límites de las Luces. La historia nos ha enseñado que la ilustración, la liberación y la catástrofe pueden ir de la mano. Por cada senda que abre la liberación, se cierran dos. En el gozoso y radiante laicismo de Mozart siempre se oculta una oscuridad de otro mundo. Y la libertad que expresa nunca está desprovista de tristeza, de profunda entrega a la melancolía. Estamos dotados de comprensión —así es como interpreto a Mozart—, pero lo que debemos comprender supera nuestras capacidades.

Hildesheimer está convencido de que tanto Mozart como Beethoven llevaban consigo lo que él denomina «un aura metafísica». Beethoven era consciente de ello, y lo cultivaba y explotaba. Mozart, desconociendo que poseía tal aura, «exageraba su presencia física con continuas maniobras de diversión, que se convirtieron en habituales». Tenía una gracia escandalosa y demoníaca. Era un «extraño» que nunca entendió la naturaleza de su singularidad. Beethoven afirma su grandeza. Mozart no. No se preocupa de sí mismo; en cambio, se dedica a hacer aquello para lo que ha nacido. Se dan en él pocos signos del *amour propre* ordinario o de la vanidad corriente, y no hay indicio alguno de *grandezza*.

Sé muy bien que todas esas historias de «auras metafísicas» pueden resultar molestas, pero cuando personas manifiestamente sensatas insisten en hablar de metafísicas y auras, será mejor que dominemos prudentemente nuestra irritación y nos preguntemos por qué algunas mentes lúcidas y ponderadas se ven obligadas a renunciar al sentido común positivista al que nos remitimos todos. Es la música misma lo que los desvía de las normas de la respetabilidad intelectual. Y así, debemos preguntarnos por qué la música es tan perpetuamente fértil, nueva, ingeniosa, inagotable; por qué es capaz de decirnos muchas cosas más que los otros lenguajes y por qué se nos da con esa facilidad, con tanta soltura, tan gratuitamente. Porque no es fruto del esfuerzo. Nos hace ver que hay cosas que deben hacerse sin dificultad. Fácilmente o nada: esa es la verdad del arte. La concentración sin esfuerzo, eso es lo esencial. La voluntad y el deseo se silencian (como tantos místicos han comprendido) y el trabajo se convierte en juego. Y lo que vemos en el historial mundano de Mozart es la preservación de lo fundamental entre las distracciones y los problemas, que enumeraremos brevemente: alojamientos, tabernas, salones, aristócratas indiferentes y estúpidos, deudas sin pagar, tiranos mezquinos —como el obispo de Salzburgo y

sus lacayos—, viajes interminables, paisajes intrascendentes, mala música, desilusiones amorosas. Incluso la carga de una superioridad natural, que alimenta el rencor del prójimo y por tanto debe disimularse.

Frente a eso, está el entendimiento de que el trabajo debe transformarse en juego; tal vez de la manera en que la Sabiduría lo expone en el Libro de los Proverbios:

Yahvé me poseía en el principio, ya de antiguo, antes de sus obras. Eternamente tuve el principado, desde el principio, antes de la Tierra... Con él estaba yo ordenándolo todo, y era su delicia de día en día, teniendo solaz de él en todo tiempo. Me regocijo en la parte habitable de su tierra; y mis delicias son con los hijos de los hombres.

Proverbios 8, 22-23 y 30-31

No podemos hablar de Mozart sin preguntarnos «de dónde viene todo eso», sin considerar ciertas cuestiones «eternas», «misteriosas». Muchos han sostenido de manera convincente que Mozart es «moderno» («de los nuestros»), y sin embargo la esencia de la «modernidad» consiste en desmitificar. ¿Cómo es posible que nuestro «moderno Mozart» *incremente* el misterio? Tendemos a considerar el misterio como algo impreciso y amorfo, pero Mozart, actuando a plena luz, abiertamente, es todo coherencia. Aunque no utiliza un lenguaje cognitivo, somos capaces, hasta cierto punto, de entenderlo plenamente. Sus sonidos y sus ritmos corresponden a estados emocionales que todos hemos aprendido más o menos a interpretar. Ese modo de expresión musical es diferente del semántico que nos permite especificar o denotar. Nos sentimos impulsados a ir más allá de ese lenguaje, bien en el sentido de la pura exactitud de las matemáticas, bien en el de los afectos superiores del sonido o la vista. Estos últimos, los afectos, son tanto más poderosos en tanto que trascienden las definiciones del lenguaje, del discurso inteligible. La música de Mozart es el lenguaje de los afectos. No podemos calificarla sino de misteriosa. En ella oímos; a través de ella se expresa nuestra percepción del misterio radical de nuestro ser. Eso es lo que oímos en *Così fan tutte* o en el *Quinteto en sol menor*. En este último, diversos autores nos aseguran que oyen «la plegaria de un hombre solo», «el huerto de Getsemaní»; un «sufrimiento desgarrador», dice Albert. Prefiero la expresión «misterio radical» a esas interpretaciones religiosas. El misterio radical da a Mozart más libertad para penetrar en las problemáticas regiones de la existencia a su manera mozartiana. Y lo único que podemos decir de ella es que viene «del más allá».

Algunas observaciones ahora sobre la situación de aquellos contemporáneos nuestros que oyen música. No resulta tan evidente, porque ellos —o sea, nosotros— no son lo que eran en el siglo XVIII. Ya he mencionado la modernidad de Mozart, esbozando el habitual retrato poco halagador, distorsionado, si se quiere, del hombre contemporáneo. Ese extraño ser, cerebral pero no muy inteligente, vive en un ámbito particular de la conciencia, pero su conciencia es inadecuada. La ciencia aplicada y la

ingeniería lo han transformado todo de tal manera que él se representa el mundo exterior como algo mágico. Nosotros somos conscientes, claro está, de que no es mágico, sino altamente racional: con una racionalidad que también podría ser mágica. El amor propio exige que el hombre de nuestra época (todos nosotros) haga gestos racionales para demostrar que, cuando menos, es capaz de mantenerse a flote. Pero convendrán ustedes en que —me parece que todos estamos dispuestos a confesarlo— ese «mantenerse a flote» resulta agotador.

El hombre civilizado no se da buena prensa. No digo que merezca tener buena opinión de sí mismo. La filosofía y la literatura han sido especialmente duros con él desde el principio de la era moderna, y el «eurocentrismo» ha llegado a ser hoy un tremendo reproche. Nos reprochamos incluso las escasas convenciones, reliquias burguesas, con las que cubrimos nuestras vergüenzas. Por todas partes oímos que «no somos auténticos», sino impostores. Del primero al último.

Los causantes de todo eso, me parece a mí, no somos sino nosotros. Somos *nosotros* quienes descubrimos y quienes derribamos. Puede que seamos impostores, pero también desenmascaramos a los impostores. Esa «manera de ser humano» es obra exclusivamente nuestra. Todo lo que se dice de la humanidad, a favor y en contra, emana de la propia humanidad. Todo lo que podemos concebir se convierte en realidad, y todo eso sale de nuestras inagotables reservas de invención y fantasía. Hay que probarlo todo. Curiosamente, la misma mentalidad que se traga *Dallas* o la música «rap» también es capaz de llegar a Homero y Shakespeare.

No se trata de simples conjeturas divertidas. Tras ellas se perfila la espantosa verdad. En el presente siglo, aunque brevemente, reapareció la esclavitud en Europa: en las fábricas de Alemania durante la guerra, en las minas y bosques siberianos. Solo unos decenios más tarde, Occidente producía las cocinas y cuartos de baño más perfectos de la historia, una cultura de consumo a una escala que el mundo no había conocido hasta entonces.

Pero no es preciso hacer un inventario de la época. Desmoraliza el hecho de describirnos a nosotros mismos una y otra vez. Resulta especialmente penoso cuando creemos (tal como nos han enseñado a creer) que la historia nos ha formado y que todos somos un compendio en miniatura de la era actual.

Cuando digo, sin embargo, que la mentalidad que se traga el melodrama *Dallas* es capaz de asimilar a Homero y Shakespeare —o a Mozart, ya que él constituye el objeto de nuestra atención—, estoy también diciendo que poseemos capacidades transhistóricas. El origen de tales competencias se halla en nuestra curiosa naturaleza. Nos hemos concentrado con gran determinación en lo que nos forma exteriormente, lo que no quiere decir que eso deba gobernarnos interiormente. A menos que le otorguemos el derecho de hacerlo.

Pero como individuos, en el ejercicio de nuestra libertad interior, nada nos obliga a conceder una cosa así. Este es un buen momento para recordarlo; ahora que las grandes máquinas ideológicas del siglo se han detenido para siempre y ya están

cubiertas de herrumbre.

Lo que resulta atractivo de Mozart (en ese trasfondo de maquinaria ideológica oxidada) es su condición de individuo. Descubrió por sí mismo (como en *Così fan tutte*) el sabor de la decepción, la traición, el sufrimiento, la debilidad, la insensatez y la vanidad de la carne y la sangre, así como la vacuidad del cinismo. Vemos en él a una persona que solo puede contar consigo misma. Pero qué persona, y qué arte ha creado. Cuán profundamente (más allá de las palabras) nos habla de los misterios de nuestra común naturaleza humana. Y qué fácil y natural es su grandeza.

PRIMERA PARTE

IncurSIONES en todos los sentidos

En la época de mister Roosevelt

(1983)^[6]

Fue en Chicago donde Roosevelt se proclamó candidato en 1932, cuando yo tenía diecisiete años y acababa de terminar el instituto. Al derrotar a Hoover en noviembre de aquel año, no solo lo designaron presidente. Se convirtió en *El Presidente*, y lo fue durante tanto tiempo que en una película de principio de los años cuarenta, Billie Burke —Billie *la Boba*—, dirigiéndose a un obeso y desconcertado senador, decía que acababa de volver de Washington, donde había asistido a la coronación.

En la primera época de la Gran Depresión, mi profesora de álgebra, señora de avanzada edad cuya blanca melena se apilaba en algodonosa formación sobre un rostro cuadrado y unas gafas rectangulares de cristales ahumados, se permitió dar rienda suelta a sus sentimientos y cantó *Happy Days Are Here Again*. Nos quedamos pasmados de asombro. Por lo general, la señorita Scherbarth era muy estricta. Los profesores rara vez se hacían eco de los temas de actualidad. Cierto es que cuando Lindbergh despegó rumbo a París, la señorita Davis declaró en clase:

—Espero con todo mi corazón que ese joven sea tan capaz como valiente y no nos decepcione.

Una revelación para el sexto curso. Pero el hecho de que la señorita Scherbarth dejara sus ecuaciones para entonar una canción en honor de FDR demostraba que el país estaba realmente conmovido hasta los cimientos. Solo más tarde me enteré de que el Ayuntamiento se había declarado en quiebra y de que la señorita Scherbarth no percibía su salario. En el invierno de 1933, cuando cursaba el primer año en la Universidad Crane, todo el claustro de profesores fue al Loop a manifestarse frente al Ayuntamiento. Los comerciantes les canjeaban los vales (con los que el Ayuntamiento les pagaba) a precio reducido. Mi profesora de inglés, la señorita Ferguson, nos contó después:

—Irrumpimos en el despacho del alcalde y lo perseguimos alrededor de la mesa.

La señorita Ferguson, encantadora viejecita, ya un poco deforme, pero todavía vigorosa, creía en la importancia de los detalles. Salmodiar las reglas de la disertación formaba parte de su método de enseñanza. Se ponía a danzar delante de la pizarra y cantaba: «¡Sean! ¡Precisos!», con la melodía del *Aleluya* de Haendel. Era una mujer maravillosa, con los dientes delanteros montados unos sobre otros, igual que la nueva Primera Dama. Viéndola agitar los brazos mientras recitaba sus preceptos, no resultaba difícil imaginarla en medio de la multitud que había irrumpido en el despacho del alcalde.

—¡Páganos! —gritaban.

En 1931, Chicago había elegido a su primer alcalde nacido en el extranjero. Se trataba de Anton Cermak, originario de Bohemia y político excepcional, uno de los

constructores de la maquinaria demócrata, de la que pronto se apoderaron los irlandeses. Cermak, que había intentado vetar la candidatura de Roosevelt, fue a Florida a hacer las paces con el presidente electo. Según Len O'Connor, uno de los más eminentes historiadores de Chicago, fue el concejal Paddy Bauler, que controlaba el voto alemán, quien instó a Tony Cermak *el Carretilla*, a que se reconciliara con FDR.

—Cermak —recordaba Bauler más tarde— dijo que no le caía bien aquel hijoputa. Yo le contesté: «Escucha, por amor de Dios, no tienes dinero para pagar a los profesores de Chicago, y ese Roosevelt es el único que te lo puede agenciar. Será mejor que vayas a verlo y le lamas el culo o lo que sea. Pero consigue el puto dinero para los profesores, o ya no valdrá la pena administrar esta ciudad». Así que se fue para allá y, por Dios santo, lo primero que oigo al poner la radio es que han matado a Cermak de un tiro.

Según parece, el asesino, Zangara, quería acabar con Roosevelt, aunque en Chicago algunos afirmaban que Cermak era realmente su objetivo. Había mucha gente en posición de beneficiarse con la muerte de Cermak. Mientras lo trasladaban a toda prisa al hospital, Cermak musitó supuestamente a Roosevelt:

—Me alegro de que me hayan dado a mí, y no a usted.

Esa leyenda fue una invención de John Dienhart, un periodista de Hearst, compañero de borrachera del alcalde y encargado de sus relaciones públicas. El último comentario de Dienhart sobre la cuestión, tal como recoge O'Connor en *Clout* [Poder], fue la siguiente:

—Esa es la historia que Tony habría querido oír, y yo no podría haber contado otra diferente.

Años después, el *Chicago Tribune* informó de que en una carta de agradecimiento a la señora W. F. Cross, la mujer de Florida que cuando Zangara apretaba el gatillo desvió el tiro dándole un golpe en el brazo, la Casa Blanca había escrito que «con su rapidez de reflejos evitó usted una tragedia mucho mayor». Los archivos del coronel McCormick almacenaban datos contra Roosevelt al mismo ritmo con que las playas del Atlántico acumulan guijarros. Los sentimientos del coronel hacia los Roosevelt nunca se suavizaron. Pero el autor de la carta de la Casa Blanca, quizás el propio Roosevelt, tenía razón. De no haber sido por Tony Cermak *el Carretilla*, la tragedia *habría* sido mucho más grave.

La era Roosevelt empezó, por tanto, con el involuntario sacrificio de un político trivial de Chicago que había ido a hacer un trato —un viejo trato^[7]— con el nuevo mandamás, un prócer del este, de familia adinerada, gente pretenciosa de orillas del Hudson, gobernador de Nueva York (¡bueno, y qué!), un presidente que llevaba quevedos y fumaba cigarrillos en una larga boquilla. ¿Cómo iba a saber Tony *el Carretilla* que lo habían matado de un balazo dirigido contra el político más grande de Estados Unidos? Jefferson (buen manipulador donde los haya) y Madison poseían la distinción del siglo XVIII. Jackson era el ardor personificado. Lincoln fue nuestra

gran alma. Wilson, el mejor anglosajón protestante que Norteamérica podía ofrecer. Pero FDR fue un genio de la política. No era un intelectual. Hojeaba libros de historia naval, preferiblemente los que tenían bonitas ilustraciones, y como tantos otros miembros de la clase acomodada dedicaba mucho tiempo a sus álbumes de sellos. Los grandes políticos rara vez son lectores o eruditos. Cuando necesitaba alguna lumbrera, mandaba a buscarla a la Universidad de Columbia. Siguiendo cierta tradición monárquica, creó un consejo privado de expertos con más influencia y más medios financieros que los miembros de su gabinete. Los especialistas afirman ahora que Roosevelt era un ignorante en asuntos económicos, y probablemente tienen razón. Pero no fue su grupo de expertos quien salvó a Estados Unidos de la desintegración; fue —cosa rara donde las haya— un caballero rural del condado de Dutchess, un hombre descrito por un agudo observador extranjero como el César de los clubes y por el ingenioso y temible Huey Long como Franklin De La No. Las masas en paro, braceros, mecánicos, cobradores de tranvía despedidos, administrativos, vendedores de zapatos, planchadoras, seleccionadores de huevos, camioneros, residentes de los extensos y sombríos barrios de «extranjeros», esos recién llegados que hoy llamamos emigrantes: todos tenían una fe ciega en él. Solo confiaban en Roosevelt, antiguo alumno de Groton, persona de alto copete, acaudalado caballero de Harvard y Hyde Park. No querían un presidente proletario.

Para muchos resultó una suerte vivir aquella época. Para los ciudadanos de edad madura fue un tiempo sombrío —la Gran Depresión infligió una gran humillación a los universitarios y los dedicados a profesiones liberales—, pero para los jóvenes el resquebrajamiento del orden y la autoridad hizo posible un escape de la familia y la norma establecida. Como observaba un amigo mío durante el complaciente período de Eisenhower: «Ser pobre se ha puesto muy caro. Ahora tienes que tener doscientos dólares al mes. En los años treinta nos las arreglábamos con una miseria». Tenía toda la razón. Una habitación en una pensión raramente costaba más de tres dólares a la semana. Desayunar en el mostrador de una cafetería salía por quince centavos. Un menú del día compuesto de, pongamos, filete de hígado encebollado, patatas fritas y ensalada de repollo con natillas de postre se anunciaba por treinta y cinco centavos en la carta impresa en multicopista. Gorroneando un poco, un joven espabilado podía apañárselas con unos ocho o diez dólares a la semana. La Administración Nacional de la Juventud pagaba algunos dólares por servir de ayudante simbólico a un profesor, en el almacén de Goldblatt se podían sacar otros cuantos, luego se compraba una ropa usada, y aún quedaba tiempo para leer los números atrasados del *Dial* en la Biblioteca Crerar o en la biblioteca pública entre los inofensivos ancianos que se refugiaban del frío en la sala de lectura. En el Newberry se podía conocer además a teóricos anarcosindicalistas y otros intelectuales autodidactas que, cuando el tiempo lo permitía, soltaban discursos encaramados a una caja de jabón en Bughouse Square.

Entre los años veinte y los treinta ocurrió un cambio en el país que afectó tanto a

la economía como a la mentalidad del momento. En el decenio de los veinte, la estabilidad de Estados Unidos estaba garantizada por las grandes empresas, los industriales y los hombres de Estado cuyos nombres anglosajones eran tan sólidos como el patrón oro. El 4 de marzo de 1929, día de la investidura de Herbert Hoover, falté a clase por culpa de unas anginas y tuve para mí solo el nuevo aparato de radio Majestic, encastrado en su absurdo y enorme mueble. Nada más girar el botón oí al nuevo jefe de gobierno jurando el cargo ante una gran multitud. Conocía su aspecto por los periódicos: peinado con raya en medio, llevaba cuello alto y sombrero de copa, y se parecía al Mister Tomato de la botella de zumo de frutas College Inn. Regordete y reposado, era de esa clase de hombres de negocios equilibrados y macizos, capaces de perpetuar el tranquilizador reinado republicano de Cal el Taciturno^[8], sucesor del desdichado Harding. Bill Thompson *el Grande*, alcalde republicano de Chicago, era un granuja; los políticos municipales formaban un hatajo de corruptos y sinvergüenzas, aunque en realidad no perjudicaban a nadie. Las grandes figuras como Samuel Insull o el general Dawes no tenían muchos escrúpulos, desde luego, pero en conjunto eran buenos tipos. Los gánsteres, que hacían lo que les venía en gana, se dedicaban a matarse entre sí, rara vez molestando al ciudadano normal y corriente. En Chicago —una serie de barriadas de inmigrantes de crecimiento descontrolado, con olor a chucrú y cerveza casera, industrias cárnicas y fábricas de jabón—, reinaba la paz: una paz rancia y nauseabunda, la tranquilidad zafia aparentemente anticipada por los federalistas. Los fundadores habían previsto que todo iría bien, que los ciudadanos llevarían una vida armoniosa, sin grandes excesos ni cosas sublimes.

El sol atravesaba como podía la neblina de prósperos gases, el río fluía despacio bajo una iridiscencia química, los tranvías traqueteaban por los interminables kilómetros de la inmensa red viaria de Chicago. Mister Gaw, encargado de las relaciones públicas de la ciudad y fabricante de sobres, recibía a todos los invitados de alcurnia en las estaciones ferroviarias con un alarde de pomposidad y extravagancia propias de otros tiempos. Chicago pertenecía a los timadores, a las agencias inmobiliarias y los magnates de las empresas de servicios públicos, a William Randolph Hearst y Bertie McCormick, a Al Capone y Bill Thompson *el Grande*; y en las arboladas callejuelas donde nosotros vivíamos, todo iba bien.

Por siete centavos el tranvía nos llevaba al Loop. En Randolph Street, nos divertíamos gratis en los billares Bensinger y en el gimnasio Trafton, donde se entrenaban los boxeadores. La calle se llenaba de músicos de jazz y de gente del Ayuntamiento. Fish, mi amigo de la infancia, que tenía permiso para coger una moneda de veinticinco centavos de la caja de los billares de su padre, me invitaba de vez en cuando a un perrito caliente y a una gaseosa Hires en Randolph Street. Cuando gastábamos más de la cuenta, volvíamos a pie del Loop: casi ocho kilómetros de almacenes y fábricas; talleres donde hacían estatuas de jardín, como enanitos, duendes y ondinas; la sastrería Klee Brothers, donde te regalaban un bate de béisbol

al comprar un traje con dos pantalones; las charcuterías polacas; el cine Crown, en la esquina de Division y Ashland, con sus carteles de Lon Chaney o Renée Adorée y su chisporroteante máquina de palomitas; luego, el estanco United Cigar; más allá, el restaurante Brown y Koppel, con su ininterrumpida partida de póquer en la planta alta. Era un embotamiento agradable, el de Hoover. Si bien no estaba prohibido dedicarse a actividades más elevadas, lo cierto es que había que buscárselas solo. Con una suscripción al *Literary Digest*, regalaban las obras completas de Flaubert. Aunque no todo el mundo leía aquellos volúmenes encuadernados en tela roja.

Fish maduró antes que ninguno de nosotros. A los catorce años lo afeitaba el barbero, a quien pagaba espléndidamente con las monedas que cogía de la caja registradora de su padre. Con el mentón empolvado, un masaje de colonia recién aplicado en el varonil rostro oriental, abordaba descaradamente a las chicas. También se gastaba dinero en revistas, folletos y libros. Como solo deseaba extraer algunas impresiones rápidas —no era ningún intelectual—, después de leer unas cuantas páginas me los iba pasando. Gracias a él descubrí a Karl Marx y V. I. Lenin; y también a Marie Stopes, Havelock Ellis, V. F. Calverton, Max Eastman y Edmund Wilson. El comienzo de la Gran Depresión marcó también el principio de mi vida intelectual. Pero entonces se acabó de pronto la comedia de la comodidad: la inocua ridiculez de pintar el coche viejo, la excursión a Pikes Peak pase lo que pase, las historias de Babbitt. Ya no había monedas en la caja.

Según contaban sus gobernantes en los años veinte, Estados Unidos había logrado uno de los éxitos más sonados de todos los tiempos. En un discurso pronunciado en una campaña de 1928, Hoover se ufanaba de que la victoria sobre la pobreza era una realidad tangible en Norteamérica.

Los asilos están a punto de desaparecer..., nuestra producción industrial ha aumentado como nunca, y el poder adquisitivo de los salarios se incrementa cada vez más. Nuestros trabajadores, con su salario medio semanal, pueden hoy comprar dos y hasta tres veces más pan y mantequilla que cualquier asalariado europeo. En cierta época pedíamos para nuestros obreros un plato lleno de comida. Ya hemos superado con creces ese concepto. Hoy pedimos más comodidades y más tiempo para dedicarlo al ocio y a la vida.

Cuán amargamente debió de lamentar Hoover el plato lleno de comida. Al fin y al cabo, sus intenciones eran buenas. Había prestado ayuda a la Europa de posguerra. Pero ahora los grandes empresarios que se jactaban de tenernos atiborrados de pan y mantequilla (de Silvercup, no de pan europeo) se convertían otra vez en lo que el tío Teddy de Eleanor Roosevelt denominaba «malhechores acaudalados». Sus fábricas cerraron y sus bancos se declararon en quiebra.

Era imposible poner diques a la miseria individual: pronto inundó las calles. Embargos, desahucios, chabolas de Hooverville, colas para el tazón de sopa; el viejo

doctor Townsend de Long Beach, California, concibió su plan para las personas de edad avanzada cuando vio a unas ancianas rebuscando comida en cubos de basura. ¿Carne agusanada para los americanos? ¿Acaso Chicago y Los Ángeles se habían convertido en ciudades orientales como Shanghai o Calcuta?

El gran ingeniero había malogrado su obra. ¿Qué iba a hacer su sucesor? Los análisis de algunos observadores respetados no llegaban a conclusiones muy alentadoras. Walter Lippmann escribió en 1932 que FDR era un «hombre afable lleno de impulsos filantrópicos», pero lo acusaba de «saber nadar y guardar la ropa», de apoyarse tanto en seguidores de izquierdas como de derechas, de ser un político pródigo en «tópicos engañosos». Roosevelt no era un cruzado, ni un enemigo de los privilegios establecidos, «ni un tribuno del pueblo», y Lippmann no veía en él más que «un hombre agradable que, sin dotes especiales para el cargo, estaría encantado de llegar a la presidencia».

Pero Lippmann se había equivocado de músico, había estudiado una partitura diferente, porque cuando Roosevelt se dispuso a tocar, lanzándose desenfrenadamente sobre el teclado del ejecutivo, produjo una música que nadie había oído jamás. Estuvo deslumbrante. Y el secreto de su genio político consistía en que sabía exactamente lo que el público necesitaba oír. En sus declaraciones personales, parecía que el presidente tenía en cuenta los sentimientos del pueblo, y en particular sus temores. En su discurso de toma de posesión, dijo ante la gran multitud congregada frente al Capitolio: «Ha llegado el momento supremo de la verdad, de decir toda la verdad, con franqueza y sin trabas. Esta gran nación aguantará ahora igual que ha aguantado antes; revivirá y prosperará. —Y luego—: No ponemos en duda el futuro de una democracia esencial. El pueblo de Estados Unidos [...] ha reclamado disciplina y directrices bajo la autoridad de un jefe. Y me ha hecho instrumento de sus deseos».

Con esa vigorosa declaración acabó la historia de los años veinte, y empezó una nueva. Frente a la jactancia del decenio de Hoover y Coolidge se situaban las humillaciones y derrotas de la Gran Depresión. En general se admitía que la Depresión, según la terminología de las empresas de seguros, debía considerarse un caso de fuerza mayor, como un desastre natural. Peter F. Drucker expone adecuadamente la cuestión en sus memorias: «Como después de un terremoto, una inundación o un huracán, la comunidad cerró filas y sus miembros se socorrieron unos a otros..., la responsabilidad de ayudar al prójimo y la disposición a arriesgarse en beneficio de los demás fueron rasgos característicos de la Norteamérica de la Depresión». El profesor Drucker añade que no se respondió de la misma manera en la otra orilla, en Europa, «donde la Depresión solo suscitaba recelo, resentimiento, miedo y envidia». En opinión de los europeos, se estaba frente a un dilema: comunismo o fascismo. Entre los dirigentes mundiales, solo Roosevelt hablaba con pulso firme de la «democracia esencial». No es exagerado afirmar que bajo su influjo nació una nueva concepción de Estados Unidos. Durante sus primeros cien días de

gobierno, se crearon programas de reactivación, pero pese a que se invirtieron enormes sumas, pronto se hizo evidente que no iba a haber recuperación alguna. El hecho de que lo eligieran repetidas veces demuestra sin embargo que el deseo de los votantes era vivir en una Norteamérica rooseveltiana, lo que puso patas arriba los viejos Estados Unidos de la era Hoover. Recuerdo que una mañana de otoño, muy temprano, empecé a oír martillazos y tintineos en una calle de Chicago. El origen de tales ruidos se ocultaba tras una nube, y cuando entré en la esfera de niebla que el sol apenas empezaba a penetrar, vi un grupo de hombres provistos de martillos que quitaban la argamasa de los adoquines de la calzada: cincuenta o sesenta desempleados que hacían como si tuvieran trabajo, «quitándolos para volverlos a poner», como se decía por entonces. El *Tribune* del coronel McCormick denunciaba un día sí y otro también aquellos despilfarros. En medio de la primera página siempre aparecía una caricatura que mostraba a unos profesores imbéciles con rabos de burro sobresaliendo de sus togas universitarias. Mataban cerditos, labraban tierras ya cultivadas y centuplicaban la deuda nacional, mientras un FDR afable, presidiendo el té del Sombrero loco^[9], derrochaba alegremente los fondos públicos. Los descascarilladores de adoquines, sin embargo, le estaban agradecidos. Aquellos contables, ingenieros de caminos u obreros cualificados estaban contentos de trabajar en la calle por unos veinte dólares a la semana. La deuda nacional, que enfurecía al coronel, aquel patriota chiflado, no significaba nada para ellos. Necesitaban desesperadamente el pequeño salario que les pagaba el gobierno. El drama de la dignidad profesional sacrificada también seducía a muchos.

Días memorables. En 1934, salí de viaje con un amigo. Con tres dólares entre los dos, suficiente para mantenernos a base de queso y galletas, viajamos como vagabundos en trenes de mercancías. Nos incorporamos a la multitud de hombres y muchachos que cubrían los techos de los vagones como bandadas de pájaros. En South Bend, en Indiana, pasamos frente a la fábrica Studebaker mientras grupos de huelguistas gritaban y aplaudían desde el tejado y las ventanas abiertas. Secundamos sus gritos y bromas, circulando a unos ocho kilómetros por hora entre la fresca maleza de junio y bajo un calor de verano, arrastrados hacia un blanco horizonte de nubes por la locomotora Nickel Plate. Ahora comprendo cuánto echaba en falta a mi madre, que había muerto poco antes de la toma de posesión de Roosevelt. Con su fallecimiento y el nuevo matrimonio de mi padre, los hijos nos desperdigamos. Yo sentía la libertad, en cierto sentido me había liberado: estaba libre pero también perplejo, como quien sobrevive a una explosión y aún no entiende lo que ha sucedido. No sabía nada. A los dieciocho años, ni siquiera sabía que era un adolescente. Esas palabras aparecieron más tarde, en los años cuarenta y cincuenta.

Como es natural, yo simpatizaba con los huelguistas. Gracias a los folletos de Fish, estaba en condiciones de considerarme socialista, y la teoría socialista rezaba que las proyectadas reformas de Roosevelt iban a librar al país del capitalismo, solo que los capitalistas eran tan estúpidos que no lo veían. En los años treinta, la

ortodoxia izquierdista sostenía que el reformismo parlamentario europeo había fracasado y que la verdadera alternativa, a escala mundial, se situaba entre las odiosas dictaduras de derechas y las dictaduras transitorias, y por tanto ilustradas, de izquierdas. A la larga se revelaría que la democracia norteamericana no era una excepción. Eso afirmaba la izquierda. Uno de sus intelectuales, Edmund Wilson, escribió en 1931 que si la izquierda estadounidense quería hacer algo verdaderamente importante, «debía arrebatarse el comunismo a los comunistas y ponerlo en práctica sin ambigüedades ni reservas, afirmando rotundamente que el objetivo último es la apropiación de los medios de producción por el gobierno». Y en un extraño panegírico de Lenin, escrito tras su peregrinación al mausoleo de la Plaza Roja, Wilson decía a sus lectores que en la Unión Soviética uno se sentía «en la cima moral del mundo, allí donde la luz nunca llega a extinguirse». Hablaba de Lenin como de uno de los productos más valiosos de la humanidad: «El hombre superior que, rompiendo las barreras de clase, reivindicó todo lo grande que el hombre ha hecho para el avance de la humanidad entera».

Leí pronto *El castillo de Axel*, de Edmund Wilson. En 1936, también leí *Travels in Two Democracies* [Viajes en dos democracias]. Wilson me abrió los ojos a la alta cultura de la Europa moderna, y por eso me encontraba en deuda con él. Además, un día me crucé con él en Chicago, cerca de la universidad: él iba arrastrando una pesada maleta por la calle Cincuenta y siete, con la cara reluciente de sudor y casi furioso, las orejas y las ventanas de la nariz erizadas de pelos rojizos. Un representante de todo lo mejor y más elevado por el barrio de Hyde Park, ¡figúrense! Hablaba con voz ronca y tenía un aire enfurruñado, pero me trató con amabilidad y me invitó a visitarlo. Era el hombre de letras más grande que había conocido, y yo estaba dispuesto a secundar todos sus puntos de vista, ya fuera sobre Dickens o Lenin. Pero a pesar de la gran admiración que me producía y de mi debilidad por las frases inspiradas, su culto a Lenin no me convencía. Como mis padres eran judíos rusos, quizá desconfiaba yo de Lenin y Stalin tanto como Wilson de los políticos estadounidenses. Yo no creía en Roosevelt tanto como al parecer Wilson creía en Lenin. Pero sí debía de intuir que Roosevelt mantendría la unidad del país, y en el fondo de mi terco corazón me oponía al programa que Wilson presentaba a la izquierda estadounidense. Me resultaba imposible creer, en cualquier caso, que los licenciados izquierdistas de Harvard y Princeton se dispusieran a arrebatarse el marxismo a los marxistas y salvar a Estados Unidos poniéndose al frente de la dictadura del proletariado norteamericano. Aunque sin admitirlo, yo tenía el convencimiento de que Norteamérica acabaría siendo una excepción. Norteamérica y yo, excepcionales *los dos*, nos opondríamos al determinismo y pulverizaríamos todos los pronósticos.

Para ser rooseveltiano no era preciso aprobar la política de Roosevelt. En cuanto a mí, con el tiempo sus medidas fueron cada vez menos de mi agrado. Recuerdo las notas que le ponía (en mi impotencia). Por haber visto en Hitler a un gran malhechor,

le di un diez. Su apoyo a Inglaterra me conmovió profundamente (nota alta). Su idea de los rusos le valió un suspenso. Al destinar a Joe Kennedy a Londres y a Joseph Davies a Moscú, uno de los más vergonzosos nombramientos en la historia de la diplomacia, le puse un cero. En lo que se refiere a las opiniones sobre sus tratos con Stalin, remito al lector a los polacos, checos, rumanos, etcétera. No hizo nada por evitar el asesinato de millones de personas en las fábricas de la muerte hitlerianas, pero eso lo ignorábamos entonces.

Cosechó sus éxitos más deslumbrantes en el ámbito de la política interior y la psicología. Para millones de norteamericanos la crisis del antiguo orden fue una liberación, algo caído del cielo. Se abrió una enorme brecha por donde la imaginación se precipitó con renovado impulso. La opinión pública se hizo más cambiante y diversa, más flexible desde el punto de vista psicológico; expresaba matices, estados de ánimo nuevos; bajo la influencia de FDR, demostraba más urbanidad. Lo más importante, para aquellos que contaban con la capacidad para ello, era la catarsis emocional de empezar de nuevo, de caer para volver a levantarse. Los años treinta fueron más humanos, más tolerantes con la debilidad, menos rígidos, menos idólatras y menos afectados.

La influencia benéfica de Roosevelt se dejó sentir especialmente en los inmigrantes. Millones de ellos ansiaban su *inclusión*, su reconocimiento como verdaderos norteamericanos. Algunos manifestaban cierta estrechez de miras. Los polacos y ucranios, por ejemplo, preferían aferrarse a sus comunidades y tradiciones. Otros, contagiados de la fiebre americana, se cambiaban de nombre, se creaban una nueva personalidad, y, estimulados por tales transformaciones, se sumergían plenamente en la vida del país. Quién sabe cuántos se convirtieron en otros, haciéndose cantantes de jazz, cómicos con la cara pintada de negro, deportistas, magnates, damas sureñas de antes de la guerra civil, sacristanes presbiterianos, rancheros tejanos, antiguos alumnos de universidades prestigiosas, altos funcionarios del Estado. No es exagerado afirmar que esas personas que se habían creado a sí mismas, individuos con credenciales falsas, actores íntimamente consumidos por la culpa y el miedo a ser descubiertos, fueron a menudo forjadores de imperios. No hay nada como un secreto vergonzoso para galvanizar a la gente. Si Hawthorne no lo hubiera comprendido, *La letra escarlata* nunca se habría escrito.

Para esos fértiles y productivos impostores, fue un gozo oír a FDR decir que en este país todos éramos extranjeros. Actor a su vez, montó con eso su número de mayor éxito. Incluso él mismo guardaba un secreto: no podía andar. Bajo ese secreto, misterios más profundos se escondían.

Consideremos un momento, para apreciar el contraste, la carrera del Jay Gatsby de Fitzgerald, falsario lleno de insalvables remordimientos. Al nacer le dieron el nombre de James Gatz, pero luego se lo cambió (¿naciendo de nuevo, cabría decir?). Movido por los impulsos de superación e ingenuo idealismo propios de un *boy scout* se mantuvo crédulo y puro de corazón. Lo que los norteamericanos aprendieron del

ejemplo de Roosevelt fue que el *amour propre* (vanidad, disimulo, ambición, orgullo) no debe producir mala conciencia a nadie. Se podía, tal como sugiere Yeats, «valorarlo todo, perdonárselo todo». Roosevelt, que, con su encanto democrático, su alegría, la impresionante nobleza de su perfil, *tenía aspecto* de gran hombre, transmitió a los norteamericanos el mensaje de que, más allá de la comedia y el efectismo, existía otra dimensión donde la naturaleza más íntima del individuo seguía latiendo, con su verdad intacta. Podemos fingir, parecía afirmar, mientras no nos dejemos engañar por nuestras falsas pretensiones. Por ahí se va a la esquizofrenia. En las memorias de los miembros de su entorno nos enteramos de que le gustaba parodiar a la gente; era un consumado comediante, un bromista que se reía de sí mismo. Conocía perfectamente los *Nonsense Rhymes* [Versos disparatados] de Lear y *La caza del snark*. Lo irracional ocupa su lugar legítimo al lado de lo racional. Muy bien, de acuerdo. La vida es algo serio y real, pero no por eso deja de ser francamente absurda. Con Roosevelt, eso siempre estaba claro. Otros se mostraron más nebulosos y más difíciles. Compárese, por ejemplo, la *Fala* de Roosevelt con el perrito de Nixon en su «sincero» discurso a *Checkers*.

En política interior, la intuición decisiva de FDR fue comprender que un presidente debe explicar las crisis a la opinión pública en los términos más claros posibles. La democracia no puede prosperar si los dirigentes carecen de pedagogía o capacidad de brindar consuelo. Cierta grado de engaño es inevitable, claro está. Hay tantas instituciones sociales basadas en la superchería que no cabe esperar que un presidente lo «diga todo». Decirlo todo es, en principio, tarea de los intelectuales. A Roosevelt le bastaba con atacar a las grandes empresas y denunciar a los malhechores acaudalados. No era un filósofo. Para sus relaciones con la opinión pública, sin embargo, podría decirse que se inspiró en Isaías: «Consolaos». Entre sus sucesores en la Casa Blanca, solo Truman, en su diferente estilo de «que revienten», estableció una comunicación personal con los votantes. Algunos de nuestros últimos presidentes, refinados tecnócratas, se han resistido instintivamente a establecer una relación personal con la opinión pública. Para Johnson y Nixon era incluso una abominación. Pero ellos no eran verdaderos dirigentes, sino políticos profesionales que operaban entre bastidores. La sola idea de hablar sin tapujos a la opinión pública les producía horror. Obligados a dar muestras de sinceridad y hacer llamamientos a la confianza, apartaban la cabeza, los ojos velados, la voz apagada. Para un hombre como Lyndon B. Johnson, plagado de poderes y secretos, inclinarse humildemente ante las cámaras resultaba aterrador. No era un Coriolano, sino un técnico de la democracia. Con esos tecnócratas en el poder, la decadencia resultaba inevitable.

Hombre civilizado, FDR dio a Estados Unidos un gobierno civilizado. Era lo que Alexander Hamilton habría denominado un «monarca electivo», y si en algunos aspectos resultó ser un demagogo, nunca recurrió a la violencia ideológica. No era un führer, sino un hombre de Estado. Hitler y él asumieron el poder el mismo año. Ambos aprovecharon bien la radio. Los que escuchamos los discursos radiofónicos

de Hitler jamás olvidaremos las roncadas amenazas, las enormes multitudes coreando a gritos sus amenazas de muerte. Las charlas de Roosevelt con sus «compatriotas norteamericanos» son memorables por otros motivos. Mientras hacía la carrera me protegí con un blindaje de escepticismo, porque Roosevelt tenía mucha labia y no había que fiarse demasiado. Pero bajo la armadura, sin embargo, seguía siendo vulnerable. Recuerdo una tarde de verano, paseando hacia la puesta de sol por Chicago Midway. Era de día hasta bien pasadas las nueve, y todo estaba cubierto de tréboles, una verde extensión de casi dos kilómetros entre Cottage Grove y Stony Island. La plaga aún no había acabado con los olmos, y había coches aparcados a la sombra, con los parachoques pegados, la radio puesta para escuchar a Roosevelt. Habían bajado las ventanillas y abierto las puertas. Por todas partes la misma voz, con su extraño acento del este, que en principio habría resultado un incordio para un oyente de los estados centrales. Podía seguirse el discurso sin perder una sola palabra mientras se continuaba el paseo. Se establecía un sentimiento de unión con aquellos automovilistas desconocidos, hombres y mujeres fumando en silencio, no tanto concentrados en las palabras del presidente como tranquilizados por la avalada justeza de su tono. Se sentía el peso de las preocupaciones que les hacía prestar tanta atención, como también se palpaba el hecho, el factor común (Roosevelt), que unía a tantos individuos diferentes. Igual de memorable para mí, quizá, fue el descubrimiento de que el color de las flores de trébol perdura largo tiempo en el crepúsculo.

Notas literarias sobre Jruschov

(1961)^[10]

Jruschov, heredero de Lenin y Stalin, sucesor de Malenkov y cabeza visible de la oligarquía rusa, imprime su imagen al mundo y nos obliga a reflexionar. Resulta difícil, desde luego, creer que ese hombre bullicioso, gesticulante, calvo y orondo pueda ser capaz de vencernos, arruinarnos, tal vez destruirnos.

—Es él, Jruschov, el chalado ese —me dijo el mecánico de un garaje de la Tercera Avenida en septiembre pasado cuando desfilaba la flota de Cadillac rusos.

Esta vez Jruschov se había invitado a sí mismo. Vino sin nuestro beneplácito y no le profesábamos cariño alguno, pero eso no parecía importarle mucho. Fue capaz, en cambio, de acaparar los titulares, las pantallas de televisión, la Asamblea de Naciones Unidas y las calles del centro. En su lugar, cualquier norteamericano, al sentirse superfluo y, más aún, desdeñado, habría tratado de pasar inadvertido. Jruschov no. Por todas partes se lo veía, celebrando conferencias de prensa en plena calle e intercambiando improperios con la gente desde el balcón, cantando estrofas de *La internacional*, lanzando un gancho a un asesino imaginario. Halagaba a la multitud, disfrutando de su atención, comportándose como un artista cómico en un espectáculo escrito y dirigido por él mismo. Y rugiendo de cólera en Naciones Unidas, interrumpiendo a Macmillan, golpeando el pupitre con los puños, agitando un zapato en el aire, abrazando a sus aliados y molestando a sus adversarios, poniéndose en pie de un salto para estrechar efusivamente la mano de Nkrumah, elegante negro vestido con una túnica escarlata y dorada, o frenando sus diatribas contra Occidente para hacer publicidad del agua mineral soviética, de pronto seductor, encantador: ni un solo instante dejó Jruschov de ocupar el centro del escenario. Y nadie parecía capaz de arrebatarse el sitio.

Balzac calificó una vez al hombre de Estado de «monstruo de sangre fría». Se refería, claro está, al hombre de Estado burgués. Jruschov es de una especie por completo diferente. Y desde su aparición en la escena mundial tras la muerte de Stalin y la «jubilación» de Malenkov, Jruschov —siempre con una ligera ventaja sobre Bulganin— asombra, desconcierta, engatusa y horroriza al planeta. Si el hombre de Estado tradicional es un prodigio de sangre fría, parece que Jruschov, en cambio, se delata a cada paso. Se presenta como un hombre desbordante de franqueza, igual que Rusia es en apariencia una unión de repúblicas socialistas. Otros hombres de Estado se contentan con representar a su país. Jruschov, no. Él pretende encarnar a Rusia y la causa del comunismo.

Con timideces no vamos a parte alguna. Si queremos entender a Jruschov, debemos dar libre curso a la imaginación y, utilizando una metáfora lúdica, apostar el todo por el todo. En cualquier caso, nos *obliga* a pensar en él. Lo tenemos

continuamente ante los ojos. Ya se encuentre en China, en París, Berlín o San Francisco, en todas partes nos brinda una nueva actuación. En Austria examina una escultura abstracta y, con aire perplejo, pide al artista que le diga qué demonios representa aquello. Tras escuchar su respuesta o hacer como que escucha, dice que el escultor tendría que vivir eternamente para explicar su obra incomprensible. Llega a Finlandia a tiempo para asistir a la celebración del cumpleaños de su presidente; aparta al buen hombre de un empujón y se pone a retozar frente a las cámaras, come, bebe, despotrica y luego deja que lo acompañen a casa. En su primera visita a Estados Unidos, su itinerario a través del país solo puede calificarse de espectacular. Y ningún soberano del siglo xv se habría comportado de manera más *natural*, ya fuera con la prensa, con mister Garst en la granja, con las deslumbrantes chicas de Hollywood, o con los dirigentes sindicales de San Francisco. «Es usted como un ruiseñor —le dijo a Walter Reuther—. Un pájaro que cierra los ojos al cantar, y no ve ni oye nada aparte de sí mismo». En Hollywood rivaliza con Spiros Skuras en la narración de sus éxitos, tratando de demostrar que arrancó de una posición más humilde que su interlocutor. «Yo era un pobre inmigrante. Empecé a trabajar al tiempo que aprendía a andar; fui pastor, obrero en una fábrica, minero en las minas de carbón, y ahora soy primer ministro del gran Estado soviético». Ninguno de ellos mencionó lo que su ascensión costó al conjunto de la población: Skuras no dijo nada sobre los efectos de Hollywood en el cerebro de los norteamericanos, y Jruschov tampoco mencionó las deportaciones ni las purgas. Nosotros, que hubimos de soportar toda esa grandeza, no pudimos intervenir en el debate. Pero es evidente que los personajes del mundo del espectáculo siempre han disfrutado de un peculiar monopolio del patriotismo. La mezcla de ideología e histrionismo utilizada por ambas partes causó una crisis emocional en la costa oeste, y allí fue donde Jruschov se vio empujado a revelar sus sentimientos más profundos. «Cuando fuimos a Hollywood, vimos un cancan —contó durante la reunión de dirigentes sindicales en San Francisco—. Durante el baile, las chicas tienen que levantarse las faldas y enseñar el trasero. Son actrices buenas y honradas, pero no tienen más remedio que hacerlo. Se ven obligadas a plegarse a los gustos de gente depravada. Vuestros compatriotas van a verlo, pero el pueblo soviético despreciaría un espectáculo así. Es pornográfico. Representa la cultura de los pueblos ahitos y degenerados. La distribución de esa clase de películas es lo que en este país llaman “libertad”. Esa clase de “libertad” no nos conviene. Al parecer aquí gusta la “libertad” de mirar traseros. Nosotros preferimos la libertad de pensar, de ejercer nuestras facultades mentales, la libertad del progreso creador». Recojo estas palabras de una publicación extraoficial patrocinada por Rusia. No incluye lo que algunos periodistas norteamericanos añadieron, es decir, que el primer dirigente soviético se levantó los faldones de la chaqueta y agitó el trasero frente a toda la concurrencia mientras llevaba a cabo una parodia del cancan.

Eso, amigos míos, es arte. También constituye un estilo absolutamente nuevo de interpretación histórica a cargo del dirigente mundial del pensamiento marxista que

físicamente, sirviéndose de su propia persona, lanza una crítica a la civilización occidental. Es, además, puro espectáculo. Y nosotros somos su público cautivado y en parte cautivo. La representación ofrecida por Jruschov es, como diría James Joyce, una epifanía, una manifestación que resume o expresa todo un universo de sentidos. «Os vamos a sepultar», dijo Jruschov al mundo capitalista, y aunque desde entonces se ha repetido una y otra vez que esa frase no es más que un modismo ucranio con el significado de «vamos a superar vuestra producción», me parece que al ver ese baile a todos nos debería picar la nariz, cosa que, según la superstición, significa que alguien camina sobre nuestras tumbas. No nos equivocáramos mucho al ver augurios de muerte en ese cancán. La «cultura de los pueblos ahitos y degenerados» está condenada. Ese es el sentido de su comedia airada y brutal. Eso es también lo que pretende decir cuando hace el payaso y el villano ante el público de Nueva York. Ve en él al populacho indolente, superficial, indisciplinado e inculto de una decadente ciudad capitalista. Sin embargo, la vida es muy compleja, porque si el cancán de Hollywood es bastante mediocre, ¿qué puede decirse de los productos del realismo socialista con sus héroes obreros tan puros y leales y sus doncellas cursis y sensibleras? El propio Jruschov está muy por encima de toda esa basura. Puede inferirse de todo esto que en una dictadura el tirano es capaz de absorber todos los recursos creativos y dejar empobrecido el arte de su país.

Quizás haga falta, en realidad, no solo Rusia sino el mundo entero para satisfacer las necesidades de un solo individuo. Porque la ideología no puede ser exclusivamente la causante de tales arranques; ha de intervenir el carácter. «Muchas veces pienso —escribe William James—, que el mejor modo de definir el carácter consistiría en buscar la actitud moral o intelectual particular con la que, una vez asumida, el sujeto se sienta más lleno de energía y vitalidad. En esos instantes hay una voz interior que habla y dice: “¡Así es como soy realmente!”». Puede que Jruschov se encuentre a sí mismo, o trate de comprenderse, en esos arranques. Y quizá sea en los momentos en que el mundo entero ve cómo se crece hasta casi rozar el descontrol cuando él se sienta más vivo. No da muestras de una amplia gama de sentimientos. Cuando se despoja de las rudimentarias máscaras de la compostura burocrática, o de la dignidad y afabilidad campesina, monta en cólera o se mofa de algo. Pero el terror no es la mejor escuela de expresividad, y con Stalin nadie podía ser funcionario del partido sin vivir con miedo. No podemos, por tanto, pedirle versatilidad. Poseía, sin embargo, todo lo necesario para llegar a la meta: nervio, control, paciencia, ambición desgarradora, energía para matar y para soportar la amenaza de la muerte. Sería prematuro afirmar que ha sobrevivido a todo lo que hay que sobrevivir en Rusia, pero es bastante verosímil que, en su alivio por haberlo conseguido, le haya dado por celebrarlo ruidosamente. En vez de recibir castigo por sus crímenes, se ha convertido en un gran dirigente, lo que le convence de que la vida es fundamentalmente dramática. Y en su gozo por haber invertido el sistema de contabilidad moral de la civilización burguesa, desempeña su papel cada vez con más

entusiasmo.

Nuestros mejores comentaristas políticos han utilizado metáforas teatrales para describir el comportamiento de Jruschov. En *The New York Times*, Schulzberger habla de «furibunda falta de lógica de una obra de Brendan Behan». A otros les recuerda el circo de Leningrado, y un psicólogo británico sospecha que Jruschov ha estudiado la teoría de los reflejos condicionados de Pavlov. Tras recompensar a sus perros por responder a determinadas señales, Pavlov alteró el programa, y los animales sufrieron una crisis de histeria. Nuestros dirigentes, entre flores, sonrisas e intercambios de cortesías, convocaron una cumbre para entrevistarse con Jruschov, solo para encontrárselo transformado en el Gran Boyg de las nieves boreales de Ibsen, que los ensordecía con gruñidos y los petrificaba con su aliento glacial. De haber necesitado lecciones en la técnica de exhalar aire caliente y frío, Jruschov las habría tomado de Hitler, que hacía un montón de ruido en el mundo, y no de Pavlov, que hacía muy poco. De Hitler habría aprendido que las demostraciones de ira enervan a la gente bien educada y que en política siempre lleva ventaja el hombre sin principios, el brutal, el loco. Hitler era capaz de convulsionarse de rabia a voluntad y, nada más lograr sus fines, de recobrar la sangre fría ante su entorno, todo en cuestión de breves momentos. No parece que Jruschov posea esa combinación de desequilibrio y fría técnica política que amenaza con destruir el mundo mediante el fuego y el hielo. Pero ¿necesita lecciones del profesor Pavlov para perfeccionar su técnica psicológica? A otro perro con ese hueso.

No, la metáfora teatral es la mejor, y al tratar de definir su estilo, antes incluso de haberlo visto en acción en su reciente visita a Estados Unidos —de corta estatura, optimista, rubicundo, sólido, gesticulante, duro—, se me ocurrió que tanto Marcel Marceau, ese otro mimo, que representaba *El abrigo* en un teatro neoyorquino, como Jruschov, al otro extremo de la ciudad, se inspiraban en la misma tradición cómica rusa. La obra maestra de esa corriente es *Almas muertas*. De los terratenientes y campesinos gogolianos, tan grotescamente obtusos como ladinos, de esos autócratas, aduladores, avaros, funcionarios, glotones, jugadores y borrachos provincianos, Jruschov parece haber tomado muchos elementos de su estilo cómico. Él mismo es uno de esos personajes gordos de Gógol que «saben arreglar sus asuntos mejor que los delgados. Los delgados suelen ocuparse de tareas especiales, o simplemente “no están en plantilla” y andan siempre correteando de acá para allá; llevan una existencia anodina, un tanto etérea y absolutamente insustancial. Los gordos nunca ocupan puestos ambiguos, solo tienen empleos consistentes; cuando se sientan en algún sitio, lo hacen con firmeza y sólidamente, de manera que, aunque su posición cruja y ceda bajo su peso, ellos nunca se caen».

Cuando la ocasión requiere mayor seriedad, juega a los marxistas. En uno de sus discursos en Naciones Unidas, al reclamar el fin del colonialismo, me recordó al Trotsky de los primeros años de la Revolución rusa y en particular su comportamiento durante la firma del Tratado de Brest-Litovsk. Allí, para

estupefacción de los generales alemanes, interrumpía las negociaciones con objeto de pronunciar discursos en los que instaba al proletariado mundial a apoyar y extender la Revolución. Esa época, desde luego, ha desaparecido para siempre. Pasó a la historia incluso antes de la muerte de Lenin. Y hay una gran diferencia entre el fresco ardor revolucionario y la rancia técnica de agitación de un pedestre miembro del aparato. Sin embargo, cuando le conviene, Jruschov es marxista. Al defender a las pobres trabajadoras de Hollywood, expresó el juicio de la ortodoxia marxista sobre sus piruetas y contoneos (otro ejemplo de la alienación en el trabajo que el capitalismo impone a la humanidad).

Hay ciertas similitudes entre el marxismo de Jruschov y la ideología liberal de los hombres de negocios occidentales: se utiliza según convenga. Jruschov, sin embargo, goza de una considerable ventaja en el sentido de que las exigencias de la historia de Rusia y las suyas personales coinciden hasta el punto de que a veces puede dar rienda suelta a sus instintos. Además, siente un gran desprecio hacia los representantes de Occidente, tan incapaces de prescindir de las convenciones frágiles, gastadas y comprometidas de la diplomacia civilizada. Tales convenciones hacen las veces de coma profundo, de sueño pesado, y Jruschov desprecia y manipula a los dormilones. Las fotografías tomadas en la cumbre revelan el alcance de su éxito. El general De Gaulle frunce los labios, en una mueca de repugnancia y aprensión. Macmillan parece profundamente ofendido. El ex presidente Eisenhower tiene una expresión triste pero también obstinada. Todo ha vuelto a salir mal, pero no es culpa suya. Los tres juntos deben de haberle parecido a Jruschov como «la novia aún intacta de la quietud», de Keats. Y no es difícil adivinar lo que él, vástago de siervos elevado a tal posición de poder, debe de haber experimentado. Enfrentado a los dirigentes del Occidente burgués, temidos y odiados desde tanto tiempo atrás, se veía a sí mismo más duro, más profundo y más inteligente que cualquiera de ellos. Y, a la hora de expresar sus sentimientos, más libre.

Es difícil saber si el Jruschov que vimos golpear con el zapato en la mesa de la Asamblea de Naciones Unidas es el «verdadero» Jruschov. Pero según parece uno de los privilegios del poder consiste en expresar con franqueza las emociones personales. No es una prerrogativa que ejerza mucha gente en Occidente, que yo sepa.

«Los que han logrado el éxito pueden hacer lo que les dé la gana —declaraba hace poco nuestro *Daily News* en uno de sus concisos y vigorosos anuncios—. Había uno a quien le gustaban los espaguetis y la cerveza, pero cuando ascendió a directivo consideró más adecuado pedir filete y espárragos. Solo cuando se convirtió en presidente de su empresa se sintió lo suficientemente seguro para volver a los espaguetis y la cerveza».

Tales son los privilegios del poder pero, por desconcertante que parezca, descontando artistas y tiranos, pocas personas, incluso siendo presidentes de empresa, se sienten lo bastante poderosos para expresar claramente sus sentimientos. Kennedy,

jefe de la policía de Nueva York y hombre que al parecer ha logrado el éxito, no pudo, hace algún tiempo, expresar sinceramente su opinión sobre las convicciones religiosas de los miembros judíos del cuerpo. Todo el mundo sabe que el jefe de policía no es antisemita. Pero los rabinos de Nueva York se creyeron obligados, igual que el alcalde Wagner, por puro formalismo, a pedirle que se retractara. De manera que no es fácil decir lo que se piensa. Hasta los artistas se han puesto a cubierto, disfrazándose de empleados de banca y velando sus palabras. Lo que nos deja a los tiranos. (¿Es mera coincidencia que Emily Post^[11] muriera durante la visita de Jruschov?).

Bajo la máscara sonriente del encanto campesino, o de la cólera, el mandatario ruso manifiesta sus sentimientos más profundos, unas emociones que si no nos producen una sacudida es porque hemos perdido el contacto con la realidad. En Occidente, las relaciones entre opinión, sentimiento y movimiento corporal se han roto. Hemos perdido facultad expresiva. En el ejercicio de esa facultad, explotando falsamente sus orígenes de campesino ruso, es donde Jruschov ha demostrado ser un maestro. Siempre está dispuesto a explotar una pasión, y aunque miente, lleva siempre ventaja. Los principios del liberalismo occidental ya no parecen prestarse a una acción eficaz. Privados de esa facultad expresiva, nos sentimos intimidados por ella, la ansiamos y la tememos. Así alabamos la dignidad sin brillo de nuestros dirigentes de suaves modales, pero en el fondo tenemos debilidad por los arranques apasionados, aun cuando sean hipócritas y obedezcan a falsos motivos. «A los mejores les falta convicción, y a los peores / Les sobra fervor apasionado».

A veces Jruschov va más allá de la comedia gogoliana; ya no es el afable estafador que se atiborra de pescado, o de tortitas con mantequilla. El Chichikov de Gógol, para felicitarse a sí mismo por el triunfo de uno de sus chanchullos, se pone a bailar en la intimidad de su habitación. Pero Jruschov, como un gnomo jubiloso, ejecuta su cancán ante los ojos del mundo entero. He ahí un hombre a quien todas las tortuosas corrientes de la ambición humana han llevado a un paso del poder mundial. En una época en que los personajes públicos solo presentan características individuales de segundo o tercer orden, él solo muestra rasgos primarios. Lleva los instintos en la manga, o como el padre Karamázov de Dostoievski, aquel anciano corrupto y profundo, finge sencillez.

Cuando se difuminan el encanto y la ironía, se presenta como un hombre duro, arbitrario y complejo. El bromear desdeñosamente con Spiros Skuras era algo muy sencillo para él; en el debate con personas bien informadas que le aprietan las tuercas, se vuelve insultante, demostrando que el hábito de la autoridad lo ha hecho inflexible. Parece incapaz de discutir de cualquier tema si no es en sus propios términos. La naturaleza, la historia, el marxismo ruso, y, quizá sobre todo, el hecho de que haya sobrevivido al régimen de Stalin, le impiden adoptar un punto de vista diferente. Lo que equivalía en París a la admisión de un error por parte del ex presidente Eisenhower, debió de parecerle increíble. Vive con la necesidad de tener siempre

razón. Lo que mejor recuerda de quienes no tenían razón quizá sea su entierro. Para él, la línea divisoria de lo imposible y lo posible está trazada con sangre, y sin duda los extranjeros que no ven la sangre deben de parecerle ridículos.

Los franceses vistos por Dostoievski

(1955)^[12]

Alquilar un apartamento en París no era nada sencillo en 1948, pero Nicolaus, un buen amigo mío, había encontrado uno para mi familia en un pretencioso edificio de la orilla derecha. Traje de Estados Unidos una nueva Remington portátil, que la propietaria, de manera concluyente, exigía como regalo. Además había que pagarle el alquiler en dólares. Nada de francos. El alquiler era elevado. Nicolaus, sin embargo, afirmaba que el apartamento valía la pena. Él conocía París, y yo me fie de su palabra. Nicolaus hablaba francés a la perfección. A los de Indianapolis se les da muy bien el francés; conocí a unos cuantos en París, y todos lo hablaban con soltura. Mi buen amigo, consumado francés, llevaba guantes y conducía un coche fabricado en Francia. Se molestó conmigo cuando pregunté a mi patrona lo que había que hacer con la basura.

—En Francia —me reprendió en tono severo, arrinconándome en su glacial comedor—, a nadie se le ocurre hacer semejante pregunta. La basura no es cosa tuya. Ni siquiera has de saber que la basura existe. Además, *ordures* no es una palabra elegante.

Contesté que lo lamentaba y que no debería haberlo hecho.

Luego la propietaria me presentó el *inventaire*. ¡Qué documento tan increíble! El catálogo de todos los objetos que contenía el apartamento, desde la butaca Chippendale a la tacita más nimia, maravillosamente descritos hasta en sus mínimos detalles en letras rígidas, derechas y apretadas. Empezamos a revisar la lista, y fuimos de la habitación de Madame, un *boudoir* muy de moda en los años veinte, hasta la cocina. Mientras iba indicando los enseres de la lista, me leía su descripción.

—Mesa de comedor, *style Empire*. En excelentes condiciones. Arañazo triangular en costado izquierdo. Ningún otro defecto.

Acabamos en la cocina con tres miserables cucharas de hojalata.

—¡Ah! —exclamó Nicolaus—. ¡Qué sentido del detalle tienen los franceses!

Yo estaba menos impresionado, pero hay que respetar el respeto mismo, así que me guardé de expresar la menor objeción.

En cuanto se marchó Madame, ejecuté un salto mortal sobre la butaca Chippendale y aterricé en el suelo con gran estruendo. Eso me procuró cierta satisfacción, pero en los sucesivos tratos con Madame y otros compatriotas suyos, no siempre me resultó tan fácil encontrar alivio con tales medios.

Deprimido, con el ánimo por los suelos, pasé aquel frío invierno entre las obras de arte de Madame. La ciudad yacía sepultada bajo una niebla perpetua, y el humo, incapaz de elevarse, se arrastraba por la calle en corrientes parduscas y grises. Del Sena emanaba un olor aberrante. Mucha gente sufría de la *grippe espagnole* (todas

las enfermedades tienden a ser de origen extranjero), y más aún de melancolía y mal humor. Como París es la sede del mayor refinamiento humano, se ven por tanto las formas más refinadas de sufrimiento. Se ven y, a veces, se experimentan. La tristeza es un impuesto cotidiano que la civilización impone a París. ¿El *alegre* París? ¡Pero qué alegre ni qué ocho cuartos! Mera publicidad. París es una de las ciudades más lúgubres del mundo. No les pido que acepten mi palabra tal cual. Remítanse a Balzac y Stendhal, a Zola, a Strindberg; al propio París. Nicolaus decía que los parisienses eran célebres por la aspereza de su carácter. Añadía que en vez de tanto criticar, sería preferible que procurara adaptarme. Él era un buen conocedor del temperamento parisiense. Me faltaba perspectiva, afirmaba. Ante sus acusaciones, yo me declaraba culpable. Era un mediocre visitante y, desde cualquier perspectiva, aún peor turista.

En una ocasión intenté mostrar a una señora de Chicago la vista del Foro desde el peñón de Tarpeya, pero esta, recién llegada de Florencia, no dejaba de hablar de sus maravillas, incluso encontrándose ante un panorama tan famoso. Empezó a irritarme grandemente, y exclamé para mis adentros: «¡Maldita sea! Ya sé que has estado en Florencia. Pero ahora estamos en Tarpeya». En cambio, le pregunté:

—¿Sabe usted lo que ocurría aquí mismo?

No pareció haberme oído pero contestó con una observación sobre la Signoria, con lo cual, por una fracción de segundo, me dieron ganas de arrojarla al vacío, como hacían en la antigüedad con los criminales. Pero la juzgaba mal. ¿Cómo podía reaccionar ante Tarpeya si aún no había asimilado la Signoria?

Pero me disponía a hablar de la primera vez que leí *Notas de invierno sobre impresiones de verano*.

Mi hijo pequeño acababa de contraer el sarampión. Nuestro larguirucho médico observó que el apartamento no estaba suficientemente caldeado.

—Deben calentar la habitación del niño —prescribió, al tiempo que rellenaba una solicitud para una ración de carbón de emergencia.

Me puse el abrigo y llevé el papel a la *Mairie* de nuestro *arrondissement*, según las instrucciones del médico. Allí me senté a esperar, como hay que hacer en todas las administraciones públicas del mundo.

Una estancia amplia y sucia. Sombras de alambrada. Luces cegadoras. Varias señoras sentadas tras una mesa grande, todas ellas la viva imagen de Colette, las mejillas de un colorete otoñal, cabello enmarañado, pardas colillas entre los labios: un funcionario francés sin *mégot* no puede ser un auténtico servidor del Estado.

Esperé un par de horas a que me tocara el turno, y cuando me llegó la vez, expuse con sencillez mi asunto y presenté la nota del médico; no me cabía la menor duda de que me darían un vale para el carbón.

—*Ah, non!* —replicó Colette número uno.

El médico había escrito la solicitud en su recetario habitual, pero para el carbón había que rellenar un formulario especial, muy parecido pero no idéntico al de las recetas. El papel que valía estaba perforado en el lado *izquierdo*.

¿Es que Mesdames no veían que la receta estaba firmada por el médico? ¿Acaso pensaban que la había falsificado yo? No necesariamente, contestó Colette número dos. Sin embargo, si no presentaba el formulario correcto, no había nada que hacer. Podían autorizar raciones de carbón de emergencia únicamente tras la presentación de la *fiche* perforada. Lo de la *rougeole* no les causó impresión, aunque me precié de haber pronunciado la palabra de manera inteligible. Por la expresión que Colette número tres mantenía en el semblante supe que lo del carbón era imposible. Volví a la brumosa calle, afirmando en francés para mis adentros que conseguiría el carbón en el mercado negro. *Je vais acheter*, etcétera. Estaba decidido a no dejarme acobardar por los nativos.

Aquel mismo día fue cuando en el puesto de un *bouquiniste* cerca de Châtelet encontré un libro de Dostoievski, *Le bourgeois de Paris* —título francés de *Notas de invierno*—, y me senté en la habitación ilegalmente caldeada, entre el olor del pegamento que mi hijo utilizaba para sus recortables, a leerlo con entusiasmo y hasta con frenesí de vez en cuando. Lejos de sentirme ofendido por sus prejuicios, me veía incapaz de suprimir ciertas expresiones de acuerdo y satisfacción. Yo también era un extranjero y un bárbaro procedente de un territorio vasto y atrasado. Y uno se siente más extranjero en Francia que en otros países. A los norteamericanos les resulta difícil creer que la condición de extranjero sea inmutable, porque han visto a generaciones de inmigrantes convertirse en estadounidenses. Pero las viejas culturas son impermeables y excluyentes; y ninguna más que la francesa. Me gustaría dejar claro que no había acumulado un rencor irracional contra Francia. Muchas veces me decía a mí mismo: «Solo porque has pagado el precio de la entrada y has venido con tus empalagosos sentimientos y buenos dólares en el bolsillo, ¿esperas que esta gente te acoja entre sus brazos y te abra las puertas de su casa? Debes tratar de comprender que tienen otras cosas más importantes en que pensar. En comer, por ejemplo. Solo hace tres años, Hitler los deportaba a millares, fusilaba a rehenes. Aquí se libraba una guerra, probablemente la más atroz de la historia. Y ahora los comunistas tratan de arrastrar a Francia a la órbita rusa. Norteamérica tira por el otro lado. Empiezan a venir ejércitos de turistas. ¿Y tú tienes que interponer tu intrascendente ego?».

Pero mientras leía *Notas de invierno*, me di cuenta de que, para un extranjero, los franceses de 1862 no eran sustancialmente diferentes de los de 1948. Los grandes conflictos no habían operado muchos cambios. Si era posible aprender algo de la guerra, ¿acaso no seríamos todos muy distintos? Si la muerte y el sufrimiento tenían la virtud de enseñarnos... Etcétera, etcétera. Terco y endurecido, el hombre, lamentablemente, no se enmienda con facilidad, olvidando lo que ha visto y sentido... (estaba muy sentencioso aquel día).

Algunos reproches de Dostoievski me repelían por su severidad. Como todo buen extremista, acaba siendo desagradable. Al pensar en la indiferencia que había mostrado ante la matanza de patriotas polacos perpetrada por los soldados zaristas, sus concepciones eslavófilas me producían repugnancia. Aparte de que, además, un

lector judío difícilmente podrá olvidar el antisemitismo de Dostoievski.

Es, sin embargo, esencial recordar que Dostoievski fue condenado al exilio por su participación en la «conjura» de Petrachevski. Los ídolos de aquel grupo inmaduro y probablemente inofensivo eran los socialistas franceses: Saint-Simon, Fourier y Étienne Cabet, entre otros. El grupo de Petrachevski había organizado un banquete para celebrar el aniversario de Fourier. Dostoievski no era, por tanto, un turista corriente en París. Lo habían condenado a muerte por su adhesión a las ideas francesas y occidentales. Indultado, recibió un severo castigo. Acababa de volver de Siberia, y ahora procedía, comprensiblemente, a examinar el derecho de Europa a enseñar y dirigir a la juventud de Rusia.

Sería ingenuo no pensar que ya se había hecho su composición de lugar sobre Europa. No es famoso precisamente por su imparcialidad. Además, no resulta fácil reprochárselo. Pero no cabe duda de que se había forjado de antemano una opinión sobre Europa; se encontraba ya bajo la influencia eslavófila, y en Londres fue a visitar a Herzen, el más importante exiliado ruso en Europa. En esos artículos se reflejan algunos puntos de vista de Herzen. Lamentablemente para el mejoramiento de la humanidad, quienes están en posesión de la verdad no son siempre los más imparciales. En Francia, Inglaterra y Alemania, Dostoievski encontró lo necesario para justificar sus preferencias. La Francia burguesa despertó su odio más profundo. No hay nación en el mundo que no contradiga sus principios más elevados en la práctica cotidiana, pero la contradicción francesa era a sus ojos la peor de todas porque Francia presumía de dar lecciones al mundo y de ser un ejemplo tanto en materia política como intelectual.

Al examinar los grandes lemas de la Revolución francesa, Dostoievski declara que en Francia solo hay libertad para quienes poseen un millón de francos:

Todo francés puede y debe considerar la igualdad ante la ley, tal como hoy se lleva a la práctica, como un insulto personal. ¿Qué queda de esa fórmula? La fraternidad. Pues bien, esa cuestión es de lo más curioso y, hay que reconocerlo, sigue constituyendo el principal escollo de Occidente.

El occidental habla de fraternidad como de una gran fuerza motriz de la humanidad y no entiende que, si carece de existencia real, es imposible alcanzarla... Pero en el carácter francés, y en general en la naturaleza del mundo occidental, no está presente; en su lugar encontramos un principio de individualismo, de aislamiento, que tiende muy marcadamente hacia la supervivencia, el provecho personal, la autonomía del yo, la oposición de ese yo con la naturaleza entera y el resto de la humanidad; es un principio independiente, que se basta a sí mismo, enteramente igual y equivalente a todo lo que existe fuera de él.

Lo que molesta a Dostoievski es la forma occidental de individualismo. Él menciona

un individualismo más elevado, que preconiza el amor fraterno como algo natural, un individualismo desinteresado y expiatorio:

Comprendedme: el voluntario sacrificio de sí mismo, pleno, consciente, completamente libre de presiones exteriores, el sacrificio del propio ser en beneficio de todos, es en mi opinión un signo del más alto desarrollo de la individualidad, de su poder supremo, dominio absoluto de sí y libre ejercicio de la voluntad.

En otros sitios, y especialmente en *Los hermanos Karamázov*, Dostoievski plantea la cuestión que inevitablemente surge de esa actitud: ¿en qué medida puede ser cristiana una civilización, cualquier civilización? Y cumpliendo con su deber de artista, responde con preguntas aún más profundas. Pero no cesa en su severidad hacia los franceses. El carácter burgués de los franceses le parece una traición a las grandes esperanzas de la era moderna.

En las *Notas de invierno* es donde aparece por primera vez su antipatía hacia Francia. Culmina en *Bribri y Mabiche*, sátira virulenta, divertida y también bastante horrible. Los poetas (y novelistas) desean ver un principio poético en la actividad humana, pero no siempre se ven complacidos por los efectos de la literatura sobre el comportamiento social. Dostoievski aborrece los motivos «literarios» burgueses y la idolatría de la cultura.

¿Qué ocurre cuando la literatura pasa a ser parte de la vida de una nación?

En cuanto a mí, no sabía si reír o llorar cuando en una estación de París vi un anuncio de un debate sobre Racine organizado por la policía del distrito. ¿Se imaginan? ¡Los *flics*! ¡La poli! ¡Y Racine! Debo reconocer que aquello suscitó en mí una especie de satisfacción curiosa e irónica. Maravillosa Francia, donde se cultiva hasta la sensibilidad de la bofia. La omnipresencia de la cultura literaria en París no siempre resultaba agradable. Una vez hube de soportar una perorata de mi dentista sobre una aburrida obra de Camus titulada *Los justos*, y sobre la última novela de Sartre. En el bulevar Saint-Germain, una tienda de moda exhibía en el escaparate pañuelos de seda con la romántica inscripción de dos nombres, Jean-Paul y Simone. Los parisienses me daban frecuentemente la impresión de que se comportaban exactamente como personajes de una obra dramática. En *Mi corazón al desnudo*, Baudelaire se quejaba de que en Francia todo el mundo se parecía a Voltaire.

Una gran civilización caracteriza, enmarca, aísla, imprime valores a sus miembros. El rostro parisiense se ve así enmarcado, caracterizado individualmente. La tarea histórica de una civilización consiste en rehacer el mundo a su imagen y semejanza. Para un francés, el mundo francés es el mundo. No puede concebirse de otra forma. ¿Que quiere usted ver a un esquimal? Pues consulte la *Encyclopédie Larousse*. Allí podrá verlo *tal como es*. No puede ser de otra manera. Un día de tremendo calor en París, un comerciante me dijo: «La chaleur est plus brutale chez

vous». Nunca había estado *chez moi*, pero no tenía necesidad de salir de París para saberlo.

Pero ahora, los cielos inmutables se han desgarrado. En lo alto hay un caos que el orden francés no soporta ver. El mundo se ha agrandado, horriblemente. Las murallas se derrumban. La estabilidad de antaño ha quedado reducida a polvo amargo, y la compostura parisiense desborda rabia y sarcasmo.

Hay circunstancias que sacan a la luz los rasgos más profundos de una cultura. Aunque según hemos dicho el exclusivismo es uno de los criterios que definen la cultura, todas las culturas no son igualmente excluyentes. En todas partes se tienen en cuenta aspectos naturales y humanos que superan lo cultural. Cuanto más importante sea la cultura, más espacio dejará a ciertas necesidades y trivialidades humanas naturales.

Recuérdese que Dostoievski escribió las *Notas de invierno* en su calidad de periodista. Sus artículos se publicaron en una revista llamada *Vremya*, lectura obligada de la mayor parte de los rusos cultos. El periodismo norteamericano de hoy es completamente diferente. Vastas organizaciones nos preparan su versión de los acontecimientos que ocurren en el extranjero. Para ese fin emplean a una serie de reporteros normales y corrientes. Cuando disponen de los datos recogidos por los periodistas, un equipo de redactores se dedica a tratarlos. Y luego hacen que nos traguemos una sustancia homogénea llamada información, creada por expertos (o ideólogos) perfectamente adoctrinados en los puntos de vista de la dirección. Rara vez se permite que un escritor culto y de talento exprese con sus propias palabras su visión de la realidad. No. En nuestra época burocrática, si una actividad no se inscribe en el marco de la organización empresarial, si no es examinada previamente por personas «responsables», resulta sospechosa. Lo que leemos en los periódicos y revistas de tirada nacional es una mezcla artificial elaborada para satisfacer nuestro deseo de información.

Las *Notas de invierno* son con frecuencia exageradas, peor que injustas e incluso frívolas. Con su habitual espontaneidad, tan cómica como cruel, Dostoievski admite que sus observaciones son a veces agrias y cínicas, y si algo lo caracteriza es que no oculta sus prejuicios. Para él, la revelación de las ideas preconcebidas es un paso hacia la verdad. Los «buenos» principios nos conducen a la tentación de mentir y ocultar los sentimientos negativos. El liberalismo, ya sea oriental u occidental, suele ser engañoso. «Presentémonos tal como somos —dice siempre Dostoievski—, en nuestra crudeza natural. Sin disfraz».

Ese es uno de sus grandes principios, y se aferra a él con fanática coherencia. Pueden estudiarse sus ideas sobre numerosas cuestiones en ese libro voluminoso, demente, rabioso, vengativo y fulminante titulado *Diario de un escritor*. En esa recopilación de escritos periodísticos, manifiesta en repetidas ocasiones su creciente amargura hacia Europa. Los europeos son incapaces de comprender a Rusia, asevera. Incluso los que intentan «aprehender nuestra esencia rusa» se esfuerzan en vano;

«nunca llegarán a entender...».

Pero Dostoievski se consideraba cristiano en la práctica. D. S. Mirsky, historiador de la literatura, habla de «la naturaleza racional y pragmática de su cristianismo». Una afirmación de ese tipo sobre alguien que confiesa abiertamente su odio contra franceses, alemanes y polacos le deja a uno pensativo. El cristianismo previene de forma específica contra eso. Los no cristianos han comprendido hace mucho la dificultad —mejor dicho, la imposibilidad de cumplir ese mandamiento. Resulta casi innecesario añadir que los cristianos también lo han entendido. Si digo «casi» es porque la mezcla de nacionalismo y cristianismo no resulta fácil de entender. ¿Podía Dostoievski amar más a los rusos porque odiaba a los alemanes? ¿Sería necesario fijar un límite a la cantidad de personas que puede quererse? Los lectores modernos, conocedores de la psicología del siglo xx, no se sorprenden de que la capacidad de odiar incrementa también la capacidad de amar. El duque de Saint-Simon dijo hace mucho que el amor y el odio se alimentaban de un mismo nervio. Pensamiento que William Blake también expresaba con meridiana claridad, y que Dostoievski no desconocía. Pero sus opiniones personales no tenían un carácter racional. Como artista, era racional y además sensato.

Un detalle curioso: hacia el final de su carrera, en su correspondencia con su amigo, el infame reaccionario Pobedonostiev, Dostoievski se refirió una vez al problema que afrontaba en la composición de *Los hermanos Karamázov*. Acababa de terminar la parte de *Los hermanos* en la cual Iván declara sus dudas acerca de la existencia de Dios, ofreciendo devolver su «entrada» al Creador. Tras presentar sólidos argumentos a favor del ateísmo, Dostoievski preparaba la respuesta de la fe. Para ello recurrió al padre Zosima. Esperaba, confiesa a Pobedonostiev, evitar la polémica, que él no consideraba «artística». Responder artísticamente significa hacer plena justicia, respetar proposiciones y armonías de las que periodistas y polemistas no tienen que preocuparse. En la novela, Dostoievski no puede dar paso a juicios personales crueles, inmoderados y arbitrarios. Las convicciones del escritor, aun rayando en el fanatismo, deben moderarse con la verdad.

El grado en que el autor pone a prueba las propias creencias y las expone a la destrucción da la medida de su valor como novelista.

Conversación con El Chico Amarillo

(1956)^[13]

«Yo siempre he llevado un prendedor de perlas en la corbata», dice Weil, *el Chico Amarillo*. El Chico, que ya tiene más de ochenta años, es un elegante caballero chapado a la antigua; le gustan las frases sonoras y habla sin prisas. Siendo uno de los mayores estafadores de su tiempo, ha renegado públicamente del delito y anunciado su jubilación. Una hija suya insiste en que se vaya con ella a Florida a pasar los años que le quedan de vida, pero él prefiere Chicago. Dirá que no conoce un sitio mejor, pese a que ha vivido en muchos lugares. Chicago es su hogar.

Mientras charlábamos de pie en el vestíbulo del edificio Sun-Times no hace mucho, un joven fotógrafo se acercó corriendo, le rodeó con el brazo los estrechos y viejos hombros, y lo saludó afectuosamente:

—¡Qué hay, Chico! ¿Cómo te va, Chico?

En tales momentos, su viejo semblante barbudo se ilumina con una sonrisa de enorme placer, en la que se deslizan también tintes de modestia y timidez. Los periodistas, los camareros de la barra, las camareras de las mesas, todos lo conocen. Los viejos intelectuales del barrio de Bughouse Square, especie en vías de extinción, lo respetan. Agentes inmobiliarios, abogados y hasta jueces y banqueros, lo saludan de vez en cuando. ¿Por qué iba a irse a vivir a otro sitio? Nació en Chicago, ahí empezó su carrera.

Fue John Coughlin *el Baños*, primitivo concejal e ilustre cacique, quien le puso de mote *El Chico Amarillo*. El Baños había empezado trabajando de masajista en el viejo hotel Brevoort. Cuando se hizo poderoso, el orgullo no le impedía hablar con un joven del estilo de Joe Weil, como llamaban a El Chico por entonces. Weil acudía con frecuencia al bar de Coughlin. Una de las primeras historietas cómicas, «El callejón de Hogan y El Chico Amarillo», aparecía por entonces en el *New York Journal*, al que Coughlin estaba abonado. Weil la seguía apasionadamente, y El Baños le guardaba los periódicos.

—Vaya, pero si eres clavado a El Chico —aseguró Coughlin un día, y Weil se quedó con el apodo.

El Chico está ahora muy delgado, y eso le sienta muy bien. Su barba se parece mucho a la que llevaba el difunto senador James Hamilton Lewis, un auténtico dandy. Es corta, de punta redondeada y peinada en dos partes, blancas y tiesas. Bajo la barba, se entrevé el mentón de El Chico, un mentón de anciano. Se diría que estamos ante un viejo y alegre charlatán a quien le gusta contar su pasado delictivo, hasta que reparamos en los labios, finos y enérgicos, angulosos bajo el vello trémulo de la vejez. Es la boca de un hombre imperioso.

En sus tiempos ha debido de ser muy imponente. Ahora tiene algo de

atildamiento echado a perder. Lleva los zapatos muy bien lustrados, aunque no en perfecto estado. Su traje es de un tejido a toda prueba; ha ido demasiadas veces a la tintorería, pero está planchado estupendamente. Su camisa debe de ser de los tiempos de su prosperidad, pues le ha encogido el cogote pero le sobra cuello. Es de cuadritos verdes; la corbata y el pañuelo del bolsillo son de un tono a juego. Su rostro menudo es límpido y animado. Una larga práctica de insinceridad le da ventaja; no siempre resulta fácil saber lo que se propone.

Sus estafas le han procurado millones de dólares, pero se ha arruinado tantas veces como fortunas ha ganado, invirtiéndolas en empresas legítimas. Esa es una de sus ironías favoritas, y vuelve a menudo a ella. Su mujer se pasó la vida insistiendo en que volviera al buen camino. Él la quería —sigue hablando de ella de un modo conmovedor—, y por ella intentaba reformarse. Pero nunca lo consiguió. En todos los negocios honrados que emprendía parecía haber una maldición, ya fuera regalar pianos a cambio de puntos por comprar café o alquilar el circo Hagenbeck-Wallace. Era como si una voz interior le advirtiera de que debía seguir siendo un timador, y él procuraba no desoír el consejo.

Los años no han suavizado su opinión sobre las víctimas de sus estafas. Por supuesto que era un timador, pero los «primos» que desplumaba con ayuda de sus cómplices no eran personas honradas.

—Nunca he engañado a un hombre honrado —afirma—, solo a granujas. Quizá fueran respetables, pero no eran nada buenos. —Y así es como resume la cuestión—: Querían sacar algo sin dar nada a cambio. Yo no les di nada pero les saqué algo.

Lo dice con toda claridad y en tono serio; no es una persona compasiva. Quiere justificar sus delitos, no cabe duda, pero aparte de eso está convencido de que no existen hombres honrados. Se presenta como un Diógenes cuya incesante búsqueda de la honradez absoluta ha concluido en decepción. Aunque en realidad, jamás confió en encontrarla.

Es pensador, El Chico, y también lector. Parece que sus autores favoritos son Nietzsche y Herbert Spencer. Este último siempre ha sido el preferido de los filósofos autodidactas de la región central del país, esa especie en extinción. En el decenio de 1920, El Chico formaba parte de un grupo bohemio de discusión en el Near North Side llamado el Club de los Pepinillos en Vinagre. Hace mucho que los vientos de la vulgaridad dispersaron esa cuadrilla —poetas, pintores y chalados— de excéntricos ciudadanos. En otro tiempo, Chicago prometía convertirse en un segundo Londres, pero no pudo ser; proliferaron boleras y bares, pero no librerías. Nueva York y Hollywood se llevaron a los artistas. La muerte hizo el resto. Herbert Spencer también estaba destinado al cubo de la basura.

Pero El Chico sigue siéndole fiel; pasa la velada con sus libros —eso dice al menos—, meditando sobre las normas sociales, las promulgadas y las otras, el poder y la debilidad, la justicia y la historia. No creo que a El Chico le gusten los débiles, y desde luego le desagradan mucho los poderosos, sobre todo los políticos y los

banqueros. Contra los banqueros alberga un arraigado prejuicio.

—Casi nunca están limpios —sostiene—. Sus actividades suelen rozar los límites de la ley.

Las crepusculares fronteras de la legalidad atraen la inteligencia sutil de El Chico. No hace mucho lo detuvieron como sospechoso en el vestíbulo del hotel Bismarck. Solo estaba charlando con uno de los clientes del hotel, me aseguró, pero el gerente, receloso, llamó a la brigada criminal. El Chico está acostumbrado a esas pequeñas injusticias, que no lo ofenden ni perturban su serenidad. En el tribunal escuchó atentamente el asunto anterior al suyo, el de un corredor de apuestas.

—¿Por qué hay que multar a ese hombre? —preguntó El Chico cuando le tocó subir al estrado—. ¿Por qué se le castiga por apostar cuando está permitido dentro del recinto del estadio?

El juez, al oír las palabras de El Chico, se puso muy nervioso. Contestó que el Estado percibía impuestos del hipódromo.

—Yo pagaría impuestos al Estado con mucho gusto —repuso El Chico—, con tal de que pudiera alquilar un edificio donde las estafas fuesen legales. Supongamos que el Estado me otorgara una licencia. Los timadores que operasen fuera de mi edificio correrían el riesgo de que los detuvieran y metieran en la cárcel. Los de dentro, corredores autorizados, estarían a salvo. Es la misma lógica, Su Señoría.

Según El Chico, el juez no le dio una «respuesta convincente».

Puede que su hostilidad hacia los banqueros obedezca al secreto convencimiento de que él habría sido mejor profesional que cualquiera de ellos. Para llevar a cabo sus estafas, muchas veces representaba el papel de banquero. Provisto de falsas referencias de Wall Street, embaucaba al director de algún banco rural, que con mucho gusto le permitía utilizar sus locales. Con frecuencia, El Chico encontraba un pretexto para sentarse en el despacho del director. Sus víctimas, al entrar y verlo sentado tras la enorme mesa de caoba, lo tomaban por el director.

En cierta época El Chico fue efectivamente directivo de un banco, el American State Bank, en la calle South La Salle de Chicago. John Worthington, *el Grande*, estafador con un gran parecido a J. Pierpont Morgan, y él obtuvieron una participación mayoritaria a cambio de unos setenta mil dólares. El Chico se convirtió en vicepresidente. Puso en práctica una estafa de letras de cambio con la que ganó alrededor de trescientos mil dólares. No lo descubrieron. En otra ocasión, El Chico alquiló un edificio vacío de un banco donde instaló a sus compinches. Estos dieron apariencia de actividad al local, ingresando dinero falso y sacos llenos de lingotes de plomo. A El Chico no le resultaba difícil embaucar a la víctima, engañada por todo aquel movimiento. Una vez, alquiló unos despachos en el centro del distrito financiero de Chicago. Contrató a alumnas de una escuela de secretariado que fingieron estar muy atareadas. Pasaban a máquina nombres de la guía telefónica.

Unas veces El Chico interpretaba el papel de médico, y otras de ingeniero de minas, profesor o geólogo. O bien, durante la Primera Guerra Mundial, de

representante financiero de las potencias centrales (Alemania y el Imperio austrohúngaro). Ponía en circulación revistas y libros de los que quitaba las fotos que venían al caso para sustituirlas por otras suyas. A lo largo de toda su vida ha vendido propiedades inexistentes, concesiones que no poseía, y proyectos quiméricos a gente avariciosa.

A consecuencia de tales actividades El Chico acabó alguna que otra vez en la cárcel —cumplió condena en Atlanta y Leavenworth—, pero según dice, y no hay por qué no creerle, rara vez se ha aburrido en la vida. La «policía y la prensa diaria» calculan que sus ganancias ascienden en total a unos ocho millones de dólares. La mayor parte de ese dinero lo ha perdido en malas inversiones o dilapidado dándose la gran vida. Le encantaban las fiestas desenfundadas, las coristas, las cenas con champán, los viajes a Europa. Se hacía la ropa a medida en Bond Street o en Jermyn Street. Su guardarropa inglés sigue estando de buen ver; la verdadera calidad nunca pasa de moda. Pero ya ha desaparecido casi todo lo demás.

—Antes de llegar a la madurez —cuenta El Chico—, me enamoré de una joven de una belleza verdaderamente extraordinaria. La llevé a cenar una noche a casa. Mi madre —añade con orgullo en el barbudo semblante, mirándome gravemente con sus ojos de un azul difuso— era famosa por su perfección en el arte culinario. Nos preparó una cena espléndida, y después me dijo: «Joseph, esa joven es muy hermosa. Es tan bella que no puede ser para ti. Se la llevará algún millonario». A partir de aquel momento tomé la determinación de que yo también sería millonario. Y lo he sido.

El ingrediente sexual que conlleva la riqueza, me confesó El Chico, siempre lo ha atraído poderosamente.

—Yo era de constitución muy frágil, incapaz de realizar trabajos pesados. Sabía que no podía deslomarme como hacían otros. ¿De qué iba a vivir? Mi fuerza radicaba en las palabras. Hablando era el amo. Además, era incapaz de llevar una vida insípida y monótona. Necesitaba animación, variedad, peligro, estímulo intelectual.

»Era buen psicólogo —prosigue—. Mi ámbito era el espíritu humano. Un profesor chino con el que estudié una vez me dijo: “La gente siempre se ve en ti”. Teniendo eso presente, me metía en la vida de los primos. El que se rige por una idea goza de una gran superioridad sobre los demás. Ganar dinero no es una idea; eso no cuenta. Me refiero a una idea de verdad. Es muy sencillo. Mi objetivo era invisible. Cuando me miraban a mí se veían a ellos mismos. Yo solo les mostraba sus propias intenciones.

Ya no existen caballeros de industria de esa clase, afirma el gran estafador, celoso tal vez de su prestigio. ¿De dónde van a salir? La gran masa de la humanidad engendra individuos obedientes que manifiestan su protesta por medio de la violencia, no con el ingenio. Además, el estafador nato o de talento se siente atraído hacia la política. ¿Por qué ser un ladrón, un fugitivo, cuando la sociedad te puede dar la llave de la caja fuerte donde se guardan los fondos públicos robados? El gobierno

de Estados Unidos, según El Chico, dirige la mayor operación de donativos de la historia.

En una ocasión El Chico intentó fundar una república independiente en un pequeño islote hecho con tierra de acarreo en medio del lago Michigan. Esperaba tener derecho a que le concedieran ayudas internacionales.

Personaje de importancia, figura pública en cierto modo, elegante y filósofo, El Chico afirma que ahora se dedica a las buenas obras. Pero la brigada criminal no lo pierde de vista. Me cuenta que no hace mucho iba paseando por la calle con cierto prelado. Hablaban de organizar una colecta en la parroquia cuando, de pronto, un coche de la brigada pasó despacio por su lado y uno de los inspectores le espetó:

—¿Qué andas tramando, Chico?

—Solo le estoy echando una mano a monseñor. Es un asunto legal.

El prelado aseguró que era cierto.

El inspector se volvió hacia él.

—Oye, tú —le dijo—, ¿es que no te da vergüenza vestirme de cura para montar una estafa?

Solo con pensarlo le dio tanta rabia, que se llevó a los dos a comisaría.

El Chico rio queda y largamente sobre el error del poli; lleno de arrugas, con barba, sardónico y encantado, en aquel momento tenía el aspecto de un diablillo.

—Se niegan a creer que me he reformado —observó.

La psicología de un poli, según El Chico, es estricta, intransigente y primitiva. Niega que una persona sea capaz de cambiar.

Bueno, eso en lo que se refiere a la policía: incurable, irremediablemente estúpida. Pero ¿y los delincuentes? El Chico tampoco tiene en mucho aprecio la inteligencia criminal. ¿Y cómo ve el mundo del hampa a los caballeros de su rango?, le pregunté. Los gánsteres y los ladrones sienten aversión por ellos, contestó. No les tienen confianza, y en algunos casos adoptan hacia ellos un curioso punto de vista moral. Demasiado intelectuales para ellos.

—La actitud que me manifiestan los delincuentes de la peor calaña es muy interesante —añadió—. Siempre me han evitado o me han tratado con suma frialdad. Nunca olvidaré lo que me dijo un atracador sobre las relaciones que establecíamos con nuestras respectivas víctimas. Él me consideraba culpable de la mayor inmoralidad. Lo peor de todo, en su opinión, era que me mostraba abiertamente, en pleno día, a los primos que desplumaba. «Pero —rezongó con una expresión indescriptible—, si hasta te acercas a ellos. ¡Te ven la cara!». Eso le parecía el peor de los engaños. Tales son sus principios éticos —concluyó El Chico—. Desde su punto de vista, hay que aproximarse subrepticamente a la gente para robarle la cartera o entrar en su casa sin que te vean, pero mirarla a los ojos, ganarte su confianza, eso es indecente.

Nos despedimos en la bulliciosa Wacker Drive, cerca del puente de la calle Clark. En cuanto dejé de escuchar a El Chico, oí la voz de la ciudad. Chicago cambia sin

cesar, asombrando a sus antiguos habitantes. Los tranvías, por ejemplo, son diferentes. Ya no se ven aquellos vehículos rojos, gigantescos, de aire maligno, empeñados en embestirte como toros salvajes. Los nuevos son verdes y pasan zumbando como libélulas. Emitiendo destellos y suaves ruidos eléctricos, uno de ellos adelantó a El Chico, que caminaba hacia el Loop. Elegante y con paso firme, barba y sombrero agitados por el viento, era, junto al tranvía, la viva imagen de la tradición urbana.

SEGUNDA PARTE

Los escritores, los intelectuales y la política

El tesoro sellado

(1960)^[14]

Hace unos años recorrí el estado de Illinois en busca de documentación para un artículo. Hacía un luminoso tiempo otoñal; el maíz estaba alto, surcado por carreteras rectas y llanas en las que era imposible no conducir a toda velocidad. Fui de Chicago a Galena y luego al sur, cruzando el centro del estado hacia Cairo y Shawneetown. Aquí y allá, en algunas regiones mineras y en las ciudades despobladas del Mississippi, había señales de miseria y depresión, pero tenían el sabor de lo lejano y ya olvidado, porque el resto del territorio era de una riqueza deslumbrante. «El paraíso del cerdo —me dijeron algunos—. Nunca ha habido nada igual». Las tiendas rebosaban de artículos y de clientes. En los campos se veían las cosechadoras más nuevas; en las casas, lavadoras, secadoras, congeladores y frigoríficos, aparatos de aire acondicionado, aspiradoras, batidoras, licuadoras, televisores, radios y tocadiscos estereofónicos de alta fidelidad, abrelatas eléctricos, novelas condensadas por el *Readers' Digest* y revistas del corazón. Frente a las casas, coches relucientes de colores vertiginosos, como naves del espacio exterior.

Y en Egipto, como se denomina a la estrecha parte sur del estado, una mujer negra, la cabeza ceñida con un anticuado pañuelo, me adelantó en su Packard granate con un bull terrier afectuosamente instalado sobre su hombro. Al menos en eso había cierta sensación de mezcla de lo viejo y lo nuevo. En su mayor parte, todo era de lo más flamante. Iglesias y supermercados eran del mismo diseño moderno. En el cielo, los granjeros pilotaban avionetas de su propiedad. Los obreros jugaban a los bolos en boleras con pistas de madera noble, donde se indicaban los plenos y los bolos volvían a ponerse en pie mediante dispositivos eléctricos. Hace cincuenta años, Vachel Lindsay, el poeta de Illinois, visitó esos pueblos predicando el Evangelio de la Belleza e instando a la gente a construir la Nueva Jerusalén.

Salvo por la arteria principal, las calles estaban mortalmente vacías, y por la noche hasta la calle mayor se encontraba casi desierta. Inquietos adolescentes se congregaban en las heladerías o merodeaban frente a las sierras mecánicas, sillones vibratorios, motores fuera borda y trituradores de basura expuestos en los escaparates. Todo eso, como un espíritu tutelar, reinaba silenciosamente en la noche.

Algunos ingredientes importantes de la vida brillaban por su ausencia.

Me habían encargado un artículo sobre Illinois, pero ¿cómo iba a distinguirlo de Indiana, Michigan, Iowa o Missouri? La arquitectura y el mobiliario de las casas eran del mismo estilo, las mismas máquinas ordeñaban a las vacas, los programas transmitidos por la CBS y la NBC eran los mismos en el Rockford de Illinois que en Danbury, en Connecticut, y en Salt Lake City, en Utah. Las revistas, los peinados, los aderezos de ensalada, las estrellas de cine no eran simplemente norteamericanos, sino

internacionales. ¿Qué distinguía la cómoda existencia de la clase media de Illinois de la de Colonia o Frankfurt, sino leves diferencias en el menú o en el corte de la ropa?

—¿Qué hace la gente por aquí? —pregunté.

—Trabaja.

—¿Y cuando no trabaja?

—Ve la tele. Juega unas manos de póquer, canasta o ginrummy.

—¿Y qué más?

—Se reúne en el club. O va al autocine. Juega un poco al béisbol. Arma algún pequeño alboroto. Va a la bolera. Se toma unas copas. Arregla cosas en casa, se entretiene con alguna máquina. Enseña a los chavales a jugar al béisbol. Es monitor de cachorros en los *boy scouts*.

—Sí, pero ¿qué hace?

—Mire usted, señor, le estoy diciendo lo que hace. ¿Qué más quiere que le diga?

—Bueno, es que estoy escribiendo un artículo de cómo se vive aquí.

—¡Así que es eso! Pues vaya manera de perder el tiempo. De aquí no hay nada que escribir. Aquí no hay nada que hacer, ni en ninguna otra parte de «Ellinois». Es un aburrimiento.

—No puede haber millones de personas sin hacer nada.

—Ya se lo he dicho, haría mejor en escribir sobre Hollywood, Las Vegas, Nueva York o París. Ahí sí que se divierte la gente.

Tuve montones de conversaciones parecidas.

¿Acaso los nuevos objetos habían absorbido por completo la vitalidad de todas aquellas personas? ¿Se había apoderado de ellas un poder superior de inventiva y producción, paralizando todas las facultades que no necesitaban? ¿O es que la antigua comprensión de la realidad se basaba en la amenaza del hambre y en la continua necesidad de trabajar sin descanso? ¿Era posible que el aburrimiento de que se quejaba la gente fuese en realidad un insoportable entusiasmo suscitado por la enormidad del cambio?

Fui a las bibliotecas públicas y no me sorprendí al averiguar que la buena literatura estaba muy solicitada y que en el centro de Illinois había gente que leía a Platón, Tocqueville, Proust y Robert Frost. Eso me lo esperaba. Pero lo que no llegaba a entender era el sentido que para aquellos lectores aislados tenían los libros que se llevaban en préstamo. ¿Con quién los comentaban? En el club de campo, la liga de bolos, clasificando las cartas en la oficina de correos, o en la fábrica, por encima de la cerca del jardín, ¿cómo sacaban a relucir la justicia de Platón o la memoria de Proust en la conversación? La vida cotidiana no les daba muchas ocasiones para hablar de eso. «No puede haber millones de personas sin hacer nada». De eso estaba completamente seguro. Pero para una mujer de Moline, en Illinois, la inteligencia o la cultura tenía que ser necesariamente un secreto, casi un vicio íntimo. Sus amigas del club de bridge encontrarían muy curioso el hecho de que se interesara en tales cosas. Puede que no se lo revelara a su hermana, ni siquiera a su marido.

Sería su hallazgo personal, su tesoro siete veces sellado, su fuente de energía interior.

«En las democracias, la lengua, el atuendo y la actividad cotidiana de los hombres repugnan a las concepciones ideales», aseveraba Tocqueville. Decía más cosas, pero de momento nos basta esa frase. Añadamos simplemente que esos hombres, o algunos de ellos, leerán la *Divina comedia*, *La tempestad* y *Don Quijote*. ¿Qué impresión sacarán de esas obras? Unos las mezclarán con producciones televisivas. Otros les quitarán importancia. Nuestra comprensión de esas obras (ya es hora de prescindir de la tercera persona) será ciertamente errónea. Pero no dejarán de conmovernos. Es decir, no hemos perdido capacidad para reconocer la grandeza humana. Y no se trata del mosquito que contempla al elefante. No somos miembros de especies diferentes. Sin cierta simpatía innata, no podríamos leer a Shakespeare ni a Cervantes. En la novela de nuestro tiempo, esa capacidad de comprender las más grandes cualidades humanas parece dispersa, transformada o enteramente oculta. La moderna sociedad de masas no tiene sitio para esas cualidades, ni vocabulario, ni ceremonia (salvo en las iglesias) que las hagan públicas. De manera que siguen perteneciendo al ámbito privado, donde se mezclan con otras cosas íntimas que nos molestan o avergüenzan. Pero no se han perdido. La vendedora de Moline, en Illinois, irá a la biblioteca y tomará prestado *Ana Karenina*. Esta sociedad, con sus titánicos productos, nos condiciona pero no puede desnaturalizarnos totalmente. Obliga a esconderse a determinados elementos del genio de nuestra especie. En Norteamérica, tales elementos ocultos adquieren formas secretas, curiosamente personales. Unas veces corrompen a la gente; otras la impulsan a actuar con sorprendente generosidad. En conjunto, no se los encuentra en lo que denominamos nuestra Cultura.

No están en la calle, en la tienda, en el cine. Son los ingredientes que faltan.

El mayor peligro, ya lo advertía Dostoievski en *Los hermanos Karamázov*, es el hormiguero universal. D. H. Lawrence consideraba que la gente corriente de nuestras ciudades industriales se asemejaba a la gran población de esclavos de los imperios antiguos. Joyce estaba convencido al parecer de que lo que acontecía al hombre de la calle, su vida exterior, no era lo bastante interesante para narrarlo. En su prefacio a *Solitaria*, del filósofo ruso Rozanov, James Stephens afirmaba que el novelista se esfuerza en mantener vivos artificialmente sentimientos y estados de ánimo extintos en el mundo moderno, dando a entender que no hacemos sino halagar a los enanos revistiéndolos con las pasiones de gigantes muertos.

Manipulación de la mente, lavado de cerebro e ingeniería social son solo los más recientes avances en una evolución largo tiempo intuida por los escritores del mundo civilizado. Al leer a los mejores novelistas de los siglos XIX y XX, pronto caemos en la cuenta de que lo que intentan de diversa manera es establecer una definición de la naturaleza humana, justificar la continuación de la vida así como la composición de novelas. Nos guste o no, dice Dostoievski, somos libres por naturaleza y, bajo el acicate del sufrimiento, debemos elegir entre el bien y el mal. Y Tolstói afirma que en la naturaleza humana hay una necesidad de verdad que jamás le permitirá

establecerse de modo permanente en la falsedad o la irrealidad.

Pienso que los novelistas que adoptan la visión más amarga de nuestra condición moderna sacan mejor partido del arte de la novela. «¿Acaso cree —replica Flaubert a un corresponsal que se ha quejado de *Madame Bovary*— que esta innoble realidad, cuya reproducción tanto le disgusta, no me oprime el corazón tanto como a usted? Si me conociera mejor, sabría que abomino de la existencia ordinaria. Personalmente, siempre me he alejado de ella cuanto he podido. Pero estéticamente he querido esta vez, solo esta vez, sondear sus profundidades».

El arte del escritor trata de compensar la desesperación o la mediocridad de la existencia. Por algún método oculto, el escritor conecta con los sentimientos y las concepciones ideales de los que apenas quedan indicios en la existencia ordinaria. Algunos novelistas, los naturalistas, en su deseo de mantener el contacto con el mundo que los rodea, lo apuestan todo a esa existencia ordinaria. Muchos de ellos se han convertido en el mejor de los casos en meros instrumentos de registro y, en el peor, se han dedicado, de manera repugnante, a halagar a la multitud. Pero la mayor parte de los novelistas modernos ha seguido la pauta de Flaubert, el criterio estético. La conmoción causada por la pérdida de la fe, sostiene el profesor Heller en *The Disinherited Mind* [La mente desheredada], hizo adoptar a Buckhardt una visión estética de la historia. Si está en lo cierto, el esteticismo va acompañado de un agudo sentimiento de decepción. Flaubert se quejaba de que el mundo exterior era «asqueroso, agobiante, depravado y brutal... Estoy tendiendo hacia una especie de misticismo estético».

Insisto en Flaubert porque la relación entre Yonville en Normandía y Galesburg en Illinois se está haciendo cada vez más estrecha; porque Flaubert creía que el escritor, a través de su estilo y sus imágenes, debe aportar las cualidades humanas que faltan en el mundo exterior. Y como todos nos hemos formado con ese método, somos como la señora aislada de Moline cuya sensibilidad es su tesoro oculto bajo siete sellos.

La insatisfacción por su elemento humano es algo intrínseco a la novela contemporánea. Se da por supuesto que la sociedad no puede dar al novelista temas y personajes «adecuados». Por tanto, la humanidad esencial de la novela debe ser la propia del escritor. Su fuerza, su virtuosismo, sus dotes poéticas, su lectura del destino están en el centro de su obra. Se invita al lector a que dirija su simpatía hacia el autor en vez de a los personajes, lo que le convierte a su vez en una especie de novelista.

El insistente propósito estético de novelistas como Flaubert, Henry James, Virginia Woolf y James Joyce resulta a veces tiránico. Condiciona en exceso la situación de los personajes. La poesía y la profundidad nos compensan con creces, pero en muchas ocasiones parece como si el escritor estuviera desprovisto de toda

prerrogativa salvo la de observar y desesperar. En realidad, sin embargo, dispone de un grandísimo poder. ¿Es posible que los relatos del Oeste, los policíacos, las películas, los seriales y las confesiones verdaderas puedan usurpar esa potestad y ocupar su sitio para siempre? No lo es, a menos que la naturaleza humana sea maleable hasta el extremo y se la pueda acostumar a pasarse sin su antiguo sustento.

Una obra de ficción se compone de una serie de momentos durante los cuales participamos de buen grado en las experiencias de otros. Ahora bien, como se apunta en un reciente artículo de la *Hudson Review*, «la exuberante convicción de que la vida particular de *otro* encierra toda la verdad y potencialidad humana» debe ser compartida por el novelista y el lector. Digamos, y nos quedamos cortos, que la sociedad moderna no suele inspirar esa exuberante convicción. Hemos aprendido a mentirnos sobre eso. Los norteamericanos, con un blando optimismo, mienten sobre el amor que se profesan mutuamente. Mi informante de Illinois decía la verdad cuando afirmaba que su vida era aburrida, pero se habría comportado como un tremendo hipócrita ante la pregunta de si quería a su vecino. Entonces habría seguido los principios sociales para contestarme que sentía por él un amor sin límites.

D. H. Lawrence expone la cuestión con claridad meridiana: «El corazón comprensivo está desgarrado —escribe—. Nos tapamos la nariz para no oler nuestra mutua pestilencia». Es decir, no nos resulta fácil aceptar nuestra propia existencia individual ni la de los demás. Y eso es culpa de nuestra moderna civilización, añade. No tenemos más remedio que estar de acuerdo en principio, pero el asunto es tan serio que debemos tener cuidado para no exagerar. Nos va la vida en ello. Sí, hay buenos motivos para la repulsión y el miedo. Pero la repulsión y el miedo empañan nuestro juicio. La angustia rompe la proporción de las cosas, y el sufrimiento hace que perdamos la perspectiva.

Habría que ser optimista hasta el punto de la imbecilidad para enarbolar el estandarte de la Afirmación y decir «Sí, sí» a voz en grito contra el amplio trasfondo de los «No». Pues el corazón comprensivo está desgarrado algunas veces, pero no siempre. Es temerario decir «desgarrado»; es absurdo decir «entero y perfecto». En ambos extremos tenemos el blanco y negro de la paranoia.

En cuanto al novelista, ha de proceder con cuidado y modestia. No tiene que lamentar el mal general por motivos puramente literarios. El mundo no le debe nada, y no le corresponde indignarse con él en nombre de la novela. Que no espere que la vida se reduzca a la estabilidad para complacerlo o satisfacer sus ambiciones. O bien, como Flaubert, que «aborrezca la existencia ordinaria». Pero no debería caer en la desesperación por nimiedades. Uno de los elementos que ha heredado del romanticismo es la sensibilidad hacia lo feo y lo trivial, común origen de gran parte de la calderilla de la narrativa moderna: los dientes torcidos, la ropa interior sucia, el burócrata con forúnculos. De ahí viene una indebida mediocridad convencional, una amargura hacia la existencia que no es sino simple moda.

El enorme incremento de la población parece haber empequeñecido al individuo. Lo mismo que la física y la astronomía modernas. Pero podemos situarnos entre una grandeza ficticia y una falsa insignificancia. Al menos podemos dejar de presentarnos una imagen tergiversada de nosotros mismos y comprender que en este mundo solo podemos ser humanos. Estamos provisionalmente tocados por el milagro y se nos va un poco la cabeza.

Hechos que ponen la imaginación en fuga

(1962)^[15]

He leído en alguna parte que en los primeros tiempos del cine, un minero de Alaska se precipitó a la pantalla para zurrar al malo con la pala. Probablemente estaba borracho, pero no por eso su reacción dejaba de ser significativa. Aquel hombre había considerado razonable atravesar miles de kilómetros para desenterrar tesoros en un yermo helado. Dinero, tierras, pieles, joyas, champán, puros, sombreros de seda, todo eso debía de parecerle materia legítima de su fantasía. Pero en su cabeza no había lugar para esa nueva especie de operación mental. Le parecía, evidentemente, que si aquel individuo se había tomado la molestia de atar a la vía a la maltratada heroína, no era para gastar una broma. En su intelecto solo había cabida para objetos reales. Así, con la misma pala buscaba oro y golpeaba las sombras.

Pocos cometen ese error en forma tan primitiva, pero casi nadie está libre de ello. Comprendemos, naturalmente, que el arte no copia a la vida sino que se limita a tomarla en préstamo para sus propios fines específicos. A los norteamericanos, sin embargo, no siempre les resulta fácil establecer esa distinción. Para nosotros, la maravilla de la vida está tejida de hechos verdaderos, y a lo real dedicamos la mejor parte de nuestro ingenio. Eso imprime a la realidad un carácter mágico y hasta sagrado, lo que hace al realismo norteamericano muy distinto del europeo. En nosotros, el interés del lector y a menudo el del autor también, deriva siempre hacia los hechos.

La imaginación no factual también se remite a los hechos. Pidan a una mujer que describa a su hijo, y probablemente les dirá con orgullo que mide un metro ochenta y pesa cien kilos, que gasta un cuarenta y ocho de zapato, que toma cuatro huevos para desayunar y un filete de un kilo para comer. Su amor, en resumen, adopta con frecuencia una forma estadística. Hace años, en Chicago, iba a oír a Taylor *el Hechos y Cifras*, negro de gran talento que entretenía a entusiasmadas multitudes en el Parque Washington recitando las estadísticas que memorizaba en la biblioteca pública.

—¿Queréis saber a cuánto ascendieron las exportaciones de la industria siderúrgica en 1921? Entonces, escuchad.

—¡Díselo, Hechos y Cifras! ¡Machácalos!

La gente que no es especialmente amiga del arte puede reconciliarse con él gracias a los elementos fácticos: descripciones del apresto o la preparación del lienzo, método de aplicar las pinturas, valor de la obra en dólares. Se siente uno más predispuesto hacia un cuadro que valga diez mil dólares —los colores originales de fábrica untados con una brocha de quince centímetros—, que hacia otro que no haya recurrido a las formas imperantes en la imaginación. Al aficionado al teatro le gustará

saber que tras el salón representado en el escenario hay cocinas o baños totalmente amueblados que nunca se verán pero que están ahí para dar la tranquilizadora sensación de espacio íntegro o cerrado. La imitación será absolutamente auténtica. Como tenemos un gusto muy marcado por el trasfondo sólido, por la documentación, la precisión, la verosimilitud, a menudo confundimos los límites entre el arte y la vida, entre la historia social y la ficción, entre el cotilleo y la sátira, entre las noticias periodísticas y el hallazgo artístico.

La garantía de realidad que exigen en la ficción tanto el editor como el público, a veces resulta bárbara al autor. ¿Por qué esa tremenda insistencia en la precisión fáctica? «Nuestros lectores querrán saber —dirá a veces un editor— si la información que se les da es correcta». El departamento de investigación hará entonces indagaciones. ¿Cuántos pisos tiene realmente el hotel Ansonia? ¿Se ve la antena de televisión desde la esquina de la avenida West End con la calle Setenta y dos? ¿Cuánto vale el Librium en la farmacia? ¿Qué clase de mostaza utilizan en Nedicks? ¿Sale apretando un envase de plástico o se pone con una cucharita de madera?

Esas preguntas demenciales serán las que hagan los lectores, compulsivamente. Los editores saben que sus errores terminarán detectándose. No solo se lo dirán los chalados y los pedantes, sino también los especialistas, los eruditos, la gente con experiencia «en ese ámbito», las organizaciones profesionales y las agencias de relaciones públicas, las personas que se erigen en defensoras de la pureza de los hechos.

Los productores cinematográficos consultan a arqueólogos e historiadores a la hora de rodar películas de romanos. Mientras las cuadrigas sean copias fidedignas, el fuego griego fuego de verdad, qué más da que uno se lleve las manos a la cabeza al oír el diálogo, que el tema religioso se conciba a base de música sacra e iluminación sutil. Enseguida resulta evidente que el protagonista no es Ben-Hur, ni Espartaco, sino la Técnica. El arte basado en la simple ilusión constituye una de las formas más vulgares del arte, y es el que Hollywood ha llevado a la perfección con su dominio de los medios técnicos.

El método realista hizo posible escribir con seriedad y dignidad sobre las situaciones normales y corrientes de la vida. En Balzac, Flaubert y los grandes maestros rusos, los exteriores realistas tendían a llevar hacia el ámbito interior. Supongo que podría decirse que, hoy, esos dos elementos, lo exterior y lo interior, se han escindido.

En lo que denominamos novela sentimental, la intención del autor es conducirnos al interior de una conciencia independiente que este gobierna de modo absoluto. En la novela realista contemporánea, el autor se contenta con un arte de exteriores. O bien supone que al describir los zapatos de un personaje nos dice todo lo que necesitamos saber sobre su alma, o bien los zapatos le interesan más que el alma. Los maniáticos de las menudencias que escriben cartas al editor son más bien tipos raros y curiosos a los que no hay que tomar demasiado en serio, pero la actitud del autor hacia los

detalles exteriores es un asunto delicado.

Los hechos pueden motivar profundamente a un autor, y en Estados Unidos contamos con una poesía del hecho: los detalles del trabajo en Walt Whitman, la ciencia de la navegación en Mark Twain, las descripciones técnicas en los relatos de pesca de Hemingway. Pero en todos los casos, lo que cuenta son las motivaciones del autor. Sin eso, los hechos no son más interesantes de lo que serían en un manual de navegación fluvial o en un catálogo de los almacenes Sears Roebuck. Lo que ocurre ahora, es que la motivación intrínseca de los hechos mismos se ha intensificado, y la imaginación literaria debe rivalizar con el poder de lo real. En Estados Unidos, hoy parece que los hechos prevalecen totalmente sobre la imaginación.

El deseo norteamericano por lo real ha creado una especie de novela periodística que tiene una motivación *objetual*, una fascinación por la *técnica*; la información es su especialidad. Se asemeja a la novela naturalista de Zola y a la novela social de Dreiser, pero sin los intereses teóricos de la primera, ni la preocupación por la justicia y la visión del destino de la segunda. Se limita a satisfacer la demanda de información del lector. Es literal. Desde ese punto de vista cabe a veces hablar de una especie de obra instructiva o moralizante. Sin embargo, rara vez posee algún contenido humano independiente, y está más cerca de la divulgación científica o histórica que de la narrativa de Balzac o Chéjov. En la «novela sentimental» no encuentra una seria competencia.

Los herederos vivos de Henry James y Virginia Woolf no están muy de moda, y me temo que merecen ampliamente ese olvido. En su deseo de independencia intelectual y sensibilidad estética, se han alejado demasiado de la realidad exterior. Brindan muy poca información; y después de un par de visitas a sus arbóreas moradas, pierden todo su encanto.

En Norteamérica la novela ha adoptado dos formas, ninguna satisfactoria. Los autores que desean atender la demanda de información quizás hayan tenido éxito como historiadores sociales, pero han descuidado los aspectos más elevados de la imaginación. La novela sentimental no representa a la sociedad y ha quedado enteramente desprovista de interés.

Parece difícil que los norteamericanos crean que hay algo más emocionante que las noticias de actualidad. Lo que diariamente leemos y vemos en la tele hace sombra a las formas imaginarias. Somos pasmosamente ricos en hechos, en cosas, y quizá, como el *nouveau riche* de antaño, queremos que el artista reproduzca fielmente nuestra riqueza.

De momento resulta engañoso hablar de los hechos como si fueran solubles, lavables, desechables, cognoscibles. En sí mismos, los hechos no son lo que una vez fueron, y quizá se presenten de una manera nueva en la imaginación del artista. En un extraordinario artículo sobre Stephen Crane, A. J. Liebling escribe: «Hemos visto en nuestra época que los mejores escritores se hacen periodistas en la madurez: Sartre, Camus, Mauriac, Hemingway»^[16]. ¿Es de suponer, por tanto, que la imaginación

artística debe ser devuelta al mundo y sus realidades? ¿Acaso el estímulo del periodismo en nuestro tiempo nos eleva aún más que el del arte?

Algunos de nuestros novelistas apenas pueden evitar el hecho de ser mejores recolectores de datos que artistas. Están cubriendo un terreno hasta ahora inexplorado: el ejército, el laboratorio, la empresa contemporánea, la anárquica vida sexual de los indiferentes a los «convencionalismos»; en estado bruto, el arte no puede asimilar rápidamente esos fenómenos. Además, a los escritores no les resulta fácil seguir adelante con su trabajo si tienen el convencimiento de que han contraído una deuda concreta con la experiencia y no pueden permitirse el privilegio de deambular libremente por todas las clases sociales y estamentos profesionales. Cierta orgullo de su propia experiencia, tal vez un sentido de los derechos de propiedad de los demás con respecto a su propia experiencia, los retiene.

El escritor, convencido de que la novela es el producto de su apasionado deseo de conocer todos los aspectos de la vida de otro ser humano, descubre que debe salvar los obstáculos de lo literal antes de entrar en materia. De ese modo se ve desviado de lo esencial. Se le exigen unos conocimientos concretos; para adquirirlos, debe transformarse, al menos provisionalmente, en algo parecido a un especialista.

Los escritores realistas más grandes siempre creen tener una deuda muy especial con la verdad. «La protagonista de mi relato, a quien amo con todo mi ser, a quien he intentado presentar en toda su belleza, y que siempre ha sido, es y será la más bella, es... la verdad». Así concluía Tolstói «Sebastopol en mayo». Y Dostoievski, comentando *Ana Karenina*, nos dice que a veces encuentra muy monótona esa obra, «limitada exclusivamente a una sola casta», y que en la medida en que se trata simplemente de la descripción de la vida en sociedad, apenas merece mayor interés.

Pero más adelante añade: «En el centro mismo de esa vida insolente y mezquina aparece una gran y eterna verdad viviente, iluminándolo todo a la vez. Esos seres insignificantes, falsos y despreciables se vuelven de pronto auténticos y verídicos, dignos de ser llamados hombres».

¿No es eso, en el fondo, lo que todo novelista desea?

La Casa Blanca y los artistas

(1962)^[17]

Uno de los redactores de *The Noble Savage*, debido a la importante contribución de la revista a la cultura norteamericana, recibió una invitación de la Casa Blanca para asistir a una cena en honor de André Malraux, ministro francés de Cultura, en compañía de doscientos escritores, pintores, actores, músicos, gestores y protectores de las artes. El representante de *TNS* vio entre esa multitud a diversos novelistas y poetas, enteramente marginales en otro tiempo, ex intransigentes, antiguos enemigos de la sociedad, viejos cascarrabias que se habían pasado la vida haciendo como el perro del hortelano, y que ahora se divertían como locos, el semblante iluminado, sus mujeres con vestidos de noche (¿cómo se lo podían permitir?). Los lectores que recuerden *La isla del doctor Moreau*, de H. G. Wells, con sus monos, perros y caballos transformados por el cirujano loco en formas aproximadamente humanas, no tienen más que pensar en esas mismas criaturas en atuendo de gala (corbata negra) para hacerse una pequeña idea.

Buscando un paralelo en la historia, un ocurrente habló de la horda jacksoniana que pisoteó el mobiliario de la Casa Blanca (acontecimiento precursor del *beat*). Algunas matronas del viejo Washington lo habrían aprobado con sumo gusto. Pero aquella no era en absoluto una velada *beat*. Se trataba de una fiesta decente. Hasta los borrachos se comportaban, si bien es cierto que hacia el final de la velada parecieron animarse con el trío de Schubert, y algunos empezaron a marcar el ritmo en las rodillas de sus vecinas. Nada jacksoniano había en la organización, el protocolo, los infantes de marina con sus galones, los mayordomos, la orquesta de baile que tocaba una especie de música apropiada para los picaderos clandestinos de Catskill. Solo Adlai Stevenson mantenía un ápice de ironía intelectual. Todo el mundo parecía absurda y profundamente alborozado. Mark Rothko me susurró en un aparte que desde luego todo aquello no era más que un montón de sandeces y que a él no le daba ni frío ni calor.

—¡Pero a mi *hermana*!

—¿Y no ha venido?

—Se ha quedado en casa, con los críos. Pero está entusiasmada, completamente fuera de sí. Para mi hermana este es un gran día.

Lo que en realidad quería decir era: «Si mamá pudiera verme ahora».

Algunos viejos leones, habituados a que siempre les rindieran honores, no hablaban con nadie pero se paseaban entre la multitud con una expresión fija y descarada, exigiendo reconocimiento. En el otro extremo había unas cuantas almas humildes que confesaban, con voz un tanto quebrada, lo poco que valían. Varios escritores, entre los que se contaban veteranos del frente popular y partidarios de la

promoción de las masas, proclamaban el comienzo de una nueva era. La presidencia de Estados Unidos, apegada durante tantos años a los calzoncillos largos, una presidencia pueblerina, se estaba al fin modernizando. En lo sucesivo, el pueblo norteamericano respetaría la cultura. Otros, más escépticos, afirmaban que Kennedy se disponía a explotar los cerebros del país. Los podía conseguir baratos, y ya se le estaban empezando a amontonar. El gobierno podría entonces mostrar al mundo lo ilustrado que era, el apoyo que prestaba a las artes, el indiscutible fin de la ignorancia norteamericana. Pero la auténtica verdad, decían los más quejumbrosos, era que el Congreso y la administración, aunque dispuestos a entregar millones de dólares a empresas petrolíferas en forma de subvenciones por agotamiento de recursos o a los productores de arándanos para el mantenimiento de sus tremedales, no gastaría un centavo en erigir un centro cultural en Washington. Toda esa pasta para Billie Sol Estes^[18] y ni un céntimo para cantantes ni dramaturgos. Pero el Congreso siempre ha tenido una opinión muy baja de las artes. El Congreso habría preferido llenar la Casa Blanca de bazofia y espectáculos solo para hombres. Ahora, a regañadientes, había donado los terrenos para construir un nuevo centro cultural, pero dejaba la cuestión de los fondos a la buena voluntad de los ricos. Por último, declaraban esos críticos, el Congreso es una institución representativa: *representa* la inteligencia, el espíritu y los sentimientos del pueblo. ¿Por qué deberían prestarse entonces los pintores y los escritores a proyectos concebidos para ocultar el verdadero estado de cosas?

Mi impresión personal era que si el gobierno tenía realmente la intención de seducir y explotar a los artistas norteamericanos, no podría perjudicarlos mucho. Era evidente que la mano del seductor hacía que sus corazones latieran más deprisa y que en sus mejillas resplandeciera un vivo color.

El discurso que Kennedy pronunció al término de la cena estuvo lleno de ingenio, y un presidente ingenioso vale más para los artistas que una subvención del Congreso otorgada por motivos políticos. Malraux, hombre de impresionante aspecto, habló con más vehemencia, afirmando que Estados Unidos no buscaba el poder ni la dominación imperialistas.

—¡Tonterías! —exclamó en privado Edmund Wilson, en el tono irascible de Mister Magoo.

¡Pues claro que *había* un imperio americano! Pensé que sería una lástima desperdiciar las espléndidas muestras de desaprobación del señor Wilson en una república insignificante, y que sus excentricidades merecían al menos un marco imperial. Pero analizándolo todo en conjunto —Filipinas, Latinoamérica, la fallida invasión de Cuba, las fechorías de la Aramco, las prisas en la reconstrucción de Alemania, la fascinante historia de Chiang Kai-Chek—, no podía creer que estuviéramos preparados para ascender al rango de imperio.

Pero ese es el tipo de objeción que solo puede apreciar un sectario de izquierdas. Cuando Rusia invadió Finlandia, los trotskistas y la fracción escindida de los ohleristas sufrieron casi tanto como los finlandeses, pero por otras causas. No

llegaban a ponerse de acuerdo sobre la naturaleza del Estado soviético. ¿Se trataba de una invasión imperialista? ¿Podía un Estado obrero degenerado lanzarse a una guerra imperialista? ¿Eran tan importantes esas cuestiones de definición? ¿Acaso poseía César Augusto un arsenal de bombas atómicas? ¿Puede incluirse un nombre americano en la lista de las personalidades imperiales: Augusto, Carlos V, Napoleón o incluso Gladstone? ¿Nos atreveremos a añadir el nombre de Eisenhower? ¿Kennedy?

¿Habría que decir Emperador Kennedy, entonces? Bueno, ese es un título que interesaría de distinta manera a poetas, artistas y filósofos. El pobre Descartes murió porque la reina Cristina de Suecia, intelectual espartana, lo obligaba a levantarse al amanecer para que le diera clases de matemáticas. Él tenía la costumbre de quedarse en la cama hasta mediodía. Allí era donde trabajaba mejor. Pushkin se quejaba del zar, que luego le tomó lo bastante en serio como para oprimirlo, cosa que es más de lo que el gobierno estadounidense se molesta en hacer con sus escritores. Voltaire se peleó con Federico el Grande, pero quizás haya que reconocerle el mérito de que no pudiera entenderse con aquel teutón militarista. Ezra Pound sufrió tremendos suplicios hasta encontrar a su dudoso César personal. Si el señor Wilson está en lo cierto con respecto al imperio americano, tendremos que reconsiderar todo el asunto, y pensar con mayor claridad. ¿Qué se debe hacer? ¿Qué actitud hay que adoptar hacia los poderosos de Washington?

Boswell y Johnson arrojaron cierta luz sobre este asunto. Johnson fue recibido por el rey, que celebró con él una conversación privada en la biblioteca de la Queen's House. «Su Majestad se acercó a él y enseguida empezó a tratarlo con cortés familiaridad», dice Boswell. Cuando el rey le colmó de elogios, Johnson no respondió. «No me correspondía intercambiar cumplidos con mi soberano», explicó más tarde. A las preguntas del rey sobre un tal doctor Hill, Johnson contestó «que era un hombre ingenioso, pero sin veracidad». Instado a añadir algo más, se negó a desacreditar al doctor Hill. «Me di cuenta entonces de que estaba rebajando a ese hombre en la estima de su soberano, y pensé que era momento de decir algo más favorable».

Boswell relata que Oliver Goldsmith estaba tumbado en el sofá mientras Johnson contaba su entrevista con el rey, «consumiéndose de envidia y desilusión por el singular honor que acababa de recibir el doctor Johnson. Al final prevaleció la franqueza y sencillez de su carácter natural. Se levantó de un salto del sofá, se acercó a Johnson, y, con una especie de estremecimiento al tratar de ponerse en la situación que acababan de describirle, exclamó: “Vaya, ha salido usted de esa conversación mejor parado que yo de haber estado en su lugar; porque yo me habría pasado todo el tiempo haciendo reverencias y balbuceando de manera ininteligible”».

Eso es lo que puede pasar en una monarquía bastante permisiva y con tendencia hacia la forma constitucional. Pero ¿qué ocurre en un vasta sociedad democrática? En la dinastía Han se nombraba funcionarios a los hombres de letras, y el Estado se

sumió en el largo sopor de la ortodoxia y el dogmatismo. Un mejor entendimiento entre los escritores y el Estado imperial no está exento de peligros. Puedo prever una situación burocrática, en parte creada por los hombres de letras, en la cual incluso las fulanas (que tantos de sus privilegios deben al régimen fiscal federal) tendrían que aprobar oposiciones organizadas por un tribunal de poetas.

Cabe poner de relieve un último resultado de esta cena en la Casa Blanca. Uno de los invitados era David Rockefeller, del Chase Manhattan Bank. Con él, el presidente Kennedy mantuvo una larga conversación sobre economía, que derivó en un intercambio de correspondencia entre ambos. Las cartas se publicaron en la revista *Life*. Que yo sepa, no ha habido cartas sobre la situación de la cultura norteamericana. Bien podemos esperar a que las demás crisis se hayan solucionado.

Cuestión de alma

(1975)^[19]

Para tener el honor de inaugurar estos doctos trabajos, he debido venir al centro a las nueve de la mañana. No habría hecho algo así bajo ninguna otra circunstancia, a menos que me lo hubiera ordenado la policía. Este no es realmente mi barrio favorito de Chicago. Es el distrito de la banca, las empresas de seguros, la especulación en materias primas, los grandes almacenes, la abogacía, las sedes políticas, la siderurgia, el petróleo, los productos químicos, las compañías aéreas, los ordenadores y las empresas de servicios públicos. En este sector, la cultura está representada por la biblioteca pública y el Instituto de Arte.

Millones de personas acuden a ver los tesoros del Instituto. De las barriadas del extrarradio y las grandes zonas residenciales de la ciudad vienen autocares cargados de colegiales que desfilan por sus galerías. Uno de los conservadores me ha dicho que a veces tienen que limpiar los escupitajos que algunos chicos resentidos lanzan contra los ventanales. La veneración obligatoria está destinada a derivar en rebelión, odio y blasfemia.

Recuerdo esas emociones de mi propia época de colegial en Chicago, hacia 1925, cuando los profesores nos enseñaban a apreciar el arte o la música, mostrándonos diapositivas en color de *El ángelus* o del *Temerario* de Turner remolcado en el crepúsculo del Támesis, o bien, después de dar cuerda al fonógrafo, poniéndonos a Chaliapin cantando la *Canción de la pulga*, a Galli-Curci en la de las campanillas de *Lakmé*, a Caruso, a Tito Schipa o a madame Schumann-Heink. ¿Qué significaba eso para nosotros? Sensibles, respondíamos a la devoción de los profesores. Agresivos, nos lo tomábamos a risa, nos burlábamos de ellos o los maldecíamos en el fondo de nuestro corazón. Pero agresivos o sensibles, en cierto modo entendíamos la tácita premisa de que Chicago era un lugar peligroso, la ciudad del trabajo duro y los negocios, de las bandas criminales y la corrupción política, de los partidos de béisbol y los combates de boxeo. Éramos hijos de inmigrantes, de seres perplejos que andaban a tientas, tratando de averiguar lo que había sido de ellos en Estados Unidos.

Vulgaridad, desengaño, hastío, sufrimiento, dinero, poder, felicidad y amor en formas rudimentarias: de eso éramos conscientes. Se trataba de un sitio donde imperaba la materia, un lugar donde la piedra era mercancía y la mercancía valor. Quien se sintiera atraído por una vida más elevada —lo que podía suceder a cualquiera, incluso en la ciudad de los mataderos, la siderurgia y los gánsteres—, tenía que buscarla por su cuenta. Las condiciones eran muy distintas en una ciudad como Milán hace siglo y medio, cuando Verdi llegó de su pueblo natal para estudiar música y encontró, primero allí y luego en otras ciudades, teatros, productores, músicos y un público de aficionados exigentes y responsables.

No es que aquí nunca se haya oído hablar de esas cosas. En el Chicago primigenio había música. A los doce años, yo toqué al violín el *Moto perpetuo* de Böhm en un concierto de estudiantes en el Kimball Hall. Y Jeremiah, nuestro inquilino, me enseñó mucho sobre ópera.

Jeremiah, de pelo cobrizo y rizado, deseaba con toda su alma ser cantante. Era obrero, manejaba una máquina perforadora en una fábrica. Cantaba para nosotros en la cocina. De puntillas, se le empañaban las gafas octogonales, y cuando juntaba las manos yo me preguntaba si no le dolerían los callos. Tan desprovisto de talento como lleno de entusiasmo, hacía sonreír a sus amigos. Había sido boxeador aficionado, y en un albergue de la Asociación Cristiana de Jóvenes le aplastaron la nariz. Mi teoría particular era que aquel puñetazo había acabado con sus posibilidades como tenor dramático. Aquel hombre amable, íntimo amigo mío, estudió canto con Alexander Nakutin en el Fine Arts Building. En Chicago *hay* efectivamente un edificio de bellas artes, y en aquellos días estaba lleno de profesores de música extranjeros. Tenían unos nombres maravillosos como Borushek, Schneiderman, Treshanski, y la mayoría de sus alumnos eran hijos de inmigrantes.

Chicago era una ciudad muy diferente en los días de la inmigración libre. Las cuotas establecidas por la ley de 1924 cambiaron decididamente el carácter de la Norteamérica urbana. Interrumpieron el flujo de artesanos, ebanistas, fundidores cualificados, pasteleros, panaderos, cocineros, fabricantes de instrumentos y otros artesanos de Europa central, Italia y los Balcanes. Los movimientos internos de población atrajeron mano de obra del sur. La vida tomó un giro diferente. Los descendientes de artesanos europeos dejaron el oficio, en muchos casos caído ya en el olvido.

Chicago era simplemente una anticipación de lo que iba a ocurrir en todas partes. Un mundo nuevo sustituía rápidamente al antiguo. Chicago y la alta cultura —digo esto con cierta sorpresa, siendo de Chicago— se han acercado. Chicago asiste ahora a conciertos refinados, mientras Milán sufre explosiones en los establecimientos bancarios. La burguesía italiana se parece mucho a la nuestra; en ambas ciudades, los jóvenes se asemejan cada vez más. Y en todas partes los intelectuales, lamentablemente, son cada vez más iguales. Los intelectuales, sutiles especialistas en multitud de ámbitos, son con frecuencia tan ignorantes como las masas de donde proceden. Oigo a un matemático de primera fila ufanarse de no haber puesto los pies en la «nueva» biblioteca de la Universidad de Chicago, inaugurada hace cinco años. Él solo necesita publicaciones dirigidas a su propia especialidad.

Los intelectuales no se han convertido en una nueva clase de protectores de las artes. Eso significa que las universidades han fracasado estrepitosamente. No forman espectadores ni lectores, tal como deberían hacer, y la incultura diplomada emerge como una nueva fuerza negativa tanto aquí como en los demás países. Las personas con formación universitaria están más alejadas del arte y el buen gusto que hace una generación. Si hay que creer con Stendhal que «le mauvais goût mène aux crimes» —

el mal gusto conduce al crimen—, en un futuro cercano es previsible una oleada de crímenes. Estoy hablando de crímenes contra el arte. Nada indica que vayan a disminuir; se multiplican frenéticamente.

No he venido para suscitar el desánimo entre los eruditos que se dedican al estudio de Verdi. Personalmente, no me dejo vencer por la tristeza al hablar de arte en el mundo moderno. Solo trato de ser lúcido frente a lo que está sucediendo. Millones, mejor dicho, miles de millones de almas están despertando a la conciencia en medio de una tormenta revolucionaria. En amplias zonas del planeta, las revoluciones han producido estados policiales y sociedades de esclavos, donde la ideología sustituye a la realidad.

Max Weber nos decía ya a principios de siglo que el mundo moderno está «desencantado». Al parecer, el surgimiento de la conciencia está relacionado con ciertas clases de privación. La amargura de la conciencia de la propia identidad es lo que nosotros, que sabemos, conocemos mejor. Criticando las ilusiones que antaño sostenían a la humanidad, nuestra conciencia íntima apenas logra sostenernos ahora. La cuestión es la siguiente: ¿qué es lo que está desencantado, el mundo mismo o la conciencia que tenemos de él? La explicación habitual es que la causa de nuestro desencanto radica en la racionalidad del nuevo orden social, económico y tecnológico. A ningún artista que se precie le gustará reconocerlo. Afirmaré, en cambio, que la culpa es de una falsa racionalidad. Pero no le será fácil presentar argumentos en favor de su tesis.

Quizá sea un error, sin embargo, pensar siempre en la situación general del arte, o de una civilización entera, y no en segmentos de esa civilización. Los buenos espectáculos siguen encontrando un público exigente, y todavía hay lectores a la espera de libros. Representan una minoría, pero una fracción de la población moderna puede ser numéricamente significativa. Un público compuesto de doscientas o trescientas mil personas seguramente satisfará las necesidades de la mayoría de los artistas. En el siglo XIX había sin duda autores nacionales, como Dickens, Dostoievski o Verdi, que encontraban fuerza e inspiración en el interés, la admiración y el apoyo vital de todo un pueblo. Un Dickens que hablaba a toda Inglaterra, y en cierta medida para ella, disfrutaba de una ventaja incomparable, pero con la posible excepción de Rusia —pienso ahora en Solzhenitsyn—, el artista de nuestro tiempo no puede aspirar a ese tipo de posición. Tener doscientos cincuenta mil lectores, sin embargo, no es como para quejarse.

Ese número podría ser aún más elevado si en Estados Unidos la educación no mutilara, confundiera ni alienara a los estudiantes. Aquí debe de haber alrededor de veinticinco millones de licenciados universitarios, pero uno de los problemas del país es la estupidez, la inestabilidad y la incultura de las personas con formación superior. A veces creo que hay más esperanza para el joven obrero que coge un libro de bolsillo de Faulkner, Melville o Tolstói del estante del supermercado, que para el licenciado en Letras que escucha la «interpretación» que de esos mismos autores

hacen sus profesores y está en condiciones —o cree estarlo— de explicar el significado del arpón de Ahab o los símbolos cristianos que aparecen en *Luz de agosto*. En las facultades y universidades no se inculca la pasión por la novela y la poesía. Se aprende a llevar una conversación culta durante unos minutos sin revelar ignorancia ni estupidez.

Sin embargo, la universidad es en cierto sentido mi mecenas; o lo era, cuando aún necesitaba patrocinio. En los prósperos decenios posteriores a la Segunda Guerra Mundial, las universidades norteamericanas constituían un refugio para poetas, novelistas, pintores y músicos. Como las universidades privadas se mantienen por obra de filántropos, por la generosidad de los ricos, los ricos eran, indirectamente, los mecenas de aquellos poetas, pintores y músicos. Los muy ricos, sin embargo, rara vez tratan personalmente con artistas. Dejan que las instituciones —fundaciones, universidades, museos y jurados de premios— fijen los criterios en consulta con sus asesores fiscales o los patronatos de los grandes bancos.

Porque el patrocinio, como todos sabemos perfectamente, está dominado por la política fiscal del gobierno federal tal como la interpreta Hacienda. Justo es decir que muchas de las necesidades humanas más profundas, a las que nos referimos cuando empleamos la palabra «arte», están reguladas por organismos e individuos que le son por completo indiferentes.

En mis tiempos albergué los habituales sueños sobre el mecenazgo ideal; nostálgicas ensoñaciones sobre lo bonito que habría sido mantenerse en estrecha relación, como los autores del siglo XVIII, con un mecenas aristocrático que también tuviera sensibilidad. Qué agradable fue para Jonathan Swift ser secretario de sir William Temple. Cuántos servicios prestó a Haydn el príncipe Esterházy. Y por crueles y caprichosos que los mecenas puedan ser —pienso en Mozart y su arzobispo—, uno no puede dejar de desear que aquellos que dominan la sociedad con su dinero y su poder tengan cierto gusto por el arte, o al menos cierta idea de lo que podría ser un mundo *sin* arte. Porque, sencilla y llanamente, sería un mundo degenerado: situación mucho más desesperada que la prevista por los ecologistas más pesimistas.

Mi situación personal es relativamente simple. Un novelista no necesita instrumentistas, cantantes, coros, teatros. Yo no tengo que habérmelas con mecenas ni sindicatos, cada temporada más dolorosamente consciente de que la ópera, demasiado costosa, llega al fin de su existencia. Yo tengo papel, máquina de escribir y lectores. Mis necesidades son fáciles de satisfacer.

Lo que tienen en común novelistas, compositores y cantantes es el alma a la cual apelan, con independencia de que su invocación sea yerma o fértil, plena o hueca, de que el alma sepa, sienta, ame algo.

En nuestro mundo, en cuanto surge una clara necesidad, se satisface falsamente. Se convierte en una nueva ocasión de explotación. Eso es cierto en todos los aspectos. Para empezar con ejemplos triviales, no nos venden manzanas de verdad ni helados reales, sino la idea de una manzana, el recuerdo de un helado. La mayoría de

la gente, por quince centavos, compra la idea de un periódico. Y en otro plano, oye la idea de música en los ascensores. En política le ofrecen ideas de honor, patriotismo; en derecho, sombras de justicia. Los medios de comunicación proponen endebles ideas de afectos humanos, y la industria del cine produce fantasmas de pasión y amor. Hay empresarios teatrales, intérpretes, pintores y escritores que presentan con diversa envoltura la más inconsistente reminiscencia, un espectro de arte. Muchos artistas contemporáneos parecen considerar que basta con echar perlas artificiales a cerdos auténticos. Así es como el mundo moderno satisface la más profunda de las necesidades humanas: con la superchería, la demagogia, el oportunismo, el mercantilismo y la especulación.

Lo auténtico deberá preservarse en el seno de pequeñas minorías hasta que tales abusos, probablemente inevitables en las actuales circunstancias de nuestra civilización, sean eliminados a través de un incremento de la estabilidad y la mejora del buen gusto y el discernimiento. Digo «eliminados», pero soy consciente de que ese maravilloso avance quizá no se produzca jamás.

No soy profeta, solo un simple observador. Observo, por ejemplo, el entusiasmo de una audiencia entregada, que se expresa en tormentas de aplausos en cuanto suena la última nota de un concierto. En la radio se oye eso. En el Mozarteum de Salzburgo, en Londres o Nueva York, la multitud apenas puede esperar para estallar en aplausos, gritar con primitiva emoción, responder a la armonía de la orquesta con una manifestación caótica. Esa explosión, gran liberación humana de todo a la vez, la interpretación del público tras la actuación de los músicos, es un tifón de redención colectiva. Y los espectadores gritan, roncamente: «¡Sí, *esa* es la belleza que todos buscamos!».

Ese griterío, ese clamor, es nuestra gratitud por Aída, una muchacha que jamás puso los pies en Michigan Boulevard. Por Otelo, negro atormentado que viste túnicas de brocado y canta en italiano, por completo extraño a nosotros salvo en la música y la humanidad. El deseo está ahí, infundiendo un respeto reverencial en miles de personas. El estrépito expresa la voluntad de recibir ofrendas tan insólitas, y de rendirles homenaje. Una doncella etíope, un general veneciano celoso, concebidos por un compositor del siglo XIX y representados por cantantes italianos, pueden tener más realidad para los habitantes del barrio de Ravenswood que las propias calles de Chicago. Y es imperativo que reciban una realidad más bella que esas calles, algo inviable, gratuito, algo que no defraude, explote o añada más fantasmas a una vida ya llena de fantasmas, seducciones y mentiras.

El deseo de tales cosas quizá llegue a transformarse también en respeto hacia ellas. Puede que una sociedad donde los adolescentes gastan más de mil millones de dólares solo en regalos de Navidad acabe por entender que es preciso que el gran público se encargue de satisfacer sus propias necesidades esenciales. Tal vez se incremente el papel del público en el mecenazgo. Quizás hasta los sindicatos quieran hacer algo para apoyar las artes y dediquen a la música al menos el 1% de lo que

invierten en llevar a un presidente a la Casa Blanca.

Ideas tan inverosímiles como esta me demuestran que soy un genuino habitante de Chicago. La divisa de Chicago es «Quiero». ¿Quiero qué? Algo diferente, espero, de lo que ha querido en el pasado. Señoras y caballeros, bienvenidos a Chicago.

Entrevista conmigo mismo

(1975)^[20]

*¿Cómo encaja usted, novelista de Chicago, en la vida norteamericana?
¿Pertenece a algún ambiente literario?*

Cuando hace unos años entré en el restaurante Voltaire de París con el novelista Louis Guilloux, el camarero lo llamó «Maître». Yo no sabía si morirme de envidia o reír disimuladamente. Nunca nadie me había tratado con tanta reverencia. Conocía la importancia que la literatura tiene para los franceses. De estudiante (en Chicago), había leído muchas cosas acerca de *salons* y *cénacles*, de veladas en Magny con Flaubert, Turguénev y Sainte-Beuve; y esas lecturas me hacían suspirar: ¡qué época tan maravillosa! Pero el propio Guilloux, bretón y antiguo izquierdista, pareció sobresaltarse al oír lo de «Maître». Puede que incluso en París, la cultura literaria sea ahora objeto de homenaje público únicamente por parte de camareros obsequiosos. De aquí no puedo decir lo mismo, pues lo cierto es que en este país no ocurre nada parecido. En Norteamérica no tenemos ni Maîtres, ni ambiente ni público literario. Muchos de nosotros leemos, a muchos nos gusta la literatura, pero nos faltan las tradiciones e instituciones de la cultura literaria. No digo que eso sea malo. Solo expongo el hecho de que la nuestra no es una sociedad que se interese mucho en esas cosas. Cualquier país moderno que no haya heredado esos hábitos de deferencia, sencillamente no los tiene.

Los escritores norteamericanos no se ven enteramente privados de atención; se mezclan de vez en cuando con los grandes, puede que hasta los inviten a la Casa Blanca, pero allí nadie hablará de literatura con ellos. A Nixon no le gustaban los escritores y se negaba rotundamente a recibirlos, pero Ford los trata con la misma cortesía que a los actores, músicos, presentadores de televisión y políticos. En las grandes recepciones, la Sala Oriente se llena de celebridades que se extasían ante la vista de otros famosos. Kissinger, el secretario de Estado, y Danny Kaye caen uno en brazos del otro. A Cary Grant lo rodean mujeres de senadores, que lo encuentran maravillosamente bien conservado, tan atractivo en carne y hueso como en el cine. Apenas pueden soportar el entusiasmo del contacto personal con la grandeza. En cuanto a la cultura, en las conversaciones normales hay pocos «grandes temas». La gente habla de su régimen, de sus viajes, de las vitaminas que toma y de las molestias del envejecimiento. No se tratan cuestiones de lenguaje o estilo, de estructura de la novela, de tendencias pictóricas.

Al escritor, la fiesta del presidente Ford le parece una celebración maravillosa y distendida. El senador Fulbright casi llega a reconocer su nombre y responde:

—Usted escribe ensayos, ¿verdad? Creo recordar uno...

Pero el senador, como todo el mundo sabe, estudió un año en Oxford con una beca Rhodes. *Tendría* que acordarse de alguno.

En realidad, en estas veladas el escritor prefiere transitar de una habitación a otra como si fuera incorpóreo, ajeno a la trivialidad de la charla, observando y escuchando. Es consciente de que unos personajes públicos tan ajetreados no pueden combinar las tareas de gobierno con la literatura, el arte y la filosofía. Viven en un mundo de cables de alta tensión, no de primulas a la orilla del río. Hace diez años, en una pequeña ceremonia en el Ayuntamiento, el alcalde Daley me entregó un cheque de quinientos dólares concedido por la Sociedad de Autores por mi novela *Herzog*.

—¿Ha leído usted *Herzog*, señor alcalde? —le preguntó un periodista, para pincharlo.

—La he examinado —contestó Daley, insensible al dardo.

El arte no es el plato favorito del alcalde. Y en realidad, ¿por qué tendría que serlo? Prefiero con mucho su indiferencia al interés que Stalin prestaba a la poesía.

¿Quiere decir que la moderna sociedad industrial desdeña el arte?

En absoluto. El arte es una de esas cosas buenas que la sociedad fomenta, y es bastante receptiva al respecto. Pero lo que Ruskin dijo sobre el público inglés en 1871 se nos puede aplicar perfectamente a nosotros. «A un pueblo que tenga la mente en ese estado no le es posible leer. Ninguna frase de los grandes autores le resulta inteligible». Ruskin atribuía a la avaricia esa incapacidad: «[...] tan incapaz de pensar se ha vuelto [el público] en su insana avaricia. Felizmente, nuestra enfermedad no es, todavía, más grave que esa incapacidad de pensar; no hay corrupción de la naturaleza interior; seguimos respondiendo bien, cuando algo nos llega al fondo..., aunque la idea de que todo deba “compensar” haya infectado tan profundamente todos nuestros propósitos».

Pero usted no considera que la avaricia sea el problema, ¿verdad?

No. «Un pueblo que tenga la mente en ese estado», en eso es en lo que insisto. Nos hallamos en un estado singularmente revolucionario, en una situación de crisis, en un nerviosismo inacabable. Ayer me encontré con la descripción de una técnica terapéutica para devolver la razón a los enfermos. Se los somete unos minutos a sonidos de alta frecuencia hasta que se tranquilizan lo suficiente para pensar y considerar sus síntomas. Para tener el espíritu en paz unos minutos hay que recurrir a las técnicas de la medicina. Es fácil observar en bares, en cenas, en todas partes, que, desde el albergue para vagabundos a la Casa Blanca, nos interesamos por las mismas cuestiones. Nuestra pasión es la vida en Norteamérica, los problemas de nuestra vida social y nacional, con el mundo entero como telón de fondo, un inmenso espectáculo presentado diariamente por los periódicos y la televisión; nuestras ciudades, nuestros crímenes, nuestras viviendas, nuestros automóviles, nuestros deportes, nuestro

tiempo, nuestra tecnología, nuestra política, nuestros conflictos sexuales y raciales, nuestros problemas en las relaciones internacionales. Esas situaciones son bien reales. Pero ¿qué decir de las fórmulas, de la jerga, adoptadas por los medios de comunicación de masas: las emocionantes ficciones, los hechos que se presentan al gran público ensombrecidos, agudizados y dramatizados y que casi todo el mundo cree reales? ¿Es posible la lectura para un pueblo con la mente en ese estado?

Pero un libro de calidad puede llegar a tener cien mil lectores. Y sin embargo, usted afirma que no hay público literario.

Parece que los libros importantes crean su propio público. Cuando se publicó *Herzog*, descubrí que había unas cincuenta mil personas en Estados Unidos que evidentemente estaban esperando algo así. Y otros escritores han tenido, desde luego, experiencias similares. Pero ese público es provisional. No hay una cultura estable capaz de abarcar de manera permanente tal cantidad de lectores. Hay individuos increíblemente constantes e inteligentes —residuos del sistema educativo norteamericano— que se las arreglan, como nadadores intrépidos, para emerger de las aguas turbulentas. Sobreviven a base de fortaleza, suerte e ingenio.

¿Y qué hacen mientras esperan a que se produzca el siguiente acontecimiento importante?

Sí. ¿Qué pueden leer todos los meses? ¿Con qué revistas se mantienen al corriente de las cuestiones fundamentales de la literatura contemporánea?

¿Qué me dice de las universidades? ¿No hacen nada para formar el juicio y afinar el buen gusto?

Para la mayor parte de los profesores de inglés, una novela puede ser un objeto de la mayor importancia cultural. Sus ideas, su estructura simbólica, su situación en la historia del romanticismo, realismo o modernismo, su significación profunda, requieren estudio y entrega. Pero ¿qué tiene que ver esa especie de estudio cultural con los novelistas y sus lectores? Lo que *ellos* quieren es el momento vivo: hombres y mujeres vivos en un entorno inmediato. La enseñanza de la literatura ha sido un desastre. Entre el estudiante y su libro de lectura se extiende una sombría zona de preparación, un absoluto cenagal. Debe atravesar todo ese fango cultural antes de que pueda abrir su *Moby Dick* y leer: «Llamadme Ismael». Han hecho que se sienta ignorante frente a las obras maestras, indigno de ellas; está asustado y quizás hastiado de ese libro para cuya lectura está tan poco facultado. Y en caso de que tenga éxito, ese método produce licenciados que son capaces de decir por qué el *Pequod* zarpa el día de Navidad por la mañana. La propia novela queda sustituida por lo que las personas «cultas» pueden decir de ella. Algunos profesores encuentran ese discurso

culto mucho más interesante que las novelas propiamente dichas. Adoptan la misma actitud ante la ficción que uno de los padres de la Iglesia mostraba hacia la Biblia. Orígenes de Alejandría se preguntaba si debíamos imaginar realmente que Dios se paseaba por un jardín mientras Adán y Eva se ocultaban tras unas matas. No hay que interpretar literalmente las Escrituras. Deben suscitar significaciones más elevadas.

¿Pretende asimilar los profesores de literatura a los Padres de la Iglesia?

No exactamente. Los Padres tenían concepciones sublimes de Dios y de los hombres. Si los profesores de humanidades se conmovieran por el elemento sublime de los poetas y filósofos que enseñan, serían los individuos más importantes de la universidad, y los más serios. Pero se encuentran en el extremo más bajo de la jerarquía, entre el montón.

Entonces, ¿por qué hay tantos escritores en la universidad?

Buena pregunta. Los escritores carecen de terreno independiente en que afirmarse. Hoy forman parte de las instituciones. Pueden trabajar en revistas de actualidad y editoriales, en fundaciones culturales, agencias de publicidad y cadenas de televisión. O dedicarse a la enseñanza. Solo quedan unas cuantas revistas literarias en todo el país, y son publicaciones universitarias. Las grandes revistas nacionales se niegan a publicar ficción. Sus directores pretenden debatir únicamente las cuestiones más importantes de orden nacional e internacional y centrarse en asuntos culturales «importantes». Por «importantes» quieren decir políticos. (Y me refiero a los *groseramente* políticos). Los «verdaderos» temas que se nos plantean pertenecen al ámbito de la economía y la política. *Hay* cuestiones de vida y muerte en el fondo de esos graves asuntos políticos. Pero no son las que tratamos nosotros. Lo que oímos y leemos no es más que cháchara de crisis. Los miembros de nuestra intelectualidad han estudiado literatura en la universidad; ya la *han dado*, y hace tiempo que pasaron a otra cosa. En Harvard o Columbia, han leído, estudiado y asimilado los clásicos, sobre todo los modernos. Eso les servía de preparación para las importantes, esenciales e incomparables funciones que iban a desempeñar en la economía, el gobierno, las profesiones liberales; y sobre todo, en los medios de comunicación. Tengo a veces la impresión de que creen haber sustituido a los escritores. Su actividad «cultural» está teñida de literatura, o más bien del recuerdo de la literatura. He dicho antes que nuestra vida en común se ha convertido en nuestra más apasionada preocupación. ¿Puede un individuo, el protagonista de una novela, rivalizar en interés con los destinos institucionales, con la ascensión de un nuevo estamento social, de una clase ilustrada? La ascensión de una clase es *verdaderamente* importante.

¿Sugiere que al estar tan sumamente politizados perdemos interés en el

individuo?

Sí, cuando se confunde lo que es público, o lo que se propone a la atención del público, con la verdadera política. Una sociedad liberal tan intensamente política — tal como yo entiendo ese término— no puede seguir siendo liberal durante mucho tiempo. Parto del principio de que un ataque contra la novela también es un ataque contra los principios liberales. Del mismo modo hay que considerar las teorías artísticas «activistas». La fuerza de una obra de arte es tal que induce a una suspensión temporal de la actividad. Conduce a la contemplación, a lo maravilloso y, a mi entender, a sagrados estados del alma. Que, sin embargo, no son pasivos.

¿Y lo que usted denomina cháchara de crisis crea condiciones adversas?

Me gustaría añadir que no se ama la verdad porque sea edificante o conduzca al progreso. La ansiamos con todo nuestro ser por sí misma.

Volviendo un poco a la cuestión del ambiente literario...

Nada de té en casa de Gertrude Stein, nada de Closerie de Lilas, nada de veladas en Bloomsbury ni encuentros encantadores y perversos entre George Moore y W. B. Yeats. Resulta verdaderamente agradable leer cosas sobre eso. No puedo decir que las eche de menos, porque están fuera de mi experiencia personal. Mi conocimiento de esas cosas es enteramente libresco. El que Molière haya puesto en escena las obras de Corneille, que Luis XIV haya aparecido en persona, disfrazado, en una de las farsas de Molière, son cosas que da gusto leer en una historia de la literatura. No me imagino al alcalde Daley participando en alguna farsa mía. He visitado, sin embargo, clubes de escritores en países comunistas, y no puedo decir que lamente la falta de tales instituciones aquí. Cuando estuve en Addis Abeba, fui al zoológico del emperador. Como Selasie era el León de Judá, estaba obligado a tener una colección de leones. Aquellos pobres animales yacían entre la basura en sombrías jaulas verdes demasiado angostas para que pudieran deambular por ellas: simples gallineros. Sus maravillosos ojos se habían vuelto inexpresivos, de un amarillo apagado, tenían la cabeza entre las patas, y suspiraban. Por mal que vayan las cosas entre nosotros, no son tan malas como en el zoológico del emperador o en los clubes de escritores del otro lado del telón de acero.

No son tan malas no es lo mismo que buenas. ¿Qué me dice de los inconvenientes de su situación?

Hay momentos de tristeza, lo reconozco. En una recopilación de cartas que estuve hojeando el otro día, George Sand escribía a Flaubert que cuando fuera a verla no olvidara llevar consigo un ejemplar del último libro que ella había publicado. «Anote

en él todas las críticas que se le ocurran —le decía—. Eso me servirá de mucho. Todos tendrían que ayudarse mutuamente de ese modo, como hacíamos Balzac y yo. Con eso no se cambia para nada al otro; bien al contrario, pues en general se refuerza el propio *moi*, se completa, se desarrolla y se entiende mejor, y por eso la amistad es buena, incluso en literatura, donde la primera condición de toda valía radica en ser uno mismo». ¡Qué bonito sería oír eso de labios de un escritor! Pero ese tipo de cartas no llega. La amistad y un propósito común es propio del mundo onírico francés del siglo XIX. En un reciente artículo del *Encounter*, el físico Heisenberg habla de la colaboración amistosa, incluso fraternal, entre los científicos de la generación de Einstein y Bohr. Su correspondencia personal se citaba en seminarios y se debatía en toda la comunidad científica. Heisenberg cree que en el mundo musical del siglo XVIII prevalecía el mismo espíritu. Las relaciones de Haydn con Mozart eran de esa especie, generosas, llenas de afecto. Pero hay carencia de grandes oportunidades creadoras, la generosidad brilla por su ausencia. Heisenberg no menciona la malicia y hostilidad de épocas menos afortunadas. Actualmente, los escritores rara vez desean que les vaya bien a sus colegas.

¿Y qué me dice de los críticos?

Edmund Wilson no leía para nada a sus contemporáneos. Se había quedado en Eliot y Hemingway, y rechazaba al resto. Esa falta de buena voluntad, por no decir algo peor, era objeto de gran admiración por parte de sus seguidores. Es un hecho que habla por sí solo. Se interesaba por los canadienses, los indios, los haitianos, los rusos, estudiaba el marxismo y los manuscritos del mar Muerto, era el gran personaje literario de la mayoría protestante. A veces pienso que el marxismo y la modernidad suscitaban en él el mismo tipo de tentación que las ostras para los descendientes de judíos ortodoxos. Una persona como Wilson podría haber hecho mucho para reforzar la cultura literaria, pero rechazaba todo eso, no quería saber nada del asunto. Por temperamento. O por motivos relacionados con la mayoría protestante. Aunque tal vez sea aplicable en este caso el principio de Heisenberg: los individuos son generosos cuando existen posibilidades creadoras, pero cuando faltan esas oportunidades se convierten en... otra cosa. Pero casi habría dado lo mismo. En este momento de la evolución humana, tan milagroso, tan atroz, tan espléndido y horroroso, las culturas literarias sólidamente establecidas en Francia e Inglaterra, Italia y Alemania, no florecen. Miran hacia nosotros, a los «desfavorecidos» norteamericanos, y no a los rusos. En Estados Unidos ha surgido una serie de grandes solitarios irrefrenables, como Poe, Melville o Whitman, alcohólicos, oscuros empleados de la administración. En la ajetreada Norteamérica, no había Weimar ni príncipes cultivados. Solo escribían genios contumaces de esa especie. ¿Por qué? ¿Para quién? He ahí un verdadero *acte gratuit*. Muy diferente del de Gide, el asesinato gratuito de un absoluto desconocido. Sin que se lo agradecieran, aquellos

escritores ensancharon maravillosamente la vida. No surgieron de una cultura literaria, ni crearon algo parecido. Individuos irrefrenables de ese tipo, o similar, han empezado a aparecer últimamente en Rusia. Allí el estalinismo destruyó una floreciente cultura literaria sustituyéndola por una horrorosa burocracia. Pero a pesar de ello, y a pesar de los crímenes y los trabajos forzados, no ha muerto el sentido de lo verdadero y lo justo. No veo, en resumidas cuentas, por qué nosotros, aquí, debemos seguir soñando con lo que nunca tuvimos. Haberlo tenido no nos habría servido de nada. Quizá si nos purgáramos de la nostalgia y dejáramos de ansiar ambientes literarios, veríamos una nueva posibilidad de expandir la imaginación y reanudar el contacto creativo con la naturaleza y la sociedad.

Hay otros, eruditos y científicos, que saben mucho de la naturaleza y la sociedad. Más que usted.

Cierto. Y supongo que aunque parezca ridículo, no tengo más remedio que objetar que su saber es defectuoso; le falta algo. Ese algo es poesía. Huizinga, el historiador holandés, dice en su libro sobre Estados Unidos, recientemente publicado, que los estudiosos norteamericanos que conoció en los años veinte se expresaban con soltura y de forma estimulante, pero añade: «A veces me resultaba imposible reconocer en sus escritos al hombre de carne y hueso que había suscitado mi interés. Una experiencia frecuentemente repetida me obliga a sostener la opinión de que mi reacción personal a la prosa especializada norteamericana no debe basarse en sus cualidades intrínsecas. La leo con la mayor dificultad; me siento desligado de ella y soy incapaz de concentrarme en su lectura. Es como si me viera ante un sistema anómalo de expresión donde los conceptos no son equivalentes a lo míos o están ordenados de manera diferente». La anomalía de tal sistema se ha incrementado a lo largo de los últimos cincuenta años. Necesito información e ideas, y sé que determinadas personas muy cualificadas e inteligentes las tienen: economistas, sociólogos, abogados, historiadores, naturalistas. Pero les leo con creciente dificultad y exasperación. Y digo para mis adentros: «Estos autores forman parte del público cultivado, de tus lectores».

Pero exista o no un cultura literaria...

Disculpe que lo interrumpa, pero se me ocurre que Tolstói probablemente habría aprobado esta situación, viendo en ella posibilidades nuevas. Detestaba la cultura literaria y aborrecía el profesionalismo en las artes.

Pero ¿tienen los escritores que hacer las paces con la torre de marfil del mundo universitario?

En su ensayo *Reflexionad*, Tolstói aconseja partir del punto en que uno se

encuentra. Mejor esas torres que los sótanos alternativos que eligen algunos escritores. Además, la universidad no es más torre de marfil que la revista *Time*, con su visión extrañamente artificial del mundo, su control administrativo a distancia. En eso también tenemos una especie de torre de marfil. Más aislada aún que la de Flaubert. Las empresas Luce ofrecen al escritor más dinero, más pensión, mejor seguridad social que cualquier universidad. La torre de marfil es uno de esos lugares comunes que obsesionan el inquieto espíritu de los escritores. Como no gozamos de ninguna de las ventajas propias de un ambiente literario, bien podemos sentirnos libres de sus trivialidades. Necesitamos pensar, y para ello la universidad es un sitio tan bueno como cualquier otro. Y uno no tiene por qué convertirse en universitario por el mero hecho de dar clase en una facultad.

¿Podría dar una breve definición del universitario?

Me limitaría, de forma arbitraria, a un tipo de profesor que se da en la especialidad de Letras. El erudito británico Owen Barfield se refiere en uno de sus libros al «eterno procedimiento profesional que consiste en sustituir con un montón de palabras» lo que realmente importa por lo que simplemente es importante. Está harto de eso, según afirma. Y no es el único.

Discurso de recepción del premio Nobel

(1976)^[21]

En mi época de estudiante, hace más de cuarenta años, estaba lleno de grandes contradicciones. Una vez me matriculé en la asignatura de Banca y Capital y luego me dediqué a leer las novelas de Joseph Conrad. Nunca he tenido ocasión de lamentarlo. Quizá me atraía Conrad porque parecía norteamericano, hablaba francés y escribía inglés con una fuerza y una belleza extraordinarias; era un polaco desarraigado que navegaba por mares lejanos. Nada podía parecerme más natural a mí, hijo de inmigrantes criado en uno de los barrios de inmigrantes de Chicago, que un eslavo que fuera capitán de un mercante británico y conociera bien Marsella. En Inglaterra, resultaba maravillosamente exótico. H. G. Wells aconsejó a Ford Maddox Ford, con quien Conrad colaboró en la composición de varias novelas, que no estropeará el «estilo oriental» de Conrad. Era apreciado por su rareza. Pero la verdadera vida de Conrad tenía poco de raro. Sus temas eran directos: la fidelidad, las tradiciones del mar, la jerarquía, el mando, las frágiles normas que siguen los marinos cuando los sacude un tifón. Creía en la fuerza de esas reglas, endebles solo en apariencia. También creía en su arte. En el prefacio a *El negro del «Narcissus»* declaraba que el arte era un intento de rendir plena justicia al universo visible: trataba de encontrar en ese universo, tanto en los aspectos de la materia como en los hechos de la vida, lo que era fundamental, perdurable, esencial. El método que el escritor empleaba para alcanzar lo esencial era diferente del utilizado por el pensador o el científico, que conocían el mundo mediante el estudio sistemático. Para empezar, el artista solo contaba consigo mismo; sondeando las profundidades de su ser, encontraba «los términos que requiere su invocación» en las solitarias regiones adonde descendía. Apelaba, decía Conrad, «a la parte de nuestro ser que es un don, y no algo adquirido, a la capacidad de gozo y asombro..., a nuestro sentido de la piedad, de la belleza, del dolor; al sentimiento latente de confraternidad con toda la creación, y a la sutil pero inquebrantable convicción de solidaridad que enlaza la soledad de innumerables corazones..., que une a la humanidad entera, los muertos a los vivos y los vivos a los que aún han de nacer».

Esa ferviente proclama se escribió hace unos ochenta años, y quizá nos convenga sazónarla con algunos granos de sal contemporánea. Pertenezco a una generación de lectores que se sabía de memoria la larga lista de palabras nobles o altisonas, tales como «inquebrantable convicción» o «humanidad», rechazadas por escritores como Ernest Hemingway. Este autor hablaba en nombre de los soldados que combatían en la Primera Guerra Mundial animados por Woodrow Wilson y otros estadistas pomposos cuyas grandes palabras habían de confrontarse con los cadáveres congelados de todos los muchachos que acabaron empedrando las trincheras. Los

jóvenes lectores de Hemingway estaban convencidos de que los horrores del siglo xx y sus mortíferas radiaciones habían debilitado y destruido las creencias humanistas. Yo me decía, pues, que había que resistir la retórica de Conrad. Resistir, no rechazar, pues nunca creí que estuviera equivocado: me llegaba al alma. El individuo sensible parecía débil; solo sentía su propia debilidad. Pero si aceptaba esa debilidad y se sondeaba a sí mismo, intensificando su soledad, descubría la solidaridad con otros seres aislados.

No veo necesidad de aderezar las frases de Conrad con la sal del escepticismo, pero hay escritores para quienes la novela conradiana —todas las novelas de esa clase— ha dejado de ser válida. Se acabó. Está, por ejemplo, Alain Robbe-Grillet, una de las autoridades de la literatura francesa, portavoz del *chosisme* o «cosismo». En un artículo titulado «Sobre varias nociones caducas» afirma que en las grandes obras contemporáneas —*La Náusea*, de Sartre; *El extranjero*, de Camus; *El castillo*, de Kafka— no hay personajes; en esos libros no hay individuos, solo entidades. «La novela de personajes —añade— pertenece enteramente al pasado. Describe un período: el marcado por el apogeo de lo individual». Esto no es necesariamente una mejora; Robbe-Grillet lo reconoce. Pero está en lo cierto. Los individuos han desaparecido. «La época actual es más bien la del número administrativo. El destino del mundo ha dejado de identificarse, para nosotros, con la ascensión o caída de algunos miembros de determinadas familias». Prosigue diciendo que en los tiempos de la burguesía de Balzac importaba tener un nombre y un personaje; el personaje era un arma en la lucha por la supervivencia y el éxito. En aquella época, «era importante tener un rostro en un universo donde la personalidad representaba a la vez los medios y el fin de toda exploración». Nuestro mundo, concluye, es más modesto. Ha renunciado a la omnipotencia de la persona. Pero también es más ambicioso, «puesto que mira más allá. El culto exclusivo de “lo humano” ha dado paso a una conciencia más amplia, menos antropocéntrica». Nos ofrece, sin embargo, el consuelo de un nuevo rumbo y la promesa de futuros hallazgos.

En una ocasión como esta no me siento con ánimo para la polémica. Todos sabemos lo que es estar cansado de «personajes». Los tipos humanos se han vuelto falsos y aburridos. A principios de siglo, D. H. Lawrence afirmaba que nosotros, los seres humanos, con el instinto dañado por el puritanismo, ya no nos preocupamos los unos de los otros; peor aún, nos damos asco. «El corazón comprensivo está desgarrado —decía—. Nos tapamos la nariz para no oler nuestra mutua pestilencia». Además, en Europa la influencia de los clásicos ha sido tan grande a lo largo de los siglos, que cada país tiene sus «personalidades identificables» derivadas de Molière, Racine, Dickens o Balzac. Horrendo fenómeno. Quizá tenga esto algo que ver con el maravilloso proverbio francés que dice: *S'il y a un caractère, il est mauvais*. Eso hace pensar que la poco original raza humana tiende a tomar prestado lo que necesita de fuentes que ya tiene muy a mano, igual que las ciudades nuevas suelen construirse sobre las ruinas de las viejas. Quizá confirme ese punto de vista la concepción

psicoanalítica del personaje; es decir, una figura desagradable, rígida, algo a lo que hay que resignarse, nada que se adopte con alegría. Las ideologías totalitarias han atacado, a su vez, el individualismo, identificando a veces personaje con propiedad. Hay un indicio de esto en el argumento de Robbe-Grillet. El rechazo de la personalidad, de las malas máscaras, de las aburridas formas de ser, ha tenido consecuencias políticas.

Pero mi tema no es ese; lo que me interesa aquí es la cuestión de la prioridad del artista. ¿Es necesario o siquiera conveniente que parta de análisis históricos, de ideas o sistemas? En *El tiempo recobrado* Proust habla de una creciente preferencia entre los lectores jóvenes e inteligentes por las obras de una tendencia elevada, analítica, moral o sociológica, por los escritores que les parecen más profundos. «Pero —añade—, en cuanto la inteligencia razonadora se pone a juzgar las obras de arte, ya no hay nada fijo ni cierto, puede demostrarse todo lo que se quiera».

El mensaje de Robbe-Grillet no es nuevo. Nos dice que debemos purgarnos del antropocentrismo burgués y dedicarnos a las cosas de superior calidad que requiere nuestra avanzada cultura. ¿El personaje? «Tras cincuenta años de enfermedad, y con el certificado de defunción repetidas veces firmado por ensayistas serios —dice Robbe-Grillet—, nada ha logrado aún derribarlo del pedestal en donde lo había colocado el siglo XIX. Es una momia en la actualidad, pero sigue presidiendo con la misma —falsa— majestad los valores venerados por la crítica tradicional».

Como muchos de nosotros, comparto la objeción de Robbe-Grillet a las momias de toda clase que llevamos con nosotros, pero nunca me canso de leer a los grandes novelistas. ¿Puede morir algo tan vívido como los personajes de sus libros? ¿Es posible que los seres humanos estén ya en las últimas? ¿Verdaderamente depende tanto lo individual de las circunstancias históricas y culturales? ¿Hay que aceptar la explicación que con tanta «autoridad» nos ofrecen de esas circunstancias escritores y filósofos? Me parece que el problema no radica tanto en el interés intrínseco de los seres humanos como en esas ideas y explicaciones. Es la ranciedad e inadecuación de las ideas lo que nos repele. Para encontrar el origen de la dificultad, debemos buscar en el fondo de nosotros mismos.

El hecho de que ensayistas serios hayan firmado el certificado de defunción del personaje solo significa que otro grupo de momias —algunas respetables autoridades de la comunidad intelectual— es quien dicta la ley. Me hace gracia que esos ensayistas serios estén facultados para firmar el certificado de defunción de una forma literaria. ¿Es que el arte debe seguir a la «cultura»? Algo no va bien.

Un novelista debe ser libre para prescindir del «personaje» si esa estrategia lo estimula. Pero es absurdo adoptar esa decisión por el teórico motivo de que el período que marca el apogeo de lo individual, etc., ha llegado a su fin. No debemos permitir que los intelectuales nos marquen la pauta. Y no les hacemos ningún favor permitiéndoles que dirijan las artes. ¿Acaso deben, cuando lean novelas, encontrar en ellas únicamente la aprobación de sus propias opiniones? ¿Estamos aquí para jugar

ese juego?

Los personajes, dijo una vez Elizabeth Bowen, no son creación de los escritores. Existen con anterioridad, y han de ser *descubiertos*. Si nosotros no los encontramos, si no logramos representarlos, el fallo es nuestro. Hay que reconocer, sin embargo, que no es fácil encontrarlos. La condición humana quizá nunca ha sido más difícil de definir. Quienes afirman que nos hallamos en una etapa temprana de la historia universal quizá tengan razón. Parece que experimentamos la angustia de nuevos estados de conciencia. En Estados Unidos, millones de personas han recibido durante los últimos cuarenta años una «formación superior», lo que a menudo es un dudoso privilegio. En la conmoción de los sesenta sentimos por primera vez los efectos de enseñanzas, concepciones, sensibilidades del momento, la omnipresencia de las ideas psicológicas, pedagógicas y políticas.

Todos los años vemos montones de libros y artículos de escritores que explican a los norteamericanos la situación en que se encuentran. Todos reflejan las crisis actuales; todos nos dicen lo que debemos hacer para solucionarlas: esos analistas son producto del desorden y la confusión que ellos mismos pretenden arreglar. Es en mi calidad de novelista como me pongo a considerar la extrema sensibilidad moral de nuestros contemporáneos, su deseo de perfección, su intolerancia hacia los defectos de la sociedad, la conmovedora, la cómica enormidad de sus exigencias, su ansiedad, su irritabilidad, su sensibilidad, su ternura, su bondad, su inquietud, la temeridad con la que experimentan con drogas, terapias de contacto y bombas. En su libro sobre la Iglesia, el ex jesuita Malachi Martin compara al norteamericano moderno con una escultura de Miguel Ángel, *El esclavo*, en quien ve «una lucha inacabada por salir entero» de un bloque de materia. El «esclavo» norteamericano se ve obstaculizado en su lucha por «las interpretaciones, admoniciones, prevenciones y descripciones que de él mismo hacen los profetas, sacerdotes, jueces y gestadores de sus tribulaciones», dice Martin.

Si nos dedicamos un poco a examinar con más detenimiento esas tribulaciones, ¿qué es lo que vemos? En la vida privada, el desorden o casi el pánico. En la familia —para maridos, mujeres, padres, hijos—, la confusión; en el comportamiento cívico, en las lealtades personales, en las prácticas sexuales (no recitaré toda la lista; estamos hartos de oírla), más confusión. En ese desorden privado y en ese desconcierto público es donde intentamos vivir. Estamos expuestos a todas las angustias. La decadencia y ruina de todo es el pan nuestro de cada día; estamos inquietos en la vida privada y atormentados por los asuntos públicos.

¿Y qué ocurre en el arte y la literatura? Bueno, pues hay un gran revuelo que, sin embargo, no ha conseguido dominarnos del todo. Todavía somos capaces de pensar, de sentir, de distinguir. Las actividades más puras, sutiles y elevadas no han sucumbido a la furia o la insensatez. Aún no. Se siguen escribiendo y leyendo libros. Quizá sea más difícil abrirse camino por entre la turbulenta mentalidad del lector moderno, pero aún es posible llegar a una zona en calma. En ese lugar tranquilo, los

novelistas descubrimos que el lector nos está esperando con devoción. Cuando aumentan las complicaciones, el deseo de lo esencial crece en la misma medida. El interminable ciclo de crisis iniciado con la Primera Guerra Mundial ha formado una persona especial, que ha vivido cosas extrañas y terribles y en quien puede observarse una reducción de prejuicios, un rechazo de ideologías decepcionantes, una capacidad de vivir con muchas clases de locura y un inmenso deseo de determinados valores perdurables: la verdad, por ejemplo; la libertad; la sabiduría. No creo que esté exagerando; abundan las pruebas que lo atestiguan. ¿Desintegración? Pues sí. Muchas cosas se desintegran, pero también experimentamos una extraña forma de refinamiento. Y eso desde hace ya algún tiempo. Al examinar *El tiempo recobrado*, descubro que Proust era claramente consciente de ello. Su novela, que describe la sociedad francesa durante la Gran Guerra, pone su arte a prueba. Sin un arte que no rehúya los horrores personales o colectivos, insiste Proust, no nos conoceremos ni a nosotros mismos ni a los demás. Solo el arte penetra lo que el orgullo, la pasión, la inteligencia y la costumbre erigen por todas partes: las realidades aparentes de este mundo. Existe otra realidad, la verdadera, que perdemos de vista. Esa otra realidad siempre nos está enviando señales, que, sin arte, no podemos recibir. Proust llama a esas señales «impresiones verdaderas». Las impresiones verdaderas —intuiciones persistentes—, sin arte, seguirán ocultas a nuestros ojos, y no nos quedará sino una «terminología para fines prácticos que falsamente llamamos vida».

Proust era aún capaz de mantener un equilibrio entre el arte y la destrucción, insistiendo en que el arte era una necesidad vital, una gran realidad independiente, un poder mágico. Durante mucho tiempo, el arte no ha guardado relación alguna, como ocurría en el pasado, con la principal empresa humana. Hegel observaba hace tiempo que el arte ya no absorbía las energías centrales de la humanidad. Esas energías estaban ahora en la ciencia, «espíritu implacable de indagación racional». El arte había quedado al margen. Allí formaba «un horizonte amplio y espléndidamente variado». En la era de la ciencia, se continuaba pintando y escribiendo poesía pero, decía Hegel, por espléndidos que los dioses se presentaran en las modernas obras de arte y por mucha dignidad y perfección que encontráramos «en las imágenes de Dios Padre y la Virgen María», todo era en vano: ya no nos arrodillábamos. Hace tiempo que no se flexionan las rodillas en señal de devoción. El ingenio, la exploración audaz, la originalidad de la invención han sustituido al arte de la «pertinencia directa». El logro más importante de ese arte puro, en opinión de Hegel, consistía en que, liberado de sus responsabilidades anteriores, ya no era «serio». En cambio, elevaba el alma mediante la «serenidad de la forma por encima de la dolorosa participación en las limitaciones de la realidad». No sé quién podría hoy reivindicar un arte que eleva el alma por encima de la dolorosa participación en la realidad. Tampoco estoy seguro en este momento de que sea el espíritu de indagación racional en la ciencia pura lo que absorbe las energías centrales de la humanidad. El centro parece (si bien de manera provisional) ocupado por las crisis que he descrito.

En el siglo XIX hubo autores europeos que no renunciaban a la relación de la literatura con la principal empresa humana. La sugerencia misma habría horrorizado a Tolstói y Dostoievski. Pero en Occidente se produjo una separación entre los grandes artistas y el público en general. Los artistas sintieron un marcado desprecio por el lector medio y la masa burguesa. Los más perspicaces veían con bastante claridad la clase de civilización que había producido Europa, brillante pero inestable, vulnerable, abocada a la catástrofe.

Pese al despliegue de radicalismo e innovación, nuestros contemporáneos son en realidad muy conservadores. Siguen a sus decimonónicos dirigentes y se aferran a los viejos valores, interpretando la historia y la sociedad del mismo modo que en el siglo pasado. ¿Qué harían hoy los escritores si se les ocurriera que la literatura podría absorber de nuevo esas «energías centrales», si debieran reconocer que ha surgido un inmenso deseo de regresar de la periferia, de recobrar lo simple y verdadero?

Por supuesto, no podemos volver al centro con solo desearlo, aunque saber que nos esperan pueda electrizarlos. La fuerza de la crisis es tan grande que podría exigir nuestra vuelta. Pero las recetas no sirven de nada. No se puede decir a los escritores lo que tienen que hacer. La imaginación debe encontrar su propio camino. Pero puede desearse fervientemente que los escritores vuelvan —que volvamos— de la periferia. Los escritores no representamos adecuadamente a la humanidad. ¿Qué visión dan los norteamericanos de sí mismos, cuál es la que de ellos tienen los psicólogos, sociólogos, historiadores, periodistas y escritores? Bajo una especie de luz contractual, se ven a sí mismos de una forma que nos resulta desesperadamente familiar. Esas imágenes de luz contractual, que tanto nos aburren a Robbe-Grillet y a mí, tienen su origen en la visión del mundo contemporánea: ponemos en nuestros libros al consumidor, al funcionario, al hinchado de fútbol, al amante, al telespectador. Y en la versión de la luz contractual, su vida es una especie de muerte. Existe otra vida, nacida del sentimiento insistente de lo que somos, que niega esas formulaciones simplificadoras y la falsa vida —la muerte en vida— que nos fabrican. Pues es falsa, y lo sabemos, y nuestra secreta e incoherente resistencia no puede cesar: esa resistencia que surge de intuiciones persistentes. Puede que la humanidad no soporte demasiada realidad, pero tampoco es capaz de aguantar demasiada irrealidad, demasiados insultos a la verdad.

No tenemos buena opinión de nosotros mismos; no reflexionamos mucho sobre lo que somos. Nuestros logros colectivos nos «superan» de tal manera que nos «justificamos» señalándolos. El avión supersónico en el cual nosotros, seres humanos ordinarios, cruzamos el Atlántico en cuatro horas, encarna el valor que podemos invocar. Entonces nos dicen que es hora de cerrar en los jardines de Occidente, que el final de nuestra civilización capitalista está próximo. Eso significa que aún no hemos menguado lo suficiente; debemos prepararnos para empequeñecer aún más. No estoy seguro de si esto debe llamarse análisis intelectual o análisis de intelectual. Los desastres son desastres. Es una solemne estupidez calificarlos de victorias, como

hacen algunos políticos. Pero llamo la atención sobre el hecho de que en la comunidad intelectual hay un considerable catálogo de actitudes que han adquirido respetabilidad: conceptos sobre la sociedad, la naturaleza humana, las clases, la política, la sexualidad, el intelecto, el universo físico, la evolución de la vida. Pocos escritores, incluso entre los mejores, se han tomado la molestia de revisar esas actitudes u ortodoxias. Que están en todas partes, pero nadie pone seriamente en entredicho. Sencillamente resplandecen con más brillo en Joyce o D. H. Lawrence que en libros de autores de menor categoría. ¿Cuántos novelistas, desde los años veinte, han revisado a Lawrence o presentado una visión diferente de la potencia sexual o los efectos de la civilización industrial en los instintos? La literatura viene utilizando desde hace casi un siglo el mismo repertorio de ideas, mitos, estrategias. Los ensayistas serios de los últimos cincuenta años, dice Robbe-Grillet. Sí, desde luego. Uno tras otro, ensayos y libros confirman los pensamientos más serios — baudelairianos, nietzscheanos, marxianos, psicoanalíticos, etcétera— de los más serios ensayistas. Lo que Robbe-Grillet dice del personaje es igualmente aplicable a esas ideas, que sostienen el habitual surtido de cosas sobre la sociedad de masas, la deshumanización y todo eso. Cuán pobremente nos representan. Las imágenes que brindan no se nos parecen más de lo que nosotros nos parecemos a los reptiles reconstruidos y otros monstruos del museo de paleontología. Nosotros somos más elásticos, más flexibles, estamos mejor articulados, tenemos mucho más: eso lo vemos todos.

¿Qué hay ahora en el centro? En este momento, ni el arte ni la ciencia, sino la humanidad, que decide, en la confusión y la oscuridad, si va a perdurar o sucumbir. La especie entera —todo el mundo— ha entrado en la partida. En un momento así, es fundamental que nos aligeremos, que nos liberemos de estorbos, incluidos los fardos de la educación y de todos los tópicos organizados, para formular juicios propios, realizar actos propios. Conrad tenía razón en apelar a esa parte de nuestro ser que es un don. Debemos buscar ese don entre los escombros de muchos sistemas. El derrumbamiento de esos sistemas quizá traiga consigo una dichosa y necesaria liberación de ciertas formulaciones, de concepciones engañosas del ser y la conciencia. Cada vez con mayor frecuencia desecho como «meramente respetables» opiniones que he mantenido —o creído mantener— durante mucho tiempo para tratar de discernir lo que me hace realmente vivir y lo que hace verdaderamente vivir a los demás. En cuanto al arte de Hegel, liberado de «seriedad» y resplandeciendo en los márgenes, elevando el alma por encima de la dolorosa participación en las limitaciones de la realidad mediante la serenidad de la forma, no puede hoy existir en parte alguna, en medio de esta lucha por la supervivencia. Sin embargo, no es que las personas entregadas a esa lucha solo posean una humanidad rudimentaria, sin cultura, y no sepan nada de arte. Nuestros mismos vicios, nuestras mutilaciones, muestran la riqueza de nuestro pensamiento y nuestra cultura. Lo mucho que sabemos. Lo mucho que podemos sentir. Las luchas que nos agitan nos infunden el deseo de simplificar,

de reconsiderar, de suprimir la trágica debilidad que ha impedido a los escritores —y a los lectores— ser a la vez simples y verdaderos.

Los escritores suscitan un gran respeto. El público inteligente hace gala de una maravillosa paciencia hacia ellos, sigue leyéndoles, y sufre una decepción tras otra, esperando aprender del arte lo que no le enseñan la teología, la filosofía o la teoría social, y lo que no puede aprender de la ciencia pura. De nuestra lucha en el centro ha surgido un inmenso y doloroso deseo de una explicación más amplia, más flexible, más plena, más coherente, más exhaustiva de lo que somos los seres humanos, de quiénes somos, y para qué es esta vida. En el centro, la humanidad lucha por su libertad contra los poderes colectivos, el individuo combate contra la deshumanización para recobrar su alma. Si los escritores no vuelven al centro, no será porque el centro esté ya ocupado. No lo está. Son libres de entrar. Si lo desean.

De la esencia de nuestra verdadera condición, su complejidad, su confusión, su dolor, percibimos a veces destellos, en lo que Proust y Tolstói consideraban «impresiones verdaderas». Esa esencia sale a la luz y luego vuelve a ocultarse. Cuando desaparece nos deja en la duda. Pero seguimos en contacto con las profundidades de donde surgen esos destellos. La percepción de nuestras verdaderas capacidades —capacidades que parecen provenir del universo mismo—, también es cambiante. Somos reacios a hablar de estas cosas porque no hay nada que podamos probar, porque nuestro lenguaje es inadecuado, y porque no mucha gente está dispuesta a correr el riesgo del bochorno. Tendrían que decir: «Hay un espíritu», y eso es tabú. De manera que casi todo el mundo se calla, aunque casi todo el mundo tenga conciencia de ello.

El valor de la literatura radica en esas intermitentes «impresiones verdaderas». Una novela discurre entre el mundo de los objetos, de las apariencias, y ese otro mundo, del que proceden esas «impresiones verdaderas» y que nos lleva a creer que el bien al que nos aferramos con tanta tenacidad —frente al mal, tan obstinadamente— no es una ilusión.

Nadie puede pasarse años escribiendo novelas sin darse cuenta de eso. La novela no puede compararse con la epopeya, ni con los monumentos del drama poético. Pero es lo mejor que sabemos hacer ahora mismo. Es una especie de cobertizo de nuestros días, una choza donde el espíritu busca refugio. Una novela se compone de unas cuantas impresiones verdaderas y de la multitud de falsas que conforman la mayor parte de lo que denominamos vida. La novela nos dice que para cada ser humano hay una diversidad de existencias, que la misma existencia individual es en cierta medida una ilusión, que esas numerosas existencias significan algo, tienden a algo, logran algo; nos promete sentido, armonía, e incluso justicia. Lo que decía Conrad es verdad: el arte trata de encontrar en el universo, tanto en los asuntos de la materia como en los hechos de la vida, lo que es fundamental, perdurable, esencial.

Los escritores, los intelectuales y la política: reminiscencias

(1993)^[22]

Cuando los bolcheviques tomaron el poder en 1917, yo tenía dos años. Mis padres habían emigrado de San Petersburgo a Montreal en 1913, así que los acontecimientos de Rusia eran motivo de continua preocupación para ellos, y en la mesa se hablaba tanto de la guerra, el frente, el zar, Lenin y Trotski como de los padres y hermanos que se habían quedado allí. Entre los judíos era apenas concebible que la gran monarquía hubiera caído. Escépticos, los inmigrantes más viejos creían que los advenedizos bolcheviques pronto serían desalojados del poder. Sus hijos mayores, sin embargo, ardían en deseos de sumarse a la Revolución, y recuerdo aquella discusión de mi padre en plena calle con Lyova, el hijo de nuestro profesor de hebreo, que nos dijo que ya había comprado su *schiffskarte*^[23]. Mi padre gritaba que el nuevo régimen no valía nada, y como los jóvenes estaban entonces acostumbrados a respetar a sus mayores, Lyova sonreía, con deferencia pero con actitud inquebrantable. Se marchó a construir un orden nuevo bajo la férula de Lenin y Trotski. Y desapareció.

Mucho después, cuando ya nos habíamos trasladado a Chicago y yo era lo bastante mayor para leer a Marx y Lenin, mi padre me decía:

—No te olvides de lo que le pasó a Lyova; y hace años que no tengo noticias de mis hermanas. No quiero saber nada de tu Rusia ni de tu Lenin.

Pero a mis ojos mis padres eran rusos, con agradables rasgos rusos. Habían traído de San Petersburgo un baúl lleno de finos atavíos: chalecos bordados, un sombrero de copa, un frac, camisones plisados de lino, enaguas negras de tafetán, plumas de avestruz, y botas de botones y tacón alto. Inútil todo ello en la sombría Última Tule de Montreal o en el proletario Chicago, servía de juguete a los niños pequeños. Los mayores se americanizaban rápida y ávidamente, y los demás seguían pronto su ejemplo. El país nos conquistó. *Era* un país, entonces, y no una colección de «culturas». Nos daba la impresión de que teníamos mucha suerte de estar allí. En el instituto de Chicago al que iba, sin embargo, los hijos de inmigrantes también se consideraban un poco rusos, y al tiempo que estudiaban *Macbeth* y *L'Allegro* de Milton, leían a Tolstói y Dostoievski e inevitablemente llegaban a *El Estado y la revolución* de Lenin y a los panfletos de Trotski. En el club de debates del instituto Tuley se discutía el *Manifiesto comunista*, y en la calle principal del barrio, Division Street, los intelectuales de la inmigración pronunciaban discursos subidos en cajas de jabón, mientras en «El foro», salón parroquial de California Avenue, los debates entre socialistas, comunistas y anarquistas atraían gran cantidad de público. Aquellos fueron los comienzos de mi formación izquierdista. Por recomendación de unos

amigos, empecé a leer a Marx y Engels, y me acuerdo de que, en la lóbrega oficina de mi padre, cerca de los muelles de carga, estaba yo criticando severamente *Valor, precio y ganancia* mientras la policía hacía una redada en el burdel de la acera de enfrente —por no pagar la cuota de extorsión, probablemente—, arrojando camas, sábanas y sillas por las ventanas rotas.

La Liga de Jóvenes Comunistas intentó ganarme para la causa a finales de los años treinta. Demasiado tarde. Ya había leído el panfleto de Trotski sobre la cuestión alemana y estaba convencido de que los errores de Stalin habían llevado a Hitler al poder.

Es curioso cómo se difundía por todas partes la información sobre la política mundial y en qué extraños rincones del globo se tomaba entonces postura. El poeta Mandelstam preguntó en 1923 a un miembro del Komintern al que entrevistaba: «¿Cómo ha afectado a Indochina el movimiento de Gandhi? ¿Han percibido ustedes vibraciones, ecos?». «No», contestó el compañero. Era Nguyen Ai Quoc, a quien nosotros llamaríamos después Ho Chi Min. Mandelstam nos lo describe así: «En el fondo no es más que un muchacho, delgado y ágil, vestido con un jersey de lana».

Raros eran los muchachos, no es preciso decirlo, que se hacían miembros del Komintern. Para millones de jóvenes en el mundo, sin embargo, la Revolución de Octubre era una enorme caja de resonancia cuyos ecos de libertad y justicia no podían dejar de oírse. Aquella revolución fue durante muchos decenios el acontecimiento más importante y prestigioso de la historia. Sus partidarios sostenían que había puesto fin a la más monstruosa de las guerras y que el proletariado revolucionario de Rusia había otorgado a la humanidad el don de una inmensa esperanza. Ahora, los oprimidos del mundo, bajo la dirección comunista, destruirían el decadente imperialismo capitalista. En el Chicago de la Gran Depresión, quienes eran jóvenes en el fondo ponían en orden su pensamiento revolucionario. El programa no estaba muy claro, pero las perspectivas eran sumamente emocionantes. La plena claridad ideológica tardaría tiempo en llegar.

En la universidad (1933), yo era trotskista. Trotski infundía a sus jóvenes seguidores la peculiar ortodoxia de los derrotados y excluidos. Nosotros pertenecíamos al movimiento, éramos fieles al leninismo, sabíamos interpretar las lecciones de la historia y describir los crímenes de Stalin. Mis amigos y yo, sin embargo, no éramos activistas, sino escritores. Debido a la Gran Depresión, carecíamos de expectativas de carrera. Pasábamos la semana con cinco o seis dólares en el bolsillo, y si nuestros cuartuchos eran exiguos, las bibliotecas eran imponentes, preciosas. Mediante la «política revolucionaria» cumplíamos la exigencia de acción de la época. Pero lo que realmente importaba era el personal sustento vital que extraíamos de Dostoievski o Herman Melville, de Dreiser, John Dos Passos y Faulkner. Rellenando una ficha en la Biblioteca Crerar de Randolph Street, se podían sacar todos los volúmenes encuadernados del *Dial* y pasar largas tardes con T. S. Eliot, Rilke y e. e. cummings. A finales de los años treinta, la *Partisan Review* era

nuestro propio *Dial*, con política incluida. Teníamos acceso a los europeos contemporáneos más importantes: Silone, Orwell, Koestler, Malraux, André Gide y Auden. Los principales colaboradores norteamericanos de *Partisan* eran marxistas; críticos y filósofos como Dwight Macdonald, James Burnham, Sidney Hook, Clement Greenberg, Meyer Schapiro y Harold Rosenberg. Los intelectuales de la *PR*, de la manera más natural, tomaron partido por Trotski durante los procesos de Moscú. Hook convenció a su profesor, John Dewey, para que encabezara una comisión de investigación en México. Seguimos las indagaciones con amargura, apasionadamente, porque éramos, por supuesto, los excluidos; los estalinistas detentaban el poder. En Estados Unidos solo nosotros sabíamos lo malvados que eran. FDR y los del New Deal no tenían la menor idea; no entendían a Rusia, ni tampoco el comunismo.

Pero nuestro propio movimiento, según empezamos a ver, era con frecuencia insensato, incluso visiblemente absurdo. Durante la guerra civil española, la cuestión de la ayuda material a la República se debatía furiosamente entre camaradas que no estaban en condiciones de contribuir siquiera con una moneda de veinticinco centavos. Prueba más dura para nuestra lealtad fue la invasión de Finlandia por el Ejército Rojo. Trotski sostenía que un Estado obrero no podía, por definición, librar una guerra imperialista. La invasión era progresista, ya que iba a nacionalizar la propiedad privada, paso irrevocable hacia el socialismo. Fiel a la Revolución de Octubre, Trotski combatió a los disidentes, que ya eran numerosos. La escisión resultante escapó a la atención del público norteamericano, que en cualquier caso habría preferido *Fantasía* de Disney a nuestras interpretaciones.

Aunque alejado ya de la política marxista, seguí admirando a Lenin y Trotski. Al fin y al cabo, había empezado a oír hablar de ellos en la trona donde me daban de comer mi puré de patatas. Cómo podía olvidar que Trotski era el creador del Ejército Rojo, que leía novelas francesas en el frente mientras derrotaba a Denikin. Que convencía a enormes multitudes con sus deslumbrantes discursos. El atractivo de la Revolución aún seguía fascinando. Además, las más respetadas personalidades literarias e intelectuales se habían rendido a ella. Al volver de un viaje a Rusia, Edmund Wilson hablaba de la «luz moral en la cima del mundo», y fue él quien nos había descubierto a Joyce y a Proust. Su historia del pensamiento revolucionario, *Hacia la estación de Finlandia*, se publicó en 1940. Cuando ya se había producido la invasión de Polonia, y Francia había caído en manos de los nazis.

Mil novecientos cuarenta también fue el año del asesinato de Trotski. Yo estaba en México por entonces, y una conocida del Viejo, una señora europea a quien yo había conocido en Taxco, me organizó una entrevista. Trotski accedió a recibirnos a mi amigo Herbert Passin y a mí en Coyoacán. Lo abatieron en la mañana de nuestra cita. Al llegar a Ciudad de México, nos encontramos con los titulares. Cuando nos presentamos en su casa nos tomaron por periodistas extranjeros y nos enviaron directamente al hospital. En la sala de urgencias reinaba el desorden. Solo tuvimos

que preguntar por Trotski. Nos abrieron una puerta en un pequeña sala lateral, y allí lo vimos. Acababa de morir. Un cono de vendajes ensangrentados le cubría la cabeza. Tenía las mejillas, la nariz, la barba, la garganta surcadas de sangre y de iridiscentes hilillos de tintura de yodo.

Se cuenta que una vez dijo que Stalin podría matarlo cuando quisiera, y ahora comprendimos lo que un poder de tan largo brazo era capaz de hacer con nosotros; lo fácil que era para un déspota ordenar una muerte; lo poco que costaba matarnos, el leve dominio que nosotros, con nuestras filosofías de la historia, nuestras ideas, programas, propósitos, voluntades, teníamos sobre la materia de la que estábamos hechos.

La Gran Depresión fue una época de humillación personal para aquellos que habían trabajado y vivido en una respetable prosperidad. El capitalismo parecía haber perdido el control del país. Para muchos, el derrocamiento del gobierno se vislumbraba como una clara posibilidad. En los primeros años de la crisis, las directrices emitidas por el gobierno comunista durante su rígido y siniestro tercer período tuvieron escasa resonancia en Estados Unidos. Una nueva política frentepopulista se anunció cuando Hitler empezó a destruir los partidos de izquierda. A los comunistas norteamericanos, el Frente Popular, moderado y aparentemente conciliador, les venía como anillo al dedo. Liberado de su jerga con resonancias extranjeras, el partido empezó a hablar el lenguaje de sindicalistas y obreros. Adoptando el populismo autóctono, cantaba temas tradicionales y tocaba la guitarra. En el centro del nuevo panteón de hombres ilustres se sentaban Jefferson y Lincoln en lugar de Lenin y Stalin. La filosofía del New Deal, tal como nos la presentaba FDR en sus charlas junto al fuego, generaba calor y confianza. Henry Wallace anunció que este era el siglo del hombre de la calle. El Frente Popular se identificaba con ese nuevo populismo, y el Partido Comunista conoció por primera vez la embriaguez de encontrarse en la corriente dominante de la vida nacional. Parecía que el país experimentaba un gran renacimiento cultural. Escritores y actores se sentían atraídos por las bien dotadas organizaciones del frente y sus compañeros de viaje. La izquierda había encontrado un filón.

Yo mismo era un beneficiario nada desagradecido del New Deal. Al final de los años treinta, trabajaba en el programa de ayuda a los escritores de la WPA, el organismo para la mejora del trabajo. En la oficina de Chicago nuestras lumbreras eran Jack Conroy y Nelson Algreen, ninguno de ellos caído en desgracia en el Partido Comunista. Algreen era todo un personaje, lamentablemente propenso a la contaminación ideológica, un bohemio izquierdista en un estilo de Chicago que perdió rápidamente actualidad. Pocos escritores de talento de la nueva generación quedaron libres de la influencia frentepopulista. Me refiero no solo a los que más tarde persiguió la histeria desatada por McCarthy, sino también a determinados

colaboradores prestigiosos de *The Nation* y *New Republic* que se habían alineado con el PC durante la guerra civil española (por ejemplo, Malcolm Cowley). El Frente Popular tenía un estilo especial, y su «cultura» era fácilmente reconocible en autores como Clifford Odets, Lillian Hellman o Dalton Trumbo, o en críticos y guionistas radiofónicos que bien pueden seguir en el anonimato. Perdura aun hoy, y basta mencionar en una cena a Whittaker Chambers, Alger Hiss, J. Robert Oppenheimer o los Rosenberg para ver hasta qué punto siguen vivos los dogmas y cuestiones de los años treinta y de los primeros años de la posguerra.

Es absolutamente cierto, según ha sugerido Charles Fairbanks, que el totalitarismo ha llegado a determinar en nuestro siglo hasta la definición de lo que es un intelectual. La «vanguardia combatiente» que actuó en octubre bajo la dirección de Lenin estaba compuesta de intelectuales, y quizás el prestigio del acontecimiento causó mayor efecto en los intelectuales de Occidente. Entre los activistas políticos eso era bastante evidente, pero el modelo bolchevique ejerció una enorme influencia en todas partes. Trotski y T. E. Lawrence fueron quizá los más destacados activistas intelectuales surgidos de la Primera Guerra Mundial; el primero, como principal dirigente leninista; Lawrence, como erudito y delicado solitario, un Fortinbras shakespeariano materializado en el desierto de Arabia. Malraux se inspiró en ambos, evidentemente: esteta y teórico, ávido de acción revolucionaria en su primer período, con un curioso entusiasmo por la violencia al servicio de las grandes causas. Él fue quien marcó la pauta a los escritores franceses de los años cuarenta. Sartre fue claramente uno de sus sucesores, y en Francia y en otras partes muchos lo tomaron como modelo, hasta que abjuró de la Revolución. Hallamos indicios similares en Arthur Koestler, que tantas veces se expuso personalmente al peligro, pero fue en Francia, entre los años treinta y la época de Régis Debray, donde los intelectuales izquierdistas se presentaron en Occidente como soldados de la Revolución.

Los intelectuales berlineses adoptaron el estilo leninista en los años veinte. *La toma de medidas* de Bertolt Brecht representa el precepto central del leninismo, es decir, la primacía del partido, y dramatiza con gran fuerza la tragedia de la desobediencia: el fracaso de un obrero del partido que no logra la total postergación personal exigida por la «Historia». Martin Esslin nos traza un cuadro muy vivo del propio Brecht: el personaje público del *enfant terrible* literario, con su chaqueta de camionero y la sucia gorra de visera. Con atuendo proletario, «conducía a toda velocidad por las calles de Berlín», pero llevaba las gafas de montura metálica de un «funcionario modesto o un maestro de escuela». Al propio Lenin se le ha comparado con un profesor de instituto de Simbirsk: el Gran Mentor, lo llama Wilson. La energía intelectual bajo la máscara del pedante. El estilo leninista también gozó de popularidad entre los intelectuales bohemios de Greenwich Village. Sobre esto formuló una valiosa observación el crítico de arte Clement Greenberg, también

interesado en la personalidad del Gran Mentor. Dice de Brecht: «Los preceptos de Lenin se convirtieron para él en eterna norma de conducta, mientras hacía del bolchevismo una forma de vida y un hábito de virtud». Y en otro lado: «Los seguidores de Lenin y Trotski —los enanos que imitan el aspecto exterior de aquellos a quienes siguen— han cultivado en sí mismos esa estrechez de miras que pasa por devoción desinteresada, esa dureza en las relaciones personales y, sobre todo, esa devastadora incapacidad para la propia experiencia que se han convertido en los rasgos característicos comunes del “revolucionario profesional” comunista...; es la estrechez cultivada y habitual... que ahuyenta la imaginación y la espontaneidad». Semejante reprobación, cuando la leí años atrás, incrementó mi respeto por Greenberg; encontraba en ella una lucidez fuera de lo común. Porque se había comportado como un Lenin de las artes. En aquella época muchos intelectuales de talento adoptaron cierta coloración leninista. Eran «duros». Para ellos, «vidas» y «personalidades» eran engreimientos burgueses irreales, prolongaciones de la idea de propiedad. Se suprimían, se reducían, se eliminaban modas y flaquezas, se daba la bienvenida a la vanguardia y se destruía el arte frívolo con revolucionarios rayos mentales.

La Revolución rusa fue llevada a cabo por un pequeño grupo de intelectuales bajo la dirección de Lenin, su principal teórico. No es de extrañar que los intelectuales de Occidente se obnubilaran con tal ejemplo.

Algunos eran personas verdaderamente fuera de lo corriente, de una inteligencia impresionante (Harold Rosenberg, por ejemplo). A finales de los años treinta, los intelectuales más perspicaces del Village empezaron a comprender que la Revolución era un desastre. Pocos de ellos, sin embargo, se apartaron del marxismo. De una forma u otra, se aferraban a los textos que los habían convertido en intelectuales. Los fundamentos del marxismo les había aportado una organización mental, otorgándoles una ventaja perdurable sobre rivales menos centrados, formados deprisa y corriendo en las universidades norteamericanas. Nunca se llega a renunciar por entero a lo que ha movilizado la energía y el entusiasmo de los años juveniles. Llegué a Nueva York a finales de los años treinta, la cabeza confusa pero resuelto a instruirme, y a finales de los cuarenta me había convertido en colaborador habitual de la *Partisan Review* y en un verdadero habitante del Village. Estábamos rodeados por la Norteamérica comercial. El Village se encontraba a medio camino entre Madison Avenue y Wall Street. Su centro era Washington Square. Desde su apartamento, que daba a los bancos y los olmos de la plaza, Eleanor Roosevelt podía ver, en caso de que se los señalaran, a algunos de los más eminentes intelectuales del país discutiendo de política francesa, pintura americana, Freud y Marx, André Gide y Jean Cocteau. Todo el mundo sentía entusiasmo por las conversaciones elevadas, a menudo desenfundadamente teóricas.

Para Darwin, lo que contaba era la lucha por la vida; para mí, en aquellos años, era la lucha por la conversación. Sin ella no había vida. Había magníficos

conversadores en aquel grupo de izquierdistas anticomunistas: Dwight MacDonald, alto, desgarrado, con barba, de ojos como platos, tartamudo veloz; Philip Rahv, con su murmullo ruso, entrecortado; Harold Rosenberg, extraordinariamente desenvuelto, convincente, dominador, agudo y sutil; Paul Goodman, astuto y visionario a la vez, con la mirada perdida mientras dictaminaba sobre psiquiatría, poesía, anarquismo y sexualidad.

Entre aquellos pensadores, pocas distinciones había entre intelectual y escritor. Los héroes culturales que importaban eran los que tenían ideas. Sidney Hook, hombre sensato en muchos aspectos, me dijo una vez que Faulkner era un escritor excelente cuyas obras se verían grandemente mejoradas con la introducción de ideas dinámicas. «Me gustaría darle algunas —añadió—. Todo sería muy distinto. ¿Lo conoces?».

Había en efecto muchas cosas que debíamos comprender: filosofía, ciencia, la guerra fría, la sociedad de masas, el arte pop, el arte con mayúscula, el psicoanálisis, el existencialismo, la cuestión rusa, la cuestión judía. Sin embargo, rápidamente vi —o más bien intuí (pues no suelo ver rápidamente) que los escritores rara vez suelen ser intelectuales. «Un toque de ideología y seguir la moda es de lo más oportuno», decía Chéjov (con cierta ironía, supongo). En vena más seria, declaró que los escritores «solo deben dedicarse a la política para protegerse de la política». «Ausencia de pesada verborrea de carácter político, social o económico» era una de sus normas, y recomendaba también objetividad, brevedad, audacia, compasión y rechazo de estereotipos. (¡Ah, eso era antes de que tales palabras cayeran en descrédito!).

No pretendo extenderme ahora en las diferencias entre cognición e imaginación; observo simplemente que evitaba todo lo que se pareciese a una alternativa siguiendo mi propia inclinación. No recuerdo que haya intentado alguna vez discutir con otros escritores sobre el arte en contraposición a la política. En un cena con visitantes ilustres, años atrás, pregunté a Günter Grass por qué hacía tan vigorosa campaña por Willy Brandt. ¿Debían los escritores involucrarse en política? Me miró fijamente en silencio, como indignado (aquella noche, él era el invitado de honor) de que lo hubieran sentado junto al tonto del pueblo.

¡Esto solo pasa en Estados Unidos!, debió de pensar.

Porque en Europa, los escritores se entregaban a la política de modo absoluto. Eso, tal como descubrí en los años que pasé en París (1948-1950), era lo que había que hacer. Mil novecientos cuarenta y ocho fue especialmente amargo y funesto. El carbón, la gasolina, incluso el pan, seguían racionados. Eso de que París era la capital de la civilización mundial ya no caía por su peso. Los pensadores y escritores franceses pugnaban por mantener su preeminencia. Los estadounidenses, vitoreados no hacía mucho como liberadores, no eran muy bien recibidos, con la derecha mostrándoles tanta acritud como la izquierda. Mauriac expresaba en sus artículos una decidida preferencia por los rusos; por la literatura rusa en vez de por la literatura

norteamericana. (Hasta cierto punto, yo estaba de acuerdo con él). Por parte de la izquierda, solo se aceptaban los norteamericanos que habían pasado un examen ideológico. A los demás se los consideraba espías. Y los que hablaban francés eran especialmente taimados: agentes dobles, con toda probabilidad. Francófilos de toda la vida, como mi amigo H. J. Kaplan, resultaban sospechosos, mientras que a Richard Wright lo acogían sin reservas, y los existencialistas con quienes se reunía en el bar del Pont-Royal pronto le hicieron leer a Husserl, por quien en mi ignorancia yo sentía gran respeto. *Habría* podido convertirme en intelectual, pero eso me recuerda a la prostituta del dibujo humorístico francés que decía: «J'aurais pu faire la religieuse». Cuando vi a Wright en Saint-Germain-des-Prés, absorto en un libro voluminoso y difícil, le pregunté por la necesidad del esfuerzo, y él me contestó que era una lectura indispensable para todo escritor y que haría bien en agenciarme un ejemplar. Yo no estaba preparado para Husserl. Solía frecuentar los teatros de variedades y el Cirque d'Hiver. Sin embargo, me mantenía al corriente de las ideas francesas, leía a Sartre en *Les Temps Modernes* y a Camus en *Combat*. También asistía a alguna que otra conferencia en el Collège de Philosophie.

La amargura de la derrota, la ocupación y la liberación dominaban el París de la posguerra. Un ambiente de vergüenza y rencor oscurecía las célebres fachadas dando al Sena (en mi imaginación, al menos) un aspecto y un olor medicinales. Esa opresiva sensación, según me convencí más tarde, era un primer síntoma de la guerra fría. De momento, los franceses se encontraban indefensos entre la Unión Soviética y Estados Unidos. La solución comunista, hasta donde yo podía juzgar, encontraba tanto eco en la opinión pública, que era imposible cortarse el pelo sin tener que soportar torrentes de marxismo del peluquero. Yo había ido a París, como la mayoría de los americanos, a instruirme, y la general ignorancia sobre la historia de la Unión Soviética en todos los ambientes fue una sorpresa para mí. Leyendo a Sartre dije para mis adentros, al estilo de Chicago: «Esto tiene que ser un timo». Un timo, en mi barrio, era de menor trascendencia que una mentira. Prefería creer que el curioso comportamiento de Sartre era deliberado, maquiavélico. Su odio a la burguesía era tan excesivo, que se sentía inclinado a mostrarse indulgente con los crímenes de Stalin. En el índice de una bolsa de valores intelectual —caso de que hubiera existido algo así—, sus credenciales, antes de que empezara a leerle, habrían sido comparables a las acciones preferentes. Pero los hechos eran fácilmente cognoscibles, y que los conociera tan poco fue una gran decepción. Hablaba al estilo marxista de una opresiva ideología burguesa, y aun reconociendo sus orígenes burgueses, su intención era crear un público revolucionario. Heredero de los *philosophes* del siglo XVIII, hablaba al proletariado como sus ancestros literarios habían hablado a la burguesía, infundiendo conciencia política a los que habían de ser los revolucionarios de hoy. Sostenía que el obrero que luchara por su liberación nos liberaría a nosotros también, y para siempre. El PC francés era un obstáculo que se interponía entre Sartre y la clase obrera. En cuanto al existencialismo, de buena gana concedía que era un fenómeno producido

por la putrefacción del cadáver burgués. El único público entonces disponible para él se componía, vergonzosamente, del sector inteligente de la burguesía en descomposición (víctimas, sin duda, pero también tiranos).

«Si el autor fuera inglés, ahora sabríamos que nos estaba tomando el pelo — escribió Wyndham Lewis en *The Writer and the Absolute* [El escritor y lo absoluto] —. Pero Sartre no sonrío..., ya no sabe lo que hacer». Lewis parece irónicamente comprensivo. En algunas cosas está de acuerdo con Sartre y le cita con aprobación cuando declara que vivimos en la era del engaño. «El nacionalsocialismo, el gaullismo, el catolicismo, el comunismo francés son patrañas; la conciencia resulta engañada, y la literatura solo puede preservarse desilusionando o ilustrando a nuestro público... Sartre cree todo lo que los comunistas creen —concluye Lewis—. Pero no desea convertir ese *collage* en matrimonio». Dice que Sartre fue un compañero de viaje del *front populaire*. «En aquella época tomó un camino que lleva al comunismo o a la nada. Se decidió por el *néant*».

Lo que yo suponía en 1949 —todavía inmaduro: no joven, como ahora veo, sino subdesarrollado— era que los intelectuales franceses se estaban preparando, quizá posicionándose, para una victoria rusa. Su marxismo reflejaba también la repugnancia que sentían por la otra superpotencia. En Inglaterra había sentimientos antiamericanos semejantes. Graham Greene, como muchos escritores (y funcionarios) de su generación, aborrecía Estados Unidos y su política. Si bien los sucesivos gobiernos ingleses adoptaron en conjunto la línea americana, Greene encontró la manera de trasladar al menos parte de su rechazo de Londres hacia Washington. En nuestro lado del Atlántico contaba con numerosos seguidores. A los norteamericanos cultos, resentidos con la clase dirigente, les encanta ver cómo machacan a nuestra sociedad y a sus políticas oficiales. «El enemigo principal está en casa», era el lema de Lenin durante la guerra. De todas sus ideas, puede que esta sea la más perdurable.

Cuando vuelvo a pensar en aquella época, no disfruto por haber detectado los errores de Sartre y compañía. Más bien me siento desanimado por todas esas aspiraciones de justicia y progreso. Puedo entender que a medida que se sucedían las crisis, nadie quisiera caer en la pasividad. Es triste ver tanto ingenio desperdiciado en teorías que hacen agua. Detrás del telón de acero, donde el totalitarismo se sufre de manera directa, la gente tiene las ideas más claras.

En Occidente, existía cierto consumismo de opiniones. Uno se preguntaba: ¿qué debo pensar, esto o aquello? En su autobiografía, Sidney Hook menosprecia a los intelectuales de la *Partisan Review*, la izquierda respetable. Al describirlos, les da apariencia de pequeños comerciantes, importadores de especialidades extranjeras para refinadas galerías artísticas. Simples charlatanes, pensaba Hook, algunos de ellos sin pizca de gusto por la política concreta. Además, creían que la Segunda Guerra Mundial era una guerra imperialista, exactamente igual que la primera. Como no se trataba de leninistas con intenciones de dar un golpe de Estado en Washington, sus análisis sobre Inglaterra y Alemania traían a la memoria los teólogos de Liliput. La

descripción que Hook, incondicional combatiente de la guerra fría, daba de su confuso marxismo, seguía estando, cuarenta años después, teñida de amargura. Pero el hecho de que no podamos hacer nada no excluye que queramos tener razón, y todo el mundo se dedicaba entonces a definir la verdadera posición. «Tuve que emplear mi artillería pesada contra Dwight Macdonald y los demás», me dijo Hook hacia el final de su vida. Pero nadie ha estudiado nunca la relación entre el estado de impotencia y el hecho de tener razón. La observación de los acontecimientos contemporáneos se asemeja en cierto modo al estudio de la historia. Estudiar historia es esencial, pero ¿podemos hacer algo en realidad? El novelista Stanley Elkin, en un artículo titulado «La Primera Enmienda como forma artística», pregunta: «¿Quién profesaba antiguamente algo tan gratuito como una opinión?... La historia era *realmente*, y sigue siéndolo, el centro de atención de los activistas. El resto de nosotros, usted, yo, todos nosotros, somos simples espectadores de un espectáculo mundial y nos servimos de las noticias como de una obra de teatro: episodios, capítulos de un serial dominguero para el espíritu». Prosigue diciendo que si no tenemos capacidad para efectuar cambios, nos queda «el solaz de la crítica».

Concedido, los activistas como Hook son importantes. Su contribución a la victoria en la guerra fría no puede medirse pero debe reconocerse. Fueron las ideas de Hook —en su calidad de representante de cierto número de pensadores y activistas—, no las de Sartre, las que prevalecieron; y con toda razón. Y lo que hace Elkin es exponer adecuadamente el estado de opinión en una democracia como la nuestra. Lo que debe considerarse es el modo de combinar la teoría con la eficacia. Hook se merece un homenaje por los combates que ha librado y le tengo admiración a pesar de su evidente falta de simpatía por mi manera de ver las cosas. No era un contemplativo, sino un hombre de acción, no tanto filósofo como ex filósofo. Una de las últimas tardes que estuve con él me dijo que la filosofía había muerto. Le pregunté a qué se dedicaban entonces los doctores en Filosofía que él había formado. Prestaban servicio en los hospitales como especialistas en deontología, contestó. Eso también le traía sin cuidado. No creo que el final de la guerra fría signifique la quiebra de la teoría. Para obtener una idea clara del proyecto actual, sigue siendo necesario dar la mejor explicación posible de la crisis de Occidente.

Tomo en serio la política como vocación. Pero no es la mía. Y en general, no es muy apropiada para los escritores. Las posturas que adoptan suelen proceder de los intelectuales. O de ellos mismos si son intelectuales (por ejemplo, el caso de Sartre). Los intelectuales y publicistas anticomunistas con quienes estoy de acuerdo en lo referente a la guerra fría, si bien tienden a utilizar un tono elevado y a henchirse de orgullo cultural y *suffisance*, suelen tener gustos vulgares. Sus homólogos de izquierda son, en ese sentido, absolutamente calamitosos.

Mi política ha sido, por tanto, evitar las ocasiones en que se reúnan escritores. Cuando el presidente Johnson invitó a la Casa Blanca a unas veinte o treinta «eminencias de las artes», acepté tontamente. Pensaba que tras anunciar mi oposición

a la guerra de Vietnam en una carta al *Times*, podría luego asistir al jolgorio para presentar mis respetos a la presidencia. ¡Esos principios! Tengo debilidad por cierta estúpida altura de miras. Robert Lowell, que boicoteó el acontecimiento, me había telefonado más de una vez para concertar una estrategia. Deduje que su grupo y él me autorizaban a asistir a la fiesta: dentro *debía haber* alguien como yo. Aquel día la Casa Blanca resonó con los gritos de los seguidores de Lowell, a quienes llamaré «los pros»; «los contras» eran minoría. Los periodistas que cubrían el evento se mostraron tan ruidosos y furibundos como los escritores. Para mí, el punto culminante fue la aparición de Dwight Macdonald, que no estaba invitado: alto, con barba de sátiro, el gran bohemio en persona se presentó en zapatillas de deporte en La Rosaleda y fue pasando un documento de adhesión al boicot de Lowell. Muchos firmaron. LBJ dijo más tarde que todo aquello no había sido más que un insulto.

—Me insultan viniendo, me insultan no viniendo.

Philip Rahv me lo explicó sin rodeos.

—Cal Lowell te ha metido en un lío. Es un intrigante de armas tomar. Cuando ese poeta soñador se pone a manipular la situación, nadie sabe lo que le puede pasar.

El último encuentro literario al que recuerdo haber asistido fue el congreso internacional del PEN Club en Nueva York. Me adscribieron a un grupo de trabajo sobre «El Estado y la alienación del escritor», tema superfluo y absurdo. En una breve alocución (cuanto más corta mejor, dadas las circunstancias), dije que nuestro gobierno apenas se preocupaba de los escritores. Los Fundadores elaboraron un proyecto ilustrado de igualdad, estabilidad, justicia, mitigación de la pobreza, y así sucesivamente. El arte, la filosofía y las inquietudes más elevadas de la humanidad no eran asunto del Estado. Su interés se centraba en el bienestar y en una especie de humanitarismo práctico. Con ayuda de la ciencia, había que conquistar la naturaleza y obligarla a satisfacer nuestras necesidades. Debía suprimirse la escasez. En conjunto, me daba la impresión de que ese programa se había realizado con éxito. En una sociedad mercantil, nada impide que alguien escriba novelas o pinte acuarelas, pero la cultura no recibe la misma atención que la agricultura, la industria o la banca. Concluí diciendo que muchos objetivos de los Fundadores se habían cumplido plenamente.

Antes de que pudiera bajarme del estrado, Günter Grass se puso en pie y empezó a atacarme desde la sala. Dijo que acababa de dar una vuelta por la parte sur del Bronx y que los pobres negros que vivían en aquellas calles monstruosas discreparían al oír que gozaban de libertad e igualdad. Los horrores que padecían no encajaban en la imagen de triunfalismo americano que yo había descrito. La sala estaba abarrotada de escritores e intelectuales. Grass acababa de activar el detonador ideológico y entonces se oyó un tremendo estallido, la explosión de ira de delegados y visitantes. Contestando como podía entre aquella conmoción, dije que por supuesto las ciudades norteamericanas se precipitaban a la catástrofe; se habían convertido en una monstruosidad. Intenté manifestar asimismo que solo una sociedad rica podía

introducir medidas para poner remedio, si lo hubiera, a esa situación, cosa que parecía demostrar que los objetivos materiales de los Fundadores se habían cumplido. Añadí, ya que estábamos en una conferencia del PEN Club, que la participación de los escritores en la política no había dado nada bueno. En ese sentido mencioné a Brecht y a Feuchtwanger en Alemania. Grass protestó diciendo que en Estados Unidos siempre se le había despreciado tildándole de comunista.

Algo hay que reconocer a los visionarios y liberadores sociales: saben colocarse y mantenerse en una posición de autoridad moral. También son maestros en el juego de la sinonimia: quien hable bien del sistema norteamericano es un apólogo y un títere de ese mismo sistema; los pobres le traen sin cuidado, y por si fuera poco es un racista.

Había pulsado el botón de la propaganda política; se alumbró un semáforo familiar. El agitado auditorio respondió al semáforo con un reflejo condicionado.

«Me temo que para pronunciarse sobre algo los grandes escritores alemanes no necesitan saber nada», escribió Melvin Lasky acerca de Grass.

Parece que Grass creyó que yo estaba justificando a la clase dirigente, ese sudario apolillado. No, simplemente describía la realidad visible.

Una breve cita de un teórico político excepcionalmente perspicaz, Allan Bloom, mostrará mejor que yo la orientación que quería dar a mi discurso ante las víboras del PEN: «No cabe esperar que las sociedades civiles cuyo fin último es la supervivencia sean terreno abonado para el temperamento heroico o inspirado. Ni necesitan ni estimulan la nobleza... Quien profesa una concepción “económica” de la humanidad no puede consecuentemente creer en la dignidad del hombre ni en la especial importancia del arte y la ciencia».

Esos son los fundamentos, los primeros principios de la modernidad, lo que el Siglo de las Luces consideraba más conveniente para la mayoría de nosotros. Los objetivos de la revolución de Lenin nunca se realizaron en Rusia sino aquí, en nuestro entorno de la burguesía Norteamérica, afirma el filósofo Kojève. Aunque, con ello, se ha perdido todo lo que hacía la vida digna de ser vivida.

La Europa oriental se ha «ahorrado» nuestra revolución, pero Rusia ha tenido durante más de siete décadas a Stalin, un déspota oriental; y Polonia, Hungría y demás, casi medio siglo de dominación soviética. Los escritores que se mantuvieron firmes frente al totalitarismo y acabaron en Lubianka y los gulag nos conmueven profundamente como moralistas y artistas. Personalmente, admiro a Shalamov, autor de *Relatos de Kolymá*, y a Alexander Wat, que escribió *Mi siglo*, junto a tantos otros, rusos, polacos y judíos, que sufrieron las cárceles de Stalin y los campos de exterminio de Hitler.

En Occidente, los dispensados de tales torturas se inclinan, hay que reconocerlo, a mezclar el remordimiento con la admiración. Se preguntan cómo se habrían comportado ellos en las mismas circunstancias. El terror es la prueba de las pruebas, y sospecho que los procesos naturales hobbesianos o darwinianos provocan la

imaginación de muchos de nosotros. Los intelectuales están especialmente expuestos a esa provocación y posiblemente se preguntan si el haber pasado por tales pruebas no habría curado su alma escindida.

Ahora recuerdo que a Lenin le gustaban los relatos de Jack London sobre el Yukon. Su favorito, *Hacer una hoguera*, trata de un hombre que se detiene a pasar la noche en un inmensa extensión de nieve y se encuentra con que solo le queda una cerilla. Si no se enciende, morirá congelado. Recuerdo que contenía el aliento al leer la historia de pequeño. Jack London, según descubrí después, tenía muchos lectores en la Europa del Este. Esa vuelta a lo que precede a la civilización es común también entre gente refinada, como lo es la admiración por los hombres elementales, capaces de ejercer una violencia excepcional. Dostoievski, por ejemplo, se quedó muy impresionado por los criminales que conoció en Siberia. Un asesino le dijo: «Eres muy inocente, tan inocente que da pena»... No sé si es que me consideraba una persona inmadura, aún no desarrollada del todo, o si sentía por mí esa simpatía que los fuertes experimentan hacia los débiles..., incluso cuando me robaba sentía lástima de mí».

¿Da la impresión de que estoy presentando argumentos contra los intelectuales, criticando incluso la manera en que leen a Solzhenitsyn o Shalamov? Pues sí, en la medida en que permiten que la tiranía defina las normas fundamentales de la existencia. El tirano nos muestra la verdad de la vida y nos dice cómo juzgarla. Se nos propone una escala de sufrimiento, con los campos arriba y las sociedades occidentales abajo. Los que sufren los tormentos más horribles son «serios», los demás no somos dignos de la mínima atención.

Mi argumentación contra los intelectuales puede resumirse del siguiente modo: la ciencia ha postulado una naturaleza sin alma; el comercio no se ocupa del espíritu ni de las aspiraciones elevadas: cuestiones como amor y belleza no le atañen en absoluto; a su vez, Marx también relegaba el arte, etcétera, a la «superestructura». De modo que los artistas deben «cargar» con lo que queda del espíritu y sus misterios. El entusiasmo romántico (resistencia a la vida burguesa) quedó ampliamente desacreditado a finales del siglo XIX. El siglo XX alteró el romanticismo sustituyendo el amor por odio y la realización personal por el nihilismo. A mi modo de ver, los intelectuales han vuelto la espalda a esos elementos de la vida de los que la ciencia moderna no da razón y que han quedado desprovistos de sustancia en la experiencia moderna. Las facultades del alma, que constituyen el tema de Shakespeare (simplificando las cosas) y se oyen sin cesar en Haendel o Mozart, carecen de función en la vida moderna y se consideran como una cuestión subjetiva. Algún que otro escritor sigue apostando la vida por la existencia de esas fuerzas. Sobre eso, los intelectuales tienen poco o nada que decir.

Nos rendimos a esas fuerzas al leer a Shalamov o Aleksander Wat. Vemos que vienen directamente de la naturaleza humana cuando esta rechaza la imposición de la esclavitud y la injusticia totalitaria. Pero entre nosotros, en Occidente, esas fuerzas no

se admiten, ni siquiera pueden reconocerse.

En esto no tengo más remedio que exagerar. El despotismo oriental de Rusia viene del pasado, y las simpatías generadas por quienes lo combatieron hasta la muerte tienen poco que ver, me parece a mí, con este mundo actual. Nuestro mundo norteamericano es un prodigio. Aquí, en el plano material, se han realizado los perennes sueños de la humanidad. Hemos demostrado que la conquista definitiva de la penuria está al alcance de la mano. Se atienden necesidades humanas de toda especie. En Estados Unidos —en Occidente— vivimos en una sociedad de cuento de hadas que produce una superabundancia de cosas materiales. Las fantasías de antaño se han hecho realidad. Podemos ver y oír al instante lo que ocurre a lo lejos. Nuestros cohetes salen de la órbita terrestre. Los vuelos que emprendemos son pensamientos a la vez que viajes reales. Todo eso es nuevo, y su enorme magnitud no puede aprehenderse. Y temblamos al ver hasta qué punto falta humanidad en esa increíble avalancha de inventos y productos que nos arrastra. No podemos decir si esa humanidad ha retrocedido provisionalmente o ha desaparecido para siempre. Tampoco sabemos si somos pioneros u objetos de experimentación. Puede que Rusia haya acabado con la tiranía y las privaciones. Si crea un mercado libre y se convierte en una unión de repúblicas comerciales, tendrá que hacer lo que nosotros hemos hecho desde siempre. Kojève sugiere que nos hemos trivializado de manera irreversible a causa de nuestros logros, tan singulares como sin precedentes, y ya no estamos en condiciones de comprender la vida ni la muerte. Parece hacer suya la atroz visión de Nietzsche del «último hombre» degenerado.

Personalmente creo que todo lo que puede imaginarse es realizable al menos una vez; parece que la humanidad está obligada a realizar todo lo que es capaz de concebir. Estas son, para bien o para mal, las reflexiones que me inspira el final de la guerra fría.

TERCERA PARTE

La distracción del público

Las conferencias Jefferson

(1977)^[24]

I

Chicago es una ciudad de la pradera con zona portuaria. En los años veinte, era un privilegio vivir en una casa con vistas al lago. Los muy ricos construían sus mansiones en la orilla. En el calor de julio, los habitantes de las barriadas de tierra adentro iban en tranvía a la playa con sus mantas y cestas de la merienda. Se dispersaban por las calles de la Gold Coast, porque la línea de tranvías acababa varias manzanas al oeste de las mansiones, hoteles y edificios de apartamentos. Así descubrían los hijos de los trabajadores inmigrantes el olor del dinero y el aspecto del lujo. Y aunque los Potter Palmer^[25] hubieran desaparecido años atrás, como los bisontes antes que ellos, cuanto más cerca se estaba del agua más progresos se hacía en Chicago.

Desde entonces, edificios residenciales de clase media han surgido en la orilla norte de la ciudad. Quien viva por ahí con las ventanas dando al este, tendrá Chicago a la espalda; si mira hacia el oeste por el balcón, todavía podrá ver los edificios de seis apartamentos, los colegios, los hospitales, las fábricas, los cementerios y los terrenos atestados de coches de segunda mano. En este día de enero, el termómetro marca menos de veinte bajo cero, y el lago Michigan parece la bahía del Hudson, con escamas blancas y grises, bloques de hielo arrastrados por los fuertes vientos hacia la orilla. Buques transatlánticos, que no zarparon a tiempo de Calumet Harbor, parecen inmovilizados en el horizonte, lo mismo que los guardacostas que han salido en su auxilio. En este tiempo, Chicago, que tanto ha cambiado en los últimos cuarenta años, recobra su antiguo aspecto con su helada armadura de mugre, la sal blanqueando guardabarros y puertas de coches, el humo que sale despacio de las chimeneas, el rostro y el alma encogidos frente a la furia del frío, todo igual que en los viejos tiempos. Luego aparecen otras similitudes: pirámides de naranjas tras los escaparates surcados de escarcha, olor a sangre frente a la carnicería, el negro y blanco de los periódicos haciendo juego con el blanco y negro de las calles. Trato de recordar quién dijo que abrir el periódico era como arrancar la venda de una herida. Este invierno me recuerda *aquella* época, cuando me iniciaba en la vida, cuando había una Gran Depresión, cuando cuadrillas de parados, contratados provisionalmente para trabajar en obras públicas, aparecían al amanecer bajo la tenue escarcha que, como motas de polvo, flotaba en el aire hacia el pálido sol. En su precario trabajo, los desempleados cogían los adoquines, los limpiaban a martillazos y los volvían a colocar.

Últimamente he vuelto a coger algunos de los libros que leía en los años treinta, novelas de John Dos Passos y Scott Fitzgerald, *Babbitt* de Lewis, *El titán*, de Dreiser,

Winesburg, Ohio, de Sherwood Anderson. Qué buena idea parecía durante la crisis escribir sobre la vida cotidiana en Norteamérica, y hacer con Chicago (o Manhattan o Minneapolis) lo que Arnold Bennett había hecho con las «cinco ciudades» o H. G. Wells con Londres. Escribiendo novelas y relatos, Dreiser y Anderson incorporaron nuestra vida americana, inmensa y apenas consciente de sí misma, al mundo y a su historia. Individuos que hasta entonces habían permanecido inertes y mudos, hijos de campesinos, obreros, criados y pequeños comerciantes, empezaron a expresar sus opiniones y a demostrar su capacidad de observación. La literatura europea enseñó a los hijos de obreros y campesinos que podían hacerse novelas sobre pequeñas ciudades y callejuelas americanas, sobre actrices de Wisconsin y especuladores de Filadelfia. Los escritores americanos y británicos, como Dreiser en los estados centrales o Arnold Bennett y H. G. Wells en la Inglaterra provinciana, no producían obras de arte muy bien acabadas, pero era maravilloso lo que podían hacer, el apasionante interés que podían suscitar, lo mucho que extraían de las experiencias de oscuras jóvenes como Jennie Gerhardt o Sophia Baines. Esos libros no satisfacían todos los gustos, claro está. Ezra Pound se quejaba: «Los autores posteriores a Zola o al realismo tratan temas, tipos humanos, etc., tan simples que resultan más entretenidos los insectos de Fabre o los pájaros y animales silvestres de Hudson». Pero en el mismo ensayo hacía la siguiente y magnífica concesión: «Muy posiblemente el arte *debería* ser el logro supremo, la “consumación”, pero hay otra realización satisfactoria, la del hombre que se arroja a un caos indomable para, a fuerza de sacudidas y empujones, transformarlo lo más posible y darle una apariencia de orden (o belleza), consciente a la vez del caos y de su potencial». Hay libros, añadía Pound, «que a pesar de sus torpezas y su falta de “consumación”, su ausencia de “forma” y acabado, ofrecen algo a los mejores intelectos de la época, de una época, de cualquier época». Considero esto como una justa interpretación del asunto. Ya en mi adolescencia intuía esa verdad, en Chicago. No cabía esperar que la comprendiese plenamente, pero estimulado por los libros rusos, franceses, ingleses y alemanes que leía, la sentía profundamente. En las tardes de invierno, cuando la tierra se helaba hasta metro y medio de profundidad y el frío de Chicago, como un cazador de cabezas, tenía el poder de reducir el rostro, se sentía en las calles blanqueadas por la sal y entre los coches dispersos una característica mezcla de tedio y entusiasmo, de estrechez vital y de plenitud de posibilidades, una simultánea expansión y constricción del alma, una ridícula impresión de insuficiencia, de pobreza de medios, de limitación desesperada, y, al mismo tiempo, un ardiente deseo de otra cosa que exigía medidas «poco prácticas». No había literalmente nada que hacer para solucionarlo. Expansión ¿hacia qué? ¿Qué forma podía adoptar un desarrollo superior? Lo único que podía hacerse era aceptar la situación como un jugador asume riesgos absurdos, como un paciente se resigna a una rara enfermedad. En una ciudad de cuatro millones de personas, no se habían contagiado más de una docena. El único remedio consistía en leer y escribir relatos y novelas.

Hace cuarenta años solía escribir en cuadernos de tamaño folio que compraba en una tienda barata, y llegué a acostumbrarme a aquel rugoso papel amarillo, donde se corría la tinta y se enganchaba el plumín. En Chicago lo utilizaban mucho los jóvenes, que solían llevar manuscritos enrollados en el bolsillo para leerlos en voz alta en las residencias universitarias y en Thompson o Pixley, locales denominados «tascas mancas» por sus asientos de un solo brazo. Nadie tenía dinero, pero se necesitaba muy poco para vivir de manera independiente. Se podía alquilar un cuarto pequeño por tres dólares. Todas las cafeterías servían un desayuno a quince centavos. Con el menú del día de treinta y cinco centavos se comía perfectamente. Fumábamos, pero aún no habíamos aprendido a beber. Y mi difunto amigo Isaac Rosenfeld decía que ser pobre costaba menos de mil dólares al año: cualquiera se las podía arreglar con setecientos u ochocientos. Pero teníamos poco más de veinte años, y ser pobre también significaba ser libre. Unos vivían solos tras la muerte de sus padres; otros *debían* estudiar en la universidad. Había taquígrafas que en lugar de prepararse el ajuar sacrificaban sus ahorros para que sus hermanos fueran a la facultad, pero nadie estudiaba mucho. Si se prestaba demasiada atención a esos sacrificios fraternos se perdía parte de aquella deliciosa libertad. En cambio se podían mantener maravillosas discusiones sobre el remordimiento, basadas en Freud o en la moral de clase denunciada por Marx y Engels. O se hablaba de los hijos ingratos de Balzac que intentaban medrar en París, del Raskolnikov de Dostoievski, el estudiante del hacha, o de los perversos chicos homosexuales de André Gide. Los hijos de panaderos, sastres, vendedores ambulantes, agentes de seguros, tintoreros, cortadores, tenderos, los hijos de familias acogidas a la asistencia social, leían libros encuadernados en tela que sacaban de la biblioteca pública y, tras encontrarse de pronto en las orillas de un país novelesco que en realidad era el suyo, vivían en un estado de entusiasmo, descubriendo su patrimonio, enterándose de cosas increíbles sobre el vasto universo de la cultura, discutiendo sobre la imaginación, la sociedad, el arte, la religión, la epistemología, y haciendo todo eso en Chicago, nada menos. ¿Qué relación guardaba —podía guardar— Chicago con el arte y la imaginación? Chicago era un complejo de barrios industriales, un rosario de comunidades de inmigrantes: alemanes, irlandeses, italianos, lituanos, suecos, judíos alemanes en la parte sur, judíos rusos en la parte oeste, negros de Mississippi y Alabama en sombríos y extensos arrabales; aún más vastos eran los respetables barrios de clase media, interminables hileras de casas de una sola planta. ¿Qué más había? El distrito financiero, en el centro, donde audaces arquitectos habían construido los primeros rascacielos. Y en el mundo éramos famosos por nuestras torres, nuestros mataderos, nuestros ferrocarriles, nuestra industria siderúrgica, nuestros gánsteres y nuestros timadores. Oscar Wilde pasó por aquí y trató de ser amable, Rudyard Kipling nos sometió a observación y escribió un severo testimonio. Mister Yerkes ganó millones con la red de tranvías y el ferrocarril elevado, y mister Insull con los servicios públicos. Jane Addams trabajó en los barrios pobres, y Harriet Monroe se dedicó a la poesía. Pero las barriadas humildes se

expandieron, mientras los poetas se marchaban a Nueva York, Londres y Rapallo. Si alguien buscaba esa especie de belleza natural descrita en Shakespeare, Milton, Wordsworth, Yeats, aquí jamás la encontraría. La naturaleza en la pradera era diferente, más cruda. El suelo, el aire, las plantas, el calor aplastante y el frío atroz, las tormentas, el horizonte: todo era distinto. Los europeos modernos podían quejarse de su entorno excesivamente humanizado —demasiada historia y tradición, demasiados fantasmas, la tierra cribada por las manos de demasiadas generaciones, los paisajes demasiado suaves y las plantas demasiado insulsas—, pero no sabían cómo era aquí, pensábamos nosotros. ¿Iban los espíritus de esta tierra a ser propicios al arte y la cultura? La mayor parte de las veces teníamos la impresión de que esos espíritus no querían saber nada de las afeminadas florituras de Europa.

De manera que uno se instalaba en su habitación de tres dólares, ansiosamente civilizada con libros (principal apoyo en la vida) y unos cuantos carteles del Instituto de Arte: un Job de Velázquez que decía *Noli me condemnare*, un Don Quijote de Daumier cabalgando con imprecisos rasgos por el páramo castellano; y en ese polvoriento cubículo uno comprendía que se había apartado de la norma, que era un inconformista, un tipo raro. Con los colosales altos hornos al sur, con los corrales y los mataderos centelleantes de sangre pulverizada por donde chapoteaban trabajadores croatas o negros con sus botas de goma, justo detrás; con las fábricas de grandes máquinas agrícolas, las cadenas de montaje de automóviles y los almacenes de venta por correspondencia, la interminable red de vías férreas y las lóbregas columnas romanas de los bancos del centro, la ciudad derrochaba energía, un poder que se palpaba, pero no se compartía. ¿Y qué tenían que ver con nosotros o nuestros libros esos trabajos y operaciones? Aquel prodigioso poderío emanaba de las cosas y sus técnicas de producción. Lo que Chicago daba al mundo eran mercancías: elevado nivel de vida para millones de personas. Pan, monos de trabajo, panceta, cocinas de gas, aparatos de radio, guías telefónicas, dentaduras postizas, bombillas, tractores, raíles de acero, gasolina. Pedí a un refugiado judío alemán, recién llegado, que me dijera rápidamente, sin pensar, su opinión de la ciudad. ¿Qué era lo que más impresión le había causado de Chicago? «Stop and Shop», contestó al momento, la gran tienda de alimentación de Washington Street, con sus montañas de quesos, sus cubas de café, sus murallas de latas de conservas, cortinas de salchichas, pilas de filetes. Una inmensidad de artículos, y baratos: el mayor nivel de vida del mundo, «y para las masas, no para unos pocos». La «lucha por la vida» se libraba bajo nuestros ojos, pero el hecho mismo de que pudiéramos pensar en ello significaba que millones de personas bien alimentadas podían permitirse el lujo de ponerse a teorizar sobre la condición humana. Nuestras reflexiones de adolescentes se resumen sucintamente en un reciente libro de un periodista del *Economist*, Norman Mcrae, *The Neurotic Trillionaire: A Survey of Mr. Nixon's America* [El multimillonario neurótico, estudio de la América de mister Nixon]. Dice lo siguiente de Estados Unidos: «Al fin y al cabo, esta es la sociedad donde se está viviendo la última etapa importante de la larga

revolución económica humana».

¿Qué lugar ocupan los poetas y novelistas en esa revolución? ¿Puede pedirse a una nación empeñada en tales objetivos no solo que lleve a buen término el destino económico y político de la humanidad, sino que además reivindique la ciencia pura, la filosofía, el arte?

Pero voy muy deprisa. Permítanme remontarme cuarenta años atrás, a mi habitación de tres dólares en el corazón de una Norteamérica cuyos habitantes tenían de sí mismos la imagen colectiva de un Chicago práctico y realista, de pan y mantequilla, carne con patatas, dólares y centavos, venta al por mayor. La riqueza y la ostentación, la alta sociedad con sus relaciones orientales y europeas, sus galerías pictóricas y sus teatros de ópera, bien podía pretender que había otro Chicago. Pero todo eso sonaba a falso, porque el dinero venía del tocino, del acero, del carbón y el petróleo, y el criterio material era el único válido. Incluso un escritor de talento, Ring Lardner, lo veía de ese modo. Uno de sus narradores, sin muchas pretensiones intelectuales, a quien han conducido contra su voluntad al Auditorium Theater de Chicago, describe así una representación de *Carmen*: «Esta no es la típica comedia musical en la que unos judíos salen a escena a recitar su diálogo y luego la chica y el chico cantan una canción que no tiene nada que ver con lo que están diciendo. *Carmen* es una obra de teatro normal y corriente, solo que en vez de recitar el papel, lo cantan, y además en un idioma extranjero, para que los actores se ganen unas monedas vendiendo el libreto». El animal americano de Lardner gruñe aquí a las presuntuosas con atuendo de noche que arrastran a sus maridos, vestidos de etiqueta, a una velada de elegante cultura extranjera. H. L. Mencken, todo un machote de Baltimore, podía declarar abiertamente su admiración por Wagner, pero el hombre corriente de Chicago despreciaba el morbo afeminado, aquellos italianos con leotardos y puñales al cinto. En general, Lardner se ponía del lado del americano típico, el sabelotodo de Chicago que bebía whisky, se jugaba algo de dinero a las cartas, dormía en una cama Kelly: un patán espabilado y digno. Conozco bien esas actitudes. Cuando era estudiante y trabajaba de acomodador en el mismo Auditorium Theater durante la visita anual de la compañía de ópera San Carlo, debía luchar contra mi propia vulgaridad, y al leer la autobiografía de Lincoln Steffens, señalé los pasajes donde el autor confiesa que, cuando estudiaba en Alemania, tenía que apartar la cabeza del escenario para no ver a los obesos cantantes que con sus ridículos disfraces lo distraían de la música. Cuando el Ballet Russe de Leonid Massine vino a la ciudad, me ofrecí a colocar de acomodador a un amigo mío, pero él me dijo que prefería los antros de jazz y los combates de boxeo. Era una declaración típicamente americana, y en el fondo yo no la discutía. Nadie adoptaba esa actitud de ignorancia, tan americana, con tanto orgullo como los hijos de inmigrantes judíos rusos. ¡Santo Dios! Éramos americanos hasta los tuétanos. En la calle, en las tribunas, nos sentíamos como en casa. Me acuerdo de mister Sugarman, el *schochet*^[26] de Division Street, corpulento y ruidoso, que recitaba los nombres de los estados mientras, en la

radio, pasaban lista a las delegaciones en la convención demócrata que nombró candidato a FDR. Lo hacía como un solista del coro, como si estuviera en la sinagoga, orgulloso de sabérselos en orden alfabético: patriota americano que ostentaba una negra barba rabínica.

Evoco las habitaciones amuebladas donde vivía a finales de los años treinta. En la esquina de la calle Sesenta y uno con Ellis hay ahora una estación de servicio; en el lugar del Beatrice, donde había que tirar de una gruesa cuerda para poner en marcha el ascensor, hay ahora un huerto comunitario; el edificio de Ingleside, donde me despertaba lleno de chinches, ya no existe; la pequeña casa de ladrillo de la esquina de la calle Cincuenta y siete con Kenwood, donde mister Hrapek incineraba trapos y basura en la caldera de la calefacción, emponzoñando el aire, ha dado paso a un terreno de juegos. Las mejores pensiones de estudiantes —Kootich Castle, Petofsky, en la avenida Woodlawn, Kenwood Gardens, con su patio de claraboyas y sus serpenteantes pasillos y galerías— han desaparecido. A mí me interesaba la nada antes de que los existencialistas le dieran nombre. La vida era entretenida en aquellas casas, pero una vez licenciado y con los amigos ejerciendo sus respectivas profesiones en Nueva York, California o el norte de África, resultaba difícil explicar la insistencia en seguir allí. En 1939, época en que estaba escribiendo un libro, me encontré por la calle con un profesor que me formuló una pregunta difícil. El doctor L. era un estudioso europeo, de gran erudición. Como se estaba quedando calvo, se afeitaba la cabeza; conocía el ancho mundo; era severo, sonreía principalmente cuando se le presentaba la ocasión, no porque algo le hiciera gracia. Leía libros mientras caminaba muy deprisa entre el tráfico, tomando notas en taquigrafía latina, utilizando un sistema de su propia invención. Con sus gafas redondas de montura de oro, la frente llena de arrugas al enarcar las cejas, me preguntó:

—Ah, ¿y qué tal va el *romancier*?

El novelista no iba muy bien. Los sentidos sin refinar del *romancier* hacían el amor con el universo, pero él seguía apegado a la tontería y a lo sórdido tan fuertemente como a la grandeza. Su molesta singularidad le oprimía el corazón. Era, que él supiese, el único *romancier* a tiempo completo de Chicago (aparte de Nelson Algreen), y sentía toda la extravagancia (a veces la consideraba una *amputación*) de su situación. Sentía rabia, obstinación. Con sus ideas de belleza, armonía, amor, bondad, amistad, libertad, etc., se había quedado completamente al margen. Odiaba al profesor L. por su sarcasmo y porque tenía razón. El *romancier* estaba *dans la lune*. ¿Y el profesor L.? El profesor poseía un excelente título de una universidad europea. Tenía un cargo, un despacho, estudiantes; además de apartamento: gozaba de cierta posición social. En el despacho tenía una cama turca, donde se tumbaba para hacer anotaciones en sus muchos volúmenes de Toynbee y Freud, y recortar artículos de la prensa mundial. En cinco o seis lenguas, estudiaba historia, psicología y política. Aún más envidiable era su entendimiento del mundo real, su absoluta comprensión de Hegel, Marx, Lenin, sus detallados conocimientos de la sociedad y la historia de la

civilización. Las relaciones que yo mantenía con la sociedad eran vagas, nebulosas. Yo también poseía facultad de entendimiento, por supuesto, pero la utilizaba a mi modo particular. Solitario, me sentía unilateralmente vinculado a todo aquello por unos lazos místicos. Y deambulando por la calle me ocupaba de mis propios asuntos. Tenía una misión de carácter esotérico. Estaba en servicios especiales, como decían en el ejército, pero movido por fuertes y vívidos deseos y simpatías, ansioso de unión y amplitud, con una sensación, con el convencimiento a veces en las entrañas, el corazón, el sexo, de que tenía algo importante que declarar, expresar, transmitir.

Vivía en una habitación de tres dólares que, a un joven de tendencias depresivas, parecía desprovista de vida y de sentido: rancia, mohosa. Las sábanas estaban llenas de agujeros, el papel pintado se combaba, y entre los huecos caía el engrudo, pulverizado. Sombras de vertedero municipal y halos de hoguera flotaban sobre la mesa y la cómoda; se presentía el olor a quemado del barniz; de tanto pisarla, la alfombra estaba desgastada hasta la trama. Hacía decenios que los insectos de la madera se abrían paso a mordiscos por las patas de las sillas. Ellos mascando madera y yo con mis cuadernos de papel amarillo: había días en que esa comparación se imponía forzosamente. Mis conocidos tenían obligaciones concretas y formaban parte de equipos, instituciones; hasta las termitas maniobraban por instinto en el marco de una voluntad organizada, de un propósito colectivo, y les sobraban motivos para roer. Dichosos aquellos, decía Baudelaire (siempre disponía de todos los textos necesarios), que al caer la noche podían declarar: «Aujourd'hui nous avons travaillé». Muchas veces yo no podía decir lo mismo ni aunque estuviera en juego la salvación de mi alma. Examiné la correspondencia de D. H. Lawrence y encontré su amarga protesta contra la «bárbara peregrinación» de su vida nómada, y «la privación del instinto social» de que sufría. Pero desde luego la principal premisa —seguía predominando el postulado romántico— era que el hombre podría encontrar el verdadero sentido de la vida y de su ser singular apartándose de la sociedad, de sus actividades e ilusiones colectivas. Si no bastaba con pasear por la montaña como un solitario Rousseau, siempre podría recurrirse al desorden de todos los sentidos, que recomendaba Rimbaud.

Todo indicaba, pues, que mis enérgicos y espabilados pares iban a acaparar todos los papeles activos de la vida «seria»: en las profesiones liberales, los negocios o la investigación. Les daba derecho a ello la salud, la fuerza, la raza, la clase social, el nacimiento. Yo no pertenecía a una clase que me abriera las puertas de una existencia prestigiosa. Por tanto, para tener una vida importante debía buscarla a mi modo. O sea, escribiendo. Nada parecía más maravilloso, pero no estaba completamente seguro de mis capacidades. ¿Qué podía escribir yo? ¿Conocía mi lengua lo bastante bien para escribir? Tenía ideas. Me rebosaba el corazón. Estudiaba a mis autores favoritos. Iba en los traqueteantes vagones del metro leyendo a Shakespeare, a los rusos, a Conrad, a Freud, a Marx o Nietzsche, sin orden ni concierto, ansiando que me conmovieran profundamente. Creía que podría confirmar mis propias verdades a

partir de indicios aportados por mis pensadores preferidos. De modo que me desplazaba con todos los pertrechos, como una legión romana, tan dispuesto para Partia como para la agreste Bretaña, acampando con mis libros, colgando mis carteles de Velázquez y Daumier, cubriendo con una toalla las manchas de grasa de las butacas. Allí sobraban los remilgos, que no conducían a nada. Más bien había que olvidarse de todos los que habían fumado, dormido, comido, holgazaneado, soñado, languidecido y sufrido allí. Condenaba firmemente mis emociones de huérfano, mi desolado corazón de naufrago, y hacía lo que podía por adoptar actitudes bohemias hacia las cucarachas y los ratones. Como bohemio que llevaba la carreta y el arado por encima de los huesos de los muertos, que vivía alegremente, se representaba algo, se luchaba por la propia libertad, se estaba curado de los melindres burgueses sobre la suciedad, las deudas, la propiedad o la sexualidad, y no se tenía miedo a la ociosidad. Pero era imposible acostumbrarse del todo a esa existencia, y cuando uno se encontraba frente al horror del cuarto recién alquilado, las actitudes bohemias se desmoronaban a veces. Se examinaba el colchón, se aspiraba el olor a decrepitud, se daba la vuelta al secante del escritorio para ver si el otro lado estaba limpio, y se anhelaba infinitamente, frenéticamente, el contacto, el interés, la ternura, el orden, la continuidad, la significación, la verdadera realidad. ¿Sociedad, parentesco, raíces? La esencia de la situación era que uno carecía de vínculos de esa especie. Se era, si se podía soportar, idealmente libre.

Así era, desde luego, como Walt Whitman veía la condición americana. ¡Qué oportunidad!, exclama en el «Canto del camino abierto». La tierra, con eso basta. El hombre nuevo no necesita suerte; él es su propia suerte. De ahora en adelante ya no se quejará, no dejará las cosas para mañana. «Se acabaron las lamentaciones domésticas, las bibliotecas, las críticas quejumbrosas, / Fuerte y contento recorro el camino abierto». El universo mismo, concebido como ese camino, lleva a la felicidad; la felicidad, efluvio del alma, impregna el aire libre. No se trata de una libertad y felicidad solitarias, egocéntricas, sino la de amigos, amantes y *camerados*^[27]. El poeta no rechaza «las viejas cargas deliciosas», sino que las lleva, junto a los hombres y mujeres afligidos por ese peso, por donde quiera que va. Receptivo a todo, ni prefiere ni rechaza, acoge al negro, al delincuente, al enfermo, al mendigo, al borracho, al mecánico, al rico, a la pareja que duerme, al vendedor ambulante, al mozo de cuerda, a la carroza fúnebre.

Me habría encantado lanzarme a esa gozosa libertad (semejante al «sentiment de l'existence» de Rousseau), pero no era tan fácil como parecía. Hacía falta reflexión y disciplina. El impulso no bastaba. Además, en el Chicago de la Gran Depresión era imposible encontrar la América de Whitman. Por la noche había a mi alrededor miles de durmientes en los edificios de apartamentos y los cuartos de las pensiones, pero por la mañana todos los afortunados que tenían trabajo iban a sus fábricas, oficinas, almacenes. Cuando me asomaba a la ventana, la calle ya estaba vacía, los niños asistían a clase, las amas de casa fregaban. Perros y gatos ejercían su irresponsable

libertad. Los desempleados se entristecían (en aquella época) con mucha responsabilidad. En la esquina de la calle no había mecánicos de cháchara. Si quería ver a amigos, amantes y *camerados*, había que ir al centro en metro.

No tenía intención alguna de sucumbir a lamentaciones ni bibliotecas. Estaba de acuerdo en principio con Whitman sobre los peligros del egocentrismo solitario. Me veo obligado, sin embargo, a observar que el vendedor ambulante, el mozo de cuerda, el calefactor, el trabajador fabril, tenían la vida más fácil. Se ahorran el incordio de explicarse a sí mismos. ¿Cuál era el sentido de mi vida improductiva? ¿No sería mejor tener un trabajo retribuido normal y corriente? El obrero comprendía la ociosidad miserable, pero ¿qué podía pensar de la miseria laboriosa? ¿Qué objeto tenía aquella disciplina voluntaria? En principio valía la pena, sin duda, tenía mérito afirmar que un mundo sin arte era inaceptable. Pero no dejaba de ser cierto que el héroe del arte era un ser inestable, obstinado, nervioso, ignorante, incapaz de soportar lo habitual ni de aceptar una existencia que no se hubiera forjado él mismo. Esa vida militante, en la cual no estaba del todo claro el sentido de la militancia, fortalecía sin duda la voluntad, y la respuesta a la pregunta del profesor L. bien podría haber sido: el *romancier* está haciendo efectivamente algo consigo mismo. Algo que quizá sea libre, generoso, que quizá tenga un propósito bien definido, a falta de otra cosa. Pero ¿cuál es ese propósito? El *romancier* tiene una idea, pero todavía no sabe exactamente lo que es.

Creo que ahora veo adónde quería llegar. La Norteamérica de los pioneros, la de los inmigrantes, la Norteamérica política, la industrial de los Carnegie, Du Pont y Henry Ford no acaparaba enteramente el espíritu humano en el Nuevo Mundo. La humanidad llevaba a cabo en ese marco americano algo que iba más allá de todas esas actividades e innovaciones, que tanta impresión, temor o rechazo suscitaban en el mundo entero. Ese algo aún no había encontrado plena expresión, y esa era la intuición que hacía tan obstinados a los jóvenes solitarios en su búsqueda del arte.

En el camino abierto, la separación era ideal porque concluía en el reencuentro, pero en nuestro siglo jamás se nos había planteado esa alternativa. Al menos creíamos que 1914 y 1917, y más tarde Hitler, el Holocausto e Hiroshima habían hecho de nosotros un caso particular y que el *camerado* al que Whitman tendía su afectuosa mano era ya una auténtica rara avis para la sencillez sin reservas de ese gesto. Considérese, en cambio, la visión de Hemingway del desarraigado. Para él el aislamiento es una especie de desesperación permanente. «Vacío moral», lo llamó John Berryman en un breve artículo sobre «Un lugar limpio y bien iluminado» de Hemingway. Esa moderna concepción de vacío no me convenía más que el camino abierto. La admitía como verdad para Hemingway; como *su* verdad, era impresionante. Prestada, esa misma verdad resultaba manida. En su incesante actividad la mente formula toda clase de posibles sugerencias, todo lo concibe. La dignidad de Hemingway frente a la nada no es una concepción desdeñable; su atracción es comprensible. Pero nadie necesita hundirse por el hecho de que las

creencias religiosas hayan perdido su capacidad de vincularnos a la vida. El «vacío moral» es nihilismo, y el nihilismo reconoce la victoria de la perspectiva burguesa. Esa actitud burguesa dice que hay que entregarse a lo que no puede vencerse. Pero tal vez sean posibles otras respuestas.

El desarraigo, tan aterrador para unos, estimula a otros. Wyndham Lewis, que ha meditado sobre esta cuestión más que nadie en nuestra época, afirma que ningún norteamericano que se precie debe aspirar a la *Gemeinschaft*^[28] ni ponerse a buscar sus raíces. La ventaja más patente del americano es que está agradablemente distanciado o desencarnado; tiene la sensación de estar en el mundo, no necesariamente en una nación. Está liberado de castas, zares, amos, *corvées*, y vinculado a la *ausencia* de cargas y limitaciones, y ha aprendido a encontrarse a gusto en «un vacío levemente despreocupado donde el ego se siente libre. Es, en mi opinión, algo parecido al estimulante anonimato de una gran ciudad, comparado con su agobiante contrario, que se da invariablemente en los pueblos», dice Lewis en *America and Cosmic Man* [Norteamérica y el hombre cósmico]. «Todo lo que es odioso en la familia se encuentra en estos últimos; todo lo que el hombre gana huyendo de la familia lo ofrece la primera». «Las grandes manadas políglotas de las ciudades norteamericanas» disfrutaban de un «Elíseo desarraigado», tal como él lo denomina. En la vieja Europa, ese Elíseo lo disfrutaban los reyes, que tenían parientes en todos los países. En la Europa moderna, es tras el telón de acero donde la gente no puede desplazarse y donde se denuncia el «cosmopolitismo desarraigado» de Occidente. Si se replica que la insensibilidad de los Estados policiales no justifica el desordenado torbellino de partículas humanas en Occidente, no pondré objeciones. Wyndham Lewis veía la promesa de un Elíseo en ese vacío despreocupado. Tenía la cabeza en su sitio y estaba preparado para un futuro universal donde escritores, pintores y pensadores serían lo bastante fuertes para llevar un vida libre. Pero la mayoría de nosotros sabe que deberán restablecerse y renovarse muchos de los lazos humanos cortados en el proceso de liberación. Esa renovación solo puede producirse si nosotros la queremos y la concebimos. La deseamos y pensamos no por nostalgia, sino porque no hay vida humana sin los vínculos que expresamos con palabras como «bueno», «moral», «justo», «bello». La restauración de tales lazos debe emprenderse únicamente si el alma reconoce su necesidad. No bastará con que nos hagamos miembros de partidos políticos o trabajemos por una causa. Se producirá cuando el intelecto confirme lo que el alma quiere.

Cabrá objetar que, si el pensamiento es el primer paso de la recuperación, estamos perdidos. Cuando digo esto, no pretendo ser fantasioso ni hipotético. Me baso más bien en lo que todo el mundo puede comprobar: es decir, la multiplicación de conceptos y abstracciones en la vida cotidiana y la influencia que «la ciencia» ejerce sobre esta. La erosión de la cultura tradicional, la debilidad de las influencias estéticas y religiosas impulsa al norteamericano, igual que al hombre moderno de todas partes, a buscar ideas directrices. Su pensamiento es invariablemente pobre, sus

ideas son lamentablemente mezquinas, pero ya que nos vemos privados de los antiguos modos de vida, de costumbres fiables e inercias salvadoras, no tenemos más remedio que pensar. Nuestra manera de pensar no es algo de lo que podamos felicitarnos. Las ideas de nuestro entorno son capaces de producir más confusión que orden. Se sienta uno, por ejemplo, a ver una película policíaca ambientada en el sur de California y de pronto se encuentra ante la necesidad de pasar revista a una variedad de conceptos literarios, psicológicos y filosóficos de André Gide y sus predecesores más importantes: concepciones de la vida familiar que se remontan a la época de Ibsen y Strindberg, manifiestamente inspirados en Sorel y finalmente en Nietzsche. En cada escena de la película es perceptible una especie de caspa existencialista en los hombros de los actores.

De manera que todo se reduce a lo siguiente: al hombre actual le preocupan cuestiones tales como quién es, para qué está en el mundo, a qué aspira tan vivamente y sin fin, cuál es su esencia humana; pero en vez de materia de reflexión le ofrecen conceptos graníticos e ideas vacías a la moda. Y así, muy consternada, la gente se pone a pensar o a agitar productos del pensamiento, adopta actitudes que presuponen el pensamiento: hacia la responsabilidad pública, la adaptación personal, el delito, la moral, el castigo, el aborto, el cuidado de los niños, la educación, el amor, las relaciones raciales. Eso es lo que la gente, apoyada o confundida por toda clase de asesores, profesores, expertos, terapeutas, científicos sociales, columnistas, guionistas de televisión, actores y dirigentes políticos, está tratando de resolver.

Un reciente programa de televisión presenta al público un asistente social psiquiátrico que trabaja en una «casa de acogida», con delincuentes juveniles. En su entrevista con un joven en libertad bajo palabra, el asistente social eleva el diálogo al plano conceptual:

—Suponte que en un atraco debes matar a una de tus víctimas, ¿qué sentirías? ¿Has matado a alguien?

El muchacho sonríe, ni afirma ni niega, solo da la impresión de que ha cometido algún homicidio (sería raro que, con tales antecedentes, no hubiese matado a nadie). Y contesta:

—No sentiría gran cosa. Seguiría haciendo lo único que sé hacer.

El asistente habla de conducta asocial. El término resulta familiar al joven delincuente. El asistente está en condiciones de explicar las causas de esa conducta asocial. Pero el delincuente también lo está, y en los mismos términos. De manera que intercambian abstracciones con la misma soltura y familiaridad.

—No debo nada a nadie, si tenemos en cuenta la forma en que me crie y lo que hicieron conmigo.

El asistente social manifiesta su comprensión. El delincuente acepta ese reconocimiento, lo comparte, pero no parece conmovido. En realidad, no se menciona sentimiento alguno. El sentimiento está ausente de los «conceptos» utilizados por ambas partes. Es evidente que, como objeto de tales conceptos, el joven delincuente

se considera una persona importante. Se ve formulado por ellos, él los formula a su vez, y esas formulaciones constituyen su vida mental, que quizá no sea menos exigua que la de los intelectuales que estudian criminología, imparten cursos y otorgan titulaciones. Vida mental, he dicho, no vida moral.

Ni que decir tiene que, en su pensión de Chicago, el joven escritor ya ha empezado a comprender esa situación leyendo a Dostoievski, porque las preocupaciones del autor ruso se centraban, al fin y al cabo, en la condición humana al comienzo de esta nueva era de la conciencia. Dostoievski habría pensado de los autores posteriores al realismo casi lo mismo que Pound; es decir, que trataban de sujetos, de tipos humanos tan simples, que los insectos de Fabre o los pájaros de W. H. Hudson resultaban más entretenidos. Pero Pound añadía, como acabamos de ver, que mientras el arte *debería* ser el logro supremo, el artista se asemeja a un hombre que se arroja al caos para transformarlo lo más posible y darle una apariencia de orden. Hay libros modernos, insistía, que, a pesar de no ser nada logrados, «ofrecen algo a los mejores intelectos de la época..., de cualquier época». Con eso estaba de acuerdo y sigo estándolo. Pero ¿qué utilidad tienen incluso los mejores instrumentos creados para ese propósito por la literatura moderna? ¿Para qué sirve lo que los escritores hemos llegado a asimilar mejor: las lecciones del simbolismo con su herencia romántica, del modernismo y de las diversas especies de vanguardismo? Al preguntar de qué nos sirven Proust, Joyce, Mann, Lawrence, Kafka o Hemingway, no pretendo ser irrespetuoso. Esos autores me han formado intelectualmente. Pero por esa misma razón entiendo por qué el novelista norteamericano contemporáneo debería dejarlos a un lado. La Norteamérica culta estaría encantada de que sus escritores siguieran joycificando o lawrencificando. El público se ha acostumbrado a disfrutar de la cultura de esa forma familiar, y los autores han aprendido a satisfacer sus gustos, aunque ese juego no puede interesar a los escritores a quienes su arte predispone a explorar la moderna realidad del desorden, la sociedad norteamericana tal como es en la actualidad y la mezcla de intelectualismo y ordinariez que ofrece.

Es una ciudad «afanosa», me escribía hace poco un comunicante sobre la cultura de su Chicago natal. «Recuerdo claramente que me pasaba toda la tarde en la calle arrancando del asfalto clavos roñosos y chapas de botellas. En eso consiste realmente la cultura de Chicago: una matriz oleaginosa, fétida, que aglutina gente y trabajo, ladrillos y edificios». No cito esta opinión porque la comparta, sino porque es una actitud común que merece algún comentario. Ese Chicago no nos posee inevitablemente, sino que nos rodea de la manera más palpable. El columnista Mike Royko, en su necrológica del alcalde, decía que eran los Daley semianalfabetos, no los S. Bellow, quienes representaban a Chicago. Hasta cierto punto, tenía razón. Ningún novelista puede representar adecuadamente a Chicago. Pero el novelista tiene, quizá, capacidad para anunciar lo que se avecina. Lo que escribió no se inspiraba en la voluntad de ser diferente ni en cualquier otro elemento arbitrario, sino en la intuición de que, en su escenario norteamericano, la humanidad estaba tomando

una dirección aún nada clara ni perceptible, y de que por tanto no había que tomar lo manifiesto por definitivo. El Daley manifiesto era incoherente y a veces vulgar. Había otro alcalde, otro Daley, que era infinitamente sutil y perspicaz. Los dos Daley eran reales. Las relaciones entre ambos personajes debieron de ser fascinantes. Porque las cosas no son lo que parecen. Hasta Longfellow lo sabía. La tosquedad de Chicago no excluye cierto trasfondo teórico, una idea que aflora un poco más abajo del umbral de conciencia. Me daba cuenta, en resumen, de que si al describir la «afanosa» Chicago los posrealistas de mi juventud creían representar tipos humanos tan simples como los insectos de Fabre o los pájaros de Hudson, se equivocaban estrepitosamente.

Era, pues, en el Chicago del asfalto, en la ciudad afanosa, donde un aprendiz de novelista leía a refinados y exquisitos poetas y a graves filósofos, sentado en los bancos de los parques o en las bibliotecas públicas. No leía exclusivamente a sus contemporáneos americanos, sino también revistas como *Transition*, *The Dial* y *The Little Review*, que publicaban a los genios franceses, alemanes e irlandeses de los años veinte. En Chicago, todos éramos perfectamente conscientes de que París era el centro de una cultura internacional. Aquel centro lo ocupaban decadentes, nihilistas, surrealistas, cubistas. Allí vivían Mondrian, Picasso, Diaghilev. Un Klondike cultural, según la acertada denominación de Harold Rosenberg (en *The Fall of Paris* [La caída de París]), en el cual encontró el siglo su más plena expresión. Esa cultura internacional se apreciaba especialmente en Chicago, ciudad de italianos, húngaros, polacos, negros recién llegados del sur, irlandeses de los mataderos y del mundillo político, mecánicos alemanes, ebanistas suecos, sastres judíos, cocineros griegos, campesinos de Iowa y tenderos pueblerinos de Indiana, una ciudad de extranjeros, trabajadores manuales y tipos de armas tomar. Cualquiera podía hacer una prospección y dar con el filón, encontrar el oro del arte bajo las vías del metro elevado. Esa era la esperanza que emanaba de París en aquellos grandes años.

Esto es lo que dice Rosenberg en su memorable artículo:

En todos sus actos, el hombre contemporáneo parece pobre y desvalido, pero hay momentos en que da un salto hacia lo maravilloso de manera distinta y con mayor entusiasmo que cualquier generación precedente... Liberado en esa ciudad antigua y sin límites [París] de las tradiciones, la política y las carreras nacionales; apartado de los gustos familiares y colectivos, despojado, pero apoyándose en la vitalidad de otros marginados, con quienes no era preciso establecer vínculos permanentes, el individuo solitario podía experimentar con todo lo que el hombre tiene hoy de saludable o monstruoso... Como la modernidad era con frecuencia inhumana, la humanidad moderna podía interpretarse a sí misma en sus propios términos.

En otro sitio habla de «una imaginaria vida en el presente y una utópica ciudadanía universal, no basadas en logros reales sino en la voluntad de adentrarse en

la nada tanto como fuera necesario para desprenderse de lo que estaba muerto en lo real». A finales de los años treinta Alemania se disponía a trasladar del arte a la política esas fórmulas modernas. «En ese país —escribe—, la política se convirtió en arte “puro” (es decir, inhumano), independiente de todo menos de las leyes de su medio de expresión. El asunto de esa política de *avant-garde*, como la de otros anteriores movimientos artísticos de París, era la debilidad, la mezquindad, la incoherencia e intoxicación del hombre moderno».

Las propuestas de Rosenberg son muy sugestivas; no sé a cuántas de ellas calificaría de verdaderas. ¿Podremos llegar todos a un acuerdo sobre lo que estaba muerto en lo «real»? Únicamente reconocemos que muchos tenían el íntimo convencimiento de que se les pedía someterse a la esclavitud, entregar su vida al servicio de realidades muertas. Otra pregunta: ¿era indispensable sumirse en el nihilismo para purificarse, para desprenderse de lo que estaba muerto? ¿O acaso no era aquella actitud revolucionaria, en muchos casos, un pretexto para la perversidad, una excusa para saciar el deseo de entrar en guerra, de destruir ciudades y exterminar a hombres, mujeres, pueblos? ¿Era Hitler un «puro» artista inhumano que se expresaba por medio de la política? Pero no es preciso estar de acuerdo con Rosenberg hasta el último detalle. Ha localizado un fenómeno y en unas cuantas frases nos pone frente a una de esas manifestaciones gigantescas que, movidos por un deseo de «normalidad» o «salud mental», preferiríamos no ver. Es inútil hablar de literatura si no estamos dispuestos a reflexionar sobre los hechos de la vida en este siglo abrumador.

Observemos que Rosenberg habla del modernista solitario apoyado «en la vitalidad de otros marginados», con quienes no necesita establecer lazos. Pero los Picasso, Apollinaire, Diaghilev, Joyce, Kandinski y Wyndham Lewis formaban una cuadrilla relativamente sociable y alegre. Al leer esas palabras sobre la recíproca ayuda que se prestaban esos marginados modernistas, me viene a la memoria ese aislamiento mucho más drástico de los artistas de la Rusia moderna, de poetas que solo podían contar con sus propios recursos y que no se sentían en absoluto inclinados a experimentar «con todo lo que el hombre tiene hoy de saludable o monstruoso». Completamente amputados de cualquier institución, de todo apoyo social, poetas como Ossip Mandelstam o Anna Ajmátova se consagraron a Dante o a Pushkin. Dante era el inseparable compañero de Ossip Mandelstam, que siempre llevaba una edición de bolsillo de la *Divina comedia*, dice su viuda, «por si no lo detenían en casa sino en la calle». El libro que se llevó a Siberia era voluminoso. Nadezhda duda de que aún siguiera en su poder cuando murió, porque «en los campos de Stalin y Yezhov nadie podía pensar un momento en los libros».

Los poetas que continuaron siéndolo en la Rusia soviética no se interesaban por «la debilidad, la mezquindad, la incoherencia e intoxicación del hombre moderno». Los escritores tenían más bien tendencia a preocuparse por la vida que les negaban, por la significación profunda del arte que les prohibían ejercer, por los derechos y

facultades del individuo en apariencia tan indefenso, por el artista en cuanto tal, que tan insignificante era en el Estado gansteril.

No se trata de negar que «la debilidad, la mezquindad, la incoherencia e intoxicación del hombre moderno» sean verdaderos temas. Pero no son los únicos temas auténticamente modernos. Y no fue porque esos poetas rusos que he mencionado estuvieran deseosos de seguir el camino de sus colegas modernistas de Occidente por lo que resistieron a Stalin. Nadie desafía el terror ni se expone al destierro simplemente por asumir como artista la tarea de describir la debilidad. El terror da derecho a una perspectiva más amplia.

Hace casi cuarenta años, en 1940, leía el artículo de Rosenberg sentado en un banco de un parque de Chicago. «En todos sus actos —decía—, el hombre contemporáneo parece pobre y desvalido, pero hay momentos en que da un salto hacia lo maravilloso de manera distinta y con mayor entusiasmo que cualquier generación precedente». Lo que yo sentía, en mi aislamiento, era mi privilegio, mi dolorosa libertad de pensar y sentir. Los obreros en las fábricas, los médicos en los hospitales, los dependientes en las tiendas, hasta los delincuentes en la cárcel, pertenecían a una comunidad específica, pero un joven que salía de la pensión con un ejemplar de la *Partisan Review* en el bolsillo para sentarse en un banco de Jackson Park, apartado de los gustos familiares y colectivos, debía reflexionar sobre su insólita situación, tan alejada de obreros, dependientes, médicos e incluso delincuentes, y al mismo tiempo tan íntimamente relacionada con las necesidades vitales de todos ellos. La conciencia de esa intimidad era exclusivamente mía. Pues ¿cómo iban los demás a saber lo que yo, privadamente, había decidido emprender? En caso de que lo supieran, seguro que les habría parecido muy raro. Y a decir verdad, ellos también me parecían raros a mí, viviendo como vivían sin esas elevadas motivaciones de las que yo estaba tan desorbitada y, quizá, tan ridículamente orgulloso. Pero yo, pobre y desvalido (además de muy joven), iba, en interés de todos, a dar a mi propio salto hacia lo maravilloso. Aquí solo estábamos empezando a comprender el decenio de horrores que se abría ante nosotros. La Gran Depresión tocaba a su fin, y las fábricas empezaban a funcionar de nuevo, la gente volvía a trabajar. Pero Varsovia estaba arrasada, lo mismo que Rotterdam, y cientos de miles de cadáveres, de personas recién aniquiladas, se encontraban en los primeros estadios de la descomposición, bajo los escombros o en fosas comunes. Y París, sede durante unos años de una moderna cultura internacional, era ya una ciudad conquistada.

No voy a extenderme sobre los desastres del siglo. De eso ya hemos tenido suficiente. Pero es necesario, creo yo, considerar la clase de persona que han producido esas experiencias, esas extrañas tribulaciones. Esa persona es nuestro hermano, nuestro *semblable*, nuestro propio yo. En muchos aspectos parece ciertamente desvalido y pobre, emocionalmente inepto, débil, mezquino, obnubilado, de espíritu confuso: estúpido. Vemos lo maltrecho, lo mutilado que está. Pero el salto hacia lo maravilloso es una posibilidad que sin embargo sigue contemplando. De

hecho, sus peculiares experiencias se lo permiten. Sueña con escabullirse, con burlar el sino que le ha deparado la historia. Muchas veces parece dispuesto a afirmar que es una nueva especie de ser humano cuya condición exige una expresión original, y está dispuesto a dar un salto en el vacío, a alcanzar una verdad superior. Lo han rebajado, se ha despreciado a sí mismo, pero también ha soñado con estrategias que lo conduzcan más allá de esas reducciones, incluida la suya propia. Porque sabe muchas cosas. Cualquiera que haya vivido con atención cinco décadas de esta época ha visto cómo se le venían encima siglos de historia, eras de experiencia mental. Es (o puede ser) escéptico, ajeno a la hipocresía, consciente de sus propias intuiciones. Ha visto cómo aparecen y desaparecen las ortodoxias, y ha aprendido a fiarse de las comunicaciones emitidas por su propia alma, tras haberla educado en el gusto reseco de la objetividad. La principal característica de este superviviente es que se ha aligerado desechando, postergando, las ideas y doctrinas dominantes en este siglo, sus psicologías y filosofías fundamentales, sus más descabelladas convicciones políticas, la inacabable y horrorosa comedia de la mentira pública. Y puede observarse en nuestros mejores contemporáneos un aligeramiento, una depuración. No se aligeran porque les importe menos sino porque les importa más, no porque los atraiga la estupidez de un estilo cínico sino precisamente porque les causa repugnancia esa forma de vanidad teatral y han llegado a detestar al hombre mundano. Quizás hayan acabado viendo que las teorías que habían aceptado durante décadas no tenían nada que ver con sus intenciones y actos más significativos. «Concordamos» con nuestras ideas, pero con el tiempo reconocemos que el alma ignorada nos ha salvado en cierto modo de las peores consecuencias de esas ideas.

Alguna que otra vez me encuentro con personas «aligeradas». No están ni mucho menos libres de defectos, a salvo del error; no son héroes del amor, ni santos. Se han alejado de los prejuicios dominantes en el siglo. Hay más de esas personas aligeradas en la vida real que en los libros, aunque un poema o un relato puede emitir esa grata señal de vez en cuando. Lo he visto hace poco en una breve obra de Christina Stead, *The Little Hotel* [El pequeño hotel]. Encontramos signos de lo mismo en una de sus primeras novelas, *Places of the Heart* [Los lugares del corazón]. Uno de sus personajes dice: «A veces me pregunto sobre el extraño sino de pertenecer a la primera generación que entiende el derecho innato de la humanidad: la perfecta consumación». La señora que habla es una excéntrica, de generosidad un tanto alocada, una mujer abandonada que debe de saber muy poco acerca del «derecho innato» a la consumación erótica. Esa especie de felicidad absoluta no es para ella. Aunque quizá no exista tal felicidad, imaginada por quienes se creen privados de ella. Yo prefiero poner de relieve otro aspecto. Dicha autora se considera capaz de comprender el «derecho innato» de la humanidad. Quizá sea una simple ilusión, pero hay muchas razones para creer que se basa en una intuición verdadera.

En el diario del poeta Giorgos Seferis encuentro otras personas aligeradas, entre las cuales él es quien más lo está. Ahí vemos todas las señales: hombre que piensa

con notoria fuerza y gran claridad, ejercitado en la desesperación, testigo de crímenes, guerras, ruinas. Está frente al mar, el Egeo, y escribe: «Era imposible distinguir la luz del silencio, el silencio y la luz de la calma... Daba la sensación de que existe otro lado de la vida». Luego, después de remar, caminar y nadar, escribe: «Mi *yo* ha *salido*». Y continúa: «El día retiene el aliento. Una calma tal que cada movimiento —una hoja, un sonido, una embarcación en el canal— permanece largo tiempo suspendido en la luz, como si no tuviera fin...». Más adelante habla de deseos y proyectos, y dice: «Es raro (para mí) palpar este saco lleno de “sentimientos personales” que ahora se ha desatado y me vuelve loco (literalmente) con sus vientos desordenados. Los he tenido bien sujetos durante la guerra, seis años por lo menos». Menciona sueños y dice: «Es natural que el lenguaje de los sueños se refiera incluso a nimiedades; mensajeros que se dignan encargarse de las tareas más humildes. Los intelectuales solo les han hecho hablar con las trompetas de Jericó o con gaitas». El hombre aligerado se reserva el derecho de considerar lo que es un sueño, no lo somete a intelectuales profesionales para que le digan cómo interpretar los más íntimos misterios. Y estas son algunas frases de una carta que Seferis recibió de su amigo Ángelos, que se marchó a América y allí murió. «Impresión de Nueva York. “Este país se muere espiritualmente de hambre en medio de todo su oro, como Midas. Todo esto es relativo, desde luego... —Escribe Angelos—. En ningún otro sitio puede verse el alma humana más desnuda que aquí; negros con la cara ensangrentada, mujeres llorando en el metro”». Cada cual puede ver el alma desnuda a la luz del propio juicio, con arreglo a su estilo personal y según sus capacidades particulares. Cuando el *yo* ha *salido*, resultan visibles muchas cosas.

Las opiniones respetables, las ciencias prestigiosas, las ideologías nos han tenido mucho tiempo encerrados. Hemos estado aprisionados incluso por las modernas obras maestras que desde hace unas décadas se han convertido en parte de nosotros. Y de lo que estoy hablando es de esa libertad de aproximarse a lo maravilloso que no nos pueden quitar, el derecho, con ayuda de la gracia, de sacar el mayor partido de lo que poseemos, de aprovechar nuestra condición más de lo que cualquier ser humano haya hecho jamás. Podemos lograrlo mediante un arte que, aceptando defectos e impurezas y haciendo las concesiones más realistas, siendo asimismo plenamente consciente del saco lleno de «sentimientos personales» capaces de volvernos locos, y teniendo en cuenta, finalmente, la crueldad, la humillación, la monstruosidad y el mal que conocemos, sea sin embargo un arte verdadero y poderoso. Y hasta divinamente bello, quizá, con un desprecio espectacular hacia el caos que nos rodea.

II

Un amigo solícito, preocupado por mi estado anímico, me ha enviado un librito primorosamente editado que lleva el título de *The Bitch Goddess Success* [La Perra Diosa del éxito]. Fue William James quien primero llamó perra al éxito,

atribuyéndole la causa de nuestra más grave enfermedad: la sórdida interpretación monetaria de la ambición realizada. Era responsable, según él, de la apatía moral de muchos americanos.

Me alegré de recibir esa antología, pues como tantos de nosotros, soy consciente de mis vergonzosas deficiencias, estoy deseoso de que me den un diagnóstico preciso y agradezco que me curen y rectifiquen. La forma más fácil de que preste atención consiste en estimular mi propósito de enmienda. De manera que a veces cojo ese libro tan útil y me siento a leer unas cuantas frases aterradoras pero instructivas de Thoreau o Walt Whitman. Pero el otro día se me ocurrió que esos grandes y afortunados hombres lo tuvieron todo: lograron el éxito por partida doble. Whitman no solo escribió poemas de gran belleza sino que comprendió el sentido oculto del éxito y lo trascendió. Luce en el firmamento americano como una estrella gemela: poética y admonitoria.

La admonición siempre nos ha fascinado tanto como el éxito. Norteamérica, recuérdese, es (o era) el país del bordado didáctico. Las abuelas ya no cosen máximas edificantes sobre adormilados holgazanes, pero el espíritu crítico, aunque de otro modo, sigue omnipresente y mantiene su fuerza en todas sus nuevas manifestaciones. Había una Diosa de la Reprensión, que obraba en la sombra a espaldas de la Diosa del Éxito. Aunque de menor importancia, quizá fuera más poderosa y constante. Hoy se manifiesta en ese malestar generalizado que experimentan los norteamericanos. Cuando el primer Rockefeller se declaró depositario del patrimonio común, confiado a su custodia por la providencia divina, se estaba defendiendo enérgicamente contra la antipática diosa. ¿Se atrevería hoy un banquero de Wall Street a decir algo parecido? Los capitalistas ya no mencionan a Dios. Cuando un miembro del gabinete del presidente Eisenhower declaró hace unos años que lo que era bueno para la General Motors era bueno para el país, provocó un gran escándalo. Ya no se respeta la sabiduría de los magnates. El éxito suscita cada vez más escepticismo. Que no haya equívocos, la Diosa de la Reprensión es más fuerte que la Perra Diosa. Los dóciles directivos que han estudiado a Max Weber en seminarios celebrados en Aspen sin duda mencionan la ética protestante, pero solo ven en ella un fantasma: el de las fuerzas desaparecidas de la religión. Lo que sobrevive de la época del pecado y los sermones es la conciencia difusa de una carencia moral, la sensación de ventajas inmerecidas, de ingratitud hacia la buena suerte; la impresión de que este país milagrosamente próspero haga el mal, contamine y destruya la naturaleza, se entregue a guerras crueles, incumpla sus obligaciones con los ciudadanos más débiles, los negros, los niños, las mujeres, los ancianos, los pobres de todo el mundo.

¿Nos equivocamos entonces por hacernos esos reproches? Yo no he dicho eso.

De momento estoy considerando únicamente nuestra extraordinaria sensibilidad y nuestro apetito para el reproche. Muchos de nuestros intelectuales ofician de sacerdotes de la Diosa de la Reprensión, regañando y fustigando a un pueblo vulnerable, a quien inoculan una angustia y un remordimiento lacerantes. Y al mismo

tiempo, se hacen *famosos*. Pero pueden decir que no sirven a la Perra Diosa. Personalmente, son inmunes a ella, y solo la mencionan a efectos de reprimenda. Por eso me ha enviado mi atento amigo la pequeña antología tan esmeradamente editada.

En realidad, la Perra Diosa está tan pasada como el gramófono de Thomas Edison.

Los antólogos han hecho que Walt Whitman parezca un viejo gruñón. Whitman es demasiado grande para eso. Sus denuncias de los defectos literarios y morales de Norteamérica —corrupción, vacuidad de sentimientos, depravación, infierno en el alma— son tan nuevas y verdaderas como la primera vez que las leí en sus *Vistas democráticas* hace medio siglo. Otros autores incluidos en el volumen de la Perra Diosa son moralistas de menor calado, pero también acojo sus críticas con gusto, porque comparto la opinión de H. L. Mencken de que ser atacado produce más bien que mal. En una carta escrita a Theodore Dreiser en 1920, decía: «Siempre hay algo de verdad en todo ataque, por deshonesto que sea... He aprendido más de los ataques que de las alabanzas. Incluso en los más odiosos suele haber un indicio de verosimilitud. Siempre se sabe, en el fondo, que no se merecen». Así, incluso el iconoclasta mister Mencken demuestra ser un auténtico norteamericano al considerar que nosotros, pecadores, necesitamos toda la ayuda posible, que es más útil la censura que el elogio, que si el alma quiere construir edificios más majestuosos, es incapaz de hacerlo sin las didácticas sugerencias que solo los enemigos pueden formular. Puede que los norteamericanos sean el pueblo más sentencioso de la historia. Demasiado ocupados para ser religiosos, siempre han sentido una necesidad acuciante de orientación. Un amigo mío afirma que el documento moral más influyente de Estados Unidos fue, al menos durante un tiempo, el manual del escultista. Está convencido de que las concepciones éticas de ese libro causaron un perjuicio incalculable a varias generaciones de jóvenes puros de corazón formándolos para ser víctimas de los grandes principios. Las muchachas, según afirma, no se vieron afectadas por tales enseñanzas. Sus madres las preparaban para el mundo real. Les enseñaban a ver con claridad sus privilegios y a ejercerlos alegremente. De todo eso resulta lo que él denomina «Gran desastre de Galahad». Continúa describiendo una imagen de miseria sexual, odio materno, alcoholismo e ilusiones malogradas tales como..., bueno, como las que se encuentran en quinientas novelas norteamericanas desde *El gran Gatsby*.

Pero a lo que íbamos. Decía que me había puesto a leer todos los días *The Betch Goddess Success* porque lo encontraba lleno de sugerencias útiles, de mantras para la meditación. Mister Charles Ives, por ejemplo, al criticar los premios de las artes, dice que «es necesaria una estrecha unión entre la vida espiritual y los asuntos corrientes de la vida», y que debemos mantener el equilibrio entre la vida cotidiana y la vida espiritual. Pues bien, ese es el quid de la cuestión. Lo malo es que después de haber dicho esas verdades evidentes, uno vuelve a encontrarse entre la espada y la pared. Porque cuando mister Ives, queriendo dar un ejemplo de vida cotidiana, dice que «un

mes en los campos de trigo de Kansas puede resultar más provechoso a un joven compositor que tres años en Roma», uno se pregunta cuándo ha observado por última vez la vida cotidiana de Kansas. En otra ocasión, afirma: «Si cada premio de mil dólares se sustituyera por un sembrado de patatas, para que los candidatos de Clío pudieran cultivar un poco la realidad..., el ambiente artístico sería más límpido». Luego se contiene un poco al citar a un moralista francés: «On ne donne rien si liberalement que ses conseils». Pero ya es tarde. ¿Cultivar patatas? ¿Los campos de trigo de Kansas? El último artista norteamericano que se aventuró en esos campos de trigo fue Vachel Lindsay, cuando salió a predicar su Evangelio de la Belleza en los días previos a la Primera Guerra Mundial. La vida cotidiana en las grandes ciudades de Estados Unidos es como es porque allá en Kansas los agricultores ya no recogen las gavillas como en 1910.

Para seguir ilustrándome paso, en el mismo librito, al artículo del famoso arquitecto Louis H. Sullivan, que durante tantos años trabajó en Chicago. Esto es lo que nos dice: «Vuestros edificios son como vosotros; y vosotros sois como vuestros edificios. Vosotros y vuestra arquitectura sois la misma cosa. Lo uno es el retrato fiel de lo otro. Estudiar lo uno es estudiar lo otro. Interpretar lo uno es interpretar lo otro». Si esto es cierto, mister Sullivan justifica plenamente la proposición de mister Ives. El equilibrio entre vida cotidiana y vida espiritual se manifiesta en lo que uno tiene delante de los ojos. Ahora bien, me he pasado en Chicago la mayor parte de mi vida e indudablemente me han influido sus calles, casas, fábricas, bloques de oficinas, rascacielos, edificios de seis apartamentos, pero no estoy de acuerdo en que Chicago y yo nos reflejemos por completo el uno en el otro. Mister Sullivan se deja llevar aquí por una exageración polémica. Es lo que cabe esperar de los profetas. Tienden a exagerar. «¡Tened cuidado!», grita Sullivan al alcanzar altura poética.

¿Creéis que la arquitectura es algo libresco, una cosa del pasado? ¡No! ¡Jamás! ¡Siempre ha sido del presente, de sus contemporáneos! ¡Ahora también es del presente, y os pertenece! La arquitectura se avergüenza de ser natural, pero no de mentir; igual que vosotros, sus contemporáneos, os avergonzáis de ser naturales pero no de mentir... La arquitectura de nuestro tiempo está llena de hipocresía y pretensión. Igual que vosotros, aunque lo neguéis. La arquitectura está neurasténica; del mismo modo que vosotros, que tratáis de abarcar demasiado. ¿Es esto democracia, entonces?... Esta arquitectura carece de serenidad: señal evidente de un pueblo desequilibrado... No sabéis lo que significa la plenitud de la vida: sois unos seres desgraciados, febriles, trastornados. Esos edificios exaltan vulgarmente el dólar; y vosotros colocáis al dólar por encima de Dios. Lo adoráis veinticuatro horas al día: ¡es vuestro Dios! Esos edificios muestran la falta de grandes pensadores, de hombres de verdad; aunque hoy, viendo el extremo al que habéis llegado, tenéis una desesperada necesidad de grandes pensadores, de hombres de verdad. De vez en cuando, sin embargo, algún edificio denota

integridad; lo que indica el mismo grado de integridad en vosotros. No todo es falso. El fermento que haya en vuestros edificios, es el que se encontrará en vosotros. Peso por peso, medida por medida, signo por signo: ¡vuestra arquitectura, sois vosotros!

Así nos reprenden, y si estamos de humor dominical, lo encontramos edificante y provechoso. En esas frases, desde luego, hay mucho de cierto. El mensaje de Ruskin era similar. Eso decía también William Morris, y hasta, si se quiere, Blake con sus fábricas satánicas y las señalizadas calles de Londres; aunque Blake no habría dicho que nosotros somos el reflejo de nuestras calles. Para hacer casas a la imagen y semejanza de las almas hay que ser arquitecto. Sin embargo, es fácil intuir el efecto que el Chicago de principios de siglo debió de causar en un hombre como Sullivan mientras inspeccionaba los tugurios, los barrios bajos, los chalés, los talleres, las estaciones de trenes, los hoteles de lujo, las pensiones de mala muerte, los almacenes y los depósitos ferroviarios, las mansiones y las tumbas de los ricos. Puede calificarse fácilmente a Sullivan como el tipo de hombre entregado a una causa. Si no construyéramos para ganar dinero sino para el bienestar del ocupante, preservaríamos la democracia. Todos los románticos sabían exactamente cuál era el remedio a los males de la humanidad. Cuando en el instituto me pusieron la tarea de estudiar el famoso ensayo de Carlyle sobre Robert Burns, leí: «Dejadme componer las canciones de un pueblo, y encargaos vosotros de escribir sus leyes». No me sorprendió. Habiéndome criado en Chicago, había oído docenas de proclamas similares. Los vegetarianos afirmaban que cesarían las guerras si dejábamos de sacrificar animales. Los fanáticos del pan pedían que frenáramos la decadencia de la sociedad prohibiendo la harina blanca. Las ligas antialcohólicas, los enemigos del tabaco, consideraban que beber y fumar eran peligros de la misma dimensión que los que hacían gritar a Sullivan: «¡Tened cuidado!». Al salir del instituto y pasar a una esfera intelectual más elevada, otros teóricos más refinados me descubrieron la lucha de clases y la revolución proletaria; y las neurosis de origen sexual que destruyen la civilización; o el caos semántico que vuelve mutuamente incomprensibles los intereses opuestos. Una sola causa del malestar, un solo remedio.

Hace unos meses tuve el placer de leer lo que el escritor austriaco Karl Kraus dijo en su lecho de muerte al oír la noticia de que los japoneses habían invadido Manchuria: «Nada de esto habría sucedido si hubiéramos sido más estrictos en el empleo de la coma». Para el poeta, la corrupción del lenguaje y el buen uso del idioma es el origen de todos los males. Pero esa frase es una ocurrencia, Kraus no habla como un monomaniaco convencido de conocer el remedio que traerá la paz y la felicidad al mundo. El moribundo Kraus permanecía fiel a su vocación mientras en el cara a cara con la muerte reconocía que ninguna convicción está totalmente exenta de absurdos. La mala puntuación no arregla la cuestión mejor que la lucha de clases, la neurosis sexual, el pan industrial o la fealdad de los edificios: así es como interpreto

la observación de Kraus.

El artista no puede evitar el desorden de la realidad contemporánea pidiendo a los banqueros, los constructores y el público que preserven la democracia con una arquitectura basada en el honor o mediante doctrinas psicológicas, sexuales o políticas. Está destinado, amargamente en el mejor de los casos, al *amor fati*, como lo denomina Nietzsche, al imperativo de aceptar lo que es. Dicha aceptación no es una rendición, sino la necesaria conformidad con una montaña de complejidades. Limitarse a una sola de tales perspectivas equivaldría a su disociación, le impediría percibir el conjunto y comprender lo que ve. Esa montaña de complejidades es la referencia suprema. Nuestro gran dato conocido. Y es *nuestro*.

Leyendo el diario del poeta griego Seferis, me encuentro con un pasaje especialmente útil. Seferis habla con su amigo Sikelianós, que está enfermo. «Le pregunté por su salud. “Sí, tengo la tensión alta —me contestó—, ¡pero es la tensión de Sikelianós!”».

Lo mismo podría decirse de las relaciones del escritor norteamericano con su país, con este antipoético país: porque lo han llamado antipoético incluso aquellos que, como Tocqueville, le encontraron tantos aspectos admirables. Escribe el poeta Karl Shapiro (en un libro de ensayos titulado *To Abolish Children* [Abolir a los niños]):

Hay que tener mucho valor (o una poderosa inercia) para vivir en Estados Unidos... Vivir en un clima antipoético, en realidad, es nuestra principal forma de estimulación poética. Cualquier antología de la poesía estadounidense del siglo xx lo confirmará. Temáticamente, casi todos los poemas parecen cortados por el mismo patrón: la vida en el país de la pesadilla de aire acondicionado. El hecho de que la poesía del siglo xx se limite casi exclusivamente a explotar ese tema es una de las flaquezas principales de nuestra poesía... Todo está relacionado con los horrores del Progreso, el puritanismo del trabajo duro, el fracaso del éxito, la traición del elemento social, y así sucesivamente. Somos un grupo de poetas con preocupaciones sociales, que arrastramos una carga de culpabilidad histórica, completamente desproporcionada con nuestros pecados... A muy temprana edad se inculca en el poeta norteamericano la idea de que hay algo antipoético en la condición de Norteamérica. Unos poetas lo atribuyen al sistema social; otros, a la religión o la ciencia; pero todos lanzan sus dardos contra el estilo de vida americano.

Trátese de aplicar el criterio de Sikelianós a la pesadilla de aire acondicionado, o al estilo de vida americano. Inténtese también con la máxima de Louis Sullivan de «vuestra arquitectura sois vosotros». Yo mantengo la misma relación con Chicago que Sikelianós con su hipertensión. Los mareos, los desfallecimientos, son *suyos*. Las

calles de Chicago son *mías*.

En uno de los pasajes de su diario, Seferis escribe que cree haber padecido lo peor que podía haberle pasado en su época: las tendencias asesinas de Europa en los años cuarenta; el exilio; el conocimiento íntimo de la matanza; los campos de exterminio. Dice: «Despojado de piel protectora, bajo una oleada de sensibilidad, me da la impresión de pasearme con heridas abiertas. Polvo, moscas, gestos bruscos: todo me duele. En lo más hondo de mi ser, añoro la época en que era capaz de dominar esa sensibilidad, a veces con gracia».

Ahora, sobre ese fondo, teniendo presentes las pistas que nos dan Sullivan, Shapiro, Sikelianós, Seferis, recorro este invierno las calles de Chicago, observando la ciudad tal como es y recordando cómo era hace más de cuarenta años. Hay ciudades que cambian lentamente; un florentino puede despachar ese espacio de tiempo con un simple encogimiento de hombros. Pero aquí unos siglos de cambio pueden caber en unos pocos años, dejando al ayer y al hoy tan distantes como Stonehenge lo está del ordenador. Una panadería que conocí en los tiempos de los hornos de leña, cuando unos simpáticos y malhablados panaderos amasaban la pasta con los puños o sacaban las hogazas del horno con una larga pala de madera, está hoy automatizada. Los operarios parecen ayudantes de laboratorio. Por entonces, Petrush, el guarda, que había perdido un dedo en una máquina, dormía la borrachera sobre los sacos de harina mientras las ratas brincaban sobre sus pies; ahora no hay un solo saco a la vista. Son máquinas las que alimentan las tolvas. Las ratas, antaño toleradas mal que bien, han sido totalmente exterminadas. Las calles circundantes no han cambiado mucho. Las casas polacas de una planta y los edificios de seis apartamentos continúan en pie. Se están instalando puertorriqueños en el barrio. La población polaca está cercada.

Los polacos cuidaban amorosamente de sus dominios. Mantenían sus casas de una planta en espléndido estado, con las juntas de los ladrillos bien marcadas y la fachada protegida con una pintura a la cera de color rojo, marrón o verde. Obreros de la empresa Dole Valve o de la fábrica de ataúdes de Carroll Avenue, empleados de los almacenes o de las factorías de embalajes, cerrajeros, electricistas, impresores, volvían a casa del trabajo y se ponían a pintar las vallas de tubos entrecruzados, a podar los árboles o arreglar los escalones de madera. Las amas de casa llevaban gorros diáfanos de volantes blancos cuando salían al jardín a cuidar las plantas cultivadas en viejos cubos de lavar. Recuerdo letárgicas tardes de verano en que manzanas enteras resonaban con la retransmisión del partido de béisbol mientras moscas doradas dormitaban en los aligustres. (Me pregunto por qué se habían convertido aquellos setos en dormitorios de moscones). Me refiero, por supuesto, a los años veinte y treinta, cuando Chicago se componía de barriadas de ese estilo. En la época de la prohibición, los domingos de calor las calles olían a cerveza y chucrú

caseros. Las bodas duraban tres días, con gran alboroto y estruendo, y había peleas en los callejones. Y quien comiera su propio chucrú, bebiera *piva* casera y blasfemara en polaco o ucranio no era por eso necesariamente extranjero. Los veteranos polacos de la Primera Guerra Mundial celebraban el aniversario de Kosciuszko^[29] desfilando patrióticamente en Humboldt Park al son de una banda que tocaba música americana mientras agitaban banderas de la Alianza Nacional Polaca. Hablaban polaco o la *lingua franca* basada en el inglés, el americano. Porque ellos eran americanos. Ser americano no era un fenómeno territorial ni lingüístico, sino un concepto: un conjunto de ideas, en realidad. Ese esfuerzo colectivo (rara vez consciente) de hacer algo absolutamente alejado de la tradición e históricamente anómalo fue descrito acertadamente por Abraham Lincoln en frases tales como «concebido en libertad» o «consagrado a la proposición de que todos los hombres nacen iguales». Llamo la atención sobre las palabras «proposición» y «concebido». El americanismo de los inmigrantes era hasta cierto punto conceptual, e implicaba opciones intelectuales. No puede dejar de tener importancia el hecho de que un proceso histórico fundamental haya comenzado por elegir entre diversas abstracciones. En ninguna etapa de su evolución puede el ser humano de la era actual eludir los dilemas abstractos. El marxismo también proponía conceptos a la inculta clase obrera, desprovista de tradiciones, pero después de haber ingresado en el partido revolucionario ya no se podía pensar. Era peligroso. En Estados Unidos quizá no quepa esperar la necesaria inteligencia crítica, pero no está proscrita por la ley; solo desalentada por las circunstancias de la vida.

Siempre he mantenido la opinión —de «urbanólogo» aficionado— de que la ley de inmigración de 1924 cambió por completo el carácter de la ciudad. Carpinteros, impresores, mecánicos, pasteleros, zapateros, pintores de carteles, músicos callejeros y pequeños empresarios dejaron de entrar en el país procedentes de Grecia, Serbia, Pomerania, Sicilia. Tales oficios eran degradantes para los hijos de inmigrantes, que iban mejorando su posición y ascendiendo en la escala social. Los barrios que abandonaban eran repoblados con la inmigración interna del sur y de Puerto Rico. Los campesinos, negros o blancos, de Kentucky o Alabama, no poseían las tradiciones ni los conocimientos urbanos de los otros inmigrantes. Las cadenas de montaje industriales no necesitaban mano de obra cualificada.

Lo que hoy hemos dado en llamar «barrios étnicos» se degradaron hace mucho. Los arrabales, como observó en cierta ocasión un amigo mío, estaban en ruinas. No lo decía en broma. Los barrios bajos, tal como los conocimos en los años veinte, cuando los inmigrantes europeos seguían ocupándose de su mantenimiento, eran sitios excelentes, agradables no solo para artistas y bohemios sino también para los blancos protestantes que deseaban cierto ambiente europeo. Voy a pasar por alto las principales consecuencias de la devastación de esos barrios, tantas veces discutidas: el incremento de la delincuencia, la toxicomanía, el problema de la asistencia social, todo el inventario de la anarquía urbana. Aplacaré a las furias analíticas mencionando

únicamente tres efectos secundarios de ese cambio: la desaparición de un ambiente de convivencia en las calles de las ciudades norteamericanas; los olores húmedos y deprimentes del moho cultural que se eleva de los gigantescos barrios periféricos, cada vez mayores; el desplazamiento de la bohemia de los barrios bajos a las universidades. Y ahí me quedo.

A veces, cuando paseo por Chicago observando sus casas de una planta y los edificios de seis apartamentos, me viene a la memoria el profeta Sullivan. Me dicen los arquitectos que los edificios de seis apartamentos son una prolongación del principio de la casa unifamiliar de una planta. Al cabo de cincuenta años, acaba uno reconciliándose con esas construcciones de ladrillo. Se entiende la *idea* del constructor. Se ve la clase de hombre que *era*, y a uno le llega al alma su trabajo, tan lamentable a veces. A la entrada de un típico edificio de seis apartamentos están los buzones de latón y los timbres, tres a cada lado, y unos cuantos escalones. Un vestíbulo de piedra caliza de Indiana o mármol de Vermont, agradablemente gastado, conduce a la puerta de cristales que se abre a la escalera principal. A veces hay entradas más impresionantes. Algunos portales tienen un par de columnas dóricas o jónicas. Otros, grandes maceteros de cemento, cuadrados y voluminosos, colocados sobre un pedestal y en principio destinados a geranios o helechos pero invariablemente llenos de tierra y viejos desperdicios. En la entrada de edificios más pretenciosos hay una pareja de leones esculpidos, reducidos ya por la erosión y el rigor del tiempo a una especie de borregos. Seis balcones en la fachada, los ladrillos dispuestos en una línea decorativa, un tanto alabeada, era muy corriente en Chicago. Una plaga acabó con los olmos. Los árboles que dan sombra son álamos de Virginia. Hay pocas calles bien pavimentadas, pero son muy espaciosas. El terreno era barato y el Ayuntamiento lo distribuía con liberalidad. Había césped entre la acera y el bordillo de la calzada, pasajes de cemento entre los edificios, y grandes patios frente al callejón con una hilera de pequeños garajes. En la fachada trasera hay balcones de madera y unas escaleras descubiertas, de construcción rudimentaria y reforzadas con tablones clavados a las vigas en forma de grandes equis. Eso es lo que se ve desde el metro elevado. En mi primer viaje a Nueva York en los años treinta me sorprendí al ver que en la Tercera Avenida las vías del metro pasaban justo frente a las ventanas del salón de los apartamentos. En Chicago siempre había mucho sitio; era feo pero espacioso, con amplias perspectivas, vistas despejadas, un vacío nunca muy de fiar, grandes extensiones grises, pardas, nubes inmensas. El metro circulaba destartaladamente, cobrando velocidad en los cárdenos atardeceres de verano sobre los raíles de limpio acero (todo lo demás estaba sucio), entre los patios de las casas de Chicago, las grisáceas balconadas de madera, las sucias escaleras grises, los pesados tablones de refuerzo, las cuerdas de tender la ropa. En la parte sur de la ciudad, el metro se perdía entre los humos del matadero. El tremendo hedor parecía infectar al propio sol, que brillaba con un pestilente resplandor.

Pero estaba hablando del edificio de seis apartamentos, de sencilla simetría,

semejante a seis casas de una planta, construido de manera económica según los planos de arquitectos sin mucho oficio, una cocina encima de otra, un cuarto de baño sobre otro, salón sobre salón, la estricta regularidad para que la instalación de fontanería, calefacción y electricidad resultara más barata. En esa producción en cadena había, no obstante, adornos, toques bonitos, notas de elegancia y pretensión. En cada cuarto de estar (nadie lo llamó nunca salón) había una chimenea con troncos artificiales; escondida al fondo, se encendía una bombilla cuyo calor hacía girar un disco estriado que proyectaba sombras vacilantes. A cada lado de la chimenea postiza había librerías con puertas de cristal de estilo modernista. Por encima de ellas, a cada extremo de la repisa de la chimenea, se abrían dos pequeñas vidrieras, normalmente adornadas con flores de lis. A veces había cristaleras de ese tipo hasta en el cuarto de baño. El comedor estaba separado del cuarto de estar por aparadores bajos, a veces con un par de columnas de madera huecas (sin utilidad aparente) en la parte superior. Esos muebles, fabricados a centenares de miles, eran de rápida y barata instalación.

Y así era como vivía la mayor parte de los habitantes de Chicago. Se oía poco ruido a través de las paredes de aquellos edificios. De vez en cuando tartamudeaba una cañería, que daba una estridente sacudida al abrirse un grifo. Pero por el techo se oía a los vecinos tocar el piano o bailar el foxtrot; resonaban los gritos del padre de familia, cansado y de mal genio; se filtraba el comfortable murmullo de una conversación en la cocina en una noche de invierno; y en la planta baja, se percibía la pala del conserje, rechinando en la caldera del sótano. Una espléndida y trivial mediocridad. Todo era tranquilo, en el sentido en que, en el universo físico, hay tranquilidad en las partículas subatómicas o en las invisibles explosiones de las estrellas. Ocurrían cosas demasiado pequeñas o demasiado grandes para entenderlas, y entonces la gente se quedaba en el cuarto de estar o salía al balcón.

El otro día, a la caída de una breve tarde de invierno, estaba en casa de un amigo, en el tercer piso de uno de esos edificios de seis apartamentos, mirando la nieve endurecida por la helada y el humo amarillento, que apenas se eleva cuando el termómetro marca menos de quince bajo cero. Tomábamos una copa en el comedor, que da a la parte trasera del edificio, las escaleras de incendios y los balcones, tosca carpintería armada por obreros rutinarios: las mismas barandillas, los mismos listones y peldaños, las mismas contrahuellas y tablas del suelo, tan familiares para un habitante de Chicago como su propio cuerpo, apoyaturas de su existencia física. Junto a toda esa madera hibernaba un álamo de Virginia, un árbol grande, ennegrecido, blando, desgarrado, de corteza de cocodrilo, justo la clase de organismo que prosperaría en un entorno como ese. El álamo de Virginia se las arregla como puede para asomar sus raíces bajo las aceras y proseguir tranquilamente su existencia botánica entre la opacidad del verano. En abril, suelta sus finas inflorescencias sexuales, y las calles se llenan de fragancia durante un par de días; en junio se desprende de su blanca pelusa; en julio, sus anchas hojas lanceoladas relucen como cuero lustrado; en agosto, todo es fibroso y castaño.

En Hyde Park, cerca de la Universidad de Chicago, el claustro vive apaciblemente en sus edificios de seis apartamentos, aunque están rodeados en todas direcciones por los arrabales negros. Una clase de vida diferente, en Oakwood o Woodlawn, destroza ese mismo tipo de casas dando la impresión de que han sufrido un bombardeo. Despojadas de todo el metal aprovechable, las entrañas arrancadas, todas las ventanas rotas, el cable de cobre cortado a pedacitos y vendido como chatarra; y por si fuera poco, el fuego, el vacío. A veces no se ve a nadie en esas calles devastadas: un perro, un par de ratas. Las cercas de los jardines están arrancadas. Cierto, eran unas estacas informes, poco elegantes, cuadradas, de unos diez centímetros de lado, con la parte de arriba en punta para que la gente no se apoyara en ellas. Pero hasta eso han robado, quemado. Los propios jardines, a fuerza de pisadas, ya no son sino barro endurecido.

Si quiere saberse lo que ocurre en el Chicago devastado, hay que examinar el régimen de Seguridad Social, indagar en la escuela primaria y el instituto, leer a los sociólogos, hablar con la policía y los bomberos, visitar los tribunales que dictan providencias de desahucio, juzgan a los menores y se ocupan de las agresiones, acudir a los hospitales, las clínicas, el «Hogar» Audy para delincuentes juveniles, la cárcel del condado. En los tribunales lo primero que llama la atención es la gran cantidad de población negra que va armada: hombres, mujeres, incluso niños, no salen a la calle sin pistola. Cuando un agente de policía realiza una detención por tenencia ilícita de armas, el abogado defensor lo somete a un interrogatorio y le lanza a la cara la Cuarta Enmienda. Nada de registros.

—¿Cómo sabía usted que el acusado tenía un arma?

—Iba con la chaqueta abierta, y vi que la llevaba remetida en el cinturón.

O el fiscal, observando las incoherentes formalidades de la vista, dice:

—Volvamos, señor agente, a la noche del cuatro de enero, cuando entró usted en aquellos locales de South Lawndale: explique al tribunal por qué lo hizo.

—Porque recibimos una llamada de radio a la una y cuarto de la madrugada, en la que se nos pedía que comprobáramos una información referente a la venta ilegal de bebidas alcohólicas en esa dirección. Era un edificio declarado en ruina a raíz de un incendio, y allí encontramos a dieciséis personas consumiendo bebidas alcohólicas ilegales y un par de pistolas en el tablón donde estaban las botellas. El acusado declaró que eran de su propiedad. No tenía permiso de armas. Lo detuve.

Un pequeño empresario, puertorriqueño, que conducía una furgoneta, fue detenido cuando zigzagueaba peligrosamente entre el tráfico. Tenía una pistola.

—Llevaba el dinero al banco, Su Señoría, mil doscientos dólares. Si me robaban, cerraba el negocio. Tenía que protegerme.

Su Señoría lo comprende, eso y un montón de cosas más. Su Señoría, hombre que frisa la cincuentena, también es producto de esas calles, tan transformadas en las últimas décadas. Sirvió en Corea en la infantería de marina. Gravemente herido, pero no mutilado, por la explosión de una mina, sigue jugando al balonmano y en

vacaciones se va al Oeste, donde, virilmente, se dedica a domar caballos. Al volver de Corea se hizo policía, estudió Derecho en cursos nocturnos y, gracias a algún apoyo político, se hizo magistrado. Los contactos políticos son indispensables. Y además, enteramente normales. Los habitantes de Chicago solían preferir los nombramientos hechos directamente por el partido a los resultantes de la maquinaria administrativa. Preferían los políticos a los burócratas. Los políticos conocen a su electorado, y tienen derecho a nombrar juez a un hombre como R. en vez de a un técnico o a un gestor con experiencia. Ahora ya sabemos cómo son esos especialistas de tan alta formación. Lo que se necesita es sentido común, simpatía y experiencia de la calle, y el juez R. tiene todo eso. De vez en cuando es víctima de un ataque en la sala y debe defenderse. Hace unos meses, a un acusado que arremetió contra él navaja en ristre tuvieron que conducirlo a la celda a rastras y encadenarlo al banco.

—Tan flipado iba —explicó el juez—, que arrancó el banco, a pesar de estar atornillado al suelo.

Sé que el propio juez, cuando presidía el tribunal nocturno en la calle Once esquina a State, llevaba su revólver de servicio a la cintura porque no se sentía seguro, a las cuatro de la madrugada, cuando se dirigía hacia su coche aparcado a una manzana de la jefatura de policía de Chicago.

La prostituta que atraca a sus clientes, los camellos que pagan la fianza con enormes fajos de billetes nuevos, los violadores, el guarda de seguridad de la galería comercial que abre la cabeza a un hombre por robar un paquete de Certs, las colegialas a quienes han pillado birlando unos vaqueros, los absurdos tiroteos y apuñalamientos y robos ridículos, desfilan interminablemente por el banquillo. «Siempre les quitamos las armas —dice el juez—, y se compran otras; los mandamos a la cárcel, y enseguida vuelven».

En cuanto a los colegiales, en vano se mira al pasado para encontrar algún punto de comparación. Ahora son casi exclusivamente negros y puertorriqueños. Los maestros de Chicago tienen los salarios más altos del país, pero no les pagan por mantener el orden. Eso, al menos en teoría, es tarea de las fuerzas de seguridad. La seguridad no existe. Es difícil determinar lo que enseñan los maestros, y a *quién* dan clase es un hecho más misterioso todavía. He entrado en aulas donde los alumnos deambulaban absortos en sus transistores, golpeando las paredes al son de la música. Nadie parecía entender que la clase tenía un punto de convergencia. Nadie prestaba atención al profesor. En aquel desorden se traslucía la incomprendida desesperación de los chicos. Era algo que encogía el corazón y revolvía el estómago.

Algunos de ellos son como pequeños Kaspar Hauser: inexpresivos, informes; viven de manera convulsiva, turbulenta, en la oscuridad mental. Desconocen el significado de palabras como «arriba», «abajo», «al otro lado». Pero se *diferencian* del pobre e inocente Kaspar en que poseen un diabólico conocimiento de actos sexuales, armas, drogas y vicios, que para ellos no lo son.

Los jóvenes que comparecen ante el estrado del juez R. son incomprensibles,

inalcanzables. Nunca se sabe lo que piensan o sienten. Me refiero, nótese bien, a lo que los sociólogos llaman clases marginadas, no a los negros de Chicago en su conjunto, a los trabajadores negros disciplinados que van a la iglesia o son miembros de la creciente clase media. Esos tratan de vivir decentemente en una ciudad que parece desintegrarse, de proteger a sus hijos de palizas en los pasillos de los colegios y de asaltos en los vestíbulos y los servicios, de tiroteos en el patio de recreo. De noche nadie sale de casa a tomar el aire.

Hay que llevar una pistola en la cintura para ir tranquilamente por la calle. Y los tíos que quieran ir abotonados hasta el cuello con un abrigo hecho con trozos de piel cosidos, ponerse una gorra de visera anormalmente abombada, llevar zapatos de claqué con tacón cubano y abalorios bereberes, polinesios o amerindios, y dejarse unas barbas de matusalén, esos sí que se pondrán en evidencia. De manera que no saldrán a la calle sin pistola, sin navaja.

Se ven atuendos de gran originalidad en el Loop, donde van de compras muchos funcionarios jóvenes que trabajan en los rascacielos construidos por el gobierno federal. A mediodía, las calles del Loop parecen un desfile de modelos. Y en los tribunales y calabozos, los detenidos por atraco, con el pelo cardado y mechadas de alheña o azafrán, también llevan ropa elegante, sucia pero cara, de ante y terciopelo. Individuos con la camisa desgarrada, pero con las mangas de la cazadora ingeniosamente fruncidas a la altura del hombro, llevan botas multicolores de punta redonda con cordones rojos o amarillos cruzados en torno a la pierna.

En *The Neurotic Trillionaire* [El multimillonario neurótico], Norman Macrae enumera nuestras principales instituciones en orden de importancia decreciente: empresas, gobierno y mecanismos de la vida en común. ¿Cuáles son esos mecanismos? «Sentido de la comunidad»; «valores comunes». Al parecer, Estados Unidos, el país más productivo del mundo industrializado, empieza a plantearse preguntas curiosas, tales como: «Después de la producción, ¿qué?». O bien: ¿por qué no utilizamos los recursos económicos como si fuéramos cíngaros, y ahora mismo, en un escenario de sórdido encanto, empezamos a destinar el milagro de la productividad a actividades diarias de «campamento», convirtiendo la vida de la calle en una representación teatral?

El amigo no tan bien intencionado que quiere incordiarne con lo del éxito no está al corriente de lo que pasa. El éxito reside hoy en los «bonos basura», en el despliegue publicitario, en la conquista de la presidencia misma con ayuda de propagandistas a sueldo. Cuando William James vilipendiaba a la Perra Diosa, pensaba en los poderosos que estaban desangrando y empobreciendo irresponsablemente al país, y que para justificarse esgrimían las fortunas que habían ganado y la contribución que habían hecho al crecimiento de la nación. Argumentos sencillamente pasados de moda.

Quizá Schumpeter, historiador de la economía, no se equivocaba al sugerir que como el orden burgués ya no tiene sentido, a la burguesía no puede *importarle* realmente.

De todo esto solo puede concluirse que el precio de todos los grandes éxitos — económico, técnico, organizativo— puede ser el envilecimiento del hombre, la degradación que encontramos en Chicago (o Nueva York, Roma o Kiev). Tenemos que volver a la Biblia, a Platón, a Shakespeare, a ver lo que era el hombre en otro tiempo.

Queda por determinar cómo ha llegado a ocurrir todo eso. Y no hay motivo alguno para que el «fin de la historia» y la humillación del orgullo del hombre impongan silencio al artista. La humanidad continúa reflexionando y fantaseando sobre sí misma, y aun cuando prefiere la grandeza, la miseria también puede fascinarla. Nietzsche nos advirtió de que la modernidad, la hora del Último Hombre, estaba próxima. Pero inevitablemente se suponía que la mentalidad a la que se dirigía esa advertencia era capaz de comprender su significado, su mensaje histórico: su narración.

Ahora bien, Nietzsche murió en 1900.

Hacia el final de *La escena americana*, escrita en los primeros años del siglo, poco después de la muerte de Nietzsche, Henry James dedicaba unas páginas al futuro de la Belleza en Estados Unidos. Pues no veía por qué la belleza no había de tener un porvenir en este país. Habla del «suelo tan libre de preocupación, el aire tan limpio de prejuicios..., uno se pregunta por qué no debería producirse, en unas condiciones sin precedentes, una grandiosa e intrépida aventura de las artes que no halle en su camino ninguno de los viejos leones de la prescripción, de la proscripción, de la tradición pura y simplemente celosa».

¿Estamos aquí para ilustrar esas condiciones sin precedentes? ¿Es posible que James dé un nuevo giro al «fin de la historia» de Hegel, interpretándolo como una oportunidad nueva, una nueva preparación del terreno?

Parece haberse dado cuenta de que el mundo utilizaba a Norteamérica como un vertedero. Al igual que Henry Adams y tantos otros, pensaba que Europa había vertido aquí sus desechos. Y debemos suponer que se habría quedado pasmado al enterarse de que, en sus crisis mortales, Europa se salvó por la intervención norteamericana, por los descendientes de sus «desechos».

Cuando visitó el Lower East Side, James se alarmó al ver a los inmigrantes judíos, horrorizándose ante su extraño y aciago aspecto, sus grotescas actitudes y su jerigonza.

Son interminables las curiosas ironías que eso despierta en una imaginación fecunda; y sobre todo, en un descendiente de judíos de la Europa del Este, como yo.

La distracción del público

(1990)^[30]

Los maestros de Chicago, cuando yo era pequeño, eran una especie de misioneros. Se tomaban muy en serio la tarea de convertir o civilizar a sus alumnos, hijos de inmigrantes de toda Europa. Civilizarnos era americanizarnos, y eso significaba en buena parte hacernos anglófilos. Nos enseñaban lo que Estados Unidos debía a la historia, a la literatura y al derecho ingleses. Aprendíamos a recitar de memoria parlamentos de *Julio César*, *Macbeth* y *Hamlet*. En el programa de estudios también figuraban Coleridge, Wordsworth y Shelley, y yo memoricé muchos poemas de Wordsworth. «El mundo está demasiado presente», según recuerdo, podía servirme de introducción al tema de la distracción, pues la recomendación de Wordsworth de no desperdiciar nuestras cualidades dedicándonos a ganar y gastar, me produjo gran impresión (aunque tuviera muy poco para gastar). Tampoco se me escapó su idea sobre la emoción recogida en la tranquilidad; ni su insistencia en la suprema importancia de un estado de atención o concentración estética que pusiera en su lugar al mundo de pérdidas y ganancias.

Después de la Gran Guerra, en las calles del Chicago industrial y comercial donde todo se reducía a gastar lo que se ganaba, los adolescentes tenían la cabeza llena de poesía romántica inglesa. Más embriagador que Wordsworth era el Coleridge de *La balada del viejo marinero*. El marinero, acuérdense, aborda a un invitado camino de una boda y lo obliga a escuchar su historia. «¡Atrás, suéltame, loco de barba gris!», exclama el invitado. No es preciso retenerlo por la fuerza. El poder del marinero es hipnótico. «Lo retiene con su mirada centelleante». El invitado a la boda se da golpes de pecho. No tiene más remedio que escuchar. Cuando pienso en el poder del narrador de historias para captar la atención, recuerdo aquel ojo centelleante.

El acontecimiento, la fiesta a la que debe asistir el invitado, la boda, ha cobrado ya una dimensión planetaria, y el marinero necesitaría una mirada con la fuerza del sol para apartarnos del festejo, las bebidas, la música del fagot y la belleza de la sonrosada novia. Claro que pocas distracciones son hoy tan inocentes y encantadoras como unos esponsales campestres de hace dos siglos. Las invitaciones de boda nos traen hoy al espíritu estadísticas de divorcio, ideas de inestabilidad erótica, reflexiones sobre la revolución sexual y las enfermedades venéreas, las consecuencias del herpes y el sida en la fidelidad conyugal. Los hijos también nos vendrían al pensamiento, preocupaciones sobre cómo atenderlos y criarlos, inquietud por si los maltratan los adultos, por el problema de la financiación de las guarderías donde los padres se libran de sus hijos para proseguir su carrera o celebrar la plena igualdad de sexos. Ya no es solo la sombra de la cárcel lo que se cierne sobre el niño durante su crecimiento, sino el terror de un futuro de delincuencia y drogadicción. El invitado a

la boda de nuestros días ha sido transportado por las fuerzas contemporáneas de una magia perversa a una esfera de distracción en la cual, en lugar de escuchar a músicos de pueblo, queda ensordecido por un enorme estrépito: el ruido de nuestro tiempo.

Shakespeare tiene una visión del matrimonio más próxima a la actual que al idilio de Coleridge. Hamlet dice a Horacio que las viandas asadas que se sirvieron en los funerales de su padre volvieron a aparecer en el banquete de bodas de su madre, y pregunta a Ofelia: «¿Por qué engendrarías tú a unos pecadores?». Moribundo, dice a Horacio: «Auséntate de la felicidad un momento más, / Y en este áspero mundo respira con dolor / Para contar mi historia». En nuestros días, Horacio tendría que esperar la ocasión propicia para decir algo. No le resultaría tarea fácil. No es nada sencillo hacer que la gente escuche, porque cada vez es más difícil que preste atención o exprese su acuerdo. Hay muchos Horacios con historias que contar, Horacios rivales y falsos Horacios que tratan de acaparar nuestro tiempo prometiendo ser más innovadores, más emocionantes, más sorprendentes y sangrientos que los demás. Y entretanto nosotros, los oyentes, hemos aprendido a oír y no escuchar, a estar presentes y a la vez ausentes. Conocemos algún que otro truco, nosotros también.

Por el tono y el sesgo de mis palabras habrán captado enseguida el tema moderno, que también se denomina crisis contemporánea o apocalipsis de nuestro tiempo, y se aprestarán a resistir e insensibilizarse, como yo suelo hacer cuando los conferenciantes emplazan su artillería pesada y se preparan para dar guerra. Haré lo que pueda por evitar expresiones tales como «transformación de la conciencia humana», «nuevo universo humano», «el último hombre» o «sociedad de masas». Palabras que si bien no están necesariamente desprovistas de sentido, acaban por paralizar el pensamiento, y los escritores las evitan por instinto. Distraen, y distracción es el término con el que caracterizo el problema principal. Cuando la propia profesión depende de la capacidad de obtener y mantener la atención, la distracción es la condición hostil (sustancial y planetaria) que se está obligado a superar.

Me parecía justo remontar los orígenes de mi preocupación por este asunto al romanticismo de mi adolescencia, al contraste que establece Wordsworth entre fábricas, despachos, comercio, la riqueza de las naciones y la «mar que descubre su pecho a la luna». Gracias a Wordsworth y otros poetas fui consciente en la adolescencia de que existían cosas más elevadas, y de que esas cosas superiores sufrían un asedio, estaban en peligro: su territorio menguaba. Solo décadas después empecé a darme cuenta de lo quijotesco y cómico que, en una era dominada por la técnica, en el apogeo del capitalismo industrial, con altos hornos a un lado y mataderos al otro, resultaba pasarse las horas muertas soñando con Lucy, «violeta junto a una piedra mohosa, / Medio oculta a la vista».

Pero no voy a extenderme en la historia de mi formación intelectual. Me propongo estudiar cierto fenómeno común, una calamidad de la que nadie está a

salvo y que evidentemente tiene su origen en las interminables crisis de nuestro siglo. La distracción es la barrera que el escritor debe salvar. El término designa la dificultad de que la gente atienda a lo esencial: a lo que escritores, oradores, profesores, periodistas o publicitarios consideran esencial.

La atención del público (y hay miles de públicos en toda nación grande, pero por alguna parte debemos empezar) es como un continente invadido, conquistado, ocupado por una multitud de fuerzas: políticas, comerciales, técnicas, periodísticas, propagandísticas. Las enormes empresas designadas por la expresión «industria de la comunicación», informan, malinforman o desinforman al público sobre la política, las guerras y las revoluciones, sobre los conflictos raciales o religiosos, la educación, el derecho, la medicina, los libros, el teatro, la música, la cocina. Elaborar esa lista da una engañosa impresión de orden. Lo cierto es que nos hallamos en un insostenible estado de confusión, de distracción.

Ahora nos encontramos cara a cara con la revolución de la información, asunto que acaba por horrorizarnos a todos y que, de ser posible, gustosamente evitaríamos. Pero George Orwell ya nos advertía hace tiempo: «Hemos caído tan bajo, que la repetición de lo evidente es el primer deber de los hombres civilizados». Lo evidente es que todos nos vemos arrastrados hacia un terreno común. Enumerar las fuerzas que tiran de nosotros nos conduciría de inmediato a ese vasto campo o ciénaga de la evidencia. Para lo que a mí me interesa, basta indicar que el terreno común es escenario de gran entusiasmo y agitación. Wordsworth, cuando nos dice que la poesía nace de la emoción recogida en la tranquilidad, nos habla de un mundo desaparecido para siempre. Supongo que si ahora fuéramos a la región de los Lagos en busca de la tranquilidad, tendríamos que hacer excavaciones como los arqueólogos. En una era de enormidades, es natural que las emociones se debiliten. Continuamente se apela a nuestros sentimientos —a propósito del genocidio, por ejemplo, la hambruna o las bombas colocadas en aviones de pasajeros y todos somos conscientes de nuestra incapacidad para reaccionar adecuadamente. Una conciencia culpable de inadecuación emocional o de impotencia hace que la gente dude de su propio peso humano. Eso no quiere decir que las emociones fundamentales, los sentimientos morales durante tanto tiempo inculcados a los pueblos civilizados, hayan desaparecido por completo, pero es indudable que han sido incapaces de mantenerse a la altura de las abominaciones, de las crueldades y crímenes que nos han flagelado en este siglo. El que los viejos sentimientos sobrevivieran a la Primera Guerra Mundial era probablemente demasiado pedir. Su declive ya se había observado y descrito mucho antes de 1914. La Segunda Guerra Mundial hizo el resto. Uno de los filósofos modernos más influyentes denominaba «noche del mundo» a la maldición que nos ha caído en este siglo. Veía a Washington y Moscú como dos males muy parecidos, idénticos en todos los aspectos significativos. La urbanización y la técnica dominan el planeta de manera indiscutible. Se ha materializado una sociedad mundial muy diferente de la que preveían los marxistas, y estamos buscando medios para

acomodarnos a ella.

Gran parte de todo esto, lo «evidente» orwelliano, es del dominio público, pero haríamos mal creyendo que su significación está enteramente clara. Los medios de comunicación (no puede evitarse esta expresión norteamericana tan poco atractiva), cuyo deber consiste en mantenernos informados sobre los nuevos acontecimientos, naturalmente no saben lo que está pasando. Está claro que no tienen ni la menor idea. La tecnología de que disponen es una de las maravillas del mundo —sublime, a ojos del ingeniero—, pero la mentalidad que la dirige acusa un retraso considerable sobre los ordenadores y los satélites.

Un profesor californiano ha calculado que el *New York Times* contiene en un día laborable cualquiera más información que la que un contemporáneo de Shakespeare podía adquirir a lo largo de toda su vida. Estoy dispuesto a creer más o menos en la veracidad del dato, pero sospecho que un isabelino culto se sentiría menos confuso por sus conocimientos. Desde luego estaría menos inquieto que nosotros. Su saber no podía estar tan al borde del caos como el nuestro.

¿Para qué queremos tal plétora de información? La mayor parte de las noticias que nos ofrece el *New York Times* no nos sirve para nada. Para envenenarnos, sencillamente. No me imagino que alguien pretenda leer hasta la última página de un periódico nacional como el *Washington Post*, el *Wall Street Journal*, *USA Today* o el *New York Times* (la publicidad ocupa en torno al 80% de un periódico local como el *Chicago Tribune*). Supongo que un lector obsesivo, en el hospital o sumido en una gran desesperación, sería capaz de leerse el *New York Times* de cabo a rabo cualquier día de la semana. Pero con la edición dominical, no podría. Yo evito la prensa de los domingos; solo con verla me pongo malo. Los periódicos deben leerse con astucia y cautela, a la defensiva. Sabemos perfectamente que los periodistas no pueden permitirse el lujo de decirnos claramente lo que pasa. Hay observadores dignos de confianza que creen que la prensa no puede dar a los norteamericanos una imagen un tanto verdadera del mundo. La palabra escrita no es fidedigna, y la palabra hablada (radio y televisión), irresponsable. El analista político Michael Ledeen mantiene que «muchas de las grandes celebridades de los medios informativos creen firmemente que deberían definir el programa político nacional». El poder de los medios de comunicación, prosigue, es un poder usurpado del gobierno. Los periodistas de Washington han demostrado que pueden destruir a los dirigentes nacionales, y por esa razón son muy temidos. El gobierno no parece capaz de entender ni explicar su autoridad, los motivos de sus decisiones. Su antagonista, la prensa, interpreta las operaciones del gobierno de tal forma que desestabiliza la opinión pública. La jerga empleada por ambos antagonistas entusiasma, electriza, sorprende, asusta, confunde, aniquila la coherencia, imposibilita enteramente la comprensión. Por la noche, el presentador desgrana las noticias del día y al mismo tiempo, dándose importancia, presiona al público para que adopte un enfoque progresista. Quiere que sus oyentes extraigan las conclusiones que convengan con respecto a Sudáfrica, Lituania o las

madres solteras; o a la crisis de la droga, la educación, las relaciones raciales. Habla con seguridad de cuestiones que desconocía absolutamente la semana anterior. En una palabra, es más bien un animador o intérprete popular; su cadena le exige que ofrezca un aspecto inteligente y exponga opiniones ilustradas. En la vida pública todo el mundo utiliza las mismas fórmulas: presidentes, antiguos presidentes, altos dirigentes políticos, ministros, personalidades del mundo de la judicatura y de las profesiones liberales, financieros famosos, presentadores de televisión, rectores de universidad, pinchadiscos, dirigentes de diversos movimientos de liberación, celebridades del deporte, músicos de rock, artistas, cantantes, famosos de Hollywood, editores, clérigos de todas las iglesias, ecologistas. Nada los distingue en su vocabulario y sintaxis de los agentes de Bolsa especializados en bonos basura, de los encargados de relaciones públicas, de los miembros de los grupos de presión. Periodistas deportivos, músicos de rap, profesores de derechas y de izquierdas, todos emplean el mismo lenguaje, los mismos mecanismos retóricos. Lo que sigue es una lista de algunos términos de uso más corriente: consenso, sensibilidad, creativo, modelo de conducta, ayuda social, habilitación, impactado, tiempo de calidad (el tiempo que una madre trabajadora desea dejar a sus hijos en la guardería), inquietud, los excluidos o los marginados (podría decirse que la Coalición del Arco Iris, de Jesse Jackson, es una mayoría formada por minorías excluidas o marginadas). Algunos de estos términos proceden de la psicología, de las ciencias sociales, o de las facultades de teología (que han hecho su aportación con «compasión» o «situación», como en «situación espiritual»). Otras proceden de ámbitos intelectuales más elevados. «Carisma» es un término tomado de Max Weber. «Inquietud» probablemente sea traducción del *Sorge* de Heidegger.

En un reciente congreso posmoderno de profesores, celebrado en marzo pasado en la Universidad de Utah, uno de los ponentes propuso el concepto de «posmodernismo de la resistencia»: «Queremos ver si esos discursos [ideas posmodernas] pueden utilizarse en provecho del cambio social y político. Queremos saber cómo podemos enfrentarnos a la opresión, la desigualdad y la explotación que existe no solo en Estados Unidos sino en todo el planeta» (palabras recogidas en el *New York Times* del 8 de abril de 1990, en una crónica de Richard Bernstein). Es difícil saber lo que el profesor quiere decir realmente, pero si no se proclama esa clase de absurdos, el público instruido no prestará atención alguna. En el *Chicago Tribune* de hoy me entero de que los obispos católicos norteamericanos, por unos honorarios de cinco millones de dólares, han contratado a una empresa de relaciones públicas para dirigir su campaña contra el aborto: para «practicar la persuasión retribuida», dice el autor del artículo del *Tribune*. Evidentemente, hasta la Iglesia es incapaz de predicar contra el pecado mortal y se ve obligada a recurrir a expertos que entienden mejor la cultura de masas y la mentalidad del público. La empresa contratada por los obispos norteamericanos ya había organizado con éxito una campaña de Ronald Reagan para la presidencia. Según parece, las doctrinas sobre las

que se fundamenta la Iglesia se consideran intransmisibles. Hay que persuadir o hipnotizar al público, o influir en él mediante manipulaciones simbólicas, sustitutos mágicos de la realidad y el pensamiento. Evidentemente —para volver a George Orwell y al deber del hombre civilizado de reiterar lo evidente—, la Iglesia también debe inclinarse ante el poder de la televisión.

Es comprensible que la gente esté aburrida, molesta, atormentada (la distracción es un tormento) por el debate sobre la tele. A mí tampoco me gusta pontificar, pero si lo que se estudia es la distracción, no hay manera de evitarlo. Esta vez no preguntaré lo que puede hacerse contra la exhibición sexual y la violencia en la pequeña pantalla. No hay nada que hacer. La televisión demuestra que millones de personas disfrutan entusiasmadas con los contenidos sexuales y violentos. Lo que ahora me interesa es la contribución de la tele al conjunto de nuestros entretenimientos. Es la fuente principal del ruido característico de nuestra época: un ruido iluminado que reclama nuestra atención no para que nos concentremos sino para que nos dispersemos. Al ver la tele, nos vemos inducidos a no prestar atención a nada en particular. ¿No encontramos nada bueno que decir de la tele? Pues sí: lleva una especie de comunión a solitarios disgregados. La televisión permite al norteamericano aislado creer que participa en la vida de todo el país. No lo integra realmente en la colectividad, pero lo consuela con la sugestión (en conjunto falsa) de que en algún lugar próximo existe una comunidad y de que su conciencia atomizada volverá a formar parte de esa totalidad. Pero la promesa de unidad nos conduce a una delirante diversidad. Y quizá lo que verdaderamente buscamos en ella es distracción; una distracción en forma de realidad fantasma o aproximada. Los folletines televisivos nos mantienen en un estado de absurdo pero intenso entusiasmo. Oímos música amenazadora. Un asesino armado con una pistola se introduce sigilosamente en la habitación de una mujer dormida. Más sonidos subliminales de peligro, inquietantes y gratuitos. La mujer se despierta y se precipita a la cocina en busca de un cuchillo. La poli está sobre aviso. Vemos cómo los agentes persiguen al criminal por las calles en la oscuridad de la noche; un tiro mortal; un cuerpo cae del tejado. Fin del melodrama, y empieza otro. Ahora estamos en una iglesia. No, es una sala de conferencias; tampoco: un cajón se abre en un depósito de cadáveres. Una mujer busca a su hijo, que ha sido secuestrado. Cuando eso termina, nos encontramos en la meseta sudafricana, con cebras y jirafas. Luego, con Lenin en un mitin multitudinario. Y saltamos bruscamente a un curso de cocina; nos enseñan a rellenar el pavo. A continuación, cae el muro de Berlín. Arden banderas. O se celebra un debate sobre el problema de la droga. Más y más asuntos de interés público, y cada vez menos conciencia personal. Evidentemente, la conciencia personal está en retroceso.

El artefacto del mando a distancia nos permite saltar hacia delante y hacia atrás, mezclando comienzos, medios y finales, alternar películas del Oeste con programas de debates y reportajes sobre el juego en el barrio chino. Saltar de canal en canal es, según un estudio llevado a cabo por los Nielsen, un pasatiempo muy apreciado entre

los adolescentes. Mientras se divierte de forma inconsecuente, quien utiliza el mando detenta el poder, y el hecho de cambiar a voluntad equivale a una afirmación de independencia, o a una declaración de autonomía, de suprema inmunidad. Cada inteligencia aislada frente a su puesto de mando independiente se declara libre de toda influencia. Manejando el aparatito, el chico es el mandamás. Para él no hay nada demasiado aleatorio ni trivial: puede con todo lo que le echen. Es ridículo, desde luego, pero tampoco deja de ser una especie de triunfo para la conciencia personal. Aquí, la conciencia se afirma en el vacío. La vacuidad de la afirmación es similar al autismo, término que mi diccionario define como un estado mental caracterizado por ensoñación, alucinaciones e indiferencia hacia la realidad exterior.

Claro que la incesante crisis mundial, también conocida como caos de la era actual, no es obra de la industria de la comunicación y su revolución de la información; pero de nuestro peculiar pseudoconocimiento de lo que ocurre, del espesor de nuestra ignorancia, y de la confusión interna y descentrada de nuestro entendimiento, de nuestra inquietud, son responsables los comunicadores. Los intelectuales y las universidades, en el plano ideológico, también tienen buena parte de culpa.

«Enséñanos a ser responsables e irresponsables, / Enséñanos a estar en calma», escribía T. S. Eliot; y aunque en mi juventud recitaba esos versos como una oración para no perder el aplomo frente a la amenaza de la disolución, años después me pregunté si Eliot realmente creía que alguna vez seríamos capaces de estar en calma. También decía, quizá medio en broma, que no soportaba leer los periódicos: «Son demasiado apasionantes». ¿Logró realmente quitarse el vicio? Confieso que como tantos otros millones de personas, yo necesito mi dosis diaria. Es evidente que al hombre civilizado le resulta necesario mantener, interiormente, un alto grado de apasionamiento, y tiende a creer que los titulares pueden reponerle las fuerzas vitales.

De manera que la política y el asesinato, la hambruna, los aviones que estallan en pleno vuelo, las guerras de la droga, la toma de rehenes, son los últimos ingredientes del melodrama de las superpotencias. La duración media de un escándalo o desastre no es larga, y como los acontecimientos horribles son presentados por cadenas cuyo objetivo principal es la diversión, el espectáculo, el cambio rápido, siempre estamos *en route* hacia el siguiente impacto. Lo que cuenta es el nivel de agitación, no tal o cual enormidad. Y como no podemos luchar contra la distracción, nos sentimos inclinados a entregarnos a ella. El estado de atención dispersa parece ofrecer ciertas ventajas. Puede compararse con un deporte como el ala delta. En el estado de distracción nos encontramos en el aire, planeamos, no descartamos posibilidades.

Ahora, cuando un escritor, un novelista, describe ese tipo de situación, el demócrata que hay en él, el ciudadano, le exige un remedio para todo eso, y como heredero del moralismo literario del siglo pasado, puede sentir la tentación de

ponderar, medir, analizar, prescribir, pedir claridad y justicia, concienciar. Y desde luego, también puede inclinarse por lo contrario y negarse absolutamente a ponderar, medir, analizar, prescribir. Lo que a veces viene a ser lo mismo; hay concienciadores negros y concienciadores blancos. Muchos excelentes escritores contemporáneos consideran que la concienciación, en cualquiera de sus formas, es un error, que escribir novelas con largos pasajes discursivos o analíticos, a lo Thomas Mann o André Malraux, es una grave equivocación. ¿Será la actividad cognitiva el remedio para la distracción? ¿Curarán las ideas esa enfermedad?

Cada vez estoy más de acuerdo con Vladimir Nabokov. La obra de arte, afirma, nos separa del mundo de las tribulaciones y nos transporta a un universo completamente distinto. Nos conduce al reino del gozo estético. ¿Puede haber algo más deseable que el gozo estético? Nada puede ser más deseable, sobre todo cuando las fuerzas concentradas del conocimiento (entre las cuales destacan la cognición vana y la cognición falsa) oprimen y limitan la libertad de imaginación.

Si Freud tenía razón al decir que la felicidad no es sino la remisión del sufrimiento habitual, entonces puede ser legítimo afirmar que el arte, al aligerar los absurdos esfuerzos de la conciencia, al aliviar el esclavizante superyó, nos deja libres para el gozo estético. Interminables ciclos de crisis nos han convertido en graves teóricos del modernismo y el posmodernismo, empeñados en definir una y otra vez la cultura y la tradición. Estamos obligados a situarnos en un contexto histórico. A modo de ejemplo, citaré (tan brevemente como sea posible) unas frases de un libro reciente sobre la moderna cultura literaria: «El término *posmodernismo* aún estaba por acuñar, pero la atmósfera de *Los seres queridos* es posmodernista. Algo ha muerto; eso, sobre todo, es lo que está claro. Y en consecuencia, la musa de la poesía tiene una nueva vocación preparada para sus siervos... Cuando *Los seres queridos* se acercaba a su conclusión, *Esperando a Godot*, la obra emblemática del posmodernismo, se encontraba en preparación...». Aquí se da a entender que los escritores importantes de hoy tienen que definirse claramente en relación con ese proyecto conjunto y pronunciarse sobre el peso de la civilización. Pero ¿por qué deberíamos exigirnos, a nosotros o a nuestros contemporáneos, obras emblemáticas? ¿Acaso no es más agradable el gozo estético? ¿Por qué tendrían los escritores que levantar pesas intelectuales junto con historiadores, filósofos, pensadores religiosos y psicólogos: los Nietzsche, los Spengler, los Heidegger o los Jung? Naturalmente, los escritores no dejarán de *interesarse* en esos gigantes musculosos, pero ¿qué aportarán a la literatura encargándose ellos mismos de esa gravosa labor teórica? A mí me trae sin cuidado la reflexión sobre la inevitable secuencia de modernismo y posmodernismo. Reconozco la «noche del mundo» y acepto la lista completa de acusaciones: vacío existencial, unificación de la humanidad al nivel más bajo, creciente vacuidad de la vida personal, triunfo de la urbanización y la tecnología; en resumen, prevalencia del nihilismo, ausencia de lo noble y lo grandioso.

Razón de más, creo yo, para entregarse al gozo estético siempre que surja la

ocasión. Porque cuando se nos presenta en una forma moderna, como ocurre de vez en cuando, hay que estar profundamente agradecido a sus creadores.

En cuanto a la magnífica obra histórica de amplia vocación universalista que antes mencionamos, con su modernismo y posmodernismo, sus múltiples referencias a autoridades tales como Vico, Foucault, Eliot, Quine o Bradley, sus metafísicos y metacríticos, no supone sino una contribución particular a la distracción. La distracción de los eruditos es aún más difícil de disipar que la distracción de las masas proletarias. Cuando se solicita su atención, esos metacríticos la prestan a regañadientes. Para influir en ellos hay que mostrar credenciales prestigiosas. «Lo más específicamente contemporáneo de la literatura moderna —dice el profesor Richard Rorty—, consiste en que, para tener eficacia, depende de ciertos comparsas, sobre todo de filósofos». Rorty observa asimismo que, al parecer, muchos críticos desean expresarse en tono filosófico y creen que la «literatura puede ocupar, *imitándola*, el lugar de la filosofía». Esto no facilita la tarea a los aficionados al gozo estético ni a los aspirantes a ofrecerlo.

Como en la vida moderna no hay camino que sea un lecho de rosas, el gozo estético y los medios con que alcanzarlo no dejan de encontrar dificultades. En *Lolita*, el narrador de Nabokov, Humbert Humbert, es un Viejo Marinero. Nos rendimos de buena gana y renunciamos alegremente a una docena de bodas para recorrer Estados Unidos con Humbert y su ninfa. El amor verdadero, el amor ideal, solo puede tener un objeto, pero en una época tan deficiente como la nuestra, Eros, inevitablemente, también es algo perverso. No podemos negar a Humbert nuestra plena atención, pero a veces también llega a irritarnos. No siempre es un caballero agradable en todos los aspectos. Muchos de sus juicios son completamente arbitrarios. Su esnobismo resulta especialmente desagradable. Puede mostrarse muy hiriente con respecto a pequeños errores del francés hablado, y de vez en cuando abusa de la atención que le otorgamos sin reservas. Pero se trata de objeciones menores, si se piensa en el gran regalo que nos hace: Eros el comediante, algo lastimoso aquí y allá, pero hijo de los dioses a pesar de todo: divino. No obstante, el gozo estético que Humbert procura es desigual, y la causa de esa fluctuación radica en la complejidad curiosamente moderna del carácter de Humbert y de Quilty, su perverso enemigo. Nabokov no quiere que hagamos análisis psicológicos a la moderna usanza, pero el carácter de su protagonista nos lleva a los abismos creados por la costumbre cognitiva moderna, por la cual siente Nabokov un odio mortal. Esas operaciones cognitivas contemporáneas nos devuelven al meollo de la distracción: la curiosa inestabilidad de la conciencia desordenada.

Lo que llamo distracción también puede describirse como la dispersión de temas. Esa dispersión es la que nos inquieta y confunde. Naturalmente, en una discusión de este tipo yo me sitúo desde el punto de vista del autor, de manera que, como escritor, pregunto si las dificultades causadas por esa dispersión o distracción pueden superarse. Un escritor que haga bien su trabajo sí podrá. Dicho escritor sabrá recabar

la atención de los afligidos. Debe ser una persona digna de que se le confíe la atención concentrada y circunspecta de quienes verdaderamente lo estaban esperando.

Hace ya tiempo que procuro orientarme y mantener el rumbo. Me considero un intérprete y hablo como tal. Pero desde hace unos dos siglos, los intérpretes también consideran necesario justificarse a sí mismos mientras actúan. Alguien ha escrito acerca de William Blake que su obra era «una vindicación sin fin de la causa de todos los artistas del mundo». En estos siglos de la modernidad, el escritor se convierte en el artista combatiente, en guerra con la sociedad, con el poder del dinero, con la tiranía, etc. No es preciso ahondar en eso ahora, y no lo haré. Pero cuando vuelvo a pensar en mi vida de intérprete, suele venirme a la memoria una frase de uno de los ensayos de Samuel Butler: «La vida es como dar un concierto de violín al tiempo que se aprende a tocar el instrumento sobre la marcha», a lo que yo añado entonces que en la sala de conciertos reina un desmadre alcohólico y nadie presta atención a la música.

El símil es exagerado, desde luego; no deja de ser una caricatura. La pequeña verdad que contiene es que cuando uno está al fin dispuesto a tocar, no puede estar seguro de los oyentes. Que probablemente estarán atormentados por una plétora de posibilidades. ¿Por qué han de estar ahí, y no en otra parte? ¿Y por qué debían escucharte a ti, en vez de a cualquier otro? El ansia de aprovechar el tiempo lo mejor posible puede ponerles nerviosos, incluso impacientes. «Lo mismo da él que otro», dice para sus adentros Molly Bloom cuando Leopold la corteja. Igual podría haber dicho: «Lo mismo da otro que él».

En resumen, el intérprete debe ser capaz de imponerse. Resulta más fácil si es un Nabokov y habla con la natural autoridad de un artista aristocrático, un boyardo, un autócrata hereditario. El problema, entonces, cobra un matiz ideológico, y la gente empieza efectivamente a protestar y a denunciar la explotación tiránica de los tradicionalistas, misóginos, racistas, imperialistas: esos machos blancos, pasados ya a mejor vida, cuyas obras, calificadas de clásicos, se nos impone. No todo el mundo puede rendirse ante la promesa del gozo estético. Para algunos, la liberación (quizá seudoliberación) es el ideal más elevado. O la destrucción de los iconos. O la insatisfacción perpetua. Tal como el autor Leonard Michaels ha escrito recientemente: «Nos hemos abandonado a los encantos de la posibilidad indeterminada, o al estremecimiento de la novedad infinita». Y en el mismo párrafo añade que «el valor ha escapado de la especificidad humana».

En la actualidad, los escritores prestan atención sin dificultad alguna; se han formado en la atención, y la inducen en sus lectores (sin un grado elevado de atención, el gozo estético es imposible). «Procura ser de los que no se pierden nada», aconsejaba Henry James al aprendiz de novelista. Y Tolstói, en su ensayo sobre Maupassant, dice que un autor debe escribir con claridad, adoptar un punto de vista moral y ser capaz de prestar la más minuciosa atención al tema y los personajes. Sin

la menor vacilación, Nietzsche nos advierte de que la época moderna se interesa principalmente en el Devenir e ignora el Ser. Y quizá por eso el perpetuo Devenir nos corroe como una enfermedad mortal.

Sin ser un filósofo titulado, me otorgo licencia para comparar la distracción con el Devenir y el Devenir con el progreso, y observar que hemos realizado rápidos (tan veloces que parece cosa de magia) avances hacia la sociedad tecnológica mundial. Y la cuestión de si una sociedad global puede ser humana es algo que los escritores (intérpretes) no están en condiciones de contestar pero que evidentemente no pueden dejar de plantear, ya que los personajes de ficción, junto con el resto de la humanidad, se ven inmersos en esa transformación. Observadores como mister Michaels ya han advertido que el valor escapa (o ya ha escapado) de la especificidad humana.

Pero si el escritor no puede aplacar la marea de la distracción, sí puede interponerse a veces entre los perdidamente distraídos y sus distracciones. Y lo consigue abriendo las puertas de otro mundo. En lo de «otro mundo», soy plenamente consciente de ello, hay cierto tufillo fantástico, y la gente se preguntará si puede tomarse en serio a quien sigue creyendo que el arte es capaz de superar, eludir o poner en cuarentena nuestro estúpido infierno. No es que los campeones del arte hayan logrado grandes victorias. Madame Bovary muere envenenada con arsénico, pero Flaubert, el artista que lo cuenta, también sale bastante malparado. Las historias de amor y muerte a veces son fatales para el narrador. Son, sin embargo, numerosos (algunos artistas rusos del período estaliniano, por ejemplo) los que no pueden renunciar al arte. Las dictaduras no han logrado matar de miedo a los artistas, lo mismo que las democracias tampoco han podido aniquilarlos del todo, aunque algunos observadores consideran que la democracia es con mucho la mayor amenaza. En Occidente, el estalinismo se considera a veces como un desastre político pero, para los artistas, fue una ventaja encubierta. Hizo que no perdieran la seriedad. Murieron dejándonos grandes obras. En nuestro ámbito, las artes se hunden en el enorme, blando y permisivo seno de sociedades esencialmente indiferentes y mortalmente libres: así que adiós entonces. Una muerte en el gulag es evidentemente superior a una en Hollywood o Manhattan. De manera que la desgracia afirma, la felicidad relaja. La relajación desnaturaliza y disuelve. Las consecuencias ácidas del bienestar y la distracción nos devoran. Las malvadas, asesinas madrastras del Estado benefician más a la princesita del arte que la vulgar abundancia del «tiempo de calidad» cuya desaliñada e ignorante tolerancia es la muerte.

La opinión civilizada quedó dividida en nuestro siglo por la revolución de 1917, que prometía todo lo que siempre había deseado la humanidad, y que pensadores avanzados defendieron con tenacidad mucho después de que se hiciera evidente, incluso para los más retrasados, que la grandeza de Rusia que había puesto fin a la guerra imperialista de 1914 solo se medía por el alcance de sus desastres económicos y políticos. El marxismo leninismo, que tanto contribuyó a la desagradable distracción del mundo durante siete decenios, aunque continúa teniendo apasionados

partidarios en África y Asia, está ampliamente desacreditado en Occidente (y en una parte del Este). Pese a que no nos ofrezca motivo alguno de regocijo o vanagloria, bien podemos encarar el ambiguo conglomerado de hechos que sugieren que no ha sido Rusia sino Estados Unidos, país soso e insignificante desde el punto de vista ideológico, quien ha realizado la verdadera revolución de este siglo. No hay por qué creer en la palabra de un simple escritor (intérprete). Hay serios eruditos, como el hegeliano Alexandre Kojève, que han expuesto ese argumento. «Cabe incluso afirmar —escribe Kojève— que desde cierto punto de vista, Estados Unidos ha alcanzado ya el estadio final del “comunismo” marxista, habida cuenta de que la práctica totalidad de los miembros de una “sociedad sin clases” puede apropiarse ahora mismo de todo lo que le parezca bien, sin tener que trabajar para ello más de lo que le dicte su propia disposición».

Y continúa: «Ahora bien, diversos viajes de comparación realizados (entre 1948 y 1958) a Estados Unidos y la Unión Soviética me dieron la impresión de que si los americanos parecían soviéticos enriquecidos, era porque rusos y chinos hacían el papel de americanos que, aun siendo pobres, estaban en vías de rápido enriquecimiento. Eso me llevó a inferir que el “estilo de vida americano” era específico del período poshistórico, y que la actual presencia de Estados Unidos en el mundo prefigura el futuro “eterno presente” de la humanidad. Así, el retorno del hombre a la animalidad no parece ya como una posibilidad aún por venir, sino como una certidumbre que ya está presente».

Estas frases quizá sorprendan, pero no nos dejan estupefactos. El «retorno a la animalidad» es un poco fuerte, pero enseguida veremos que no pretende ser un insulto. La vida moderna satisface todas las necesidades materiales. La historia es esencialmente (si aceptamos el punto de vista de Kojève) la lucha por satisfacer las necesidades materiales de la humanidad. Disponemos de todo lo que siempre hemos deseado; salvo, desde el punto de vista hegeliano, de trascendencia. Pero hacer una exposición definitiva o sistemática de la trascendencia o el Espíritu no es algo que me apetezca mucho. He citado a Kojève principalmente en apoyo de mi endeble noción de novelista de que la gente sobre la que escribo es beneficiaria y, en parte, víctima de una revolución más amplia y permanente que la revolución de 1917. La realización de esos deseos perennes de la especie llevarán, como es lógico, cierto tiempo. No se trata del simple acto mental de captar una idea. Es un proceso lento, y no podemos esperar vivir lo suficiente para ver el resultado.

Con lo que ya he dicho podemos entrar de lleno en el meollo de la distracción, tema de mi disertación aparentemente interminable. ¿Puede inducirse a nuestra distracción (Wyndham Lewis la denominaba «estúpido infierno») a que ceda el paso a la atención? He sugerido que la distracción es la contrapartida mental y emocional de la revolución y la crisis mundial, y que probablemente sea una consecuencia del nihilismo. También he advertido que resultaba tentadora. E incluso atractiva. Suele ser halagadora. Pascal, gran observador de esas cosas, dijo que las grandes

personalidades debían su felicidad a la multitud que los entretenía. «Un monarca — escribió— está rodeado de gente que solo piensa en divertir a su soberano y en impedirle que piense en sí mismo». De manera que, en cierto sentido, todos somos grandes personajes —incluso reyes—, o nos tratan como a tales quienes controlan (pero ¿es control realmente la palabra adecuada?) los instrumentos electrónicos que distribuyen la información-entretenimiento-opinión en palabras e imágenes hipnóticas.

Escritores, poetas, pintores, músicos, filósofos, pensadores políticos, por nombrar solo algunas de las categorías que nos interesan, deben seducir a sus lectores, espectadores y auditorios para arrancarlos de la distracción. Y debemos precisar, por una simple exigencia de realismo, que esos mismos escritores, pintores, etc., son también hijos de la distracción. Como tales, se encuentran especialmente capacitados para dirigirse a las multitudes distraídas. Han experimentado tanto la atracción como la capacidad destructiva de las fuerzas que consideramos. Y no nos hace falta incitación para sumergirnos en ese elemento destructor, porque hemos nacido en él.

Si la felicidad es la remisión del sufrimiento, entonces el salir de la distracción es el gozo estético. Utilizo esos términos en sentido amplio, porque no intento defender un argumento sino más bien describir el placer que emana del reconocimiento o redescubrimiento de ciertas esencias permanentemente asociadas a la vida humana. Esas esencias se restauran en nuestra conciencia gracias a esas personas que calificamos de artistas. Me referiré a los artistas que escriben novelas y relatos, porque los entiendo mejor que a los poetas y dramaturgos. Cuando se abre una novela —y me refiero, naturalmente, a una novela de verdad— se entra en un estado de intimidad con el escritor. Se oye una voz o, lo que es más importante, un tono individual bajo las palabras. Ese tono lo identificarán ustedes, los lectores, no tanto con un nombre, el nombre del autor, sino con una cualidad humana diferente y única. Parece salir de las entrañas, del fondo del pecho. Es más musical que verbal, y constituye la firma característica de una persona, de un alma. Ese escritor tiene la capacidad de dominar la distracción y la fragmentación, de apartarnos del angustioso malestar, incluso del borde del caos: puede traer la unidad y transportarnos a un estado de atención intransitiva. Eso es lo que desea el público. El origen de ese deseo se halla en las esencias antes mencionadas. En nuestra época, esas esencias se ven obligadas a sufrir extraños tormentos y privaciones. Hay momentos en que parecen irremediabilmente perdidas. Pero luego oímos o leemos algo que las exhuma, que les procura incluso una resurrección sucia y harapienta. La prueba es muy sencilla, y todo el mundo la reconocerá enseguida. Baste recordar que el hecho de oír determinadas expresiones —«todo no son juguetes», «auséntate de la felicidad», «desierto de simios», «verdes campiñas», «aguas mansas», o incluso la simple palabra «reavivar»— hace renacer en nosotros momentos de plenitud emocional y desbordante comprensión, saca a la luz esencias ocultas. Nuestra actual experiencia de la anarquía no destruye ese conocimiento de las esencias, porque mal que bien

encontramos la manera de mantener el equilibrio entre esas contradicciones, y entre otras también.

Y por eso compite el artista con otros solicitantes de atención. No se trata de una competición en el sentido atlético de la palabra, su objeto no es expulsar a los rivales de la pista. Nunca se alzarán con un triunfo indiscutido. No habrá un resultado claro; los elementos están demasiado mezclados para eso. Las fuerzas adversas son demasiado imponentes para vencerlas. Son las fuerzas de un mundo electrificado y de una transformación de la vida humana cuyo resultado no puede vaticinarse.

Tocqueville anunció que en los países democráticos el público exigiría a sus escritores dosis cada vez mayores de emoción y estimulantes cada vez más poderosos. Probablemente no esperaba que el público se dramatizara a sí mismo hasta el punto de hacer de la escena mundial el teatro de todos, ni que, en los países desarrollados, se entregara al alcohol y las drogas para escapar a los horrores de la incesante tensión, al tormento de las emociones y la distracción. Hay muchos autores que no hacen sino satisfacer la creciente demanda de emociones. Creo que esa demanda, en el lenguaje de la mercadotecnia, ha alcanzado su nivel más alto. ¿Puede llegar a dominarse tanta emoción, tanto desorden? Eso habrá que preguntárselo a los analistas y expertos de toda especie. Lo suyo son las predicciones. Lo que importa a los narradores de historias y novelistas son las esencias humanas descuidadas y olvidadas por un mundo distraído.

Hay sencillamente demasiado en que pensar

(1992)^[31]

Cuando me piden opinión sobre algún delicado asunto del momento, a veces digo que estoy a favor de todo lo bueno y en contra de todo lo malo. A nadie le hace gracia ese chiste de sobremesa. Muchos tienden a pensar que me considero demasiado bueno para este mundo, que es, por supuesto, un mundo de asuntos de interés público.

¿Tenía razón el presidente Kennedy al decir: «No preguntes lo que tu país puede hacer por ti, sino lo que tú puedes hacer por tu país»? En la vida cotidiana, ¿qué puede hacer alguien por su país? Esa cuestión puede ser preocupante. Es decir, puede generar opiniones fundamentadas. La mayoría de la gente concluye que, en términos prácticos, no hay mucho que hacer. Algunos se hacen activistas y recorren el país manifestándose o protestando. Y en una Norteamérica libre y próspera, pueden hacerlo perfectamente. A veces me pregunto sobre la economía de la militancia. Debe de haber un considerable número de personas con pequeños recursos personales cuya principal ocupación consiste en salir a la calle a protestar, formar piquetes, tomar partido y hacerse oír. En este momento, el proceso Roe contra Wade^[32] atrae manifestantes a Washington y Buffalo. La energía atómica, el ecologismo, los derechos de la mujer, los derechos de los homosexuales, el sida, la pena capital, diversas cuestiones raciales: ese es el pan de cada día de los periódicos y las cadenas de radio y televisión. Se somete al público a interminables sondeos; para elaborar sus estrategias, los políticos y sus asesores se guían por las estadísticas. Y eso, reconozcámoslo, es la «cruda realidad». A eso es a lo que masas de norteamericanos dan importancia y significación, en eso es en lo que se definen, con una mezcla de pasión e incapacidad. El grado de debate público no es satisfactorio. Y cuando nos damos cuenta, se nos cae el alma a los pies. La ausencia de unos dirigentes políticos cultos en el país nos da la impresión de que andamos a ciegas.

¿Nos encontramos hoy en condiciones de hacer algo frente a las crisis que diariamente describe el *New York Times*: la nueva Rusia y la nueva Alemania; Perú y China; las drogas en la parte sur del Bronx y los conflictos raciales en Los Ángeles; el creciente número de crímenes y enfermedades; el desastre del llamado sistema educativo; la ignorancia, el fanatismo, las tácticas ridículas de los candidatos a la presidencia?

¿Es posible tomar las armas contra un océano de dificultades tan inmensurable?

Siempre que fuese viable, habría que tomarlas, desde luego. Pero también debemos considerar lo que supone hacer frente a ese mar de problemas en su vastedad universal: el volumen de lecturas diarias que nos exige, por no hablar de los conocimientos históricos. No le faltó valor a Karl Marx al afirmar que había llegado el momento de que los pensadores empezaran a actuar. Pero cuando pensamos en lo

que sus discípulos intelectuales *han hecho* en el siglo xx, nos volvemos al asiento. Al fin y al cabo, no es ninguna nimiedad corregir nuestras opiniones con frecuencia, y pensándolo bien, la pasividad que se nos impone nos obliga a reconocer la necesidad de reflexionar seriamente, de rechazar lo que es intelectualmente deshonesto.

Nos sentimos abrumados al admitir los límites de nuestra eficacia en la esfera pública, al sentir el peso de la carga que nos han puesto sobre los hombros y la complejidad de todo lo que debemos tener en cuenta, al percibir el miserable estado del debate público. Leyendo y escuchando lo que la mayoría de los editorialistas y comentaristas de televisión nos dicen sobre la crisis de Los Ángeles, por ejemplo, nos vemos obligados a reconocer que son raros los creadores de opinión capaces de pensar. Dejar las cosas en sus manos representa un gran peligro.

«Los Buenos se entregan a las percepciones humanas, / Y no piensan por sí mismos». William Blake, que escribió esto hace unos doscientos años, no creía realmente en la bondad de los que no piensan. Con eso quería decir que los buenos irreflexivos acababan renunciando a su libertad intelectual en favor de los astutos — estafadores y farsantes— que terminarían desvelando sus «designios personales».

Para los observadores experimentados resulta evidente que las personas bien intencionadas prefieren lo «bueno». Desean que se las identifique con lo «mejor». Cuanto más prósperas e «instruidas» son, más se esfuerzan en identificarse con las opiniones generalmente aceptadas y respetadas. De manera que, como es lógico, están a favor de la justicia, del humanitarismo y la compasión, de los maltratados y oprimidos, en contra del racismo, el sexismo, la homofobia, la discriminación, el imperialismo y el colonialismo, la explotación, el tabaco, el acoso: a favor de todo lo bueno, en contra de todo lo malo. Al ver a la gente prácticamente cubierta de credenciales, insignias, chapas, me vienen a la memoria las hileras de medallas y condecoraciones que los generales soviéticos ostentaban en las fotografías oficiales.

Los que tienen lo mejor de todo también aspiran a las mejores opiniones. El no va más. Las opiniones correctas, además, facilitan las relaciones sociales. Los puntos de vista incorrectos exponen al hablante a acusaciones de insensibilidad, misoginia y, quizá lo peor de todo, racismo. A medida que aumenta la atracción de la concordancia —o del conformismo—, se agudiza el riesgo de la independencia. Disentir es peligroso. Y sin embargo, como todos debemos saber, huir de los riesgos de la discrepancia es cobardía.

Eso es todo con respecto a la primera parte de la proposición de Blake: «Los Buenos se entregan a las percepciones humanas». Ahora pasaremos a la segunda: «Y no piensan por sí mismos».

Para ilustrar lo que esto pueda significar, basta con acudir a la prensa diaria. Hoy mismo, el *Chicago Tribune* vuelve a publicar un artículo de Charles Burrell, periodista del *San Francisco Chronicle*, sobre Michael Jackson, el prodigio de la música pop. El vídeo de Michael Jackson *Black and White* ha sido visto por quinientos millones de jóvenes en el mundo entero. Jackson, observa mister Burrell,

ha alcanzado «una tremenda dimensión en el panorama cultural». ¿A qué se debe esa dimensión? Jackson salta las barreras de raza y sexo, escribe Burrell. «Hemos dicho a nuestros hijos que la raza no tiene importancia, que los chicos y las chicas son iguales y que muchos papeles sexuales son arbitrarios. ¿Cómo dejarían los jóvenes de sentirse cautivados al ver encarnadas esas ideas?

»El estribillo del vídeo de *Black and White* es “No importa que seas negro o blanco”. Más fascinante es la secuencia, realizada con efectos de ordenador, en la que una persona cambia de raza y sexo en rápida sucesión. Jackson parece decir que primero somos humanos, y después varones o mujeres, de una u otra raza. Nos exhorta a creer en la unidad de los hombres y a rechazar los prejuicios».

Y por último: «En un mundo amenazado por las tensiones raciales y el exceso de población, el instinto de supervivencia podría dar origen a un nuevo ser humano que no fuese de una sola raza y que, siendo más asexualmente andrógino, estuviera menos sujeto al impulso procreador».

Los lectores quizá consideren que me he molestado mucho para encontrar un ejemplo tan rebuscado. Pero no. Los que solemos leer la prensa popular y ver los canales más raros de la televisión por cable, sabemos que las opiniones que expresa Burrell no son nada excepcionales. El lenguaje que emplea nos dice que posee una titulación universitaria; puede que de California, aunque no necesariamente. Además, parece interesarse por lo que se ha convertido en un proyecto nacional; es decir, la elaboración de un nuevo enfoque, de una nueva mentalidad. Ese «ser humano nuevo» es sintético, homogéneo y más perfecto. Trasciende las fronteras de la herencia, la naturaleza y la tradición y supera todos los límites y todos los obstáculos. «¿Cómo reprocharle [a Jackson] su cambio de apariencia cuando nosotros toleramos tantas alteraciones corporales, desde afeitarnos y levantar pesas hasta estiramientos de cara y operaciones de cambio de sexo?».

Ahora bien, «ideología» es un término por el que en general se entiende el hecho de no pensar por uno mismo. Para Marx, la ideología era una deformación producida por una clase social, una corrupción de la realidad perpetrada por el capitalismo. La ideología, en resumen, es un sistema de falso pensamiento y de no verdad que puede conducir a la obediencia y al conformismo. Al poner a mister Burrell en la prestigiosa compañía de Marx, mi único propósito es arrojar luz sobre el intento de crear un tipo humano enteramente nuevo. Ese nuevo y «más deseable» americano estará compuesto de todo lo bueno: un ser multirracial, andrógino, libre de la perturbadora influencia de Eros. La idea es dismantelar todo lo que solía aceptarse como dado, fijo, irremediable. ¿Es que nos hemos cansado de ser lo que quiera que seamos —negros, blancos, morenos, amarillos, varones, mujeres, corpulentos, menudos, griegos, alemanes, ingleses, judíos, yanquis, sureños, del oeste, etc.—, y que lo que ahora deseamos es elevarnos por encima de todas esas tediosas diferencias? Quizá la manipulación genética termine realizando esa utopía.

Pero el rechazo del pensamiento en favor de una fantasía igualitaria adopta otras

muchas formas. Hay sencillamente demasiado en que pensar. Es imposible; se requiere una formación especial en demasiadas y muy diversas materias. En electrónica, economía, análisis social, historia, psicología, política internacional; y la mayoría de nosotros, dada la proliferante y oceánica complejidad de asuntos, se queda paralizado ante la sugerencia misma de tener que asumir la responsabilidad de tantas cosas. Eso es lo que hace tan atractiva la opinión prefabricada.

Aquí es donde entran en escena los representantes del conocimiento: grandes entendidos, presentadores de televisión, especialistas invitados a programas de entrevistas. Lo que antes se llamaba cambio de impresiones, se ha convertido ahora en «coloquio», término al que se ha otorgado cierto carácter de santidad. En realidad, no tiene parecido alguno con ninguna forma de verdadera comunicación. Es algo difícil de describir. Dos o más pecheras cubiertas de condecoraciones se exponen competitivamente a los ojos del público. Nos quedamos sentados, mirando, escuchando, seducidos por la perspicacia de anfitrión e invitados.

En mi juventud, las autoridades intelectuales eran personalidades como H. G. Wells, George Bernard Shaw, Havelock Ellis o Romain Rolland. Leíamos respetuosamente lo que tenían que decir sobre el comunismo, el fascismo, la paz, la eugenesia, la sexualidad. Recuerdo esas celebridades sin nostalgia. Wells, Shaw y Romain Rolland desacreditaron ese tipo de sabiduría. El último de los gigantes intelectuales de talla planetaria fue Jean-Paul Sartre, una de cuyas contribuciones a la paz mundial fue exhortar a los oprimidos del Tercer Mundo a perpetrar una indiscriminada matanza de blancos. Resulta difícil lamentar la desaparición de ese espíritu a veces brillante.

A este lado del Atlántico, los actuales presentadores televisivos son sucesores de los Arthur Brisbane, Heywood Broun y Walter Lippmann del decenio de los veinte, los treinta y los cuarenta. Evidentemente, personajes como Peter Jennings, Ted Koppel, Dan Rather y Sam Donaldson, con su inmediato y fácil acceso a los dirigentes de la nación, tienen infinitamente más influencia que aquellos maestros de la palabra que los precedieron. Por extraño que parezca, los tribunos de hoy (que no son magistrados elegidos por el pueblo), con sus voluminosos peinados, recuerdan mucho a las pelucas de Versalles o del Palacio de Saint James. Esas coronas de pelo aportan encanto y dignidad, pero quizás opriman también el cerebro con su peso. Nos revelan, además, el estudio y el cálculo que se ocultan tras la naturalidad de esos artistas de la información. Hablan con tanto aplomo y desenvoltura sobre tantos temas diferentes, que cabe preguntarse si en realidad saben lo bastante para permitirse esa facundia. No hace mucho, en un programa de entrevistas, un destacado miembro de la comunidad afroamericana declaró que la Administración Roosevelt apoyó resueltamente a Hitler hasta que se produjo el ataque contra Pearl Harbour. Los periodistas invitados no pusieron objeción alguna a esas afirmaciones. ¿Es que ninguno de ellos sabía nada acerca de FDR ni de su ley de préstamo y arriendo, promulgada para ayudar a los países en guerra con Alemania; acaso desconocían la

hostilidad nazi hacia Estados Unidos? ¿Es posible que esos entrevistadores tan sutiles, tan bien trajeados y peinados sepan tan poco de historia?

Norteamérica es, desde luego, el país del presente; y se orienta al futuro. Que a los norteamericanos les preocupe tan poco el pasado resulta simpático, incluso encantador, pero ¿por qué tendríamos que tomar en serio la opinión de esas personas de tan magnífico aspecto sobre asuntos de interés público? Damos por sentado que se han documentado y han mantenido reuniones informativas. Nos sentimos reacios a concluir que su omnisciencia sea una impostura total. Pero eso tampoco viene al caso. El objetivo principal de los creadores de opinión es sumergirnos una y otra vez en un adobo de «corrección» o respetabilidad.

¿Qué es necesario que sepamos los norteamericanos? ¿Cuándo es intrascendente la ignorancia? Quizá los estadounidenses comprenden intuitivamente que lo que importa realmente a la humanidad está aquí, en todo lo que nos rodea en la América capitalista. Lincoln Steffens, en su papel de gran pontífice en Rusia después de la Revolución, proclamó: «Yo he estado en el futuro, y funciona». ¡Menuda sabiduría oculta! Si le hubiera dado por los caballos, habría perdido hasta la camisa. Sigmund Freud, de visita en Norteamérica después de la Primera Guerra Mundial, declaró que Estados Unidos era un gran experimento que no iba a dar resultado. Más adelante, lo llamó *misgeburt*, aborto. Ese era el juicio que merecíamos a la alta cultura alemana. Quizá los campos de la muerte de la Segunda Guerra Mundial habrían hecho cambiar de opinión a Freud.

Que América es un experimento se ha dicho repetidas veces (probablemente más de las que se ha comprendido). Concordando con esto a pequeña escala, Charles Burrell está a favor de la experimentación en lo que se refiere a Michael Jackson. «Supongamos —escribe— que a Jackson no se le considera un monstruo, sino un valeroso pionero que utiliza su cuerpo para explorar nuevas fronteras de la identidad humana». Esa hipótesis puede sugerir que nosotros, los seres humanos, considerados como materia, somos absolutamente maleables, y que el material de que estamos hechos puede adoptar la forma (mejorada) que decidamos darle. «Programación» sería un término menos agradable para eso. El postulado establece que debe rechazarse lo que somos por naturaleza, que lo dado, lo original, el ser de carne y hueso, es defectuoso, vergonzoso, necesita transformación, corrección, conversión, que su entidad, tal cual, no puede aportar nada, y que sería mejor rehacernos totalmente. En mi juventud, el mundo civilizado se quedaba estupefacto ante el modelo estalinista del hombre soviético tal como venía representado en la prensa y los manuales, el arte y la literatura. Falsificación estalinista, llamamos a eso. Y ahora, al parecer, nosotros también queremos un hombre sintético, un norteamericano revisado, mejorado. Eso es como decir que el ser humano no tiene núcleo; o, más precisamente, que su núcleo, en caso de que lo tuviera, sería indeseable, maligno, perverso, un conglomerado de prejuicios: ni pizca de bueno.

Empezamos a sentir los efectos de ese proyecto. Quizás el núcleo personal, o lo

que somos por naturaleza, empieza a comprender que lo que se oculta tras esa voluntad de corregirnos es tiranía, que esos esfuerzos por elevar nuestra conciencia y mejorar nuestra sensibilidad tienden a obligarnos a nacer otra vez sin color, sin raza, sexualmente neutros, políticamente purificados y con el cerebro configurado y programado para rechazar «lo malo» y afirmar «lo bueno». ¿Se convertirá el verdadero ser humano en *persona non grata*? No es de extrañar que tantos de nosotros estemos muertos de miedo.

Entusiastas del progreso personal, los norteamericanos sienten debilidad por este género de cosas: el idealista que agita una bandera con un extraño lema. A Huck Finn no le hacía falta aquel chico tan bueno, tan listo y tan limpio de Nueva Inglaterra que avanzaba con la divisa *Excelsior*. Cuando Tía Sally amenazó con «sivilizarlo», él decidió «largarse a otro territorio». Hubo una época en que era normal que los niños norteamericanos creyeran que la propaganda para «la mejora personal» nos conduciría no a la cumbre de la montaña sino al fondo del abismo.

En cuestión de opiniones, los norteamericanos son vulnerables a los ideólogos, a los «iniciadores», impulsores de modas, heraldos de mejores valores. A falta de las tradiciones que apoyan a otras culturas más antiguas, buscamos recetas, procuramos —en nuestra incertidumbre— que nuestro siguiente paso sea necesario y «correcto». En este momento no logro recordar quién dijo (suena a Elbert Hubbard, o quizás a R. W. Emerson) «Inventa una nueva ratonera y el mundo trazará un camino hasta tu puerta». Corregida y actualizada, esa frase diría: «Inventa un nuevo cliché y tendrás gran éxito».

Quizá lo peor de todo sea el lenguaje empleado por esos «iniciadores», esos heraldos de lo nuevo. ¿Puede describirse algo reconocible, sustancial, verdaderamente humano con palabras como las suyas? Tal vez como respuesta a la degradación de esa jerga nueva —la última— me he remitido instintivamente a William Blake:

*Los Buenos se entregan a las percepciones humanas,
Y no piensan por sí mismos;
Hasta que la Experiencia les enseña a capturar
Y enjaular a las Hadas y los Elfos.*

*Y entonces el Truhán empieza a gruñir
Y el Hipócrita a aullar;
Y todos sus buenos Amigos revelan sus designios personales,
Y el Águila se distingue del Búho.*

CUARTA PARTE

Reflexiones en tránsito

Carta de España

(1948)^[33]

Lo primero que salta a la vista en España, antes que la gente, las calles y el paisaje, es la policía. Primero la Guardia Civil, con sus sombreros relucientes, circulares, rígidos, de alas achatadas por detrás, sombreros que son bastante reales, porque los llevan puestos y se ven, pero que, a diferencia de la metralleta colgada del brazo, carecen de verdadera realidad. Luego, los policías de uniforme gris con un águila roja en la manga y el fusil al hombro. Hasta el guarda del parque, un anciano con traje de cazador suizo, pluma desaliñada, chaqueta de cuero y polainas caídas, lleva una carabina en bandolera. Después está la policía secreta; nadie sabe cuántas clases hay, pero andan por todas partes. En el expreso de Irún a Madrid, un agente que entró de pronto en el compartimiento, volviéndose la solapa para mostrarnos su placa azul, dorada y roja, nos examinó los pasaportes. Era silencioso, ecuánime y nada metódico, suspiraba al tomar nota de los números de algunos pasaportes y luego pasaba rápidamente las hojas de su cuaderno, como sin saber qué otra muestra de autoridad podía dar. Murmuró *Adiós*^[34] y se marchó. El tren prosiguió su laboriosa marcha hacia las casas de campo de Santander, resplandecientes de flores, mientras temblaban las paredes de madera del vagón. Los asientos eran largos y señoriales, con reposacabezas de encaje, y en uno de ellos iba un español que, cuando pasamos el puerto, entabló conversación con nosotros, no de manera informal, sino premeditada, impidiéndome ver los barcos en las plateadas aguas, veteadas de carbón, del anochecer. Nos dio una conferencia sobre la modernidad de Santander y nos invitó a que le preguntáramos sobre la vida en España, la historia, la geografía, la industria o el carácter de los españoles, y sin que le hubiéramos planteado la menor cuestión, frunció el angosto entrecejo y, echando hacia delante las palmas de las manos como el fotógrafo que ordena no moverse, se puso a hablar de energía hidroeléctrica, dando minuciosos detalles sobre turbinas, cableado, transformadores y qué sé yo cuántas cosas más. Nosotros éramos americanos, y por tanto nos interesaban los aspectos técnicos. Yo no era ingeniero, le advertí. No obstante, concluyó su discurso y se quedó callado como esperando que le propusiera un tema más acorde con mis intereses. Era un hombre menudo, moreno, nervioso y gesticulante, de mirada inquisitiva, desafiante y melancólica. Llevaba un fúnebre traje de gabardina, de color pardo, lustroso de mugre, y zapatos abrochados solo hasta la mitad de los ojales. Íbamos ascendiendo en la creciente oscuridad; abajo, entre verdes y escarpados valles, aparecían granjas a lo lejos.

—¿Están ustedes de vacaciones? —preguntó—. Van a ver muchas cosas bonitas.

Y empezó a enumerarlas: el Escorial, el Prado, la Alhambra, Sevilla, Cádiz, *la taza de plata*. Él lo había visto todo; había estado en todos los sitios; había combatido

en todas partes.

—¿En España? —le pregunté.

En España, por supuesto, y también en Rusia y Polonia, como miembro de la División Azul, contra los rojos.

Era ante todo soldado; venía de una familia de militares, su padre era un oficial de alta graduación, coronel del Ejército del Aire. Me enseñó la mano abierta, para que le viera una cicatriz blanca, recuerdo de Albacete. En aquel preciso momento, un joven *guardia*, larguirucho y quemado por el sol, empezó a abrir la puerta corredera, y mi interlocutor se puso en pie de un salto, cogió el picaporte y lo sujetó con fuerza. Dijo al *guardia* unas rápidas palabras en voz baja y volvió a cerrar la puerta. Alguien, desde luego ninguno de los demás españoles que viajaban en el compartimiento, dijo: «Hay sitio». Había espacio suficiente para otros dos pasajeros. Pero el hijo del coronel se mantuvo en sus trece y, pasando por encima de las piernas extendidas, volvió a su asiento y prosiguió su conversación, esta vez conmigo solo, en confianza; y durante un tiempo permaneció en su semblante un vestigio de la expresión con que había despedido al *guardia*: el peligroso poder de su cargo. Sí, pertenecía al cuerpo de policía y viajaba tres veces por semana entre Irún y Madrid. Le gustaba su trabajo. Como antiguo combatiente, no le importaba el traqueteo ni el ruido: en el compartimiento de al lado, los viajeros cantaban y llevaban el ritmo con palmas y taconeos; a su debido tiempo, acabaría con aquel alboroto. El salario no era suficiente para su estilo de vida, pero estaba a la espera de un buen *enchufe*, o sinecura, que tenía bien merecido. Afortunadamente, completaba sus ingresos escribiendo. Escribía obras narrativas, y en ese momento trabajaba en una larga novela histórica en verso. En sus ojos brilló un destello visionario al hablar de los poetas que admiraba, y empezó a recitar en tono sombrío y reverente. Consideré adecuado, teniendo en cuenta las ambiciones policiales de tantos escritores europeos, que los agentes de policía aspirasen a ser escritores.

Entretanto el cielo se había ensombrecido y el tren arrastraba su tenue luz entre árboles y rocas o hacía breves paradas en estaciones tan poco iluminadas como él. Había multitudes esperando entre la niebla, y el pasillo estaba cada vez más lleno de gente. Nadie insistía lo bastante para entrar en el compartimiento; todos eran despedidos por el hijo del coronel. Nos había tomado a su cargo, a nosotros, los americanos, y estaba resuelto a que pasáramos la noche cómodamente, con sitio suficiente para estirar las piernas y dormir a gusto. Pero fuera como fuese, por la presión misma del gran número de pasajeros, las plazas vacías se fueron llenando, y al notar nuestra desaprobación, no intentó desalojar a los nuevos ocupantes. Siguió mostrándonos la misma solicitud. Cuando partí la hogaza de pan que había comprado en Hendaya, se horrorizó al verme comer un pan de tan escasa calidad. Tenía que comer un trozo de su *tortilla*. Bajó la maleta y, con solo rozar la cerradura, la abrió de golpe. La *tortilla* estaba en un recipiente redondo de hojalata. Debajo había ejemplares de *El Coyote* y otras publicaciones populares. Cortó un buen trozo de la

masa gris. Comí lo que pude, me disculpé por no poder terminarlo, y salí al pasillo. Los viajeros subían y bajaban entre estaciones de la región, *gente humilde*, triste, mugrienta y gastada por la vida, que iba descansando contra las paredes, o apoyada en los pasamanos de latón a lo largo de las ventanillas, con los ojos agrandados por la desgracia y las aletas de la nariz ensombrecidas; tocados con boinas o chales que les empequeñecían la cabeza e introducían una desproporción en sus rostros alargados y morenos; melancolía, pero con una especie de resistencia al abatimiento, como dispuestos a aguantar hasta cierto punto, pero no más: la *dignidad* española.

Los viajeros del compartimiento de al lado armaban ahora demasiado escándalo, y el hijo del coronel salió y les hizo callar. Yo volví a mi asiento y él al suyo. Inmediatamente acometió otro tema. Cansado de su conversación y de seguirle la corriente, me negué a responderle, y al fin guardó silencio. Entonces bajaron la persiana, alguien apagó la luz, y tratamos de dormir.

Por la mañana el pasillo estaba vacío, desierto.

—Pronto pasaremos por El Escorial —anunció el hijo del coronel—, donde están las tumbas de los reyes.

No le contesté. Bajábamos por una pendiente envueltos en una nube de humo. Los campos baldíos, que se extendían por cada lado hasta el pie de las montañas, parecían asolados por la sequía, quemados, desérticos, solo rastrojos y polvo. Entramos de pronto en los alrededores de Madrid y llegamos a la estación. En el andén, el hijo del coronel bajó detrás de mí, y a través de los tiznados soportales y entre la barahúnda de la estación, que parecía la antesala del infierno, no se despegó de mis talones, contrariado e inquieto por mi prisa en alejarme. Presumiblemente tenía que averiguar dónde me alojaba en Madrid para concluir su informe. Desde el autobús del hotel avisté su rostro moreno entre la multitud de mozos, taxistas y ganchos de hoteles y *pensiones*, observando cómo subían las maletas al techo con ojos brillantes, evitando mi mirada y vigilando la operación. ¡Lo había conseguido!

En primer y último lugar, la policía. En los hoteles es preciso rellenar un ficha policial, y hay que registrar el pasaporte en comisaría. Para obtener un billete de ferrocarril debe presentarse una declaración donde se exponga el objeto del viaje, y no se puede viajar sin un *tríptico*, un salvoconducto. Ningún consulado o embajada tiene autorización para expedir un visado sin la *salida* de la policía. Con las ventanas oscurecidas y protegidas con barrotes, la amplia fachada de la *Seguridad*, cerca de donde se dispararon los primeros tiros contra las tropas de Napoleón, domina la Puerta del Sol. Para adquirir un aparato de radio se necesita un permiso de la policía. La policía registra las maletas en la pensión provinciana donde se aloja el viajero. La mujer que vive en una cueva hecha en un promontorio cerca del Manzanares, se apresura a puntualizar:

—Estamos aquí con permiso de la *policía*.

Por todas partes se oye que las cárceles están llenas. Desde Cibeles, en el centro de la ciudad, hay un servicio regular de autobuses a Carabanchel para los que van de

visita a la prisión. En un tranvía, cerca de la Puerta de Toledo, vi que llevaban a dos detenidos, un anciano y un muchacho de unos dieciocho años. Iban esposados, escoltados por dos *guardias* con las inevitables metralletas. El muchacho, con una espesa mata de pelo que le cubría sobradamente la nuca y con prematuras y marcadas arrugas bajo los ojos, ostentaba la precaria indiferencia de la profunda miseria y el odio enconado. Llevaba un trozo de pan sobresaliéndole del bolsillo. El anciano, sucio y cubierto de cicatrices, era manco. Asomaba los pies entre las *alpargatas* con suela de cuerda. Estaba casi calvo, y las líneas de una herida ya curada se entrecruzaban bajo su ralo pelo gris. Lo miré, y me respondió con un leve encogimiento de hombros, rindiéndose, sin atreverse a hablar, pero cuando me bajé en Mataderos, entre edificios destruidos durante la guerra civil, se arriesgó a saludarme con la mano, alzándola hasta donde se lo permitía la esposa de acero.

Probablemente se trataba de delincuentes comunes, no de *rojos*. Detienen a cientos de ellos cada mes, y los juicios de Alcalá de Henares prosiguen de manera interminable. Unos presos políticos que han salido de las abarrotadas cárceles en libertad provisional enseñan al viajero unas tarjetas que deben sellar las autoridades. A la mayoría se le niega el permiso de trabajo y vive como puede en la calle, limpiando zapatos, abriendo la puerta de los taxis, vendiendo billetes de lotería, mendigando.

En el centro de Madrid se observan de vez en cuando edificios con la fachada agujereada por las balas, pero en general hay pocos recuerdos de la guerra civil en los *barrios* buenos. En la Gran Vía, las tiendas son de un lujo casi americano, y la multitud que se congrega en los cafés a primera hora de la tarde en la terraza de la amplia curva de la calle, frente a los bancos, las iglesias y ministerios se parece a la de los bares de Nueva York y Washington. En los cines de estreno se proyectan películas de Hollywood, y el ansia de productos americanos —Buicks, medias de nailon, plumas Parker 51 y cigarrillos— es aquí tan fuerte como en otras partes del mundo, y como en la mayoría de las capitales, no hay dólares y el estraperlo prospera. La policía no se mete en eso. Los vendedores ambulantes van de mesa en mesa ofreciendo plumas y tabaco. Algunas de esas mercancías, sobre todo las estilográficas, son evidentes falsificaciones; los paquetes de Lucky Strike están muy bien conseguidos, las estampillas azules son perfectas; los cigarrillos están rellenos de estiércol y paja triturada. Viene un muchacho vendiendo una enorme sortija de oro. La deja ver fugazmente, entre la mano ahuecada, con gestos exageradamente furtivos y cara de maleante empedernido. Es una sortija pesada, fea, cuadrada, y uno se pregunta si alguien la comprará alguna vez.

—Es robada —murmura.

Pide por ella doscientas pesetas, cien, cincuenta, y luego se da por vencido con una mirada triste y aburrida y prueba en otra mesa. Hay mujeres que agitan billetes de

lotería y piden limosna con insistencia. Algunas llevan niños ciegos o parálíticos, exhibiendo sus piernas mutiladas o atrofiadas. Una de ellas, con un experto movimiento, vuelve a la criatura y me enseña un rostro cubierto de llagas con un par de ojos purulentos. Juanita, la patrona de mi pensión, que es vasca, me asegura que muchos de esos niños se alquilan por días a mendigos profesionales. No es más que un comercio, sentencia desdeñosamente.

En el comedor de la pensión, la conversación gira sobre todo en torno a las estrellas de cine. A la esposa del *comandante* la atraen por igual James Stewart y Clark Gable. Las hermanas Sánchez, que han nacido en Hong Kong y hablan bien inglés, se pronuncian por Brian Aherne y Herbert Marshall: el tipo británico. Hasta el *comandante* tiene sus favoritos y une su voz seca, nerviosa y áspera al cacareo de las mujeres. De ojos negros, delgado, correcto, afectado y resentido, el *comandante* tiene la cara picada de viruela y se peina con un pequeño tupé. La *señora* y él no comen pan corriente, como todos los demás. Una hogaza de pan blanco les llega diariamente de estraperlo, y a mediodía él lo lleva bajo el brazo como un bastón. Hacen su entrada con cierta precipitación militar, ella con pasos menudos y saltarines, agitando el abanico, él sin mirarnos pero inclinando la cabeza. Incluso en los días de más calor lleva la guerrera abotonada hasta el cuello. Se siente ofendido cuando entro en el comedor en camiseta y zapatillas. Se sienta a la mesa con aire severo, y utiliza el abanico de la *señora* para enfriar la sopa. Su *dignidad*, llena de desprecio y altivez, resulta odiosa.

Hay un personaje importante en la pensión, un almirante asignado al Ministerio, que nunca aparece en el comedor y que, por la tarde, suele deambular por las oscuras habitaciones con las cortinas echadas. Juanita entra sin llamar en su cuarto, y está claro que son íntimos. Las hermanas Sánchez explican con cierto embarazo que el almirante tiene una gran deuda hacia Juanita, porque, durante la guerra civil, ocultó y cuidó a su hijo enfermo, o quizás era su sobrino, y él juró pagárselo algún día. La República había sido injusta con el almirante. Daba clases en la escuela naval por un salario muy escaso. El *comandante* sirvió con Franco en Marruecos y ahora dirige una escuela militar. Tiene fama de imponer una férrea disciplina, me informan las hermanas llenas de orgullo. Ellas se educaron en un convento.

El resto es de clase media, gente que debe de tener buenas relaciones para permitirse vivir en una pensión como esta; se trata de beneficiarios del *enchufismo*, o práctica de conceder cargos atendiendo a ciertas recomendaciones. Un puesto en la administración pública —y para conseguirlo hay que ser, políticamente, tan intachable como un cordero sacrificial— está retribuido con un salario mensual de unas quinientas o seiscientas pesetas, unos veinte dólares, y como las mercancías apetecibles tienen precio americano (más caras, en muchos casos; medio kilo de café cuesta dos dólares y medio en el mercado negro), se necesita un *enchufe* para vivir cómodamente. Cuando, gracias a la influencia familiar o a amistades bien situadas en la iglesia o el ejército, el beneficiario tiene varios empleos en diversos ministerios, se

limita a desplazarse de uno a otro para firmar el registro de entrada y salida. De vez en cuando pueden encomendarle alguna pequeña tarea, que lleva a cabo *para cumplir* y reconocer su obligación, pero dándose la mayor prisa posible. Eso es, en parte, algo tradicional. Todos los regímenes españoles han empleado los mismos medios para evitar la desafección de las clases cultas. Los programas gubernamentales «modernos» son objeto de gran propaganda. Recientemente se anunció un régimen de Seguridad Social calcado del plan Beveridge, y se invitó a sir William en persona para hacerle algunas consultas. Pero el verdadero propósito de tales programas es ampliar el *enchufismo*, pues el enfermo o el parado acogido a ese régimen recibe unas tres pesetas diarias, apenas suficiente para comprar una hogaza de pan. Franco tiene grandes ambiciones de Estado, como Mussolini, pero España es muy pobre; mantenerse en el poder le cuesta demasiado para que pueda realizarlas. Los llamados Nuevos Ministerios, monumentales edificios que debían erigirse al pie de la Castellana, siguen sin terminar y se encuentran aparentemente abandonados con andamiaje y todo.

Para las familias burguesas sin *enchufes*, las dificultades son tremendas. Hay que llevar un traje, una camisa que cuesta doscientas pesetas y corbata; presentarse con las *alpargatas* de la plebe es inconcebible. Resulta indispensable tener criada. Y luego la señora tiene que ir adecuadamente vestida, y hay que comprar ropa y llevar al colegio a los niños. Uno debe aferrarse a su propia clase. La caída en la clase inferior es tremenda. Una desdicha conocida desde antiguo, irrevocable, inmemorial y asumida por todos. La nueva miseria, la de mantener presentable la mediocre vestimenta, hacer sitio en el presupuesto para el cine con objeto de tener algo que aportar a la conversación cuando se hable de *La canción de Bernardette*, y resistir hasta el agotamiento junto a los rezagados en la persecución de objetos deseables, cuyas imágenes de paraíso terrenal se reflejan en cualquier americano, no es sin embargo la miseria. Esa que se ve en las casas de vecindad y en las ruinas deshabitadas, en los antiguos hornos y las cuevas, en los enjambres humanos que se amontonan en la pelada descomposición de Vallecas y Mataderos.

El verano es árido en Madrid, y no hay una nube. El sonido del trueno es muy raro. Cuando se oye, las criadas se precipitan por la pensión, cerrando las ventanas al grito de: «¡Una tormenta!». Al otro lado del patio, la rubia Bibi me anuncia la tormenta con su tensa y belicosa voz, titubea tras el oscurecido cristal y desaparece, dejando las gruesas cortinas temblorosas como el telón de un teatro que se cierra sobre el último grito de una tragedia. Luego la lluvia cae brusca y pesadamente, como gotas de mercurio.

En diez minutos todo ha terminado; en otros diez minutos, todo está seco. En los días de más calor, las calles y las acacias se riegan por la mañana y por la tarde. Los parques tienen zanjas longitudinales de irrigación y no hay una sola brizna de hierba.

El único césped que he visto en Madrid, el que hay delante del Prado, se mantiene con vida gracias a un riego continuo. A medida que uno se aleja del centro, la hierba empieza a espaciarse cada vez más hasta que, desde los desmontes vacíos y endurecidos por el sol de las afueras, más allá de las trincheras desmoronadas y recubiertas de matojos parduscos y alambres oxidados, solo se ve el verde de algunas huertas dispersas en la inmensa llanura, todas con el travesaño de un pozo bien visible por encima del maíz.

El río Manzanares está casi seco, pero el domingo, en el barrio de La Bombilla, donde, en algunos sitios, el agua se acumula hasta alcanzar una profundidad de medio metro, centenares de personas van a bañarse y a comer en los merenderos populares, *gente humilde* que obstruye las calles y los puentes y se tumba en mantas a lo largo de kilómetros de polvorientas orillas bajo las escasas acacias. Es como una visión de los primeros momentos de la resurrección, todas esas familias tumbadas sobre el polvo sofocante y pululando por los caminos. Por el lado de la ciudad hay casas en ruinas, cercadas por escombros de los bombardeos y rollos de alambre de espino. En La Bombilla viven algunos gitanos, en carromatos. No son como los de Andalucía; tienen un aire ciudadano, deprimido; las mujeres, sucias y descarnadas, están sentadas junto a sus cazuelas de hierro; tienen a sus hijos, desnudos, tendidos sobre unos sacos. Hay cabras atadas a las ruedas y los ejes, y bajo uno de los carromatos he visto dos monos tristemente agazapados. Al otro lado se yergue una fábrica que produce tubos de cemento: un largo muro industrial moderno, con un orgulloso letrero, frente al cual siempre hay algunos hombres orinando. Detrás se ven las habituales construcciones públicas sin terminar, y a kilómetros de distancia, en la lejanía, se eleva el intrincado azul terroso de la Sierra, de donde baja el goteo del Manzanares, más parecido a la idea de un río que a un río de verdad. Es la idea, la esperanza de un río lo que atrae a la colosal multitud desde la desértica aridez africana de los barrios populares. Los chicos se lanzan al agua dando grandes saltos como si la profundidad se midiera en metros y no en centímetros, y tienen cieno pegado a las piernas cuando se encaraman a la orilla. El río fluye en una sucia vena verde de un islote a otro; hay pandillas que corren gritando por su arenoso lecho. Un hombre lleva de la mano a su hija, que apenas sabe andar, hacia el agua. Se ha ensuciado, y el padre la lava con cierta ternura amarga mientras ella se aferra llorando a sus piernas, enjutas y velludas.

Entre los árboles, rodeando los quioscos que expenden vino y cerveza, la densa multitud baila, correteando de acá para allá. Tres jóvenes, reservados, profesionales, indiferentes a las parejas, tocan el saxófono, la guitarra y la batería, imitando el estilo americano de moda en Madrid. Dos borrachos soplan la *gaita*, el peludo instrumento gallego, para un grupo de amigos con aire achispado. Se dice que Madrid está invadido de *gallegos*; el propio Franco es gallego, y siguiendo la anticuada creencia española en la lealtad regional, acuden a la ciudad a millares en busca de trabajo.

Los soldados dispersos entre la multitud parecen rechonchos y menudos con sus

toscas guerreras, polainas y gruesas botas. Tropiezan contra las muchachas que dan vueltas de dos en dos, intentando separarlas. Lo hacen con seriedad, sin mucha animación ni alegría, y se ven pocas sonrisas. Las parejas evolucionan pesadamente, arrastrando los pies, pero a pesar del movimiento y el sudor, mantienen una expresión formal, el rostro impassible y los labios apretados, y bailan muy separados con la cabeza y los hombros rígidos.

En los quioscos y merenderos no hay comida. La gente se lleva el pan y los garbanzos. Se puede comer a precios de clase media en las terrazas al aire libre aisladas por celosías y macetas con plantas. En uno de esos sitios, donde entro a beber una botella de cerveza, hay un enorme organillo, roído por el tiempo, del que salen aires marciales con notas fallidas, campanilleos y extraños cantos de pájaros mecánicos. El hombre que da vueltas a la manivela ostenta la expresión de amargo orgullo de quien ha vivido mejores tiempos, y me lanza una mirada como diciéndome: «Soy demasiado importante para estar aquí y de tan buena clase como usted». Calvo y de corta estatura, tiene las mejillas crispadas y duras, la expresión amarga. Su mujer está sentada a su lado con aire pasivo, las manos apaciblemente cruzadas, sin moverse; sin duda está ahí para apoyarlo en su humillación, porque no lo sustituye en el organillo. Al dar vueltas, el tambor de latón del interior refleja el sol de la tarde en sus cortas púas.

En cuanto se la conoce un poco, la gente empieza a quejarse del régimen: la escasez del racionamiento, la mala calidad del pan, el estraperlo, el ejército, la policía, la Falange y la Iglesia. Los *madrileños* denominan al reciente referéndum sobre la Ley de Sucesión *el reverendum*, asunto de curas. Se llevó a cabo con la habitual y despótica eficacia de los plebiscitos fascistas. Los obreros de los poco fiables *barrios* de Mataderos, Vallecas y Cuatro Caminos recibieron papeletas de voto con el *Sí* impreso. Las cartillas de racionamiento que no llevaban el sello de la mesa electoral para demostrar que sus titulares habían votado se invalidaron al día siguiente del sufragio. Sin embargo se registró mucha abstención, tanto de monárquicos como de republicanos, e incluso las cifras gubernamentales reconocían que un considerable número de votantes había optado por el *No*: 132 000 en Barcelona, 117 000 en Madrid, 36 000 en Sevilla. Los socialistas interpretan el referéndum como una tentativa del régimen por convencer a Estados Unidos de su estabilidad con objeto de obtener un préstamo. Franco se siente ahora más seguro que en las semanas siguientes a la victoria aliada, cuando se pensaba que había caído junto con Hitler. Durante la guerra los alemanes se habían sentido en Madrid como en su casa, y por tanto todo el mundo estaba muy sorprendido de que Franco siguiera en el poder después de su derrota. Pero Gran Bretaña y Estados Unidos no dejaron de venderle la gasolina sin la cual su ejército, calculado en setecientos mil hombres, habría quedado inmovilizado. Y ahora, con el aire de futuros aliados, los fascistas españoles aseguran

que ningún otro país del continente ofrece una base tan segura y conveniente para la próxima guerra con Rusia. Francia e Italia son, o pronto lo serán, países comunistas. España constituye un centro estratégico gracias a Gibraltar, y Norteamérica aprecia la fiabilidad de Franco como combatiente del comunismo. Además, todo el mundo sabe que los españoles son unos magníficos soldados. Es curioso cómo se mezcla el orgullo nacional con el cinismo en la gente que dice esas cosas. Todo el mundo, incluso comunistas y socialistas, participa de ese orgullo, y fascistas y socialistas por igual se burlan implacablemente del desastre italiano de Guadalajara: «Dieron la orden de “¡a la bayoneta!”, pero ellos entendieron “¡a la camioneta!”».

A juzgar por el número de detenciones políticas y la frecuencia y virulencia de los ataques de la prensa contra Prieto y otros dirigentes exiliados, hay una considerable actividad clandestina. Varios republicanos me han dicho que, entre noviembre de 1946 y abril de 1947, han encarcelado a diez mil personas. Periódicos de la CNT, UGT y comunistas circulan en Madrid y otras grandes ciudades, pero hay poca resistencia organizada salvo en aislados distritos de montaña del norte y en Andalucía. Desde el extranjero, tanto socialistas como comunistas reivindican la dirección de la breve huelga en las minas de carbón asturianas, declarada en mayo de 1947, pero en realidad se sabe muy poco del asunto. Muchos socialistas y republicanos admiten que está creciendo la resistencia comunista, sobre todo gracias a la favorable situación internacional. De todos los países occidentales, solo Francia boicotea a Franco, y se cree que el gobierno francés ha cerrado la frontera como una concesión a los comunistas. La victoria de los laboristas no ha cambiado la política británica, a pesar de las promesas de apoyo de Attlee a los republicanos cuando visitó España durante la guerra civil en representación de su partido.

Alcalá de Henares, donde he asistido a uno de los juicios políticos, es una ciudad antigua, en claro deterioro, cuna de Cervantes y, en el siglo xv, famosa por su universidad. Diez trabajadores, tranviarios de Cuatro Caminos, acusados de distribuir el periódico comunista *Mundo Obrero*, eran los acusados. El hijo de uno de ellos me informó de que los habían detenido dieciséis meses antes. Esos procesos son teóricamente públicos, pero nunca se anuncian; las embajadas y la prensa extranjera tienen conocimiento de ellos a través de la resistencia o los parientes del acusado. Fui con uno de los secretarios de la embajada, en un resplandeciente automóvil oficial de color verde al que soldados y Guardia Civil abrían paso por las antiguas calles. Como *diplomáticos*, pasamos tranquilamente entre guardias y fusiles y subimos la escalera hasta la gran sala de audiencias, jalonada de *guardias* armados con metralletas. Nos sentamos en la parte de atrás, con las familias de los acusados.

Era un tribunal militar, porque los miembros de partidos políticos ilegales pertenecen a la categoría de criminales que ponen en peligro la seguridad pública y entran bajo la jurisdicción del ejército. Como estábamos frente a las estrechas ventanas, no alcanzábamos a ver claramente. Los presos estaban sentados en unos bancos, de espaldas a nosotros. Los miembros del tribunal tenían la luz a la espalda, y

sus rostros, por tanto, quedaban ensombrecidos. De perfil, a cada lado de la sala, estaban el fiscal y el oficial nombrado para la defensa. Botas y espadas envainadas relucían bajo las mesas.

Un escribano se apresuró a leer las declaraciones de los diez acusados. En tal y cual noche, *Fulano de Tal* se reunió con otro conspirador en tal y cual sitio y recibieron o entregaron dinero, instrucciones, documentos. Uno por uno, los acusados, citados por el juez o el fiscal, se ponen en pie y reconocen las confesiones. Solo uno se muestra reacio a aceptar un detalle. No lo recuerda. Se le ordena que mire la firma de la declaración. ¿Es la suya? Lo es, pero no recuerda haber hecho esa declaración en cuestión. Una vez más, con mayor impaciencia, ¿admite que la firma es suya? Lo admite. Está claro, entonces, que la declaración es suya. Se le ordena que se siente, y él obedece con rigidez. Todos los prisioneros, con excepción de dos hombres de avanzada edad, se ponen en pie y adoptan cierta actitud militar, influidos por los modales del tribunal. Ver cómo juegan a los soldaditos y permanecen firmes como *hombres honrados* para corroborar confesiones extraídas, como todo el mundo sabe, en los sótanos de la *Seguridad*, me afecta penosamente, como la inyección de un calmante que entumece el pulso. Sin duda es muy *castizo*, pura y esencialmente español, que los prisioneros se comporten como cautivos en una guerra honorable, y probablemente sea también un consuelo para ellos el estar en posición de firmes, pero a mí me horroriza ese juego, lo mismo que el número del *comandante* en la pensión, con sus saltitos y medias vueltas, su desagradable caballerosidad.

Uno por uno, los prisioneros responden al interrogatorio. La defensa no les pregunta, no se aportan pruebas, y no hay testigos. Impresionan, cuando se pone en pie, las manos y la corpulencia del fiscal; dan un aire de incongruencia al meticuloso cuidado de su uniforme. Enumera prolijamente los aspectos de las declaraciones que interesan a la fiscalía: «Se admite que..., se reconoce que..., según la confesión de *Fulano de Tal...*». Al concluir su alegato adquiere un tono admonitorio, intimidante. De pronto ahueca la potente voz. Implacablemente, sacando pecho, empieza a rugir que los delitos cometidos «con espíritu extranjero» contra todo un pueblo no pueden perdonarse, y pide que el cabecilla de los diez sea condenado a doce años de cárcel y los demás a cuatro años cada uno. W. me susurra que esa sentencia es relativamente indulgente. A continuación, la defensa lee una breve declaración en el sentido de que en la católica democracia del *Caudillo* caben las diferencias de opinión cuando se expresan con templanza. Esas palabras causan revuelo y arrancan suspiros al fondo de la sala, donde se sientan los desanimados familiares. El fiscal responde con un discurso de otra media hora, y su histrionismo resulta en ocasiones de pura fórmula. Se trata de un juicio de menor importancia. Se yergue frente a la ventana en la clara mañana de Castilla y acomete su recapitulación, consultando unas notas, y reitera su petición de doce y cuatro años. El tiempo pasado en la cárcel antes del juicio no cuenta. El presidente del tribunal pregunta ahora a cada uno de los prisioneros si tiene algo que decir antes de que pronuncie el veredicto. Seis dicen que no. El séptimo, sin

embargo, el responsable del grupo, se pone a hablar; el presidente, con voz sonora, ordena:

—*¡Cállese!* —Y como el preso insiste, se pone en pie y, sobresaltando a todo el mundo, grita—: *¡Cállese! ¡Nada de política! ¡Siéntese!*

El prisionero se sienta.

—*¡Levántese!*

El prisionero se pone en pie.

—Ya se le ha oído en lo que se refiere a los hechos. Nada más viene al caso. Aquí no se habla de política. Siéntese.

No hay más interrupciones. El juicio se acaba, y salimos en fila bajo los fusiles, mezclados con los silenciosos familiares. Veo a un chico con el rostro entristecido en las escaleras, y me pongo a hablar con él. Su padre es uno de los condenados a cuatro años. ¿Le permitirán que vaya a verlo? No sabe; desde su detención, no lo ha visto hasta esta mañana. Ahora es el cabeza de familia. Tenía un hermano mayor, pero desapareció en los últimos días de la guerra. Tiene otro hermano, de ocho años, y dos hermanas.

—¿Cómo vivís? —le pregunto.

Pero no responde. Alto y delgado, con los pies para dentro, permanece a mi lado en la calle, sacando las largas manos de los bolsillos para meterlas de nuevo. Tiene la cara estrecha, y sus ojos tiernos parecen desprovistos de esclerótica: todo iris. Hago un comentario en voz baja sobre la barbarie del juicio. W. ha tomado nota entretanto de los nombres de los condenados para su informe y quiere marcharse, de modo que me despido y subimos al coche.

La inutilidad de todo esto me aflige. La miseria y la brutalidad de la dictadura convierten la resistencia en algo inevitable, y las relaciones de poder en el ámbito internacional hacen que todo sea en vano, infructuoso. El problema español no se arreglará en España. Franco quiere negociar con Estados Unidos, y los dirigentes comunistas, de estar en el poder, se pondrían del lado de Rusia. Pero el pueblo sigue luchando con el espíritu político de épocas pasadas, cuando aún era libre dentro de sus fronteras nacionales para hacer revoluciones y crear gobiernos. Ahora ya no existe ese género de libertad, como un creciente número de europeos está comprobando.

«Nos libramos de Napoleón en 1812 —me dice un conocido—, y manifestamos el mismo espíritu en 1937 cuando combatimos a Hitler. Contra él, sin embargo, nada podíamos hacer. Y quizá nos habría engullido Stalin si hubiéramos logrado derrotarlo. Temo que estalle otra guerra civil, porque inevitablemente se transformaría en un conflicto entre las grandes potencias. Las doctrinas de 1789 son para nosotros como la moral cristiana: principios piadosos. No somos lo bastante fuertes para disfrutar de los derechos humanos. Si Rusia no nos domina, será Estados Unidos quien lo haga. Debemos resignarnos a seguir siendo súbditos y a poner nuestras esperanzas de independencia en un ámbito distinto del político».

En Madrid casi todas las conversaciones terminan girando en torno al carácter nacional, y más de una vez otros extranjeros me han recomendado un ensayo de Unamuno sobre la envidia española, que lleva como epígrafe el siguiente verso de Quevedo: «La envidia va tan flaca y amarilla porque muerde y no come». Un italiano me explicó que los españoles eran medio moros y que no los entendería si llegaba a olvidarme de eso un solo instante, y según una señora alemana que ha vivido muchos años en Madrid, el gran defecto de los españoles es que carecen de verdaderos sentimientos. Con motivo de la muerte de su hermano, varios amigos *madrileños* fueron a visitarla.

—No me consolaron —afirmó—. Se sentaron y se pusieron a hablar de sus *marmotas* y sus hijos. Sabían que yo estaba de duelo. Verdaderamente, no tienen corazón.

Por otro lado, Pío Baroja, con quien mantuve una conversación, encontraba inexplicable el carácter alemán.

—Al principio no podía creer que quemaran a los prisioneros en hornos. Pero luego conocí a un joven que había perdido a su madre y su hermana de esa manera. Y a decir verdad, Alemania me pareció un país muy raro cuando fui allí en los años veinte. En Hamburgo, subió al tranvía una familia nudista: el padre, la madre y los pequeños, todos desnudos como la palma de mi mano; una familia de pequeños burgueses cargados de bolsas y paquetes como toda familia pequeño burguesa que ha salido de compras. Y los padres ni siquiera eran guapos. El padre tenía una *tripa* enorme, como un tonel.

Todos esos debates sobre el carácter nacional daban pábulo al resentimiento, que se mostraba con especial intensidad cuando lo que se discutía era el carácter norteamericano. Un viajante de comercio, con los ojos embebidos de odio poético tras las gruesas gafas, me dijo:

—Norteamérica sigue en busca de un alma; la nuestra es muy antigua.

Otros hablaban de la «vacuidad norteamericana», de los «estadounidenses sin historia que viven exclusivamente en el futuro», etcétera.

Pero, por supuesto, la gente siente el dominio del ímpetu americano y de los productos norteamericanos, al tiempo que la pérdida de su propia energía y libertad. Hasta 1898, España seguía considerándose un imperio, y para una nación de tradicionalistas, 1898 no es en modo alguno un pasado lejano. Insistir en el carácter nacional es destacar su importancia. Si se suprimen las estupideces nacidas de la ignorancia, vemos que algo queda; es decir, la afirmación de un valor en un mundo donde el valor es sinónimo de poder, donde el poder ha pasado a sociedades de masas indistintas para las cuales el ayer apenas tiene significación, y las máquinas, la riqueza y la organización sustituyen la antigua dignidad por el desprecio y el descontento.

Entre Málaga y Granada, en el empalme de Bobadilla, estremecido bajo el calor

que ensombrecía las pedregosas colinas y los olivares, me dirigí al restaurante de la estación. Era un bufé con mucho movimiento que ofrecía pan, uvas, *tortillas*, jamón, huevos cocidos, salchichas y morcillas, salchichón, queso, pollo, una inmensa abundancia y variedad de alimentos expuestos sobre un papel grueso y reluciente de grasa. Detrás del mostrador, había dos mujeres y un hombre. El hombre, de mediana edad y facciones grisáceas, tosía continuamente. Tres o cuatro mechones de pelo, distribuidos con esmero, le cubrían cuidadosamente la calva. Me trató con una férrea *dignidad*. Se dirigió a mí en una especie de francés adquirido, probablemente, en algún restaurante de Madrid o Barcelona o en un hotel de lujo en el Mediterráneo y madurado durante largos años de aislamiento en el desierto de Bobadilla.

—*Les oeufs son' a cinq cad'un, m'sieu.*

Claramente tuberculoso, seguía tosiendo suavemente, sin parar.

—*¿Y qué precio tienen las uvas?*

—*Cuat' le demi-kilo, m'sieu.*

Gran amabilidad; brusca cortesía. Entretanto, me miraba subrepticamente con ojos más bien vengativos, la tos escapándosele blandamente entre los labios y estremeciéndole las mejillas. Por el acento, el talle de la ropa, los zapatos, y quién sabe qué atributos inconscientes, sabía que yo era americano, uno de los nuevos señores de la tierra, un nuevo romano, rebosante de orgullo por sus máquinas y sus dólares, que por casualidad pasaba por aquel empalme ferroviario donde él estaba condenado a pudrirse hasta la muerte. Pero al menos se encaraba conmigo con la *dignidad* conveniente, como el organillero amargado de la Bombilla.

La dignidad del *comandante* es otra cosa. El *comandante*, después de todo, es amigo del tirano, y el tirano también cree en la organización y trata de negociar su entrada en el nuevo imperio. La *señora* lleva medias de nailon, y el *comandante* posee un maravilloso encendedor, para el que seguramente dispone de una abundante reserva de piedras americanas.

Viaje a Illinois

(1957)^[35]

Los rasgos de Illinois no llaman la atención; no saltan a la vista, están a ras del suelo y al principio dan impresión de monotonía. Las carreteras son anchas, duras, perfectas, a veces hundidas a lo lejos en una suave depresión pero tan niveladas que dan la sensación de que la tierra es realmente plana. Ya venga del este o del oeste, el viajero surca velozmente esas llanuras abiertas a inmensos horizontes y cruza infinitos campos de maíz: cielos gigantescos, nubes colosales, uniformidad sin límites, sin nada especial. Resulta difícil viajar despacio. Los interminables kilómetros, apisonados por el antiguo glaciar, invitan a acelerar. Mientras el coche devora la distancia, el viajero empieza a sentir que surca el lecho del continente, su fondo mismo, bajo y llano, y una impaciente sensación de movimiento, de urgencia, de dejarlo todo atrás, se apodera de su espíritu.

Kilómetros y kilómetros de llanura, que se eleva y desciende suavemente, dan la impresión de que algo está a punto de llegar a ser o de que es inminente la liberación de una gran fuerza, de una especie de energía, semejante a la del esclavo de Miguel Ángel soltándose ya del bloque de piedra. Se comprende que los indios constructores de túmulos creyeran que su resurrección coincidiría con una liberación de ese estilo y levantarán sus tumbas a imitación de las morrenas bajas depositadas por los glaciares en retroceso. Pero aún no se han liberado y permanecen ahogados bajo sus oleadas de tierra. Han dejado sus osamentas, sus pedernales y cacerolas, sus nombres de lugares y tribus, y apenas algo más que una mancha, rara vez persistente, en la conciencia de sus sucesores blancos.

La tierra de las llanuras de Illinois es grasa, densa y fértil. Después de arada en primavera cobra un tono oscuro, como de petróleo, o un suave tinte de carbón, que aparece en grandes vetas por todo el estado. En los campos suele verse un pequeño émbolo o algún aparato de extraño aspecto que saca petróleo y cabecea como un caballo al trote. Aislada entre el maíz o la soja, la máquina prosigue su metálico balanceo, estacionaria. A lo largo de la carretera, a intervalos tan precisos y regulares como los botones de una camisa, se yerguen silos de acero semejantes a tiendas mongolas. Están henchidos de grano. Y las cintas elevadoras, las cisternas, los camiones y las máquinas que se arrastran por los campos y dan tumbos por la carretera: por dondequiera que se mire hay producción, creación de riqueza, almacenamiento de riqueza. Todo es riqueza.

Al pasar los campos, se ven unos postes clavados por los agricultores con la indicación, en clave, de las distintas variedades plantadas. Las casas de labranza rara vez se encuentran junto a la carretera sino bien apartadas entre los sembrados. La soledad y el silencio son hondos y amplios. Entonces, tras recorrer veinte o treinta

kilómetros entre maizales sin haber avistado criatura viviente —ni vacas, ni perros, apenas un pájaro bajo el ardiente cielo—, de pronto se encuentra uno con un artefacto ruidoso junto a la carretera, un sistema de artefactos más bien, para triturar las mazorcas y separar el grano. Echa humo, da sacudidas, y la cinta transportadora se estremece. Una llama doble se retuerce y ruge dentro del generador. Tres mujeres corpulentas vestidas con mono están al pie de la tolva aventando el maíz. Una montaña de mazorcas, roja y polvorienta, se va acumulando bajo la pequeña cabeza de dinosaurio de la cinta, mientras la cascarilla resplandece y tiembla en lo alto. El grano duro, rojo y amarillo, se descarga como una tromba en los camiones.

En cuanto uno se aleja, el estrépito y la actividad desaparecen como por ensalmo; el viajero se encuentra de nuevo en la muda y ardiente soledad del aire trémulo, solo entre los maizales.

Se extienden al norte, al sur, al este y al oeste, no tienen fin. Flanquean carreteras y ríos, bordean bosques y rodean pueblos, invaden jardines y cercan gasolineras. Un visitante de tierras lejanas podría imaginar que se encuentra ante una raza de adoradores del maíz, en medio de un sagrado océano de mazorcas; o entre un pueblo enamorado de la repetición infinita de los mismos detalles, como los arquitectos de los rascacielos de Nueva York y Chicago que levantaron miles de ladrillos y ventanas, todos idénticos. El maíz evoca ideas de igualdad, uniformidad, democracia de masas. Es posible, si se es aficionado a esa clase de juegos intelectuales, que recuerde a los hermanos de José durante los años de las vacas flacas y haga pensar en cómo se ha vencido aquí la hambruna y en el hecho de que la superabundancia misma se ha convertido en tal peligro que el gobierno ha de tomar medidas para contenerla.

Efectivamente, el dominio, la monotonía, la extensión oceánica de los maizales, reducen y eclipsan el pasado. Quién va a acordarse de las pequeñas bandas de illinis, ottawas, cahokians, shawnis, miamis que acampaban entre la alta hierba, y de los jesuitas franceses que los descubrieron al bajar por el Mississippi. Cuando se intenta evocarlos, los indios parecen monigotes comparados con la brillantez del presente. Están ocultos por el maíz, anegados por el petróleo, enterrados bajo el carbón de Franklin County, atropellados por los trenes, transformados en fantasmas por los corrales de ganado. Les han erigido algunos monumentos a lo largo y ancho del estado, pero no son sino adornos históricos para mayor orgullo del presente.

En la parte noroeste del estado, cerca de Galena, en el país de Águila Negra, el terreno es montañoso y los ríos descienden sobre pronunciadas pendientes. Es la región donde el gran jefe Águila Negra, en 1832, resistió hasta el final.

La ciudad principal de esa parte del Mississippi es Galena, antaño gran centro comercial y ahora un lugar perdido a la orilla de un estrechamiento del río. Las ciudades florecientes no tienen nostalgia del pasado. La prosperidad borra el ayer, o, por orgullo, mantiene sus reliquias bien limpias, barnizadas, relucientes: tesoros

sentimentales, como la residencia de Lincoln en Springfield. Al entrar en esas mansiones, se siente enseguida el pasado; solo que se percibe más el presente. Ulysses S. Grant vivió en Galena, y su casa es un museo, pero es un museo dentro de un museo, porque la ciudad misma es una de las antigüedades de Illinois, y tiene cierto aire precario, de abandono.

Galena no está desierta, sino habitada; sus casas no se encuentran en mal estado, pero tienen un aspecto distraído, apoyadas contra su alta colina en la paz de lo anómalo. Las calles están vacías bajo los robustos árboles centenarios. Claro que, actualmente, hasta las calles de las ciudades florecientes están desiertas cinco días a la semana. El vacío de Galena, sin embargo, nunca se llenará. La larga calle de la parte baja se parece a la de un pueblo galés cuando todo el mundo está en la mina. En la calle principal, los escaparates de las tiendas no tienen más lustre que el apagado brillo de las muestras de minerales. El plomo enriqueció a Galena en la primera mitad del siglo XIX. Su puerto rebosaba de barcos de vapor. El auge económico empezó en el decenio de 1820 y se prolongó alrededor de cuarenta años.

Ahora bien, si desde las apagadas calles se mira hacia los muelles se ve algo que recuerda vagamente al sur anterior a la guerra de Secesión: viejas mansiones de piedra y ladrillo, algunas aún hermosas, con adornos de hierro forjado al estilo de Nueva Orleans. Galena es un lugar viejo, con grietas, cubierto de musgo, y tiene cierto aspecto enajenado. Sobre la ciudad parece tenderse un invisible toldo gigantesco, y el sol se filtra entre los árboles como a través de una red deshilachada. Desde una calle empinada se ve, cuatro pisos más abajo, un jardín solitario donde un gato, con la indiferencia de su especie, está tumbado en una pequeña parcela de césped. En las alargadas estancias hay estufas Franklin, tumbonas y un florido empapelado; el tejado está erizado de antenas de televisión.

Muchas ciudades de Illinois se han quedado atrás del mismo modo, como Cairo y Shawneetown en el sur. Siguieron prosperando hasta que los vapores cayeron en desuso por la irrupción del ferrocarril, y ahora están ahí, como refugios de viejos y leales habitantes, deshechos por los años, que se niegan a marcharse.

—Los jóvenes se van y ya no vuelven —me dice un anciano vecino de Galena—. Al menos, vivos. Muchos desean que los entierren aquí, pero en vida no quieren saber nada de Galena.

A unos treinta kilómetros de allí, al otro lado del río, ya en Iowa, está Dubuque, llena de energía y espíritu emprendedor. Los trenes diésel atraviesan la ciudad con profundos mugidos de bronce, como las trompas del ejército filisteo, y la ciudad se regocija. Allí está el éxito, y aquí su vecino, el fracaso. El habitante de la ciudad del fracaso lleva una carga personal de vergüenza. Mi viejo interlocutor también se marcharía, si fuera más joven; pero ¿qué puede hacer ya en Chicago o Los Ángeles? Aquí se las arregla con su jubilación, con la pensión de la Seguridad Social. En otra parte no podría llegar a fin de mes.

Los vecinos de la ciudad del fracaso suelen deshacerse en disculpas. Hablan de

historia y tradición, encanto desfasado o pecados y dramas inconfesados del lugar, como si eso fuera todo lo que pueden ofrecer. Al poco rato, el anciano señala una colina a lo lejos y dice:

—Allí lincharon a un hombre hace mucho tiempo. Toda la ciudad de Galena participó en el linchamiento. Luego descubrieron que era inocente.

—Ah, ¿sí? ¿Y quién era?

—No se sabe. Lo mataron allí. Luego descubrieron que se habían equivocado. Pero ya era demasiado tarde para él. Fue antes de mi época. Solo llevo aquí cincuenta años. Vine de Wisconsin cuando era joven. Pero ahorcaron a aquel inocente. Todos los vecinos conocen la historia. Lo saben todos, del primero al último.

Cuando Illinois era un estado de la frontera, de todas partes venían hombres de extrañas creencias: disidentes y sectarios, buscadores de la verdad y utópicos. Los que no se marcharon, acabaron integrándose.

Junto al Mississippi, a unas horas al sur de Galena, los mormones construyeron una ciudad en Nauvoo en 1839 y erigieron un templo. Tras el asesinato del profeta Smith y su hermano en la vecina Cartaghe, emigraron bajo la tutela de Brigham Young, dejando muchos edificios deshabitados. Los ocupó un grupo de comunistas franceses, los icarianos, dirigidos por Étienne Cabet. Su colonia fracasó pronto; la discordia y los robos la dispersaron. Cabet murió en Saint Louis, oscuramente. Y después de los icarianos llegaron inmigrantes alemanes, que al parecer serenaron la ciudad.

Desde hace poco, con discreta persistencia, los mormones están volviendo a Nauvoo. Han arreglado algunas de las viejas casas de piedra y ladrillo de la parte baja de la ciudad, cerca del Mississippi; han cortado la hierba y limpiado las ventanas, colocado carteles históricos y abierto perspectivas sobre el río, que por esta parte, a medida que se acerca a la presa de Keokuk, se ensancha y se vuelve más cenagoso. Las motoras domingueras zumban invisibles más allá del recodo donde las aguas pardas, con una leve ondulación, desaparecen poco a poco.

Tengo la impresión de que, hoy, Nauvoo está llena de misioneros mormones que también hacen de guías turísticos. Cuando fui a pedir información, me estrechó, literalmente, entre sus brazos un hombre de avanzada edad; se mostró sumamente fraternal, cordial y familiar. Tenía unos ojos grises y penetrantes, la piel morena y arrugada. Era de gestos abundantes, amplios, viriles, propios del oeste, y mientras hablábamos allí sentados, me daba palmadas en la espalda, me cogía de la pierna. Como todo hombre sensato busca instintivamente su salvación, lo escuché con atención, pero quizá menos interesado en sus doctrinas que en su acento del oeste, preguntándome hasta qué punto era tan distinto de otros norteamericanos de la misma especie. Después fui a tumbarme al borde del río y me quedé mirando a Iowa, en la otra orilla, que brillaba vagamente por encima del agua acre y cenagosa en su carrera hacia el horizonte meridional. Por ahí habían cruzado los mormones, y después los icarianos franceses, que permanecieron juntos varios años tras marcharse de Nauvoo.

Hasta que fueron absorbidos, como acaba siéndolo todo aquel que no se resigna a la granja, la fábrica, el ferrocarril, la mina, la fundición, el banco y el mercado.

Otro proceso de absorción se lleva a cabo en Shawneetown, al otro extremo del estado, en la confluencia de los ríos Ohio y Wabash. Es la región llamada Egipto, la parte más meridional de Illinois. La ciudad principal es Cairo, en el extremo sur del estado. Cairo no es tan próspera como lo fue una vez, pero Shawneetown ha cambiado aún más profundamente en el transcurso de un siglo. Allí contarán al viajero que una representación de una pequeña comunidad septentrional llamada Chicago pidió a los banqueros de la opulenta Shawneetown un préstamo que le fue denegado porque aquella ciudad estaba muy lejos para molestarse por ella.

—Bueno, pues fíjese en nosotros ahora —concluyó mi informante.

Estábamos en medio de una de las anchas calles de tierra, por donde la crecida se había llevado el pavimento. En torno a nosotros se erguían mansiones desiertas, grandes edificios deteriorados, con los postigos caídos, las columnas neoclásicas cubiertas de una pátina gris.

Así es la antigua Shawneetown, en su época una de las grandes ciudades del estado. Con la desaparición de la barcaza y el vapor, habría acabado marchitándose de todas formas, pero su ruina se hizo completa con el desbordamiento del Ohio.

Un extraño olor silúrico emana del barro y las casas desiertas. Escena sureña: unos hombres sentados sobre unas cajas tallan trozos de madera, mientras los perros se revuelcan en los baches; las tiendas venden tocino salado, coles rizadas, hojas de mostaza y judías pintas. Nubes de moscas esperan en el aire, hambrientas, con un ruido como si rasgaran papel de seda. La gente de la parte de abajo del río asegura que el sábado por la noche la antigua Shawneetown está muy animada; se traga a los maridos, y su paga también. La música suena a todo volumen en los bares del dique, donde se fríen barbos del canal y la cerveza corre como el agua.

Al oeste, en tierras más altas, una nueva Shawneetown se extiende bajo el ardiente cielo de Egipto. Es como tantas otras ciudades de Illinois, solo que más reciente. El estado y la WPA, el organismo para la mejora del trabajo, la construyeron fuera del alcance del río. Situada en una elevación, lejos del agua, es espaciosa y está casi vacía. Pues muchos intransigentes se niegan a dejar sus viejas casas. Medio fantasma, medio tugurio, la antigua Shawneetown cuenta con una población bastante numerosa de tradicionalistas. Como antiguos combatientes, citan los años de las catástrofes con un timbre de orgullo militar: «Mil ochocientos ochenta y cuatro», «mil ochocientos noventa y ocho», «mil novecientos trece», «mil novecientos treinta y siete». La edición de 1947 de la *Guía del estado* dice que la crecida de 1937, que llegó cerca de dos metros por encima del dique, «marcó el fin del tradicional apego de Shawneetown a la orilla del río». Gente sensata, los autores de la *Guía* se precipitaron en su juicio. Ese apego sigue siendo pertinaz a pesar de la razón y las crecidas.

Una profunda rivalidad enfrenta a la antigua y la nueva Shawneetown; ambas

facciones se compadecen y desprecian la una a la otra. Los de la ciudad vieja afirman que en la nueva retienen a muchos contra su voluntad, gente a quien sus hijos impide volver. Algunos han vuelto de la ciudad nueva, hastiados de su novedad y su aridez. Allí no pasa nada. A lo que los sensatos habitantes de la nueva responden, como esta espléndida mujer, robusta, de cabello rubio y corto:

—Si quieren irse allí para convertirse en unos degenerados y jugar a los héroes —extraña combinación de términos—, es asunto suyo. Yo ya he limpiado mi casa bastantes veces después de una crecida. ¡Y si hubiera visto el estado en que quedaba! Quince centímetros de barro sobre las alfombras, un verdadero cenagal. Me pasaba horas llorando.

En la antigua Shawneetown un ferroviario jubilado que he conocido en el dique me cuenta que su mujer todavía se acuerda de haber visto a las víctimas de las inundaciones de 1884 tendidas en fila en el suelo del salón.

—Ahí mismo —concluye, señalando una vieja casa roja.

Allí había vivido el primer presidente del banco de Shawneetown, el mismo que denegó el préstamo a Chicago.

—En el verano vivimos aquí —explica el ferroviario—. Este es nuestro nietecito. Lo hemos criado nosotros.

Y demasiado bien, diría yo, pues con ocho años debe de pesar alrededor de setenta kilos. Me mira con una trascendencia precoz, como si el manitú del lugar se hubiera apropiado de su pequeño y orondo cuerpo.

La tierra apisonada del dique da impresión de seguridad. Abajo, el río es como una llama azul. Por el lado de Kentucky la orilla es verde en verano. Los ribazos descienden hacia el agua con suavidad y sin interrupción. Un puente nuevo de acero anaranjado cuelga en el aire.

—Tres hombres se cayeron de ahí arriba y se mataron —me informa el niño.

—Bueno —replica riendo su abuelo—. Por fortuna solo fue uno, porque se estrelló contra una barcaza. Los otros dos cayeron al agua y se salvaron. Tres caídas, no es mucho para un puente tan grande.

De ese anciano oigo la primera explicación sensata sobre la terquedad de la antigua Shawneetown.

—Cuando uno se ha criado en esta ciudad y ha visto el río todos los días de su vida, no es tan fácil marcharse y olvidarlo. Sobre todo si solo está a unos kilómetros de aquí.

Entre el Ohio y el Mississippi, hundido y encajonado, se extiende Egipto. Sus ríos son viejos y varicosos, de aguas mansas y cenagosas. Las crecidas de primavera renuevan la capa superior del suelo, y el maíz se da en abundancia. En dirección a Cairo, los agricultores recogen espléndidas cosechas de algodón. Esto se encuentra aún más al sur que Richmond, en Virginia. Para una nariz norteña, el aire trae miasmas de paludismo. El rostro y la actitud de la gente también son del sur, y se empiezan a ver escenas para las que no se está preparado. Una joven negra, con un

pañuelo anudado a la cabeza, pasa al volante de un descapotable marrón; en su hombro, se sienta un bull terrier. Es algo que da gusto ver, tanto más por el leve sobresalto que suscita. Un pequeño bar restaurante, blanqueado por la yesería local, en un pueblo ribereño. Al entrar, en una apacible tarde de domingo, se encuentra uno con lo que parece un pequeño clan de trabajadores comiendo y bebiendo. El que quiera una cerveza, tendrá que tirarla él mismo del grifo. En la barra hay jamón y rebanadas de pan, y una mujer bebe cerveza mientras da el pecho a su hijo. Al norte de Vandalia no hay muchas posibilidades de ver a un niño mamando. Y sin embargo, es una escena que no tiene nada de extraordinario.

En una carretera de Egipto, un viento cálido barre el luminoso cielo haciendo girar las blancas nubes. Entre las agitadas hojas del maíz veo un letrero junto a la carretera que dice: «Antigua Casa de Esclavos». Al borde de la carretera, como ocurre a veces, una flecha apunta al cielo. Dice: «Igualdad». Dos roderas con piedras incrustadas, de esas que acaban con los amortiguadores, desembocan bajo un palio de sauces en una colina pelada donde una plantación de maíz fenece entre barrancos, cenizas, restos de coches y diversas reliquias metálicas. En lo alto de la colina se yergue la vieja mansión o casa de esclavos, antaño propiedad de John Crenshaw: una estructura de color pardusco, blanca en su origen.

Como uno se acerca sabiendo que es una casa de esclavos, el edificio parece maléfico, peligroso; también da una impresión calamitosa; su color marrón desmoraliza. El maleficio queda lejos, porque la esclavitud ha muerto. El corazón progresista siente un escalofrío tranquilizador. Pero el mal no ha quedado enteramente atrás, porque no se ha hecho nada para dar al edificio carácter histórico. No hay vitrinas de exposición. En una amplia estancia vacía, los grilletes de los esclavos yacen en el suelo cubierto de linóleo. Al fondo se distingue la forma blanca de una lavadora. Los actuales propietarios viven en la vieja mansión, que es a la vez vivienda y museo.

Los esclavos estaban encerrados en el granero, en angostas celdas no más grandes que un armario empotrado. Según reza la leyenda, Crenshaw capturaba esclavos fugitivos o liberados para revenderlos en los mercados del sur. Varios pliegos de papel enmarcados y colgados en las paredes cuentan la historia de la casa. La escritura es antigua, la tinta ha perdido color; los detalles son siniestros. Crenshaw torturaba a sus cautivos con rudimentarios aparatos hechos con sólidas vigas, que aún siguen colocados junto a la pared. Estamos en una buhardilla lúgubre, polvorienta, baja, dolorosa. Muchos visitantes han dejado su firma en el yeso. El viento golpea contra los muros; el maíz se inclina en el terreno arcilloso, pelado.

La señora de la casa tiene muchas cosas que contar. Es sureña, al parecer le encantan las leyendas. Mister Crenshaw, explica, era un hombre aterrador. Es posible que tuviera que marcharse de Inglaterra a causa de sus crímenes y luego se hiciera muy poderoso en Illinois. Maltrataba de manera tan horrible a los negros que uno de sus esclavos lo atacó y le hirió en el muslo. Al esclavo lo arrojaron vivo a una

caldera, cuenta la señora, pero Crenshaw perdió la pierna. Su catálogo de horrores es muy amplio, posiblemente ilimitado. Crenshaw se dedicaba a la reproducción de negros. Embarazadas por cautivos sementales, las esclavas se vendían más caras. Y sin embargo, añade la señora, Abe Lincoln fue huésped en aquella misma casa. Eso me lo cuenta en tono triunfal. Cuando hacía campaña contra Douglas, vino a hacer una visita a Crenshaw, que era demócrata.

—¡Política! —concluye.

—¿Y no sabía la clase de persona que era Crenshaw? —le pregunto.

—Todo el mundo lo sabía. Y permitió que le sirvieran los esclavos. Pero había venido a buscar votos. Mire ahora las fotos de la familia.

Parece que me devuelven la mirada los personajes amarillentos o sepia de los retratos enmarcados. Peinado y atuendo severos; rostros alargados, graves. En nuestros días hemos aprendido algo sobre la capacidad de seducción, sobre el arte de presentarnos a nosotros mismos, y cuando nos fotografían nos dicen que sonriamos; pero no hay nada que mitigue la austeridad de esos esclavistas. Eran amos y eso es lo que parecen; no se molestan en dar alegría a sus ojos, ni en suavizar la aspereza de su boca. Pero ¿por qué debían tener, esos caciques, un aspecto tan hosco y sombrío?

—Mire esta —señala mi guía—, es la hija de Crenshaw. Tenía sirvientes para todo, y hasta después de la guerra civil ni siquiera se cepillaba ella misma el pelo.

Debo decir que parecía un poco envidiosa. ¿Acaso no era ella la actual dueña de la casa?

Egipto no pertenece simplemente al sur sino al sur profundo. Cairo es una ciudad tan sudista como Paducah, en Kentucky, al otro lado del río. Pero incluso en su propio condado de Sangamon he oído hablar mal de Lincoln. En Sangamon, han restaurado la ciudad pionera de Nueva Salem, abandonada alrededor de 1840. Lincoln ya no vivía allí, se había mudado a Springfield, a unos treinta kilómetros de allí, lo que contribuyó a que en 1837 nombraran a Springfield capital del estado.

Aún quedan residuos de antiguas rencillas en el condado de Sangamon, pues ahí se tocan el norte y el sur. El Illinois del norte fue colonizado por oriundos de Nueva Inglaterra, y el sur por habitantes de Kentucky y Virginia. El esclavismo y sus enemigos, la Unión y la secesión se enfrentaron aquí. Puede decirse que el condado de Sangamon estuvo en el centro mismo del conflicto, y pese a la veneración pública de la memoria de Lincoln, hay personas que siguen teniendo muy presente las antiguas querellas.

—Aquí lo conocíamos bien. Sí, a mi abuelo lo llamaban sudista porque simpatizaba con los confederados, pero ¿qué más daba? Lincoln solo estaba para las grandes ciudades y los bancos.

Pero no dejan de ser residuos. En su mayor parte, las viejas diferencias ya están arregladas desde hace mucho; es principalmente el recuerdo histórico (antagonista) lo que las mantiene en pie.

Israel: la guerra de los Seis Días

(1967)^[36]

A ojos de Israel, el mundo está loco

Tel Aviv, 12 de junio de 1967. Las columnas blindadas bajaban día y noche por la calle principal de Tiberíades, giraban a la izquierda al llegar al mar de Galilea y continuaban la marcha hacia el norte, más allá del monte de las Bienaventuranzas, donde predicaba Jesús.

Desde las montañas de Siria, bombardeaban con frecuencia la carretera. Se veían los campos ardiendo, incendiados por la artillería, y se oía el profundo bramido de las bombas. En Tiberíades estaba prohibido encender las luces. Sentada a la orilla del lago, la gente escuchaba las noticias, intercambiando rumores y pronósticos.

Nasser había dimitido, anunciaba entre sollozos el presentador egipcio, pero los egipcios son de lágrima fácil. Nasser no había dimitido, decía otro. Pero ya no contaba para nada; en el desierto del Sinaí habían destrozado a su ejército. Quienes importaban ahora eran los sirios. La invasión había comenzado por la mañana. Daba la impresión de que las fuerzas israelíes se encaminaban hacia Damasco. Los rusos amenazaban con romper las relaciones diplomáticas. Eso no parecía inquietar mucho a nadie.

Por lo visto, los israelíes decidieron no preocuparse por las grandes potencias, porque estas, a su vez, habían consentido que los árabes se salieran con la suya.

Las grandes potencias habían permitido que Nasser, Hussein y los sirios se movilizaran y amenazaran con arrojar al mar a los israelíes, ahogarlos como ratas, aniquilarlos a todos. Pero Nasser, me dijo un israelí, estaba completamente loco. Y sin embargo los americanos habían dado trigo a ese loco, y los rusos le habían facilitado armas y asesoramiento militar. Los franceses lo cortejaban; los yugoslavos creían que encabezaba las fuerzas progresistas de Oriente Próximo; los indios simpatizaban con él. Aunque astuto, quizá también fuera un chiflado. Por tanto, los dirigentes que le permitían conducir al mundo al borde de una guerra generalizada compartían su demencia.

Ese punto de vista no parece exagerado en este momento. El sábado por la mañana, el norte de Israel estaba lleno de soldados, carros blindados y artillería pesada. Los carros iban decorados con flores y fotografías, banderas capturadas y maniqués femeninos vestidos a la última moda árabe. En las montañas proseguían los cañonazos y bombardeos. Invisibles, los aviones a reacción sobrevolaban con estrépito, y poco después se oían los estallidos y se veía el humo en la cima de los montes. Pero en los *kibutzim* los padres ya no consideraban peligroso sacar a sus hijos de los refugios donde llevaban varios días encerrados.

El viernes, los sirios habían bombardeado duramente los asentamientos fronterizos. El kibutz al que había hecho una visita también fue atacado. Los asaltantes dejaron algunos muertos entre los sembrados. Pero ahora las tropas israelíes estaban allí, y los colonos sacaban a sus hijos del refugio. A las siete de la mañana, el kibutz Resem parece un campamento de verano de algún centro obrero de Nueva Jersey: niños en pelele y zapatillas, y cochecitos y juguetes en el lastimoso patio de recreo cubierto de arena. Pero en el bosque hay cadáveres y agujeros de obús, y de vez en cuando el aire trae un olor a explosivos y a aceite quemado; y justo debajo de los árboles hay una columna de carros blindados. Los soldados cogen manzanas de los árboles, y a eso —soldados, manzanas, niños en zapatillas, triciclos— es a lo que se reduce la guerra este sábado por la mañana.

Los soldados quieren charlar con los periodistas extranjeros. Uno de ellos, con gruesas gafas de intelectual, combatió anteayer contra los jordanos. Con otro, para mi sorpresa, me encuentro hablando español. Es de Málaga, lleva once años viviendo en «el país», es soldador de profesión y está herido de escasa gravedad. Tiene la cabeza vendada.

Con enorme satisfacción, el hispanoisraelí señala con el dedo hacia abajo, a los primeros prisioneros sirios. Están en cuclillas, en el fondo de una cantera de grava: hombres menudos, morenos, calzados con botas altas, que levantan la vista hacia sus captores.

—Los primeros —anuncia mi judío español.

Habla de ellos como si fueran pescado menudo. Los peces grandes vendrán después.

Luego, sonriendo y mirando mi chaqueta de algodón a rayas, me dice que debo de ser americano. ¿Quién más vendría al frente con tan extraña vestimenta? Algunos corresponsales europeos llevan un atuendo completo de camuflaje. Mi chaqueta de algodón, el pelele de los niños: aquí es todo así. Desde el agradable porche y el suave césped del hotel Rey David de Jerusalén, los huéspedes presenciaron los violentos combates del lunes en la Ciudad Vieja. Un testigo ocular me contó que al acabar de desayunar fue a ver la batalla de cerca. Vio cómo un soldado israelí era alcanzado por un mortero: saltó por los aires, sin botas. Solo un momento antes, estaba leyendo el periódico.

Más tarde, a la vista del monte Hebrón, estuve con un grupo de periodistas mirando al valle, donde maniobraban columnas acorazadas. Oíamos el ruido de ametralladoras y artillería pesada y veíamos estallar las bombas. Acompañando a uno de los cámaras extranjeros iba una joven inglesa con pantalones de color violeta y botas de Carnaby Street alegrándole los pies. No era culpa suya, desde luego, que allá abajo estuviera muriendo gente. El novio le había dicho «Vente», y ella había venido.

En Tel Aviv hay edificios ultramodernos, pero en Gaza, a solo unos cuantos kilómetros, se ven tiendas árabes, semejantes a caparazones vacíos de escarabajos, remendadas con plástico sucio y trozos de cartón. Se atraviesan fértiles huertas, y de

pronto se acaba la irrigación. Oleadas de arena invaden la carretera. Se sale de un hotel turístico con todas las comodidades y una hora después, en las carreteras de la península del Sinaí, se ven soldados egipcios hinchados por la muerte, ennegrecidos y pestilentes bajo el sol del desierto, rodeados por todas partes de las máquinas más modernas —rusas—, calcinadas e inútiles. Pero esos contrastes desconcertantes no afectan en este momento al israelí. Para él la cuestión está clara. Su existencia estaba en peligro, y se ha defendido.

El fiero sol del Sinaí entra en escena

En alguna parte del Sinaí, 13 de junio de 1967. Un emplazamiento artillero construido por los egipcios en la plaza de Gaza está ahora ocupado por un israelí con una ametralladora. Carros de combate guardan la avenida principal y, desde las azoteas, vigilan soldados.

Calor. Languidez. Las calles apestan con la basura en descomposición. Piedras y neumáticos viejos de camión sujetan los techados de chapa. Mujeres de cierta edad se cubren el rostro sombrío y hombruno con velos negros, y unos hombres se pasean con pantalones de pijama a rayas, sugiriendo la paz del sueño. La música árabe, a su vez, induce al sopor con sus interminables sinuosidades dulzonas, sus absurdas insinuaciones y seducciones. No solo se oye, sino que se siente penosamente en las entrañas, como una droga.

Unos hombres con amplios pantalones blancos barren los escombros de la acera cerca del cuartel general israelí, y un médico egipcio me asegura que el ejército le ha entregado víveres y suministros médicos en abundancia. Tiene cierto aire a Nasser, incluso en el bigote, y sonrío, pero sus labios se pliegan hacia abajo en las comisuras, y cuando calla su expresión es sombría.

Al salir de Gaza, vemos los primeros carros, vehículos, cañones y suministros abandonados por los egipcios; algunos destrozados, pero en su mayoría intactos. Los camiones nuevos llevan un letrero que informa de que se han fabricado en la Gorksvski Autozavod. Vaya inversión para los rusos. Se siente confianza en el juicio de las grandes potencias al ver la península del Sinaí llena de material rodante por valor de millones de dólares encallado en la arena y rodeado de cadáveres de egipcios.

Muchos de los muertos están descalzos, tras haberse quitado los zapatos para huir mejor. Solo unos cuantos llevan casco. Algunos van cubiertos con el tocado tradicional. Desde que salí de Gaza, no he visto un egipcio vivo, salvo un grupo de francotiradores capturados que yacen atados y con los ojos vendados en un camión. Los ocupantes del campamento han desaparecido. Sus albergues de sacos viejos y jirones de plástico están vacíos, solo se ven unos cuantos perros olisqueando por allí y las moscas, naturalmente, en gran abundancia. Los chacales no tardarán en

presentarse, asegura alguien.

Un veterano de la campaña del Sinaí de 1956 me dice que los egipcios lo han hecho mucho mejor esta vez. Habían preparado hábilmente sus posiciones. Tenían amplias y abundantes trincheras. Sus mentores rusos o nazis —porque, según mi informante, después de la Segunda Guerra Mundial muchos alemanes se instalaron en Egipto, donde siguen prestando útiles servicios— tienen motivos para sentirse satisfechos; pero sin cobertura aérea el Ejército egipcio estaba perdido, e Israel destruyó sistemáticamente los aeródromos árabes, incluso los que en principio estaban fuera de su alcance, reventando las pistas, dando luego otra pasada para ametrallar los aviones. De no haber sido por eso, la guerra habría sido larga y sangrienta.

No soy experto en asuntos militares, no conozco el calibre de los cañones ni el espesor de los blindajes. Pero me doy perfecta cuenta de la magnitud de la victoria y los estragos, de la agobiante intensidad del sol y el denso olor de la muerte. Camiones volcados, calcinados, obuses fuera de las cajas, desparramados por el suelo, ropa, zapatos, muelles de somier, muebles rotos, cartas, periódicos árabes, camillas, vendas, bolsas de deporte y algunas máscaras de gas.

Los automóviles destruidos me han llamado especialmente la atención. Para un norteamericano, el coche es una especie de icono, y el destino de los vehículos en la guerra adquiere, por tanto, un interés particular. El capó y el maletero de un coche se levantan en el aire como si estuvieran rindiéndose, y lo que queda del parabrisas es opaco. Algunos de los vehículos grises abandonados por las fuerzas de Naciones Unidas están aplastados y desmembrados.

Los egipcios muertos yacen donde han caído. No se ha hecho nada para reagruparlos. El primer egipcio muerto que he visto estaba boca abajo, separado del suelo por la hinchazón del vientre. Con las piernas rígidas, los cadáveres abotargados parecen globos en un desfile. Los ennegrecidos rostros están desfigurados por el sol. La putrefacción es rápida con este calor, y el cráneo no tarda en asomar. No se siente compasión, sino un cosquilleo de horror. El olor agridulce a cartón podrido se convierte en un sabor en la boca.

Por una vez, no siendo fumador, me alegro de que alguien fume a mi lado. Algunos cadáveres carbonizados yacen encogidos junto a sus carros de combate. Otros, en grupos, siguen asomando por las trincheras de las lomas, en las vertientes. Finalmente uno deja de mirar. Por el ángulo de los cuerpos se sabe que están ahí.

Cerca del aeropuerto de Al Arish, los soldados israelíes juegan al fútbol, hacen gimnasia, descansan. Dos de ellos están tumbados en unas hamacas que han encontrado, charlando, comiendo pan integral de centeno. Tras ellos, en una vía muerta, hay vagones calcinados, con negras placas de metal arrancadas de sus remaches, sobresaliendo hacia fuera. Se mira hacia todos lados, tratando de escapar un poco a la muerte omnipresente.

Una mirada al otro lado del Jordán

16 de junio de 1967. Del sector israelí de Jerusalén se pasa al jordano a través de improvisados corredores de polvo rojizo, entre rollos de alambre de espino, salvando las barreras formadas con barriles de petróleo en el puesto fronterizo donde hubo encarnizadas batallas.

La artillería ha bombardeado edificios de apartamentos israelíes, recién construidos. De algunas ventanas, inexplicablemente, cuelgan cochecitos y triciclos. Entre la hierba seca, soldados con casco de camuflaje desentierran minas. Sondean ligeramente el suelo con barras de metal y con cinta blanca trazan pasadizos seguros.

Es tarea delicada. Los árabes se han mostrado generosos con las minas en este barrio, cerca del almacén de Naciones Unidas. El edificio ha sufrido el fuego de la artillería, pero el tejado y los muros están intactos, lo mismo que los sacos de harina y arroz norteamericanos, la leche en polvo suiza, el jabón, las judías, la carne en conserva argentina y las verduras secas molidas enviadas por Estados Unidos para los refugiados árabes. La leche en polvo lleva una etiqueta que dice: «Donación de la Confederación Helvética».

Nosotros —es decir, Sydney Gruson, enviado del *New York Times*, el oficial de enlace israelí, el conductor y yo— descendemos hacia el valle del Jordán, territorio ocupado la semana pasada. Nos dirigimos a Ramala y queremos ir a Nablus, que la Biblia llama Siquem. Allí, un príncipe apasionado se enamoró de Dina, hija de Jacob, y se aprovechó de ella. En venganza, sus hermanos mataron a todos los jóvenes de la ciudad. Alguien menciona brevemente este episodio de la antigüedad mientras pasa el convoy.

Carros blindados y cañones prosiguen su descenso hacia el río («Miré al otro lado del Jordán, y qué vi»). Hacia nosotros vienen camiones, muy cargados. Hace calor; un viento reseco y polvoriento, el *khamsin*, sopla con fuerza. Con frecuencia se ven automóviles nuevos con impactos de metralla y aplastados por los blindados. Los camiones que vienen en sentido contrario transportan munición británica y norteamericana, de la que se han encontrado enormes cantidades en arsenales excavados en las montañas jordanas. Nadie parece sorprenderse.

A nosotros, los norteamericanos, nos resulta curiosa esa exportación de suministros. Las cajas de madera, que contienen más de cien toneladas de munición, son completamente nuevas. Llevan una orgullosa etiqueta —estrellas, barras rojas, blancas y azules— y proceden del almacén del Ejército de Tierra de Anniston, en Alabama. En la etiqueta, dos fuertes manos se estrechan en alentador símbolo de unión y amistad. Uno de los dos amigos no tiene nombre. Podría ser cualquiera, es decir, cualquiera que utilice morteros de 4,2 pulgadas o munición de 106 mm para rifles sin retroceso, capaces de lanzar granadas W-20 o disparar proyectiles de

artillería. Las cuevas donde se guardaba el arsenal se encuentran a tres kilómetros de la bíblica Silo y son espaciosas, frescas y aireadas. Se distinguen unos ventiladores en lo alto del acantilado.

Un soldado, de origen británico, cabeza descubierta, torso al aire y lleno de polvo, empapado de sudor, hace algunas observaciones sobre nuestro país y nuestro presidente que no puedo reproducir.

—Pandilla de cabrones —dice—, os portáis fenomenalmente con nosotros. Nos dejáis tener tractores. Y donáis ese otro material a los pacíficos indígenas.

Para ser justos, habría que añadir que parte de esos suministros son británicos.

También hay grandes latas de patatas polacas, bien peladas, guisantes de Holanda y carne en conserva de Nigeria. Con respecto a la carne, un sargento ortodoxo alza el brazo, prohibiéndola. El ejército israelí mantiene un régimen estrictamente kosher. Algunos soldados, sin embargo, lanzan hambrientas miradas a las conservas. Pero quién sabe, dice alguien, lo que los nigerianos meten en las latas.

En Ramala, antes del toque de queda, la población árabe anda por la calle, las tiendas están abiertas, y aunque un informante nos dice que no hay nada que comer, nada que beber, vemos carne en las carnicerías, plátanos en las carretas. Cuadrillas de trabajadores reparan el tendido eléctrico.

El gobernador militar es el coronel Oriol, oficial paracaidista en la reserva. Aquí hay dos ciudades gemelas, nos dice. Fibira es mayoritariamente musulmana. Los árabes de Ramala son cristianos. A esa población, que conjuntamente asciende a treinta y dos mil habitantes, hay que sumar los veinticinco mil palestinos del campo de refugiados. Varios miles de aldeanos se refugiaron en la ciudad al inicio de los combates. Hay dos alcaldes, uno de cada comunidad, que colaboran con el coronel. Habrá restricciones de agua hasta que acabe de repararse el tendido eléctrico. El bombeado es intermitente, pero nadie se muere de sed. No hay peligro de epidemia. Se entierra a los muertos jordanos. Un médico israelí supervisa la salud pública. El Organismo de Obras Públicas y Socorro de Naciones Unidas para los Refugiados de Palestina en Oriente Próximo continúa suministrando alimentos a los refugiados.

El coronel Oriol dice que, como norteamericanos, quizá nos interese la situación de ochenta o noventa ciudadanos americanos de origen árabe que viajaban por la región cuando estalló la guerra. Como ahora se encuentran en territorio israelí sin un visado de entrada en Israel en el pasaporte, no pueden salir del país. Siendo abogado, el coronel Oriol lo considera un interesante problema jurídico.

—Pero lo arreglaremos —afirma.

El coronel no parece una persona que se demore en resolver las cosas.

Al bajar, nos encontramos con una pareja de chilenos entrados en años que han venido a ver su antigua casa de Ramala y mantenemos con ellos una charla en español. Tenemos en común el hemisferio occidental y estamos muy por encima de todas las cuestiones locales. El itinerario que nos muestran va de El Cairo a Spitzbergen. El anciano caballero lleva un pañuelo árabe a la cabeza, sujeto con un

lujoso galón trenzado, pero es de mentalidad completamente americana. Este septuagenario, de cuello un tanto arrugado, no parece en absoluto débil o asustado.

Otros, esperando al coronel, están al borde del llanto. Dos soldados en un jeep, que nos guían hacia el extenso campo de refugiados, se pierden y nos dicen que esperemos en el Hilton de Ramala mientras ellos se informan. Allí hablamos con otros soldados y deambulamos por las estancias desiertas.

El de Ramala no es de los Hilton más elegantes. Tiene un aire truncado, como si lo hubieran cercenado de un conjunto mucho más grande.

Entro en la cocina —siempre me atraen las cocinas— y admiro las grandes sartenes, las picadoras, las cuchillas y la tabla de carnicero: un enorme tronco de árbol con corteza y todo. Nada comestible aquí; no es que se tenga mucho apetito en Tierra Santa cuando sopla el *khamsin* y centellean las ardientes montañas. Sombra y agua son más valiosas. Curiosidad, y no hambre, es lo que me impulsa.

Miro en una salsera con restos de salsa y cubierta de una costra de grasa de cordero. El congelador, desconectado, está vacío y huele que apesta. Un estanque de nenúfares tiene una capa de limo. «Nuestro jardín —dice la publicidad del hotel— de seis mil ochocientos metros cuadrados ofrece descanso para todos. En él se sirven en verano delicias orientales, acompañadas del arak de la región, en su presentación tradicional. Una experiencia que no hay que perderse. La cocina, que mezcla platos occidentales y orientales, satisface el apetito más exigente».

Nos informan también de que el hotel está a cinco minutos del aeropuerto. En efecto. La terminal y las pistas están ahora bajo control israelí. Desde la carretera parecen intactas. Llegamos en el coche al campo de Kalandia e inmediatamente nos vemos rodeados de árabes.

Jóvenes en mangas de camisa acuden corriendo por todos lados. Dos soldados armados de metralletas se mantienen a cierta distancia. En filas de cinco en fondo, los robustos jóvenes forman un círculo en torno a nosotros. En el centro hay uno que habla inglés. Con barba de tres o cuatro días, tiene los dientes delanteros llenos de empastes. Los brazos cruzados, la nariz ávida y los ojos dilatados, está aquí para contar la verdad a la prensa extranjera; y la verdad es una historia de hambre y dolor.

La afirmación de que la gente se está muriendo de hambre es un poco difícil de sostener. Vemos pan por todas partes y sabemos que hay harina en abundancia. Naciones Unidas quizá no ofrezca una dieta variada, pero no hay hambre. En reducidos trozos de terreno, cerca de su hormiguero de piedra, los refugiados han plantado tomates, calabacines y unas cuantas higueras de escasa altura.

Menos preocupados por la propaganda, la gente mayor, los hombres con chilabas de tela de colchón y las mujeres, de busto prominente, con cómoda ropa blanca de grueso algodón, nos invitan a su vivienda con elaborada cortesía. Las diminutas estancias, hundidas y sin ventanas, contienen varios retales de alfombras, un taburete, una colchoneta, un trozo de espejo roto... Echo una mirada a la letrina: el suelo de cemento con espacios para los pies está limpio. Hay agua.

Los hombres aprenden un oficio en las escuelas de Naciones Unidas, pero no lo practican mucho. Es imposible saber cuántos de esos refugiados han combatido efectivamente contra Israel. Algunos —un número considerable, probablemente se han largado al otro lado del Jordán.

Los israelíes afirman que los jordanos armaron a la población dos días antes de que estallara la guerra. Ahora están entregando las armas. Ha habido algunos tiros aislados en Ramala. Pero los francotiradores tienen más ajetreo en Gaza, donde se agudiza el problema de los refugiados. Allí, Naciones Unidas se esfuerza por alimentar a trescientas mil personas, y la situación está a punto de estallar. Me han dicho que ni los funcionarios de Naciones Unidas están a salvo entre los refugiados de Gaza.

Un informe jordano dice que setenta mil personas huidas de Jericó y las fronteras de Siria se encuentran en la zona de Zerka, en las proximidades de Ammán. Parece que los jordanos están rechazando ahora a los refugiados. Y en el desierto del Sinaí los egipcios derrotados intentan volver a Suez sin comida ni agua. A Nasser no le interesa que esos supervivientes divulguen detalles del desastre. En Tel Aviv, donde los rumores circulan con fruición, se cuenta que Nasser dio orden de fusilar a varios soldados que salían del Sinaí, noticia que esta mañana ha publicado un periódico francés.

El hecho de que Nasser, calificado de progresista por dirigentes marxistas como Tito y, por rusos y chinos, de verdadero enemigo del imperialismo, pueda ordenar una matanza de supervivientes no es inconcebible. En cualquier caso, más hombres están muriendo en estos momentos de hambre, sed e insolación de los que han caído en combate.

Un editorial del *Times* de Londres insta a las grandes potencias a enviar ayuda de emergencia. Sus flotas continúan en el Mediterráneo oriental. Parece que Israel ha tardado algún tiempo en darse cuenta de que al desarmar a los egipcios y permitirles que se marcharan libremente, «en realidad los estaban condenando a muerte», dice el *Times*.

Es evidente que el problema de los refugiados requiere una solución internacional. Nadie puede afirmar sensatamente que la razón esté por completo del bando israelí, y aunque algunos dirigentes árabes exploten la desgracia de los refugiados para reforzar el odio contra Israel, los israelíes bien podrían hacer algo más por los árabes. Habría sido posible, por ejemplo, establecer un presupuesto para indemnizaciones y reconstrucción. Parte del dinero que Alemania occidental donó a Israel podría haberse destinado a tal fin. Ahora el número de refugiados se ha incrementado enormemente, y de seguir con el viejo sistema, Naciones Unidas va a tener que ocuparse de otras cuantas docenas de campamentos insalubres donde jóvenes ociosos y desmoralizados podrán dedicarse a «la política».

Solo los extremistas árabes podrán beneficiarse de eso. Un porcentaje

insignificante de los ingresos petroleros de Kuwait podría haber servido para la reinserción de los árabes palestinos. Igual que los miles de millones gastados en las dos campañas del Sinaí. O los derechos de peaje del Canal de Suez.

En Nablus, una numerosa multitud árabe espera las raciones de gasolina o queroseno. El toque de queda se ha adelantado a las seis de la tarde, anuncian las autoridades militares. Ahora son las dos. Las calles están llenas de gente. La luz cae pesadamente, con un destello pétreo de las colinas de Judea. Bajo ese calor seco, empiezo a flaquear un poco.

Me alegro de sentarme en el edificio de anchos muros del cuartel general. Un sargento israelí nos sirve un buen trago de whisky. Cuando recobramos el aliento, nos aventuramos a salir otra vez al calor. El sol golpea en la nuca, dando la extraña sensación de que se esponja el cerebro.

Recorremos la calle, mirando en las tiendas. No podemos comprar nada. No aceptan dinero israelí. Media docena de árabes nos miran desde una barbería y parecen invitarnos a entrar. Todos los clientes menos uno van vestidos a la occidental. La excepción, un caballero entrado en años, lleva la cabeza cubierta con un fez que le llega a las melancólicas cejas. Tiene el mentón fruncido por múltiples emociones, pero la curiosidad acaba imponiéndose. Se acerca para escuchar lo que hablamos, el vástago de una pipa de agua (por lo que puedo adivinar) sobresaliendo de su bolsillo como un estetoscopio.

El espejo parece sacado de una caseta de feria de Coney Island. Todos nos vemos con unas formas muy anchas, nariz de calabaza, sonrisa partida y ojos distorsionados. Aquí también hay un portavoz. Muy bien parecido, el entrecejo oscuro, se niega furiosamente a sonreír, y mientras el anciano barbero, enfrascado en su tarea, casi embobado, le corta imperturbablemente el pelo negro, empieza por afirmar que todos los americanos son espías. No, no cree que los americanos se hayan ocupado de dar cobertura aérea a Israel. Pero han sido ellos quienes han localizado los aeropuertos egipcios para comunicárselo a los israelíes. Venga, hombre, dice el corresponsal del *New York Times*.

Le siguen recortando las puntas del pelo, y el portavoz intenta mostrarse agradable pero tiene que dominar muchas pasiones. Su sonrisa, como una mueca, es amarga. Sin embargo, no le faltan ganas de hablar. Está con unos periodistas extranjeros, y piensa que su verdad llegará a todo el mundo. Es granjero, explica. Tiene sesenta vacas que ordeñar. No puede conseguir gasolina para aliviar a sus dolientes animales. Les hace falta su heno, y los niños necesitan leche. Se me ocurre que podía hacer el transporte en burros. Aquí hay mucha gente escuchando música, afeitándose, pasando el rato, y su granja solo está a tres kilómetros.

En cambio, hablamos del futuro, de la unidad árabe, e indirectamente, de revancha.

—Pero sois vosotros quienes habéis declarado la guerra a Israel —dice el enviado del *New York Times*.

—Teníamos un tratado —responde el caballero de las vacas, que añade—: Pero empezaron a empujar al rey Hussein, desde fuera, al tiempo que tiraban de él, desde dentro.

Luego guarda silencio y nos mira por debajo de las cejas, como el difunto John Gilbert interpretando el papel de árabe.

Resulta instructivo ver lo que los pintores de carteles hacen en Oriente Próximo con los rostros de las estrellas de Hollywood, el sentimiento que les dan. Arabizado, Robert Mitchum es fuerte, honrado, pero sus rasgos están fruncidos con el presentimiento de la derrota. El destino se vuelve contra él. Sabemos que no lo va a conseguir. Nuestro caballero de las vacas es así.

Ahora, mientras el barbero le arregla el cogote con una maquinilla eléctrica Shick, permanece en el asiento con un orgullo forzado y doloroso. Soy incapaz de dar a su actitud una explicación a lo T. E. Lawrence / Freya Stark. Para un norteamericano de los estados centrales como yo, de sensibilidad más cruda, resulta completamente ridícula. ¿A qué viene tanta dignidad tradicional? A nada bueno si acaba en las carreteras del Sinaí con sus destrozados carros rusos, los ennegrecidos rostros de los muertos en descomposición, y los supervivientes luchando por un sorbo de agua en una acequia.

Nueva York, una imposibilidad de fama mundial

(1970)^[37]

¿Qué piensan los norteamericanos de Nueva York? Quizá sea como preguntar a los escoceses lo que piensan del monstruo del lago Ness. Es nuestro fenómeno legendario, nuestra gran atracción, nuestra imposibilidad de fama mundial. Algunos parecen desear que no fuera sino un persistente rumor. Nueva York es, sin embargo, como todo lo humano, muy real, hiperreal incluso. Lo que apenas se sugiere en otras ciudades americanas se condensa y amplía en Nueva York. Allí se tiene la impresión de estar en el centro de las cosas. Lo que es sin duda cierto, y raro también.

En Nueva York, como en todas las grandes capitales, la gente se comporta a veces de manera simbólica y trata de expresar el espíritu del lugar. Un diplomático de paso escribe una carta para expresar su gratitud al desconocido que encontró su cartera y la devolvió intacta a la oficina de objetos perdidos. En una calle que desemboca en Times Square han atracado a un ciego, que está sangrando y llorando: le han robado el perro lazarillo.

—Esto solo pasa en Nueva York —murmura un policía.

Los impulsos reprimidos se liberan aquí mejor que en entornos más pacíficos. En cada calle la gente aprende «lo que es la vida».

Nueva York es una ciudad animada, insoportable, agitada, ingobernable, demoníaca. Nadie puede juzgarla adecuadamente. Ni siquiera Walt Whitman podría hoy aprehenderla emocionalmente; el mero intento podría hacerle naufragar. Se recomienda a los que quieran observar el fenómeno que asuman una posición contemplativa en otra parte. Y a los que deseen *sentir* su profundidad, que se anden con cuidado. He vivido quince años en Nueva York. Ahora resido en Chicago.

En otras ciudades y regiones, el orgullo local ha decaído. Se ha esfumado aquella antigua e ingenua desenvoltura. Tras los acontecimientos del último decenio, Texas ya no hace alardes, el Chicago del alcalde Daley ha perdido confianza. A finales de siglo, Chicago era una capital regional. En 1893, soñaba con ser una ciudad universal. Intelectuales, arquitectos, poetas, músicos, subían de Indiana, bajaban de Wisconsin, venían al este desde Nebraska, pero a finales de los años veinte la vida cultural de los estados centrales daba las últimas boqueadas. Los trenes salían de Chicago cargados a un tiempo de poetas y carne de cerdo, y la ciudad no tardó en sumirse en el provincianismo.

Varias generaciones de jóvenes norteamericanos, buscando horizontes más amplios y profundos, dejaban Main Street a los hombres de negocios y a los palurdos para irse a París o al Greenwich Village. El gran objetivo de Estados Unidos no era, después de todo, infundir aliento a poetas, filósofos y novelistas. Para llevar una vida de pintor o intelectual, había que marcharse «a otra parte», lejos de Detroit,

Minneapolis o Kansas City. Como bohemios o expatriados, aquellos emigrantes esperaban encontrar los estados oníricos y el ambiente especial donde prospera el arte.

La vida bohemia en Greenwich Village era, en los años veinte, muy elegante, incluso aristocrática, porque además de escritores, pintores e izquierdistas también atraía a los ricos. El viejo Village tenía un gran éxito, y durante un tiempo Nueva York fue realmente el centro neurálgico del país gracias a ciertas cualidades valiosas y singulares. Sus versos libres, su amor libre, sus bebedores ilustres, sus ricos tontainas y sus personajes excéntricos, sus artistas y rebeldes encantaron y animaron a la joven generación, ayudándola a resistir frente a la fealdad y la incultura de su ciudad natal.

Todo eso, por supuesto, es agua pasada. Nueva York es ahora el centro mercantil de la cultura norteamericana, de la diversión o la frivolidad, el centro de la emoción y la angustia. Pero carece de vida intelectual independiente y original. No aporta equilibrio, no ofrece espacio mental a los artistas. Aquí ya no se discuten ideas. Me encuentro con un viejo intelectual del Village, ya con barba gris y unas gafas enormes, y lo veo tan cubierto de insignias de protesta como un pez de escamas. Se ha convertido en un antiguo intelectual.

Para bien o para mal, la vida intelectual del país ha encontrado refugio en la universidad. Las actitudes y concepciones bohemias se han extendido asimismo por todo el continente. En Nueva York se realiza la principal transformación y distribución de los productos intelectuales consumidos por el público norteamericano. Los que ahora dirigen la cultura en Nueva York son los intelectuales de la publicidad. Personas de formación universitaria que nunca han llevado una vida de poeta, pintor, compositor o pensador, sino que han organizado eficazmente la escritura, el arte, el pensamiento y la ciencia en editoriales, museos, fundaciones, revistas, periódicos (principalmente en el *New York Times*), en la industria de la moda, en televisión y en publicidad. Y todo eso se ha concebido para ganar dinero, mucho dinero.

Nada menos que una autoridad como Jason Epstein, de Random House, nos dice en la *New York Review of Books* que Nueva York es una ciudad maravillosa... para quien gane cincuenta mil dólares anuales. Podría haber añadido que la gallina de los huevos de oro que reporta tales ingresos es lo que Theodore Roszak ha denominado «contracultura» y el profesor Lionel Trilling «cultura adversa»; que el comercio de ideas radicales (a veces muy antiguas, pero la gente está demasiado ocupada para leer personalmente a Baudelaire, Proudhon o Marx) es lucrativo; y que la crítica, e incluso el odio manifiesto a la sociedad, no es obstáculo para el éxito en esta fastuosa ciudad.

Pero no me imagino que nadie venga hoy de Boise, en Idaho, para buscar ansiosamente en Nueva York a otros escritores que sientan un amor puro por la poesía o que esperen como atenienses en los escalones de la biblioteca para debatir sobre la Existencia o la Justicia. Los intelectuales de la publicidad sienten escaso interés por ese asunto. Leen poco, y no se reúnen a hablar de literatura. El mercado

cultural de Nueva York basa su prosperidad en la antigua presencia de esas grandes cosas, manteniendo la ilusión de que existen todavía hoy. A Nueva York se le da muy bien comercializar los ecos. En el Village el pasado se traduce ventajosamente en alquileres y plusvalías inmobiliarias, en precios de restaurantes y tarifas de hoteles. Nueva York parece nutrirse también de una impresión de insuficiencia nacional, de la sensación que muchos tienen de estar irremediabilmente sumidos en la vacuidad estadounidense, donde no hay color, ni teatro ni vívida contemporaneidad; donde la gente es incapaz de hablar de la vida con propiedad, con sentido universal.

En Estados Unidos carecemos de lugares sagrados, de manera que tenemos que conformarnos con lo profano. Pregunten en Rockford, en Illinois, lo que ocurre allí. La respuesta más corriente será: «Nada. La animación está en San Francisco, Las Vegas y Nueva York». Al volver a Chicago de un viaje a Nueva York, le preguntarán: «¿Qué has visto? Habrás ido al teatro, ¿no?». Pero ¿qué se ve hoy en la escena neoyorquina? Órganos sexuales. Quizá se trate de celebrar la emancipación del puritanismo y señalar nuestra redención de la esclavitud sexual. Pero *Oh! Calcuta!* es, en realidad, teatro dentro del teatro, porque Nueva York es el escenario mismo de la nación, donde se nos ofrecen extraños espectáculos. Que los de fuera —el resto del país— no se cansan de presenciar.

El día que firmaron el tratado

(1979)^[38]

El cielo gris se despejó al acercarse el histórico momento, el viento barrió las nubes y el sol brilló sobre la multitud de invitados y periodistas que asistían a la firma del tratado de paz egipcio-israelí en el jardín interior de la Casa Blanca.

A pesar del sol, el viento soplaba con fuerza; el termómetro marcaba siete grados, el aire era fresco y tonificante. En sus plataformas, los técnicos de televisión manipulaban sus cámaras de morro alargado y ojos de embudo, mientras centenares de curiosos se encaramaban a las sillas plegables armados con sus cámaras particulares para captar la escena: el primer ministro Begin, los presidentes Carter y Sadat, sus esposas. Quizás esperaban que sus objetivos capturasen lo que sus ojos no alcanzaban a ver. La banda de infantería de Marina tocaba marchas militares a ritmo de jazz. De Lafayette Park venían los gritos amplificadas de los manifestantes palestinos y sus simpatizantes, mantenidos a distancia por centenares de agentes antidisturbios. Las campanas de la iglesia de Saint John repicaban para celebrar el acontecimiento y quizá también para sofocar el ruido de la protesta con las bendiciones eclesíásticas. Agentes del servicio secreto examinaban la documentación de los invitados; en la azotea de la Casa Blanca había policías con prismáticos. Desde una de las ventanas más altas, el jefe de cocina miraba al jardín con su alto gorro blanco.

A mi lado, una pareja de cierta edad se había subido a la silla. La señora, con cierto acento de Europa del Este me dijo:

—Soy tan bajita, que no veo nada.

Su marido, que llevaba un abrigo voluminoso, pasado de moda, con cuello de piel, no era mucho más alto. Habría estado elegante, cuarenta años atrás, con un conservador traje a rayas y un sombrero de fieltro. Los catalogué como refugiados americanizados. Muy nerviosos, no parecían oír los gritos de indignación de los periodistas que trabajaban tras los cordones, instándoles a que se bajaran. Tampoco hacían caso de las personalidades que iban de un sitio para otro saludándose mutuamente: Henry Kissinger, el senador Moynihan, que destacaba agradablemente sobre todos los demás (privilegio de la importancia o de una imponente estatura).

Abraham Beame, de Nueva York, no disfrutaba de la misma ventaja pero era indiscutiblemente un «notable»; así llama la policía de Chicago a la gente cuyo retrato aparece en los periódicos. Hizzoner ostentaba su pequeña aura, tan bien definida. Lo tomé por el juez Charles E. Wyzanski de Cambridge, en Massachusetts, y me tuvo que corregir un neoyorquino. Arthur Goldberg también estaba presente.

—¿Por qué se dejaría convencer para renunciar a un puesto vitalicio? —dijo alguien al verlo pasar—. Menudo embaucador, ese Lyndon Johnson.

Las numerosas celebridades se abrazaban con entusiasmo, dándose afectuosas palmadas, incluso besos. Aquellos maravillosos personajes eran todo un espectáculo: sacerdotes coptos y ortodoxos griegos con largas sotanas, generales cargados de condecoraciones, rostros conocidos de la pequeña pantalla que aparecían en carne y hueso; detrás de nosotros, montones de cámaras; delante, las formaciones de agentes del servicio secreto y las banderas ondeando por encima de la mesa histórica en que se iba a firmar el tratado.

Sadat y Begin habían discutido sobre la redacción hasta el último momento, Sadat insistiendo sobre el golfo de Aqaba, Begin manteniéndose firme en su reivindicación del golfo de Eilat y también, según me habían informado, de Judea y Samaria. Pero ahí estaban, con sus diferencias superadas de momento, dispuestos a firmar.

Casi todos los presentes estaban conmovidos. Algunos afirmaban estarlo a su pesar, incapaces de resistirse al gran momento. De «portentoso» lo calificó Arthur Goldberg. Hablé con otros observadores que, en cambio, no podían dejar a un lado el hábito de la precaución. Bueno, ya veremos, decían. O bien: *Pourvu que ça dure*. Todos tenemos la sangre caliente, y sentimos con fuerza el impulso de la ilusión; los que han vivido mucho han adquirido, sin embargo, la cautela de mantener cierta cantidad de sangre fría.

Pero hasta los más cautelosos y reservados diplomáticos israelíes, egipcios y estadounidenses, así como los periodistas a quienes yo había pedido opinión, decían que se trataba de un paso adelante de suma importancia, un gran acontecimiento histórico, la paz entre enemigos que habían derramado repetidas veces su sangre en mutuos enfrentamientos.

Raros son los personajes hoy presentes que han escapado al sufrimiento personal. El hermano de Sadat cayó en la guerra de 1973; el hijo de Ezer Weizman, ministro de Defensa israelí, nunca se recuperó de sus heridas. Moshe Dayan, ministro de Asuntos Exteriores de Israel, sufrió la pérdida de un ojo en fecha muy temprana. La familia de Begin y la de muchos miembros de su gabinete y asistentes fueron exterminadas en los campos de la muerte de Hitler. Un colaborador de Begin, Elissar, escapó al exterminio en su infancia gracias al fallecimiento de otro niño cuyos padres tenían papeles para emigrar y lo hicieron pasar por su hijo muerto. La propia familia de Elissar no sobrevivió. Tales eran los hombres que aquel día iban a estampar su firma en el acuerdo.

Associated Press informa desde Beirut: «Hoy, día de la paz entre Egipto e Israel, gran parte del mundo árabe hierve de cólera. El dirigente palestino Yasser Arafat ha jurado “cortar las manos” del “lacayo Sadat, el terrorista Begin y el imperialista Carter”».

La ceremonia de la firma prosigue con discursos de los protagonistas. Carter anuncia que es hora de luchar por la paz. Sadat, orador comedido y sosegado, manifiesta el deseo, frente a las oleadas de protestas que se elevan desde Lafayette Park, de que no haya más derramamiento de sangre ni más sufrimiento. Que no se

prive a nadie de sus derechos, añade, refiriéndose hábilmente a los palestinos. Es un estadista consumado, el orador más distinguido del día.

Begin, al ponerse a su vez tras el micrófono, no olvida su reputación de objetor inveterado.

—Estoy de acuerdo —dice—. Pero, como de costumbre, con una salvedad.

Declara a la multitud que este es el tercer día más grande de su vida; el primero fue en 1948, cuando Israel se convirtió en Estado; el segundo, cuando las tropas israelíes ocuparon la zona este de Jerusalén.

De esa manera, Sadat intenta asegurar al mundo árabe que sigue representando sus intereses, mientras Begin continúa afirmando que Jerusalén pertenece a los judíos. Habla de los sacrificios personales exigidos por las prolongadas negociaciones del tratado, dice que el mundo lo ha insultado, que su propio pueblo lo ha ofendido; y peor aún, sus amigos más íntimos lo han criticado con saña. Pero concluye con el Salmo 126: «Los que sembraron con lágrimas, con regocijo segarán».

Al terminar la ceremonia, mi mujer y yo nos dirigimos a la sala de prensa de la Casa Blanca, donde nos encontramos con una multitud de periodistas que ha seguido el acontecimiento en aparatos de televisión en color. Las máquinas expendedoras están vacías, no quedan golosinas, por todas partes hay cajas de cartón llenas de latas vacías, platos y tazas de papel, envoltorios de sándwiches y colillas.

Una joven con pantalones y zapatillas de deporte está acurrucada en el cubículo de su periódico, comiendo un paquete de Fritos. El enviado del *New Republic*, un hombre entrado en años, abre su archivo confidencial, y luego, con otra llave, abre la cerradura de su teléfono, quita el seguro y marca un número. Los corresponsales egipcios e israelíes hablan en dos grupos distintos. Un periodista de Oriente Próximo, un individuo alto, pasa cojeando. Tiene en el semblante la expresión del león de Androcles antes de que le quitaran la espina.

En un día así, es lógico lamentar el hecho de no ser un experto o uno de esos iniciados que comprenden el fondo de las cosas. Esto de ser un aficionado es una lata. Con un poco de reflexión, sin embargo, se alivia ese pesar. Los expertos en su pequeña lancha rápida, y los demás flotando con el resto de la humanidad en una pesada barcaza: ese es el panorama. Debemos esforzarnos por comprender en lo posible todos esos tratados: las SALT, las revoluciones iraníes, las maniobras rusas en Yemen, los viajes a China.

El presidente Johnson solía decir que *él* sabía lo que pasaba en Vietnam; *él* tenía información que no podía comunicarnos y sin la cual nosotros carecíamos de opiniones que valiera la pena considerar. Pero resultó que, a su vez, él no era más que otro aficionado. Y nosotros, los ignorantes, tenemos nuestros derechos. «No hay aniquilación sin representación», como dijo una vez Arnold Toynbee. Nunca debe renunciarse a la lucha para formarse una opinión.

Hay momentos, desde luego, en que uno se siente como el gato de la Madre Oca que va a Londres a ver a la reina. Pero otras veces hay que negarse a aceptar que los

más aplicados profesionales y especialistas tengan derecho a tratar a la ligera nuestro compromiso profundo con una causa, a la que dedicamos nuestra inteligencia, emoción e imaginación. Cuando el verano pasado apoyé el manifiesto por una paz inmediata en Israel, fui acusado, junto con los demás firmantes, de meterme donde no me llamaban y de ser un ignorante sin derecho a tener su propio punto de vista. «El lema —cómo criticar si no se vive en Israel— ha resultado enormemente eficaz», escribe el sociólogo de Chicago Morris Janowitz. Por otro lado, podríamos aducir que Israel, para sobrevivir, está obligado a comprender ciertas cuestiones de las cuales nosotros, como estadounidenses, tenemos conocimiento de primera mano.

No es preciso ser una gran figura profesional para llegar al fondo de la cuestión. Los vecinos árabes de Israel se han negado hasta el momento a reconocer su legitimidad, su derecho a ser un Estado soberano, y hasta hoy mismo se refieren a él como la «entidad sionista». Sadat, recibiendo algo a cambio, naturalmente, ha otorgado a Israel ese reconocimiento indispensable. Además, hasta este momento Israel ha tenido que depender exclusivamente de sus propias fuerzas para sobrevivir; pero todo el mundo es consciente de que su eficacia militar acabará llegando al límite, si es que eso no ha ocurrido ya.

Hay quienes cuestionan si Israel logró una victoria decisiva en 1973. También ponen en duda que pueda soportar el esfuerzo económico y social que requieren los preparativos militares, la tensión de las disputas internas causadas por las condiciones de acuartelamiento, la movilización de reservistas, la angustia y el precio de vivir en estado de sitio, la perspectiva de nuevas guerras y mayor número de bajas, y el último y más terrible de los recursos, es decir, la «opción nuclear».

Lo fundamental, por tanto, y lo indiscutible, es la necesidad de un arreglo político, de una solución político militar que Israel no está en posición de rechazar. Begin, naturalmente, no podría declarar públicamente lo que con toda seguridad sabe sobre la creciente inutilidad de confiar en la fuerza de manera exclusiva. Esa confesión sería a la vez desmoralizadora y peligrosa.

Pero desde la revolución en Irán, nadie puede ignorar los hechos. Una victoria completa del extremismo radical en el mundo árabe significaría la derrota de todas las esperanzas judías, el fin de Israel. Según el consejero de Seguridad Nacional del presidente Carter, Zbigniew Brzezinski, con quien hablé brevemente después de la ceremonia, también supondría el mayor de los peligros para Europa occidental. Supongo que pensaba en lo que se empieza a llamar «la finlandización de Europa», aunque él no empleó esa expresión.

Conocí a Brzezinski hace unos diez años, en alguna reunión. (¡A cuántas reuniones se asiste! Se podría medir la propia vida contándolas, como si fueran las cucharaditas de café del señor Prufrock). El señor Brzezinski tiene un rostro agradable, los típicos ojos eslavos, la nariz estrecha de aristócrata polaco en cuya línea distingo —habiéndome criado entre polacos en Chicago— una irregularidad característica, y esa piel de un matiz más claro que la de los europeos occidentales:

no pálida, sino verdaderamente blanca.

El señor Brzezinski, conversador nato y desenvuelto, necesariamente discreto pero que no se anda con muchos rodeos, me dijo que estaba muy contento con el tratado; satisfecho, pero no exultante. Brzezinski no creía que los saudíes estuvieran dispuestos a suprimir su apoyo financiero a Egipto, pese a sus declaraciones de que iban a adoptar las medidas definidas en noviembre pasado en la Conferencia de Bagdad, y que incluían sanciones económicas contra Egipto. Opinaba asimismo que los israelíes mostrarían la suficiente flexibilidad para solucionar el problema árabe. Citaba como prueba la tradición liberal del judaísmo y, de manera más pertinente, un reciente discurso en la Knesset de Simon Peres, dirigente de la oposición.

El señor Peres, en su deseo de llegar a un acuerdo con los palestinos, adoptó posiciones que su partido habría rechazado solo unos años atrás. Golda Meier se negaba a reconocer la existencia misma de los palestinos. Brzezinski no creía que Peres estuviera simplemente tanteando a ver qué pasaba. Peres es un político veterano que espera volver al poder, y la suavización de sus puntos de vista refleja un cambio de opinión en el país. Brzezinski evidentemente cree que los responsables políticos israelíes no pretenden, ni pueden permitirse, dejar que el tratado quede en papel mojado, y entienden perfectamente lo que la toma del poder por los extremistas en Egipto significaría para ellos.

Funcionarios menos reservados informan, extraoficialmente, de que a Sadat no lo desanima en absoluto la cólera que ha desatado en el mundo árabe. Parece que, bien mirado, se lo ha tomado en cambio con bastante buen humor. Esos funcionarios afirman que Sadat manifiesta el más violento desprecio por sus enemigos en el mundo árabe, y que sus airadas e intraducibles invectivas no se enmarcan en una rama menor del arte de la metáfora. H. L. Mencken publicó una vez un diccionario de insultos, de todas las terribles cosas que sus adversarios habían dicho de él. Aquello era un producto nacional, típicamente americano. Quizá sería útil hacer lo mismo a escala mundial.

Sobre el rey Hussein de Jordania los mismos funcionarios locuaces dicen que últimamente se muestra desagradable, que refunfuña, se queja de los americanos y no deja de lanzarles reproches. Reconocen, desde luego, que es una persona que durante muchos años ha vivido en la incómoda cercanía de la muerte y que, incapaz de seguir un rumbo independiente en Oriente Próximo, siente una intensa frustración.

Butros Ghali, el ministro de Asuntos Exteriores egipcio, nos expuso, en la amplia suite del hotel donde se aloja, su punto de vista sobre algunas de las cuestiones debatidas. Diplomático de serena superficie francoegipcia, deja sin contestar las preguntas molestas. No expresa negativas groseras, solo elude, con experiencia y habilidad, las cuestiones que no desea discutir. En sustitución de tales cuestiones ofrece ciertas formulaciones retóricas preparadas de antemano. Yo he hecho lo mismo en algunas ocasiones, con menos estilo, y desde luego no entre alfombras orientales y ramos de flores.

Egipto, me dice, tiene el deber de representar los intereses de los árabes palestinos, ya que no puede haber estabilidad alguna en la región hasta que no se les dé satisfacción. De manera que la paz con Israel exige justicia para los palestinos, lo que constituye la principal preocupación de Egipto. Le sugiero que Egipto podría presentar planes más concretos para mitigar las penalidades de los palestinos, sobre todo de los que se encuentran en campos de refugiados. Me refiero a los campos del Líbano. Ghali responde que la mayor privación de los palestinos es que carecen de base nacional, de hogar al que volver. Un gran número de palestinos han prosperado en el extranjero. Se cuentan entre los más avanzados, los mejor formados y capacitados de los árabes. Algunos se han hecho millonarios, y es improbable que quieran vivir en un Estado palestino, pero es necesario que tal Estado exista. Después de todo, una de las consecuencias del sionismo es el fortalecimiento del nacionalismo árabe.

Su comentario sobre Dayan, con quien ha mantenido largas deliberaciones en esta misma suite, es que hace las veces de visir de Begin, y que entre ambos existe la relación oriental del califa con el estadista cortesano. Ghali considera a Weizman como el príncipe de la corona y presunto heredero que siente una tradicional desconfianza hacia el visir e invariablemente acaba destituyéndolo.

Pregunto a Ghali lo que piensa del antioccidentalismo de los musulmanes iraníes y si su revolución es la prueba de que la ortodoxia musulmana es incapaz de asumir la modernidad. Me contesta que el islam puede y quiere aceptar las condiciones de vida modernas. Le sugiero que tales condiciones no son universalmente atractivas y que puedo entender fácilmente por qué repugnan tanto a los religiosos. Ustedes, los extranjeros, carecen de la perspectiva adecuada, responde Ghali. En Irán hay muchas facciones y solo el tiempo dirá cuál de ellas triunfará. No menciono las manos cortadas ni las órdenes de ejecución dictadas por los consejos revolucionarios. Mi mujer alude a la cuestión de la condición femenina en el mundo musulmán. Ghali no tiene intención de hablar de ese asunto.

Le interesa, en cambio, una pregunta sobre los hombres de negocios y los técnicos israelíes en Egipto. Sitúa las relaciones culturales en primer lugar. Para él tienen más importancia que las relaciones comerciales. Los israelíes deben aprender árabe, afirma. Pone de relieve que no se refiere a la jerigonza que muchos judíos aprendieron de sus vecinos en los viejos tiempos, al árabe que habla Dayan. Cuando emigraron a Israel y empezaron a hablar hebreo, los judíos orientales no debieron desechar la lengua árabe.

Los israelíes se equivocarían al adoptar una actitud de superioridad y suponer que están obligados a ayudar a los atrasados egipcios. No deben cometer el mismo error que los franceses en Argelia, adoptando una actitud de superioridad. Interpreto sus palabras en el sentido de que muchos israelíes se sentirán atraídos hacia Egipto por las posibilidades comerciales y por las considerables sumas facilitadas por Estados Unidos para la modernización de la agricultura y la industria. No serán bienvenidos,

así que será mejor que procedan con muchísimo tacto.

Ghali suele hablar de Francia y los franceses, de los intelectuales franceses. Recomienda un artículo de Jean-Paul Sartre sobre la visita de Sadat a Jerusalén. Sus amigos le llaman Pierre, nos dice. Sadat le llama Pierre cuando está contento de él, y Butros cuando no lo está.

Cuando salimos de la suite vemos por la puerta abierta de una habitación contigua a los gorilas egipcios, los gigantescos guardaespaldas, sin chaqueta, tomándoselo con calma, las pistoleras de cuero crujiendo a cada movimiento. El agente de seguridad norteamericano sentado tranquilamente en el pasillo lleva un instrumento para recibir mensajes metido en la oreja como un audífono. Bajo la chaqueta abotonada lleva sin duda una Magnum: un tipo tranquilo con el que cualquiera puede encontrarse en el mostrador de billetes del aeropuerto e intercambiar las habituales trivialidades sobre la niebla en la pista.

Y por último la fiesta, el gran jolgorio de los Carter en el jardín, al que Joseph Alsop calificó como el «*durbar* del presidente». Una larga fila de invitados esperaba bajo el fuerte viento cortante para entrar en la Casa Blanca y, a través de un pasadizo de agitado plástico, dirigirse a la inmensa tienda anaranjada y amarilla.

El *Washington Post* reprodujo las palabras de uno de los satisfechos invitados: «Es la primera vez que veo a tantas personalidades de Washington en la Casa Blanca de Carter». Los invitados, añadía el periódico, pululaban como moscas por el recinto.

Sí, pululaban, y charlaban, se abrazaban y se daban besos propios del mundo del espectáculo. Los personajes famosos siempre están encantados de encontrarse unos con otros en esas grandes ocasiones. Había orquestas, los Singing Sergeants cantaban de manera impresionante; nadie les hacía caso. Los invitados importantes —el vicepresidente Mondale, Kissinger, el ministro de Energía James Schlesinger (persona de monumental presencia, monolito que fuma en pipa)— se estrechaban la mano, sonreían, cambiaban impresiones, supongo. No participé en muchas conversaciones, la atención se interrumpía con frecuencia.

Me encontré otra vez con el señor Ghali; se inclinó con encantadora cortesía; con sus gafas de montura negra tenía cierto aire al fallecido actor Sacha Guitry, un aspecto sumamente parisiense. El senador Moynihan me contó cuánto lo había conmovido la ceremonia de aquella tarde. Kissinger no me dijo nada, se limitó a soportar mi apretón de manos. Pensé que se parecía bastante a la reina Victoria. Al parecer lo habían incomodado algunos de mis comentarios maliciosos en la prensa. («No nos hace gracia»).

Nuestros compañeros de mesa eran Clement Zablocki, congresista de Milwaukee, muy influyente en Asuntos Exteriores; su joven hija, estudiante de foniatría; un hombre de negocios tejano, de los primeros seguidores de Carter, con su mujer y su hija, muy guapos los tres, asimilando en silencio el espectáculo de los famosos; Joseph Burg, ministro de Interior israelí, un hombre simpático, corpulento, de ágiles ademanes, con un gorrito ortodoxo, encantado de entablar conversación pero

consternado por tanto ruido.

Hizo cuanto pudo. Me contó en yiddish dos chistes muy buenos y algunos recuerdos de su juventud en la Universidad de Leipzig, donde había estudiado lógica simbólica. Al enterarse de que mi mujer era matemática, habló con animación del gran Hilbert y nos contó lo que él, Burg, tuvo que decir sobre Immanuel Kant en los orales. Más tarde oí cómo trataba de despertar el interés de Zablocki para que leyera *La democracia en América*, de Tocqueville.

De manera que, en el fondo, entre los asistentes había personas serias que a duras penas aceptaban aquella atmósfera de gala en un día como aquel y estaban perplejos y nerviosos por el bullicio y la chabacanería. Pero al parecer los norteamericanos no se cansaban de formular declaraciones sobre el gran acontecimiento. «Maravilloso, el día más glorioso que he vivido», dijo Averell Harriman. Y Arthur Goldberg declaró a la prensa que había sido «un logro portentoso».

«Maravilloso» y «portentoso» le dejan a uno callado. De momento no hay otra cosa que hacer que degustar la mousse de salmón, saborear el vino y esperar a que las facultades mentales y emotivas vuelvan a movilizarse para una nueva empresa.

Uno piensa que en Oriente Próximo viven seres humanos desde hace muchos milenios y que en ese tiempo se han originado dificultades complejas, creencias tan semejantes que resultan enteramente dispares, odios y profundas necesidades que no pueden desaparecer como por arte de magia. Queda por ver el equilibrio que la razón podrá recobrar en nuestra época revolucionaria en esos deseos y antipatías tan infinitamente tortuosos.

Mi París

(1983)^[39]

¿Ha cambiado París? Como todas las capitales europeas, la ciudad ha sufrido transformaciones. Entre las más notorias y desagradables está el tropel de altas torres más allá de las antiguas puertas. Barrios viejos como Passy, especialmente atractivos por su descolorido aspecto, resultan hoy casi desconocidos con sus nuevos edificios de oficinas y apartamentos, la mayoría de los cuales convendría más a un puerto del Mediterráneo que a París. No es fácil añadir color al persistente gris nórdico, la nativa *grisaille* parisiense: pétrea, brumosa, húmeda y, la mayor parte del año, desprovista de toda luminosidad. La melancolía también acabará por imponerse en esos nuevos *immeubles*; pueden ustedes estar seguros. Cuando Verlaine escribió que llovía en la calle como llovía en su corazón (refiriéndose casi a cualquier ciudad de la región), no exageraba lo más mínimo. Yo que he vivido en París (llegué en 1948), puedo dar testimonio de ello. La nueva arquitectura urbana se verá impotente contra la *grisaille*. La melancolía parisiense no es simplemente climática: es una fuerza espiritual que no solo afecta a los materiales de construcción, las fachadas y los tejados, sino también al carácter, la opinión y el juicio. Es un poderoso astringente.

Pero los cambios... No hace mucho me di un paseo por París para ver cómo una treintena larga de años había transformado la ciudad. El nuevo rascacielos del bulevar Montparnasse es casi un accidente, una construcción arrancada de Chicago y puesta en un rincón de una calle de París. En los sitios que yo frecuentaba entre el bulevar Montparnasse y el Sena, lo que se nota inmediatamente es la desaparición de ciertos establecimientos baratos. Los elevados alquileres han hecho desaparecer los *bistros* que antes servían almuerzos deliciosos y baratos. Cierta encanto decrepito está dando paso a una novedad sin atractivo, de precios abusivos y decoración sobrecargada. El denso tráfico —las angostas calles evocan los «mares rebosantes de caballa» de Yeats— requiere un estado de alerta incompatible con el despreocupado callejeo. Las viejas y polvorientas tiendas donde uno podía perderse durante horas están hoy bien limpias y llenas de calculadoras de bolsillo y aparatos de alta fidelidad. Papelerías donde antes se encontraban cuadernos de excelente calidad ofrecen ahora un producto muy inferior que absorbe la tinta. Gran decepción. Ebanistas y otros pequeños artesanos, antes tan corrientes, son difíciles de encontrar.

Mi vecino el *emballeur* de la rue de Verneuil desapareció hace mucho. Aquel risueño especialista llevaba bata y boina, y como trabajaba en un taller sin calefacción tenía el ancho rostro enrojecido por el frío. Un *mégot*, una colilla apagada, le colgaba permanentemente de la comisura de los labios, lo que rara vez se ve en esta nueva era de prosperidad. Una liebre con tres patas, delgada de perfil, gorda por detrás, se movía precariamente entre las cajas. Pero ya no hay demanda de

cajas hechas a mano. El progreso ha eliminado todos esos sencillos oficios. Los ha sustituido por boutiques que venden bisutería, bordados o edredones de plumín de oca. En cada manzana hay tres o cuatro *antiquaires*. ¿A quién se le habría ocurrido que en Europa hubiera tanto trasto viejo? ¿O es que, como el servicio doméstico ha desaparecido, los nostálgicos de la época burguesa buscan ansiosamente vitrinas de estilo Imperio, sofás recamier y sillas curules?

Echando una mirada por los bulevares, encuentro curiosos supervivientes. En Saint-Germain, la librería especializada en historia militar y objetos de interés histórico que había hace treinta y cinco años sigue resistiendo. Evidentemente hay un mercado permanente para volúmenes encuadernados en piel que cuentan la crónica de guerras antiguas. (Quien no haya visto la multitud en los Invalides ni la enorme y resplandeciente tumba de Napoleón, quien subestime el esplendor de la gloria, no conoce Francia). Cerca de la rue des Saints-Pères, la pastelería de Camille Hallu Aîné ha desaparecido, junto con numerosas librerías pequeñas, pero no la de la siguiente manzana, especializada en literatura esotérica, que continúa en su sitio, al igual que la de historia militar y la cercana tienda de paraguas. En esta se ve más mercancía que nunca, haces de paraguas y bastones con empuñadura de plata en forma de cabeza de papagayo o de perro que ladra. Gracias a los turistas, los pequeños hoteles prosperan, lo mismo que las dinámicas cucarachas parisienses que viven en ellos, especie más oscura y veloz que sus primas americanas. Hay más borrachines que en los austeros días de la posguerra, cuando apenas se veían *clochards* bebiendo en los portales.

Los antiguos muros grises y amarillos de París tienen la solidez necesaria para resistir las conmociones del presente siglo. Fuerzas electrónicas invisibles los atraviesan, pero la espesa melancolía de patios y cocinas permanece. Los escaparates de las tiendas de los bulevares, sin embargo, muestran que la vida ha cambiado y que los parisienses tienen necesidades que nunca han tenido antes. En 1949 hice un trato con mi patrona de la rue Vanneau: instalé un calentador de gas en la cocina a cambio de dos meses de alquiler. Le di la gran alegría de abrir el grifo y hacer que saltaran llamas suntuosas. Los vecinos acudieron a felicitarla. París se encontraba entonces en la era paleotécnica, según la denominación de Mumford. Ahora se ha puesto al día con los avances tecnológicos, y las tiendas francesas exponen las cocinas más preciosas y modernas: encimeras y mesas de rutilante alabastro sintético, de líneas artísticas, el último grito de la técnica.

En el crudo invierno de 1950, una vez a la semana solía reunirme con mi amigo el pintor Jesse Reichel en un café de la rue du Bac. Mientras bebíamos chocolate y jugábamos al bacará, en una desvergonzada regresión a la infancia, me soltaba una conferencia sobre *Mechanization Takes Command* [La mecanización toma el mando], de Giedion, y sobre la Bauhaus. Barajando las cartas, yo tenía la impresión de ir simultáneamente hacia atrás y hacia delante. En 1950 poco sospechábamos que en 1983 iba a haber en París tantas tiendas que vendieran cocinas modernas, que esos cascarrabias de franceses se enamorarían tan apasionadamente de pilas de fregar,

frigoríficos y hornos microondas. Supongo que la causa de estas metamorfosis reside en la desaparición de la *bonne à tout faire*. La era posburguesa comienza cuando la criada encuentra algo mejor que hacer. De ahí todas esas cocinas *son et lumière* y las aterciopeladas pulsaciones de ventiladores invisibles.

Supongo que eso es lo que hoy significa «moderno» en París.

Significaba otra cosa a principios de siglo, y esa otra cosa era lo que tantos de nosotros vinimos a buscar en 1948. Hasta 1939, París era el centro de una gran cultura internacional que acogía a españoles, rusos, italianos, rumanos, americanos; abierto a los Picasso, Diaghilev, Modigliani, Brancusi y Pound, era el núcleo incandescente del movimiento artístico modernista. Quedaba por ver si la caída de París en 1940 solo había interrumpido esa creatividad. ¿Proseguiría cuando los derrotados nazis volvieran a Alemania? Había quienes sospechaban que el floreciente centro internacional había entrado en decadencia a lo largo de los años treinta, y algunos lo daban ya por desaparecido.

Yo estaba entre los que fueron a investigar, en la primera oleada. Apenas había cesado el fragor de la guerra cuando miles de norteamericanos hacían las maletas y se marchaban al extranjero. Viajeros, poetas, pintores y filósofos francófilos eran mucho menos numerosos que los jóvenes inquietos —estudiantes de historia del arte, amantes de las catedrales, refugiados del sur y los Estados centrales, soldados desmovilizados aún con paga, peregrinos sentimentales—, y otros personajes no menos imaginativos con planes para hacerse ricos. Un joven que conocí en Minnesota fue a Florencia a abrir una fábrica de caramelos a base de maíz. Aventureros, estraperlistas, contrabandistas, aspirantes a *bon vivants*, buscadores de gangas, simples ilusos: decenas de miles cruzaron el océano en viejos buques de transporte de tropas, en busca de oportunidades laborales o sexuales, o solo por diversión. Londres estaba muy dañado, mientras que París, intacto, se aprestaba a reanudar su fastuosa vida artística e intelectual.

La Fundación Guggenheim me había concedido una beca, y me sentía preparado para participar en el gran renacimiento, si es que llegaba a producirse. Como el resto del contingente americano, llevaba mis ilusiones conmigo, pero me gusta pensar que también mantenía el escepticismo (quizá la más tenaz de mis ilusiones). Yo no iba a sentarme a los pies de Gertrude Stein. No fantaseaba con el bar del Ritz. No boxearía con Ezra Pound, como había hecho Hemingway, ni escribiría en los *bistros* mientras los camareros me traían ostras y vino. Por Hemingway el escritor sentía una admiración sin límites; el *personaje* de Hemingway me parecía la quintaesencia del turista, convencido de ser el único americano a quien los europeos habían adoptado como a uno de los suyos. A decir verdad, el París de la época del jazz, el de la leyenda americana, carecía de atractivos para mí, y también tenía mis reservas sobre el París de Henry James; no se me olvidaban los antinaturales chillidos de los judíos

del East Side que describía James en *La escena americana*. No cabía esperar que un pariente de aquellos bárbaros habitantes del East Side se dejara seducir por el mundo de madame de Vionnet, que, en cualquier caso, ya había desaparecido mucho tiempo atrás.

La vida, dijo Samuel Butler, es como dar un concierto de violín al tiempo que se aprende a tocar el instrumento: eso, amigos míos, es verdadera sabiduría. (No me canso de citar esa máxima). Yo estaba dando un concierto a la vez que practicaba escalas. *Creía* entender por qué había venido a París. Escritores como Sherwood Anderson y, por extraño que parezca, John Cowper Powys, me habían explicado claramente lo que le faltaba a la vida americana. «El norteamericano es trágico sin saber por qué —decía Powys en su *Autobiografía*—. Es trágico en razón de la desolada pobreza y la desesperada estrechez de sus contactos místico sensuales. Nada compensa tanto en la vida como el Misticismo y la Sensualidad». Pero Powys, no lo olviden, era un admirador de la democracia norteamericana. De otro modo no me habría servido de nada. Yo estaba convencido de que solo existía verdadera política en las democracias anglófonas. En política, la Europa continental era infantil, horripilante. Pero lo que le faltaba a Estados Unidos, pese a toda su estabilidad política, era la capacidad de disfrutar de los placeres intelectuales como si fueran placeres sensuales. Eso era lo que Europa ofrecía, o decían que ofrecía.

Había, sin embargo, una parte de mí que seguía sin estar de acuerdo con esa formulación; negaba que Europa —según se pregonaba— siguiera existiendo y aún fuera capaz de satisfacer el deseo americano hacia lo fecundo y lo raro. Auténticos escritores de Saint Paul, Sant Louis y Oak Park, en Illinois, habían ido a Europa a escribir su novela americana, la mejor obra de los años veinte. La Norteamérica industrial de las grandes empresas no podía darles lo que necesitaban. En París, eran libres para ser plenamente americanos. Desde el extranjero proyectaban los rayos de la imaginación hacia su casa. Pero ¿era la razón imaginativa europea la que los había liberado y estimulado? ¿Se trataba del París moderno mismo o de una nueva Modernidad universal que actuaba en todos los países, una cultura internacional de la que París era, o *había* sido, el centro? Yo sabía lo que Powys quería decir con su redención imaginativa de la desolada pobreza y la desesperada estrechez de los norteamericanos, ya se dieran o no cuenta de ello. Al menos eso creía. Pero también era consciente de una fuerza rara vez mencionada y visible en Europa para todo aquel que tuviese ojos en la cara: la fuerza de un nihilismo que había destruido la mayoría de sus ciudades y millones de vidas en una guerra de seis largos años. Me costaba trabajo aceptar las posiciones plausibles: Norteamérica, perdiendo impulsos vitales; Europa, cultivando aún los sentidos más sutiles. Efectivamente, una gran literatura europea prebélica nos había dicho lo que era el nihilismo. Céline lo explicaba con toda claridad en *Viaje al fin de la noche*. Su París seguía *allí*, más aún que la Sainte-Chapelle o el Louvre. El París proletario, el París de clase media, por no mencionar el París intelectual, que intentaba llenar el vacío nihilista con la doctrina de Marx: todo

transmitía el mismo mensaje.

Sin embargo, tenía motivos perfectamente legítimos para estar allí. Arthur Koestler se burló de mí un día que me encontró por la calle con mi hijo de cinco años.

—Ah —me dijo—. Pero ¿estás casado? ¿Este es tu *hijo*? ¿Y has venido a *París*?

Ser moderno, ya saben, significaba haberse alejado de la tradición y los sentimientos tradicionales, de la política nacional y, por supuesto, de la familia. Pero yo no vivía en la rue de Verneuil para ser moderno. Mi objetivo era liberarme de ciertas medidas concebidas y aplicadas por otros. Para empezar, no estaba de acuerdo con ninguna definición. Estaría maduro para las definiciones cuando hicieran mi necrológica. Había decidido que la sociedad mercantilista norteamericana no dictaría mis normas de vida, y me resultó fácil no hacer caso de la ironía de Koestler. Además, París no era mi lugar de residencia, solo un alto en el camino. No tenía domicilio fijo.

Uno de mis amigos americanos, empedernido francófilo, me soltaba discursos sobre la Ciudad del Hombre, la Ciudad de la Luz. Me tomaba su retórica con infinitas precauciones. Aunque, desde luego, yo no estaba enteramente desprovisto de sentimientos. Para decirlo en francés, me encontraba *aux anges* en París, callejeando, sentándome en los cafés, paseándome por el Sena, a la orilla de sus hediondas aguas de color verde linimento. Sé de visitantes que no se sintieron grandemente impresionados por la Ciudad del Hombre. Horace Walpole se quejaba de la peste de sus callejuelas en el siglo XVIII. Para Rousseau, era el centro del *amour propre*, el más perverso de los vicios civilizados. Dostoievski odiaba París porque era la capital de la vanidad burguesa occidental. A los norteamericanos, sin embargo, los fascinaba. Yo también, con reservas características, me rendí a su encanto. Cierto es que en París pasé mucho tiempo pensando en Chicago, pero descubrí —cosa extraña— que en Chicago me había pasado años absorto en reflexiones sobre París. Inveterado lector de Balzac y Zola, conocía la ciudad del Père Goriot, el París que Rastignac, agitando el puño, juraba conquistar a cualquier precio, el París de los borrachos y las prostitutas de Zola, de los mendigos de Baudelaire y de los hijos de los pobres que jugaban con las ratas de alcantarilla. Las páginas parisienses de *Los apuntes de Malte Laurids Brigge*, de Rilke, se habían apoderado de mi imaginación en los años treinta, lo mismo que el París de Proust, sobre todo los densos, suntuosos y melancólicos pasajes de *El tiempo recobrado* que describen la ciudad tal como era en 1915: los bombardeos nocturnos de los alemanes, madame Verdurin leyendo las noticias del frente en el periódico matutino mientras tomaba el café. Curioso hasta qué punto tenía interiorizada esa ciudad. No era francófilo en absoluto, como aquellos norteamericanos inacabados dispuestos a entregarse a la gran ciudad con la esperanza de que los redondearan o completaran.

En mi generación, los hijos de inmigrantes *se hacían* americanos. Se requería cierto esfuerzo. Cada cual se formaba a sí mismo, a estilo libre. Y convertirse en francés habría exigido un nuevo esfuerzo. ¿Acaso me invitaban a transformarme en

francés? Pues no, pero me daba la impresión de que en Francia no me aceptarían plenamente a menos que hiciera todo lo posible por convertirme en francés. Y eso no era para mí. Yo ya era americano, y judío por más señas. Tenía una perspectiva americana, superpuesta a una conciencia judía. Francia tendría que aceptarme tal como era.

Por judíos parisienses me enteré de cómo se había vivido bajo los nazis, de las redadas y deportaciones en que colaboraban funcionarios franceses. Leí *Les Beaux Draps*, de Céline, una colección de enloquecidas arengas asesinas, desbordantes de odio hacia los judíos.

Desapacible, antipática, lluviosa, la ciudad recordaba todavía las humillaciones de la ocupación. El pan negro, *pain de seigle*, estaba racionado. Escaseaba el carbón. Nada de aquello inspiraba fantasías de fiesta y regocijo en el bar del Ritz o la Closerie des Lilas, tan propias del «americano en París». Más apropiado resultaba el cielo parisiense de Baudelaire, que pesaba como una losa sobre la ciudad, o el París de los *pétroleurs* de la Comuna que habían incendiado las Tullerías y dinamitado las fortificaciones. Una mañana vi que levantaban una barricada a través de los Champs Élysées, pero no hubo enfrentamientos. La violencia de los amargados franceses era sobre todo interior.

No, no estaba desprovisto de sentimientos, aunque los que tenía eran sobrios. Pero ¿por qué me afectaba París tan profundamente? ¿Por qué aquella masa ornamental de edificios, de aire tan imperial y ceremonioso, debilitaba mi negativa americana a dejarme impresionar, mi reticencia y mi escepticismo judíos; por qué me dejaba embobar por sus tonos grises, la irregular corteza de sus sicómoros, y el río medicamentoso que fluía bajo los viejos puentes? A la ciudad, desde luego, le traía sin cuidado un individuo de Chicago tan extraño como yo. ¿Por qué se había apoderado entonces de mis emociones?

Para el alma del hombre civilizado, o siquiera parcialmente civilizado, París era uno de los escenarios permanentes, un teatro, si se quiere, donde podrían representarse los más grandes problemas de la existencia. ¿Qué porvenir esperaba a aquel teatro, incapaz de decir a nadie lo que había que representar? ¿Quién sabría en el siglo xx aprovechar esas insólitas oportunidades? Los americanos de mi generación cruzaban el Atlántico movidos por un acicate, para ver de cerca ese escenario humano, cálido, noble, magnífico, pero también orgulloso, malsano, cínico y traicionero.

París ya no inspira a los jóvenes americanos anhelos y empeños de esa clase. La actual generación de estudiantes, en caso de que lea a Diderot, Stendhal, Balzac, Baudelaire, Rimbaud y Proust, no lleva a sus lecturas los deseos nacidos de la idea de que los norteamericanos están perdiendo impulsos vitales. Norteamérica nos absorbe enteramente, nuestra mirada no traspasa sus límites. Nadie se conmueve hasta lo más

hondo por la Europa de los antiguos parapetos. Una enorme fuerza ha perdido su poder sobre la imaginación. Esa fuerza empezó a debilitarse en los años cincuenta, y en los sesenta ya se había extinguido por completo.

Jóvenes licenciados en administración de empresas, especialistas en acoplamiento de genes, técnicos en informática, con la vida profesional ya bien encaminada, irán en avión a París con su mujer para hacer compras en la rue de Rivoli y cenar en la Tour d'Argent. No muy diferentes son los científicos conductistas y los miembros de las profesiones eruditas, ampliamente satisfechos con lo que aprendieron del Viejo Mundo mientras estudiaban la carrera. Un poco de Marx, de Freud, de Max Weber, un incorrecto recuerdo de André Gide y su acto gratuito, y saben sobre Europa todo lo que un norteamericano culto tiene necesidad de saber.

Y supongo que *podemos* pasarnos perfectamente sin el drama de la Vieja Europa. Los europeos mismos, en considerable número, se cansaron de él hace unas décadas y sustituyeron el arte por la política o los juegos intelectuales abstractos. Los extranjeros ya no van a París a enriquecer su humanidad con formas modernas de lo maravilloso. No había nada maravilloso en el marxismo de Sartre y sus seguidores. La filosofía francesa de posguerra, adaptada del alemán, no era tan encantadora. París, que había sido un centro, seguía teniendo *aspecto* de centro y no podía admitir que ya no lo era. De Gaulle, apoyado por Malraux, emitía sus decretos a un mundo ansioso por darle su acuerdo, pero cuando el anciano murió ya no quedaba nada; nada sino viejos monumentos, viejas gracias. Marxismo, eurocomunismo, existencialismo, estructuralismo, deconstruccionismo: eso no pudo restaurar la fecundidad de la civilización francesa. Una lástima. Un gran cambio, un gran retroceso. Los Giacometti y Stravinski, los Brancusi ya no vienen. Los jóvenes ya no van a París atraídos por un centro artístico internacional. Llegan, en cambio, terroristas. Para ellos, las tradiciones revolucionarias francesas degeneraron en un confuso izquierdismo, y un gobierno que corteja al Tercer Mundo convierte a París en un lugar privilegiado para poner bombas y dar conferencias de prensa.

Los desórdenes del mundo no tardarán en dejar su marca en París. A los centros de atracción les salen moretones con mucha facilidad. ¿Y por qué París lleva siglos atrayendo tanta atención? Pues sencillamente, porque es la ciudad santa del laicismo. «Wie Gott in Frankreich», era la expresión empleada por los judíos de Europa oriental para describir la perfecta felicidad. Es un símil que me ha intrigado durante muchos años, y me parece que ahora estoy en condiciones de darle una interpretación. Dios sería completamente feliz en Francia porque no lo molestarían con plegarias, ritos, bendiciones y solicitudes de interpretación de delicadas cuestiones dietéticas. Rodeado de no creyentes, Él también podría distraerse a la caída de la tarde, igual que hacen miles y miles de parisienses en sus cafés favoritos. Pocas cosas hay más agradables, más civilizadas, que una tranquila *terrasse* al anochecer.

Chicago: tal como era, tal como es

(1983)^[40]

Ser conciso sobre Chicago es más difícil de lo que cabría imaginar. La ciudad representa algo en la vida americana, aunque ese algo nunca ha estado muy claro. No a todo el mundo le gusta. Como vecino de Chicago desde 1924, he llegado a comprender que hay que tomarle el gusto poco a poco, lo que solo puede hacerse después de vivir allí durante décadas. Pero al cabo de todos esos años tampoco es fácil formular los motivos de ese aprecio, porque la ciudad está en perpetuo cambio, y la escala de sus transformaciones es tremenda.

Chicago se construye, se derriba otra vez, recoge los escombros y empieza de nuevo. Las ciudades europeas destruidas por la guerra se restauraron laboriosamente. Chicago no restaura; hace algo absurdamente distinto. Contar aquí con la estabilidad es una locura. Un parisiense siempre ve el París de antes, tal como ha sido durante siglos. El veneciano, mientras el barro no se trague a Venecia, tiene ante los ojos las cosas que veían sus antepasados. Pero el habitante de Chicago, cuando pasea por la ciudad, se siente como alguien que ha perdido muchos dientes. Explora los huecos con la lengua; veamos ahora: aquí el tranvía de la calle Cincuenta y cinco torcía hacia la avenida Harper y llegaba al final de la línea; luego el revisor se apresuraba al otro extremo del vehículo, dando la vuelta al respaldo de los asientos de mimbre. Después volvía a colocar el trole en el cable. En esta esquina estaba Kootich Castle, una pensión bohemia donde solían reunirse licenciados, fotógrafos, pintores en ciernes, extremistas filosóficos y técnicos de laboratorio (en vez de gatos, una chica tenía ratones blancos). La avenida Harper no era precisamente la orilla del Sena; ninguno de sus edificios recordaba la Sainte-Chapelle. Eran francamente feos, pero muy nuestros, nos resultaban familiares, y la supervivencia de lo que es nuestro da continuidad a la existencia. Nuestro destino no es aquí encontrar consuelo en los viejos lugares familiares. Nosotros, los habitantes de Chicago, no podemos instalarnos sentimentalmente en nuestros recuerdos.

Por el oeste, nada impide la vista de los nuevos rascacielos. El más alto, la Torre Sears, centellea entre sus compañeros acorazados, semejantes a los caballeros teutónicos de Eisenstein que miran a Aleksander Nevski desde el otro lado del mar de hielo. El proyecto consiste en avanzar hacia el oeste a partir del centro para rellenar las calles abandonadas, los solares vacíos, con edificios de apartamentos y centros comerciales. En este momento nadie puede asegurar que el plan sea factible, que los grandes bancos y empresas vayan a tener suficiente confianza en el futuro de una ciudad con su vieja industria parada, con sus legendarios almacenes vacíos. De todo el páramo industrial de los estados centrales, el nuestro es el más árido.

Como novelista profesional, también me considero un poco historiador. Hace más

de treinta años publiqué *Las aventuras de Augie March*, novela que en parte es una crónica del Chicago de los años veinte y treinta. Por los programas universitarios veo que mi libro se estudia en un considerable número de facultades. También se lee en Yugoslavia, Turquía y China, de manera que en el mundo entero la gente tiene una idea de Chicago, escenario de las aventuras de Augie. Pero ese Chicago ya no existe. Solo se encuentra en la memoria y la ficción. Como el Cícero de Al Capone, el Klondike de Jack London, los bosques de Fenimore Cooper, el paraíso de Gauguin en el Pacífico, la jungla de Upton Sinclair, ya no es hoy más que un lugar imaginario. Los años treinta han desaparecido del mapa: casas en ruinas, solares; los personajes urbanos —tenderos, carniceros, dentistas, vecinos— ya han recibido su recompensa eterna, mientras los supervivientes se encierran en residencias de ancianos, chochean en Florida, mueren de Alzheimer en Venice, en California. Una nueva y animada población latina ocupa mi antiguo distrito, el Veintiséis. Sus viejas casas se han derrumbado o un incendio las ha reducido a cenizas. El índice de fracaso escolar es uno de los más altos de la ciudad, los traficantes de droga se dedican abiertamente a sus trapicheos. Al pasear un día de invierno por Division Street, examinando las pintadas en español, las caras morenas, leyendo extraños letreros en los escaparates de las tiendas, uno se imagina cómo se sentiría Rip Van Winkle si al despertar de su prolongado sueño se hubiera encontrado, no en su pueblo natal, sino en un *barrio* de San Juan de Puerto Rico. La tosca e insolente ciudad de inmigrantes es ahora, en buena parte, una ciudad de negros e hispanos.

La rapidez con que se suceden los ciclos de prosperidad y desolación representa un extraordinario acicate para historiadores y poetas. Fundado en 1833, Chicago no tiene la antigüedad necesaria para atraer a los arqueólogos, como Roma y Jerusalén. Sin embargo, los residentes de toda la vida podrán pensar que tienen sus propios monumentos y que el desarrollo acelerado ha comprimido las décadas, convirtiéndolas en siglos y sometiendo a los habitantes a un programa de envejecimiento intensivo. Quien haya vivido aquí el tiempo suficiente habrá visto con sus propios ojos el movimiento de la historia y tendrá una buena percepción del paso del tiempo, de la eternidad, quizá.

Tantas ascensiones y caídas, tantas muertes, renacimientos, metamorfosis, tantas migraciones tribales. A principios de siglo, para los jóvenes de los estados centrales, Chicago era la electrizante capital regional. Aquí estudiaban la carrera jóvenes de Ohio o Wisconsin, que luego serían médicos, ingenieros, periodistas, arquitectos, cantantes. Aquí establecían contacto con la civilización y la cultura. Aquí Yerkes, Insull y Armour acumularon enormes fortunas con la carne de cerdo, el gas, la electricidad o el transporte. Sus trabajadores inmigrantes, centenares de miles, vivían en aldeas industriales: detrás de los almacenes, cerca de los altos hornos, los irlandeses en Archie Road, los griegos, italianos y judíos en Halsted Street, los polacos y ucranios a lo largo de Milwaukee Avenue.

No hace tanto tiempo, según el calendario, Carl Sandburg ensalzaba a Chicago

calificándolo de charcutero del mundo, de gigante infantil que disfrutaba jugando con trenes. Pero los muchachos campesinos, seducidos por las prostitutas bajo las farolas, han desaparecido (como las granjas de donde venían). Los mataderos se han trasladado hace mucho a Kansas y Missouri, los depósitos ferroviarios se reconvierten en viviendas para «jóvenes directivos». E incluso el lenguaje de Sandburg está pasado de moda. Es el de las agencias de publicidad de los años veinte y en parte recuerda los lemas del Ayuntamiento cuando era alcalde Bill Thompson *el Grande*. «Propaganda, no golpes —nos decía—. Suelta el martillo. Coge el megáfono».

¿De qué tendríamos que hacer propaganda? En la ciudad, el verdadero poder estaba en La Salle Street, en manos de los Insull y otros magnates, de los políticos corruptos. Desde su cuartel general en Cicero y en la calle Veintidós, el anarquista Al Capone y su banda de cómicos asesinos vendían cerveza y alcohol, dirigían el tinglado. Compraban funcionarios y agentes de policía como si fueran palomitas de maíz. Bill *el Grande* era uno de nuestros graciosos mandatarios, al igual que John *el Baños* y Kenna *el Figurín*, políticos ocurrentes que no dejaban de arrancar carcajadas al público. Yo me contaba entre los centenares de miles de chicos a quienes los agentes electorales de Bill *el Grande* regalaban entradas al parque de atracciones de Riverview para subir en la montaña rusa, hacer muecas en la casa de los espejos, y comer algodón de azúcar, que hacía cosquillas como una barba y se disolvía instantáneamente en la boca. Quien dispusiera de cinco centavos podía tratar de ganar una muñeca Kewpie en la caseta de tiro al blanco. A los doce años, yo era un admirador de Bill *el Grande*. Los colegiales lo adoraban.

Al alcalde le gustaba aparecer en público, y después de su jubilación, en el ocaso de su vida, se le veía pasar por el Loop en su limusina con chófer. Solitario, melancólico, silencioso. Con una enorme manaza colgando de la correa de terciopelo. Había pasado parte de su juventud en el campo, de manera que solía llevar un sombrero vaquero, bajo el cual tenía un aspecto hinchado y corrompido. A Rouault le habría gustado hacerle un retrato, uno de esos rostros montañosos que él pintaba: este sobre un fondo de tedio furibundo al estilo de Chicago.

Bill *el Grande* está hoy tan lejos de nosotros como Senaquerib o Asurbanipal. Solo a los anticuarios se les ocurre pensar en él alguna vez. Pero Chicago sigue haciendo propaganda. Con el alcalde Daley (el primero) éramos «La ciudad que trabaja». Los constructores que remodelaron la parte norte de Michigan Boulevard anunciaron que habían creado la «Milla de Oro». Nada menos. Ahí se han establecido orgullosamente Neiman-Marcus, Lord y Taylor, Marshall Field's, Gucci y Hammacher Schlemmer. Una gruesa capa de comodidad y lujo se ha extendido sobre la sección norte del distrito comercial, con sus boutiques, bares, gimnasios y restaurantes de *nouvelle cuisine*. La Torre John Hancock y la Milla de Oro son las direcciones más prestigiosas de la ciudad. Desde sus privilegiadas ventanas se domina el lago Michigan, con sus embarcaciones de recreo y sus estaciones de

bombeo de agua. Hacia el sur se ven las refinerías de Hammond y Gary, y los altos hornos, o lo que queda de ellos. Torciendo hacia el oeste, se tienen las viviendas sociales de Cabrini Green, uno de los muchos proyectos construidos para la población acogida a la asistencia social. En realidad, los barrios pobres se ven mejor desde un restaurante situado en lo más alto de un edificio de noventa y cinco pisos, una oportunidad maravillosa para los que gustan de contemplar paisajes.

No se puede ser neutral sobre un lugar donde se ha vivido tanto tiempo. Acaba uno por darse cuenta de la cantidad de energía emocional que ha gastado. Es inútil creer, como Miniver Cheevy^[41], que le habría ido a uno mejor en otra época, en una ciudad más civilizada. Esta es la que se le ha asignado, igual que a sus padres, hermanos, primos, compañeros de clase, amigos: la mayor parte de ellos en los cementerios de las afueras de la ciudad. Allí donde los incendios, las bolas de demolición y los muros que se derrumban han causado tanto destrozo, los vínculos humanos cobran más valor. De manera que busco a mi primo el panadero, voy a ver a un antiguo compañero que juzga un asunto penal. Asisto a reuniones del consejo municipal y a sesiones públicas, hablo con Winston Moore sobre política negra o almuerzo en el Bismarck con un ayudante del fallecido alcalde Daley. La política municipal es como la ópera cómica. Hay jueces de distrito condenados por tomar parte activa en la delincuencia organizada. A saber cuántas salas de lo penal oyen a los testigos y preparan las acusaciones. En mis paseos, sintiéndome como un inspector extraoficial, sin salario, visito las nuevas casas de apartamentos en las orillas del río Chicago, que en mis tiempos no eran sino un inmenso descampado. Calificar esas expediciones de tristes no sería exacto. No estoy apesadumbrado, sino intranquilo, y también muy intrigado; tengo una tremenda curiosidad. Después de todo, no soy un simple espectador, porque aquí he gastado energía vital, entre estos barrios y yo ha habido un intercambio de influencias, aunque no sé en qué proporción.

En momentos de debilidad trata uno de tomar en serio las opiniones de los urbanistas según las cuales las grandes ciudades americanas del norte son creaciones decimonónicas que pertenecen a un estadio primitivo del capitalismo y por tanto no tienen futuro. Pero un artículo del *Chicago Tribune* anuncia que doscientos comerciantes minoristas, promotores y agentes inmobiliarios de todo el país se han reunido en el Hilton para proyectar unas nuevas galerías fuera del Loop. ¿Acaso ven una ciudad moribunda dominada por bandas juveniles que luchan en las calles llenas de escombros? ¡En absoluto! Los centros comerciales urbanos «crean animadas comunidades en el corazón de la ciudad», según nos dicen. El alcalde Washington y «los pilares del Ayuntamiento» están «vendiendo Chicago» a docenas de posibles inversores.

Como otros habitantes de Chicago de mi generación, me pregunto en qué va a quedar todo esto. En el pasado, observábamos los acontecimientos. No teníamos control sobre ellos, desde luego. Pero estaban llenos de vitalidad, resultaban

divertidos. Los prebostes demócratas —Tony Cermak, Kelly-Nash y Richard Daley — no tenían una opinión muy elevada de la naturaleza humana, y tampoco les preocupaba la justicia en abstracto. Dirigían una oligarquía cerrada. Los políticos hacían negocios provechosos pero gobernaban con innegable eficacia. A la administración actual le interesa poco la eficacia. La creciente población negra e hispanoamericana ha sabido hacerse con el poder. En vano resisten los votantes irlandeses, griegos, polacos e italianos. Mientras se extiende el conflicto y se multiplican los procesos penales, los impuestos suben y los servicios disminuyen. No hay muchos que lloren la desintegración de la máquina, pero ¿con qué se la va a sustituir? Todo parece a disposición del primero que lo pida, y todo el mundo pregunta: «¿Lo conseguiremos?». Los blancos de clase media, base de los ingresos tributarios del Ayuntamiento, se han trasladado a las afueras. Para los habitantes del extrarradio, la ciudad es un teatro. En Schaumburg, Barrington y Winnetka nos ven por la pantalla de televisión.

¿Es que a Chicago, ese intrépido funámbulo que nunca ha sufrido una caída, le va a dar un calambre en medio de la cuerda floja? Aquellos de nosotros, como yo mismo, que nunca hemos abandonado Chicago —los fieles— nos decimos que no va a caer. Porque sencillamente no nos cabe en la cabeza que Estados Unidos se quede sin sus grandes ciudades. ¿Qué podemos ganar con irnos a vivir a las afueras? Nosotros también nos convertiríamos en simples espectadores, y la historia de Estados Unidos sería como un programa de televisión. Que los espectadores vieran como cualquier otro: la extinción de las selvas tropicales, o la historia de las pirámides de Egipto.

Paseando por Le Moyne Street, buscando la casa donde la familia Bellow vivía hace medio siglo, no encuentro más que un solar vacío. Sorteando los escombros, me imagino las habitaciones en lo alto. Solo hay vacío alrededor, ni rastro de la vida de antaño. Nada. Pero quizá sea mejor que no haya nada físico a lo que agarrarse. Eso lo obliga a uno a recogerse, a buscar lo que perdura en su interior. A la menor oportunidad, Chicago lo convierte a uno en un filósofo.

Vermont: un sitio espléndido

(1990)^[42]

En 1951, cuando vivía en un enorme edificio de ladrillo en el municipio de Queens, leí un libro de Odell Shepard sobre la Nueva Inglaterra rural y decidí ir para allá inmediatamente. Hice la mochila, compré un par de buenas botas, cogí el tren en Grand Central y me bajé en Great Barrington. Siguiendo un mapa que había copiado del libro, fui adentrándome en Connecticut a través de carreteras secundarias. No me encontré con otros excursionistas. Era uno de los primeros días de octubre, cálido y luminoso. La marcha fue fácil al principio, pero el terreno era accidentado y pronto empecé a fatigarme. En las cuestas más empinadas me adelantaban camiones. Evidentemente, los conductores se preguntaban qué hacía por allí a pie. Algunos se paraban y se ofrecían a llevarme. Yo se lo agradecía calurosamente, pero contestaba que quería ir andando.

—¿Andando? Será mejor que lo lleve, ¿no le parece?

—He venido de excursión, a ver el paisaje.

Mi negativa los dejaba confusos. ¿Un excursionista? ¿Por aquí? El sol aún era fuerte, tenía que estar completamente agotado. Debía de tener el aspecto de un excéntrico satisfecho y testarudo, y seguro que los camioneros, al alejarse, se alegraban de que no hubiera aceptado su ofrecimiento. Mi mapa indicaba un pueblo no lejos de allí. Un empleado de la compañía telefónica, a quien pregunté si todavía faltaba mucho, se limitó a encogerse de hombros y apretar el acelerador. No había pueblo alguno a la vuelta de la siguiente curva, ni tienda para comprar algo y beberme una botella de Nehi sentado en los escalones de madera; solo adormecidos campos de heno. Los puntos de referencia descritos por Shepard —caseríos, granjas, tabernas, establos— habían desaparecido, se habían esfumado.

Cuando una camioneta con un remolque de caballos se detuvo unos kilómetros más allá, no dudé en subir, agradecido por la oportunidad de que me descansaran los pies. El conductor tenía acento extranjero; era danés, entrenador de caballos. El hecho de que fuera extranjero me venía bien; quizá no hubiera sido capaz de explicar a un norteamericano lo que había ido a hacer allí. El entrenador simpatizó con mi romántica peregrinación. Él había hecho lo mismo en Dinamarca. Puso de relieve, sin embargo, que Estados Unidos era demasiado grande para caminar. Aquellos vastos espacios abiertos no eran ninguna Arcadia. El tiempo quizá conviniera a faunos y sátiros, pero faltaban las demás condiciones. Los campesinos yanquis se habían marchado. Sus hijos eran agentes de Bolsa, sus hijas vivían en Filadelfia o Nueva York.

Pasé la noche en un establo, entre los caballos del danés. Las ratas correteaban bajo el catre de tijera.

Pero mi fallida expedición no acabó con mi amor por las praderas, los bosques y los arroyos, con lo que los geógrafos llaman las regiones boscosas del este, la campiña de Nueva Inglaterra; solo actualizó mi perspectiva. Yo había nacido en aquellas regiones boscosas, en Lachine, a orillas del San Lorenzo, en Quebec. Cierto que había vivido en Chicago la mayor parte de mi vida, pero los estados centrales nunca habían llegado a gustarme del todo; el suelo era diferente, hasta sus moléculas me parecían más gruesas, más burdas. Imaginaba, por lo visto, que el este era de una materia más fina.

Millones de campesinos abandonaban las tierras; pero los habitantes de la ciudad, sobre todo los escritores, albergaban visiones de bienestar y felicidad en el campo, bajo los árboles. Edmund Wilson a veces se recogía en el Cape o al norte del estado de Nueva York; Delmore Schwartz se había instalado cerca de Frenchtown, en Nueva Jersey; Salinger se retiró a New Hampshire. Evidentemente, todas esas personalidades de talento buscaban en el campo un alivio a los problemas engendrados por la ciudad.

Yo mismo, presa de excitación nerviosa pero temblando también de devoción natural, me mudé al campo a mediados de los cincuenta, invirtiendo una pequeña herencia en una casa de Dutchess County, donde viví siete u ocho años como un lugareño más. En aquella enorme mansión (catorce habitaciones, cocina holandesa, escalera señorial, incontables chimeneas, techos de seis metros) acabé adquiriendo maña para los arreglos de la casa. No tenía dinero para pagar fontaneros ni carpinteros. Hube de pintar las paredes. Cortar el césped y ocuparme del jardín. Tenía vecinos literatos —Richard Rovere, Gore Vidal—, pero las reparaciones y el jardín no me dejaban tiempo para charlar, leer ni escribir. Además, no podía soportar la idea de que había malgastado el dinero laboriosamente ahorrado por mi padre en una ruinoso mansión a la orilla de un río: «Muy propio de ti», me habría dicho. Acabé librándome de ella.

Durante los últimos diez años (estoy viendo que ya soy lo bastante viejo para ser pródigo con las décadas) he pasado mucho tiempo en Vermont.

Supongo que la región entre Great Barrington y New Canaan se había encarecido demasiado para dedicarla a la labranza. Puede que la hubieran comprado algunos promotores y estuviera desierta de momento porque aún no habían empezado a «promoverla». La razón más evidente de aquella desolación se halla en el gran desarrollo urbano experimentado por Estados Unidos a raíz de la Segunda Guerra Mundial. La tierra se vendió o abandonó. Al noreste, el rebrote de raquíticos bosques ha invadido campos y praderas. Quien recorra los apartados rincones de Vermont, como yo suelo hacer a menudo, saltando vallas de piedra vacilantes y deterioradas y salientes cubiertos de musgo, se encontrará con cimientos antiguos, montones de ladrillos rojos, molinos de agua infestados de maleza. A lo largo de las carreteras, macizos de lilas señalan el camino de entrada a granjas ya desaparecidas, con algunos manzanos supervivientes entre los arces y abedules. Ahí puede uno comunicarse, si

se tiene afición a esas cosas, con la Norteamérica anterior a la mecanización, la de las rastras y cosechadoras tiradas por caballos. También se encuentran cerraduras, goznes, pomos de puerta, botellas viejas y toda clase de tesoros residuales. Las vallas de piedra cercaban campos relativamente pequeños. No es preciso forzar la imaginación para ver en su interior algunas ovejas, vacas o sembrados: liliputienses, para quien viene de los estados centrales.

Pero en el patio puede uno sentarse en paz bajo un gran nogal, o un arce aún mayor cuya vida comenzó en el siglo XVIII. La envergadura de esos árboles parece conferir más altura al cielo. Pocos aviones pasan por aquí. Salvo el fin de semana, los caminos de tierra están relativamente desiertos. En el pueblo mismo no hay tiendas ni tabernas, ni industrias, ni estaciones de servicio ni garajes. El ruido de una motosierra o el golpeteo de un martillo se oye de vez en cuando a kilómetros de distancia. La granja más cercana está a un kilómetro en dirección este. Allí viven una viuda llamada Verna y su hijo Hermie, un sencillo trabajador del campo, serio, robusto y silencioso. A Hermie se le tiene en la zona por un artista de la reparación de cercas. No se gasta dinero en alambrado. Sus cercas, a lo largo de hectáreas y hectáreas, están empalmadas con trozos oxidados de alambra, algunos de los cuales apenas tienen tres o cuatro centímetros. En ninguna parte hay un solo metro de alambre nuevo. El artista es musculoso, poco comunicativo, lleva botas de caucho, mono y gorra de visera.

No tengo vecinos alrededor. El más cercano es un biólogo de Yale que prefiere Vermont a cualquier ciudad universitaria y da clases de ciencias naturales en un instituto de la región. Su mujer diseña y hace joyas. A un kilómetro en dirección oeste vive el que me construyó la casa, un hombre ingenioso, de extraordinaria inventiva. Su mujer, enfermera de obstetricia, y él son amigos míos. Por aquí hay pocos lugareños; los vecinos son, en su mayoría, recién llegados o veraneantes. Ningún municipio estaría completo, supongo, sin el excéntrico que ocupa ilegalmente alguna propiedad. El nuestro colecciona vehículos viejos: coches y camiones. Su chabola, con plásticos aleteando en los huecos de las ventanas, está rodeada por máquinas de todas clases. Sus animales se nutren de malas hierbas y tortas de arroz partido que le traen en camión de alguna fábrica cercana a la frontera de Massachusetts. Enormes cerdos de largas patas irrumpen en la carretera con aspecto de llevar zapatos de tacón alto. Invaden los huertos de los vecinos y se ponen a hozar en ellos. Algunos dicen que el excéntrico es de familia respetable y bien educada. En los viejos tiempos habrían dicho que era gitano, trapero o emigrante sin trabajo. La propiedad que ocupa está junto a una represa recientemente abandonada por los castores.

En este vecindario, los antiguos habitantes adquirieron sus tierras en el reinado de Jorge II. Difícil distinguirlos de los colonos franceses venidos de Canadá hace varias generaciones: gente que se llama La Rock y frecuenta las iglesias protestantes. En el Vermont profundo hay una población inamovible, resistente a los cambios. Algunos pretenden, con cierto orgullo desafiante, que nunca han puesto los pies en una gran

ciudad. Flossie Riley, que sigue levantándose antes del amanecer para ordeñar las vacas (nada de máquinas para Flossie), me dijo que había estado en Burlington una vez y que había tenido suficiente; el barullo le había dado dolor de cabeza, y casi se asfixia con el humo de los tubos de escape; ni *soñando* iría a Nueva York. Sabía perfectamente cómo era Manhattan; lo había visto en televisión y no quería tener nada que ver con eso. Los defensores del antiguo estilo de vida se dedican a cavar, cortar leña, atender a los animales, sangrar los arces; su conversación gira en torno al barro de los caminos en la época de lluvias, el frío y la ropa interior térmica, el precio de la leña o el servicio de bomberos voluntario. Muchos de los habitantes del municipio trabajan en ciudades de la región; en una fábrica de vendajes quirúrgicos, por ejemplo, o en una serrería que produce tablas envejecidas para quienes prefieren un estilo rústico en el salón. Centros urbanos como Brattleboro, o Greenfield, en Massachusetts, atraen a trabajadores que hacen treinta o cuarenta kilómetros diarios desde los «pueblos dormitorio». Algunas aldeas apartadas resisten a los promotores y la tentación de las plusvalías inmobiliarias. Por miedo a los extraños, al ruido y la inquietud que generan, se niegan a autorizar la apertura de nuevos comercios. Los que viven en la campiña de Vermont instalan parabólicas en el patio y también antenas normales; sus hijos, como en todas partes, se quedan absortos al ritmo vudú que sale de sus walkman. Ningún rincón del país puede estar «desconectado». Todos llegan a saber, de un modo u otro, lo que ocurre en cualquier parte. Sutiles oleadas mundanales inundan las terminaciones nerviosas de los hombres hasta en los rincones más apartados del planeta. En las aldeas, sin embargo, quienes mandan son los miembros de la comunidad. Se acepta a los recién llegados bajo determinadas condiciones. Han de pagar sus impuestos, comportarse decentemente y seguir unas cuantas normas mínimas.

Mi mujer y yo llegamos en primavera, como gansos del Canadá, a veces remontando de nuevo el vuelo pero visibles de manera intermitente hasta el otoño. El cartero y el camión de la basura poseen cumplida información de nuestras idas y venidas. Hay, sin embargo, otros misteriosos canales subterráneos de información, pues cuando Jack Nicholson, acompañado de William Kennedy, el novelista de Albany, y su mujer vinieron a verme hace un par de años, la noticia circuló con cierta antelación. Nicholson, que estaba filmando entonces *Tallo de hierro* en Albany, venía a charlar sobre una película basada en una de mis novelas. Su alargada limusina blanca no podía girar por la cerrada curva entre los postes de la entrada de mi casa. A lo lejos, los vecinos contemplaban en silencio las maniobras del chófer, maravillados frente al enorme automóvil, con su antena de media luna musulmana en el maletero. Entonces se bajó Nicholson, a la vista de todos.

—¡Vaya! —exclamó—. Detrás de los cristales tintados no se aprecia lo verde que está todo.

Encendió un cigarrillo de misterioso aspecto y sacó un pequeño cenicero de bolsillo, una cajita dorada semejante a un pastillero. Puede que sus colillas se hayan

convertido en reliquias u objetos de colección. Debí preguntárselo, pues tomaron nota de todos sus movimientos y hube de contestar a las preguntas de los vecinos, para quienes la aparición de Nicholson fue algo así como la consagración de todo un tramo de carretera.

Otra visita, una maternal anciana de Idaho que venía a ver a su hijo, describió nuestras carreteras —toda la red municipal— como «una serie de túneles verdes». Para quien va en coche, las carreteras cubiertas de sombra *dan* ciertamente esa impresión. En los días de calor, el caminante agradece la sombra, aunque cuando se detiene el viento, moscas, tábanos y otros insectos que zumban invisibles parecen acechar entre los huecos. Cuando llueve, apenas se moja uno, amparado por el espesor de la fronda, y se oyen las gotas cayendo de hoja en hoja. Al cabo de los años llega a conocerse cada uno de los álamos, arces y hayas, los tilos, los grillos, las piedras, las zanjas de drenaje, los pájaros y toda la fauna, incluidas las rojas salamandras que cruzan la carretera.

A los organizadores profesionales del mundo entero les corresponde la provechosa tarea de ocuparse de la gente que necesita organizar su tiempo de ocio. Periódicos y revistas ofrecen información o publicidad sobre vacaciones en cualquier estación, en cualquier región del mundo. Al este, oeste, norte y sur, se hacen preparativos para recibir y entretener a turistas, bañistas, esquiadores, comensales, ociosos, bailarines. Gigantescas empresas organizan territorios enteros para viajeros en busca de nuevas diversiones. Más importante, quizá, que palmeras, pirámides, playas o los templos de Angkor Vat, es la búsqueda de la tranquilidad. Reposo, calma, paz. Pero los raros insatisfechos, en busca de gozos singulares, vuelven a encontrarse con la masa en instalaciones idénticas de un extremo a otro del planeta: habitación, cama, ducha, televisión, restaurante, y a las diez en punto de la mañana su grupo tiene una visita guiada a los Uffizi o una excursión por un sendero forestal.

Pero en el Vermont del que vengo hablando no existen tales preparativos. En el pueblo más cercano, sí, bajará gente de los autocares a comprar cestas, sirope de arce, queso añejo y chucherías. Pero quince kilómetros más lejos, en el bosque, no se oyen motores. Cuando uno se despierta, alertado por los pájaros, abre los ojos sobre el denso follaje de enormes árboles centenarios. Si la cocina de piedra está húmeda, como suele pasar incluso en julio, se sube leña del sótano y se enciende el fuego. Después de desayunar, se sale al porche con el café en la mano. El rocío absorbe hasta la última partícula de luz. Los colibríes persiguen a sus congéneres entre las fucsias y las cruces de Malta. Las culebras salen de sus cobijos de piedra para tomar el sol. Las hojas de los álamos, cuando se entornan los ojos, son como una lluvia de monedas. Y al bajar hacia el estanque, se puede sentir lo mismo que el salmista frente a las aguas mansas y los verdes pastos.

Invierno en la Toscana

(1992)^[43]

¿Invierno en la Toscana? Bueno, y por qué no. Para millones de italianos es normal. El turista de hoy pasa sus vacaciones de invierno al sol o en las pistas de esquí. Pero mis asuntos me condujeron a Florencia en diciembre, y había asegurado a mi mujer, Janis, que, con dos semanas libres cuando los hubiese despachado, la campiña de Siena sería el sitio preciso para que dos americanos de ciudad restaurasen su agotada energía mental. Las multitudes invernales resultarían exasperantes en cualquier otro sitio —en el Caribe o en las laderas alpinas— y tendríamos para nosotros solos toda aquella antigua región, donde compartiríamos el frío con el pueblo llano.

Esperando un tiempo riguroso, nos llevamos ropa interior térmica, plumíferos, forros de piel de conejo, bufandas y Reebok. En Montalcino hacía frío, desde luego, pero el aire era tan claro como un carámbano de hielo. El otoño acababa de terminar, el vino nuevo ya estaba en la barrica, la última aceituna en la prensa, las ovejas pastaban, los cerdos engordaban y las antiguas iglesias y monasterios añadían un invierno más a su cuenta. Desde las alturas cercanas a Monticello se veía Siena. En cuarenta kilómetros no había ningún obstáculo que interrumpiera la perspectiva. No tengo una debilidad especial por las vistas. Era la belleza de la visibilidad en cuanto tal, junto a la ausencia de fábricas, refinerías y vertederos, lo que atravesaba la coraza antipaisaje de mi alma del siglo xx. Para admirar el panorama, sin embargo, había que permanecer de pie, además de soportar el frío. La *tramontana* barría el pueblo cuando llegamos. De noche abría violentamente las ventanas y de día te pelaba la cara.

Generaciones de americanos que se han criado con calefacción central pueden aguantar el frío con esquís, en motos de nieve, sobre el hielo, pero no poseen la capacidad europea de dedicarse a sus quehaceres en cocinas frías y salones glaciales. Los europeos se enorgullecen de su resistencia a los rigores del invierno. Les otorga una superioridad que a nosotros nos parece menos espartana que masoquista.

Recuerdo haber maldecido a la dirección de un siniestro hotel inglés mientras me rebuscaba en los bolsillos un chelín para echarlo en el contador de gas, y una vez que me invitaron a una facultad de Cambridge me vi obligado a dirigirme a la portería para solicitar un poco de calor.

—Si mira usted debajo de la cama, señor —me dijo cortésmente el portero—, verá que hay un aparato de calefacción.

Bajo el somier, una vez retirada la ropa de cama, encontré un cable eléctrico a cuyo extremo había una bombilla de cuarenta vatios. Se suponía que el calor desprendido por la bombilla atravesaba el colchón y le hacía revivir a uno. Esa austeridad casaba con las polvorientas y deshilachadas togas de los profesores, que no

se caían a pedazos, literalmente, gracias a los remiendos de grapas y trozos de papel celo. Gustaban esos eruditos de vestirse con desaliño, de mostrar indiferencia hacia los dedos morados y las narices encarnadas, de hacer caso omiso a la glacial taza del retrete. Porque la mente estaba en su sitio y hacía del infierno un paraíso. La puerta de aquel edén espiritual permanecía abierta, pero yo me estaba congelando.

Una vez liberado de la servidumbre de la calefacción, no se siente el frío. El invierno toscano no afecta a la apreciación de los quesos, sopas y vinos de la región. En el ondulado colchón se duerme bastante bien, y después de desayunar se visita una iglesia románica, o una residencia veraniega del Papa; se da un paseo por el campo. Puede uno sentarse al sol en un sitio abrigado y ver cómo pastan las ovejas.

Los lugareños que encuentra el visitante se alegran de verlo por allí; toman su estancia fuera de temporada como una señal de admiración por la larga y espléndida historia del ducado y están dispuestos a recompensarlo con diversas informaciones. Al pasar, uno habla de la deforestación de las colinas durante la Alta Edad Media; otro menciona los estragos del paludismo y la peste negra de 1348; un tercero aporta conocimientos sobre las exportaciones a Inglaterra de la Toscana medieval. La tierra de esos campos parece haber pasado por millones de manos, de generación en generación. Nuestro entorno americano nunca estará tan plenamente humanizado. Pero el paisaje lleva los siglos con levedad, y las ruinas y edificios antiguos no inducen a la melancolía. En realidad, los interiores románicos son un buen remedio para la pesadumbre.

La región es famosa por sus productos —aceite, vino y quesos—, y también por sus castillos, fortalezas e iglesias. Una desastrosa helada diezmó los olivares hace unos años: los árboles suministran ahora a las granjas combustible para el invierno. Las nuevas plantaciones aún no dan mucho aceite, pero las reservas de vino son tan abundantes como siempre.

En la Fattoria dei Barbi, propiedad de la familia Colombini-Cinelli, las cubas, algunas de ellas de roble esloveno, son del tamaño de los motores de un reactor 747. Termómetros e indicadores de nivel cuelgan de paredes y vigas. Nos sirve de guía Angela, una muchacha cuyo precioso rostro no es menos interesante que la muestra enológica. Limpias y silenciosas, las bodegas se superponen en varios niveles; el único ser vivo con que nos encontramos es un gato, que parece conocer de memoria el recorrido. En la Segunda Guerra Mundial se construían falsos tabiques para ocultar las buenas cosechas a los alemanes. Las botellas casi sagradas tienen una iluminación tenue, un tanto reverencial. Se siente uno invitado a rendir homenaje a ese raro Brunello de Montalcino. Ondeando el rabo como una bandera, el gato se erige en guía auxiliar y dirige al grupo de arriba abajo, dentro y fuera, de bodega en bodega. Tomamos afecto a ese gato, que derrocha todo el encanto de un veterano de eróticas guerras.

Cuando volvemos a la planta baja el gato sale del edificio entre nuestras piernas. Seguidamente entramos en una enorme estancia donde blancos quesos pecorino,

colocados en estanterías a intervalos regulares, esperan pacientemente a que les llegue el momento. Tras los quesos, los ahumaderos. En el aire sazonado de especias, los jamones cuelgan como grandes guantes de boxeo. El ver tanta carne quita el apetito, de manera que cuando entramos en la excelente Taverna dei Barbi me siento más inclinado a admirar la pasta que a comerla. Pero no cede el deseo por el Brunello, que va creciendo a medida que se llena la copa. Una vez más, lo de ser multimillonario tiene sentido. La fragancia del Brunello es una demostración inmediata de las ventajas de la opulencia. (Nunca me he apuntado a eso).

—No se pierdan Pienza —nos aconsejan repetidas veces.

De manera que convencemos a Angela para que nos lleve en una mañana soleada pero muy fría. Pienza fue la ciudad natal, en 1405, de Enea Silvio Piccolomini, futuro papa Pío II. Fue el responsable del bello conjunto de edificios renacentistas del centro de la ciudad. El más bonito, el *palazzo* Piccolomini, es el que hemos venido a visitar.

Dejamos el coche y subimos a pie a la calle principal. La primera impresión es de una pétrea elegancia renacentista combinada con los modernos escaparates de las tiendas. Estamos a uno o dos grados bajo cero. Unos elegantes caballeros de avanzada edad que están de pie frente a la puerta abierta de un café nos saludan con dignidad cuando bajamos por la acera de adoquines hacia el *palazzo*. Cumpliendo nuestra obligación turística, echamos una mirada a la iglesia del papa Pío, surcada por grandes fisuras que atraviesan la nave de piedra. (¿Cómo ocuparse del mantenimiento de los monumentos?). Siguiendo hacia el *palazzo*, el guarda nos adelanta en el patio. Nos ha visto desde el café de enfrente, su cálido refugio. Bien abrigado con prendas de lana y cuero, aparece con su brillante manojó de llaves plateadas y sube la escalera delante de nosotros. Pasamos por las pequeñas habitaciones utilizadas hasta no hace mucho por los miembros que aún quedan de la familia. Un conde Silvio Piccolomini vivió en los aposentos delanteros hasta 1960. Si hemos entendido bien a nuestro guía, la foto de un aviador sobre el piano del salón de música representa al último de su linaje. Quizá fuera el hijo y heredero del conde Silvio; es difícil obtener información exacta.

En los aposentos hay un árbol genealógico enmarcado de cuyas ramas cuelgan centenares de nombres. Pasamos por la noble biblioteca y la sala de armaduras. Rodeamos alfombras tan antiguas, tan tenues, tan pálidas, que se desintegrarían con solo pisarlas. En las estanterías hay enormes volúmenes de los clásicos encuadernados en piel. Tomo nota de que los papas del siglo xv leían a Tucídides e incluso a Aristófanes, y cuando entramos en el dormitorio papal pienso en lo difícil que habría sido manejar aquellos infolios en la cama. En este aposento glacial la cama es imponente y suntuosa, está ceremoniosamente cubierta con una lamentable colcha de color de alga marina, que se acerca sin remedio a la ruina. Puede que sea del siglo pasado. El colchón y la ropa de cama quizá no tengan más de ochenta o

noventa años, pero de todo aquello emana una amenaza de eternidad, y el visitante tiene la impresión de que si se tumba y pone la cabeza en la verduzca almohada, jamás volverá a levantarse. Hay una chimenea, o más bien una cavidad gótica en la pared lo bastante grande para albergar troncos de dos metros y medio, pero habría que alimentarla durante una semana para disipar tanto frío acumulado.

Nos alegramos de pasar de nuevo a la sala de los ventanales. El guía ha salido al balcón. Al reunirnos con él, volvemos a la Italia de siempre y sentimos gratamente la caricia del sol.

Pedimos un capuchino en un café abierto a los cuatro vientos. La gran máquina de *espresso* crepita y chisporrotea, y nos sirven las tazas en el enorme y brillante mostrador. Se enfrían con tal rapidez que conviene tomarlos antes de que se congelen.

Dirigidas a los turistas, las tiendas están agradablemente caldeadas. Entramos en una papelería y compramos un minúsculo Petrarca y otros artículos florentinos de uso corriente: objetos elegantes para los apartamentos de grandes viajeros. El primer premio va para una pluma de cristal de Murano, una espiral iridiscente.

En Montalcino, un curandero me trata de una distensión en el hombro. Lo apodan *Il Barba*, y es un anciano de estatura heroica, más sin afeitar que barbudo. Se convirtió en un héroe local al desempeñar el papel del bandido Bruscone (popularmente conocido como *Il Barba*) en una fiesta donde se celebraba la nueva cosecha Bruscone dei Barbi. Evidentemente se enamoró de su representación del legendario bandido. Hombre de acción, a su vez, luchó en la resistencia, y las paredes de su angosto salón están recubiertas de medallas y condecoraciones. También hay una espléndida colección de escopetas, porque es cazador. Ese gigante y su menuda esposa nos conducen a la alargada cocina, semejante a un armario, donde *Il Barba* me insta a que me sienta en un taburete y como cualquier médico me pregunta solícito cómo me hice la distensión. Le cuento que pasé por encima del manillar de una bici el verano pasado en Vermont. No logra entender que alguien como yo sea un intrépido ciclista. Dice que me desnude. Me quito la camisa, y me examina. Cuando localizamos entre los dos los sitios dolorosos, vierte su solución de hierbas en una cacerola pequeña y la pone al fuego. Su mujer, con los brazos cruzados y muy pegados al cuerpo, sigue todos sus movimientos. Mientras ella charla con voz ronca con nuestros amigos italianos, él me fricciona el hombro con su remedio herbáceo disuelto en aceite de oliva. Me aplica la mezcla caliente moviendo la mano como un pintor de brocha gorda. A una señal del marido, la mujer sale al porche a coger un ungüento para aplicarlo encima del bálsamo. Disfrutando del masaje, empiezo a pensar que *Il Barba* es capaz de curarme. De todos modos tengo debilidad por las fórmulas secretas de hierbas, y el tratamiento de la cocina tiene su lado oculto. (Se han tomado especiales medidas de seguridad). Vuelvo a ponerme la camisa, enteramente satisfecho de la sesión. El esfuerzo de encajarme el jersey no me causa dolor, y le digo que es un

maravilloso terapeuta. Responde con una inclinación, como si ya lo supiera. En el salón busca en un armario cerca de las escopetas y saca una bolsa atada con un cordel que contiene una buena cantidad de colmillos de jabalí. Nunca habría pensado que pesaran tan poco. Algunos de esos trofeos tienen adornos de plata, y me imagino que sirven para hacer collares o pulseras. Los ladrones se llevarían esto en vez de las escopetas, me asegura.

El gran bandido Il Barba nos mira desde su elevada estatura y, sonriente, nos sujeta la puerta, negándose a aceptar emolumento alguno y diciéndome que vuelva mañana para otra sesión del tratamiento. Es tan alto que pasamos bajo su brazo sin tener que agacharnos. Bajamos las escaleras, muy contentos, y es de noche.

Más visitas a sitios de interés: habituados al frío, ya no lo evitamos. Ahora preferimos excursiones al aire libre antes que contemplar interiores eclesiásticos. Hay un campamento de carboneros no lejos de allí, y un caballero entrado en años, Ilio Raffaelli, que hasta los veinticinco años fue, también él, *carbonaro*, nos explica la vida de aquellos trabajadores y el modo de hacer el carbón. El campamento, que ha reconstruido él mismo, es sumamente primitivo. La pequeña vivienda de los trabajadores me recuerda a una cabaña de adobe americana: una estructura de madera rellena de barro y paja. No tiene ventanas. Los trabajadores y sus familias dormían en simples catres de madera, que ocupaban la mayor parte del espacio. Uno era para el matrimonio, el otro para los hijos, a veces cinco o seis. Todos trabajaban en el bosque, trayendo agua del manantial o, en temporada, recogiendo bayas y otros comestibles. Ninguna herramienta de metal aparte de hachas y sierras. Las palas eran de madera, los rastrillos estaban hábilmente tallados. Los carboneros cerraban un contrato con los terratenientes, y acampaban durante aproximadamente medio año hasta cortar toda la madera utilizable en la propiedad. Luego se trasladaban a otra finca, donde construían nuevas viviendas de adobe. Las barracas, donde ardía una pequeña hoguera, estaban suficientemente caldeadas por la noche, nos informa nuestro guía.

Raffaelli es un individuo vigoroso, de corta estatura, que lleva gorra y una chaqueta sin abrochar. (Por la tarde no hacía nada de calor: teníamos la nariz húmeda, y nos lloraban los ojos; los suyos estaban secos. Evidentemente, se había endurecido contra las inclemencias del tiempo). Un hilo negro desprendido de la gorra le colgaba inadvertidamente sobre la cara mientras proseguía sus explicaciones. (De amplias miras, no prestaba atención a menudencias). En su descripción sobre el proceso de fabricación del carbón, se mostró extraordinariamente preciso: tras cortarse en las dimensiones requeridas, la madera se apilaba en círculo, sobre el cual se colocaban capas de hojas y tierra dejando un espacio en el centro para el fuego, que debía alimentarse día y noche. Con escaleras apoyadas en el cono, colocaban parapetos contra el viento para impedir que las llamas se alzaran demasiado, poniendo en

peligro el trabajo de meses.

Así había vivido la gente durante siglos, sobre el suelo, justo encima de la tierra batida, por decirlo así, sacando el mayor provecho de sus cacerolas, cucharas, hachas y rastrillos artesanales, derrochando ingenio; aquella conferencia valía más que todo un estante lleno de libros de historia. Comprendí aún mejor cómo había sido la vida de aquellos hombres cuando nuestro guía dijo:

—Cada vez que recibíamos carta de algún hijo nuestro que estuviera en el servicio militar, nos reuníamos en el interior de la barraca y alguien la leía en voz alta mientras los demás nos sentábamos a escuchar en la cama.

Se echó a reír y añadió que los habían mandado a todos con el cura para que les enseñara a leer.

Tenía uno de esos pequeños coches italianos aparcado en la linde del bosque, y a la caída de la tarde lo pondría en marcha y se dirigiría a Montalcino, donde vivía. Daba la impresión, sin embargo, de que su verdadera vida estaba allí, en aquel gélido claro del bosque. Parecía reacio a dejar la vida de antaño, y quizá no se había acostumbrado del todo a la ciudad. Erudito autodidacta, había escrito un libro sobre las plantas y la pequeña fauna. Daba clases sobre el bosque a los niños del colegio. Les enseñaba el nombre de los árboles, les cantaba las baladas de los carboneros y les hablaba de sus recuerdos sobre aquel oficio desaparecido. Era un hombre modesto, sin los aires míticos del *signor* Barba, el curandero herborista.

Por último, vamos al bosque de las afueras de San Giovanni d'Asso con dos buscadores de trufas, Ezio Dinetti y Fosco Lorenzetti, y sus perros, *Lola*, *Iori* y *Fiamma*. Al llegar a San Giovanni nos recibe el joven y moreno alcalde del pueblo, Roberto Cappelli, que nos dirige un pequeño discurso de bienvenida y nos regala un pesado medallón de bronce en forma de trufa.

La temporada de las trufas casi ha concluido. No ha sido un año excepcional: escasas ganancias. Pero no por ello están menos impacientes los perros, que saltan de los coches en cuanto se abren las puertas. No hay raza de perros truferos. *Lola*, *Iori* y *Fiamma* tienen aspecto de ser chuchos normales y corrientes, pero en realidad se trata de especialistas muy adiestrados, registrados oficialmente, que tienen un número tatuado y sus propios carnés de identidad con fotografía y todo. Mirándolos por abajo, se les ve el número bajo la piel rosada. El principiante, *Iori*, es un esquelético adolescente de color marrón oscuro, y va trabado con una cadena para impedir que salga corriendo en un acceso de entusiasmo. El peso le hace caminar con las patas arqueadas. Seguimos a los perros por un sendero flanqueado de chopos, pisando una capa de hojas muertas. Apretamos el paso, respirando más hondo, absorbiendo los acres aromas invernales de la vegetación y la turba removida. Los experimentados buscadores de trufas jalean resueltamente a los perros, con exclamaciones y órdenes insistentes: *Lola, dai*. (Vamos). *Qui*. (Aquí). *Vieni qui*. (Ven aquí). *Giú*. (Al suelo).

Dove? (¿Dónde?). *Piglialo.* (Cógelo). Halagan, regañan, amenazan, felicitan, advierten, moderan, interrogan y recompensan a los perros. Los animales rastrean un olor lejano. Aunque la tierra está helada, son capaces de oler una trufa enterrada a medio metro. Cada hombre lleva una herramienta en bandolera colgada de una correa, un instrumento de unos sesenta centímetros de largo con una afilada hoja rectangular que sirve para cavar y examinar la tierra. Con ese *vanghetto*, los buscadores de trufas arrancan un pardusco terrón de barro y lo huelen intensamente. Si el suelo está impregnado de olor a trufa, azuzan a los perros para que excaven más hondo.

En fila india, cruzamos un angosto puente: dos troncos atados sobre un barranco. *Lola*, la dotada matriarca, ha encontrado algo, y la tierra de la orilla del río vuela entre sus patas. Ezio sabe exactamente dónde intervenir y, recompensando a la perra con una golosina, desentierra él mismo un pequeño abultamiento, una trufa exigua que se guarda en el bolsillo.

El sol declina y nos paramos más a menudo para charlar bajo los helados álamos. La tarde no ha sido un gran éxito, porque los perros solo han encontrado tres trufas. Ezio y Fosco insisten en que nos las quedemos. Al volver por el bosque, escuchamos una sombría historia. El deportivo honor de los buscadores ya no es lo que era, nos previenen. Competidores celosos han envenenado a los perros más dotados, lanzándoles salchichas con estricnina, cuenta un Ezio encolerizado. Un cachorro suyo, muy prometedor, fue una de las seis víctimas de los envenenadores el año pasado. Meses de adiestramiento perdidos. En los viejos tiempos solo se tardaba un año en entrenar a un perro. Ahora que hay más buscadores y menos trufas, se necesitan al menos tres años de ejercicios, de manera que cuando muere un perro, la pérdida es considerable.

Al despedirnos estrechamos las manos sin guantes de los buscadores, que están más calientes que las nuestras a pesar del cuero, la lana y el tejido térmico. En el coche, de vuelta a Montalcino, consideramos el misterio de la trufa. ¿Por qué es tan preciada? Tratamos de poner un nombre al olor a almizcle que llena el coche. Es un aroma digestivo, sexual, un olor a materia descompuesta. Tras haberla probado, la dejo gustosamente para los entendidos. Seguiré espolvoreando la pasta con queso rayado.

QUINTA PARTE

Algunos adioses

Isaac Rosenfeld

(1956)^[44]

Isaac tenía la cara redonda y el pelo castaño claro, peinado hacia atrás. Era corto de vista, de pálidos ojos azules, y llevaba gafas redondas. El espacio entre sus grandes dientes delanteros daba a su sonrisa un ingenuo encanto. La risa le surgía de las entrañas. Se apoderaba bruscamente de él, obligándolo a doblarse en dos. La sonrisa, en cambio, se le iluminaba poco a poco. Le gustaba lanzar miradas traviesas por encima de las gafas. Antes de soltar alguna ocurrencia, clavaba los ojos claros en su interlocutor. Empezaba a hablar, se interrumpía y, esbozando una expresión maliciosa en los labios, soltaba algo devastador. En tono más grave, con un cigarrillo entre los dedos, desgranaba sus argumentos con gestos de intelectual judío de origen ruso. Pero cuando se ponía verdaderamente serio, dejaba a un lado las bromas. Un brillo enérgico, de una fuerza a veces tormentosa, aparecía en su mirada.

Era ancho, de corta estatura y torso amplio. Más esférico que corpulento, sabía moverse con gracia. Su actitud indolente, holgazana, era engañosa. Era rápido con las manos y tocaba bien la flauta travesera, y mejor aún la flauta dulce. Lo acosaba, sin embargo, una oscura sensación de dificultad o deficiencia física, una tortura biológica, un desacuerdo con su propia carne. Rara vez gozaba de buena salud. Solía tener un color enfermizo, amarillento. En la Universidad de Chicago, en los años treinta, era el tono preferido de los intelectuales. En invierno, Isaac pasaba mucho tiempo en cama, con la gripe o un acceso de pleuresía. Le habían dicho que no tomara mucho el sol. Pero durante la guerra, cuando era el capitán Isaac, único tripulante de una barcaza anclada en el puerto de Nueva York, tenía buen color. Leía a Shakespeare y a Kierkegaard en el agua y descubrió que el aire libre le sentaba estupendamente. Tenía amigos en el muelle. Dadas las circunstancias, Isaac nunca sería el intelectual aficionado a las visitas; jamás ponía los pies en los barrios bajos. Era imposible no sentirse atraído por la bondad de su semblante, y supongo que su ineptitud para manejar los cordajes llegaba al corazón de los marineros de los remolcadores.

Quizá no sea yo el más calificado de sus amigos para hablar de él. Yo lo quería, pero manteníamos cierta rivalidad, y yo era susceptible, vulnerable, difícil de tratar —a veces, lo entiendo ahora, insoportable—, y no siempre amigo fiel. En cuanto a él, su capacidad de seducción le traía sin cuidado. Deseaba que le dieran cariño, y él quería darlo a su vez..., pero estas cosas, por mucho que ahora resulte más fácil hablar de ellas, no son nada sencillas de explicar.

Poseía una de esas inteligencias despiertas, vivaces, claras, que van derechas a lo esencial. Tenía una facilidad innata para la lógica y la metafísica. También sentía cierta inclinación por la teología, que rehuía con todos los medios a su alcance. Su

talento para la abstracción lo molestaba; temía que implicara pobreza de sentimientos, esterilidad emocional. A superar esa presunta esterilidad, defecto alimentado por sus mismos talentos, y por ellos exagerado, dedicaba sus mejores esfuerzos, su energía. No le gustaba que lo alabaran por logros que él consideraba en amplia medida intelectuales. La abstracción insensible lo llenaba de espanto. En principio, había venido a Nueva York para estudiar filosofía. Durante uno de sus accesos de pleuresía estudió a Melville, y después de leer *Moby Dick* me escribió que ya no podía entregarse al positivismo lógico.

Siguió un período de «sentimientos» exagerados. Pero ya se dedicara a la Teoría de los Signos o manifestara su tristeza ante los lamentables retoños que le salían a las cebollas en una mísera tienda de comestibles, Isaac nunca estaba mucho tiempo sin soltar una carcajada.

Era un individuo juguetero. Le encantaban las bromas, las imitaciones, las parodias y los poemas surrealistas. Era un payaso maravilloso. Imitaba planchas de vapor, relojes, aeroplanos, remolcadores, cazadores de caza mayor, comisarios rusos, poetas del Village y sus novias. En el restaurante remedaba la cara de la gente. Hacía una espléndida parodia de Harry Baur, el inspector Porfiri Petrovich de *Crimen y castigo*, fumando con el cigarrillo en el hueco de la mano, a la rusa. Componía poemas proletarios en yiddish, hizo una traducción de la *Canción de amor de J. Alfred Prufrock*, de Eliot, una sorprendente radiografía de esa sagrada reliquia, que agrupa a judíos y anglosajones en una unidad yiddish surrealista, una obra maestra de irreverencia. Con Isaac, los trazos más graves, más característicos, más perfectos cobraban un giro cómico. En su relato *King Solomon* [El rey Salomón], la magnificencia de Jerusalén se mezcla con la andrajosa mediocridad del Lower West Side. El gran rey, también mortal y desaliñado, aparece en camiseta. Acaricia a los niños en el parque. Se le sientan en las rodillas y le manchan las gafas con los dedos.

Prefería tenerlo todo revuelto. Creo que el provechoso orden burgués le parecía agobiante, un signo de mezquindad, tacañería, malicia y analidad. El solo hecho de ver a Isaac trabajando en una de sus habitaciones, fumando, escribiendo con rapidez y determinación en sus cuadernos de papel amarillo, habría hecho feliz a Hogarth. En la calle Setenta y seis a veces saltaban cucarachas de la tostadora junto con las rebanadas de pan. *Smoky*, el descarado perrito marrón de cortas patas, solo estaba civilizado en parte: le daba por mordisquear los libros; las cortinas siempre estaban echadas (¡funesto, el sol!), los ceniceros rebosantes. Nada de barrer, quitar el polvo, pasar la fregona ni lavar la ropa. La suciedad era liberadora, emocionante. Más tarde, en el centro, el ambiente era menos jovial. En Hudson Street, o en el laberinto de habitaciones llamado la Casbah, todo era sencillamente siniestro. Hacia el final de su vida, en la avenida Woodland de Chicago, se instaló en la pensión de Petofsky, en un horrendo sótano donde había vivido de estudiante. El simpático encanto de los años treinta había desaparecido; solo quedaba un sórdido hedor a retrete y a cubos de carbón. Isaac consideraba que debía vivir así. El desorden acabó por convertirse en

disciplina. Para él había adquirido una significación ascética que, al menos a mí, jamás se molestó en explicar.

Para entonces ya había renunciado al reichianismo que en una época nos tuvo fascinados a los dos. Ya no preguntaba impulsivamente a la gente por sus hábitos sexuales ni calculaba el espesor de su armadura psicológica. En los viajes ya no se llevaba su artesanal acumulador de orgones. Una vez (en Saint Albans) había hecho experimentos con unas semillas de tomate tratadas que tenía en el acumulador; producían mejor fruto, afirmaba, que las semillas sin tratar. Cuando algún amigo se quejaba de dolores de cabeza, le recomendaba ponerse la corona de hojalata o «impulsor». Atendía a los animales enfermos de los vecinos metiéndolos en el acumulador. Pero en los últimos años de su vida, todas esas excentricidades —de un encanto incomparable y acompañadas de explicaciones y argumentos tan convincentes como deslumbrantes— quedaron a un lado. Su ingenio se hizo más claro y agudo, purgado de rarezas. En los primeros tiempos había en él cierta cualidad que uno de sus amigos describió como una «porfiada *Gemütlichkeit*». Durante ocho o diez años, su humor no tuvo nada de *gemütlich*^[45]. Juzgaba duramente a los demás; y no era menos duro consigo mismo.

Estoy convencido de que desde su punto de vista, la lucha por la supervivencia, a falta de ciertas cualidades existenciales, no valía la pena. Sin corazón y sin verdad, la vida se reducía a un ir y venir fastidioso, obstinado, entre objetos, diversiones y éxitos. Con gran determinación, Isaac buscaba la esencia de las cosas. Estaba convencido de que había que tener corazón y verdad. Y procuraba salvaguardarlos en su interior. De vez en cuando parecía que a golpe de voluntad, a fuerza de decisión, quería alcanzar la franqueza de corazón y la pasión por la verdad sin las cuales la existencia humana carece enteramente de sentido.

Se daba perfecta cuenta de que en esta América nuestra él daba la impresión de estar haciendo algo muy extraño. El hecho de parecer raro no lo molestaba en absoluto. Tampoco buscaba la excentricidad por sí sola, por su apariencia. Perseguía una necesidad íntima, que le acarreó dificultades y lo redujo a la soledad. Solo vivió en sus últimos años, y solo murió en Walton Place, en una de las habitaciones de su piso amueblado.

John Berryman

(1973)^[46]

En una de sus últimas cartas me escribía: «Unamos nuestras fuerzas, grandes y pequeñas, como a principios del curso de 1953 en Princeton, con Bradstreet resplandeciente^[47] y Augie embaucando. ¡Cuánto prometemos!».

Bradstreet deslumbraba efectivamente por entonces; Augie no llegaba ni con mucho a ser tan bueno. Augie era ingenuo, indisciplinado, estaba sin pulir. Lo que a John le gustaba era la exuberancia de su lenguaje y su devoción a las calles de Chicago. Yo había publicado, anteriormente, dos libros breves y debidamente correctos. No le gustaban. En Augie había un «surgimiento» whitmanesco que él encontraba liberador. Bradstreet suscitaba mi admiración. Lo que John decía era cierto: habíamos unido nuestras fuerzas en 1953 y seguimos apoyándonos mutuamente durante muchos años.

El John de Princeton era más bien alto, delgado, nervioso. Había indicios de que estaba reprimiendo impulsos caprichosos. Con chaqueta azul, camisa de cuello con botones, pantalones de franela y zapatos de cuero fino, hablaba en un murmullo princetoniano que muchas veces resultaba incomprensible. Su rostro alargado, subido de color, y sus ojos azules hacían pensar en un origen irlandés. He conocido poetas de ojos azules, aparentemente recién caídos del cielo, que te miraban como el pequeño lord Fauntleroy mientras imaginaban el aspecto que tendrías en el ataúd. John no era de esas serpientes de ojos azules, y si en un test de asociación de ideas, se le hubiera dicho «Demonio», él habría respondido «John Webster». No pensaba en nada malo. Lo que lo preocupaba por encima de todo era la literatura. Cuando me veía venir, siempre exclamaba: «¡Ah!», barruntando una discusión literaria. Quizá sobre *La tempestad*, en la que pensaba aquel día, o *Don Quijote*; podría tratarse de Graham Greene o John O'Hara; o de Gogel sobre Jesús, o de Freud y los sueños. Manteníamos pocas conversaciones de carácter personal. Nunca hablábamos de dinero, ni de mujeres, y rara vez de política. Una vez que estábamos hablando de Rilke lo interrumpí para preguntarle si la otra noche, en el Village, había empujado a una señora por las escaleras.

—¿A quién?

—A la preciosa Catherine, esa chica grandota que te presenté.

—¿Estás seguro? Me gustaría saber por qué.

—Porque no te dejaba entrar en su apartamento.

Mostrando un educado interés por la información, concluyó:

—Ni siquiera sabía que hubiera estado esa noche en la ciudad.

Volvimos a Rilke. Solo había un tema interesante. Nada de charla insustancial.

Una tarde en Minneapolis, Ralph Ross y yo tuvimos que forzar la ventana de su

casa cerca de Seven Corners para saber lo que le había pasado a John. Hacía varios días que nadie lo había visto. Llegamos en el Jaguar de Ross, llamamos al timbre, dimos patadas a la puerta, tratamos de ver algo a través de los cristales y luego nos encaramamos por el alféizar de una ventana y entramos. Nos vimos en una habitación polvorienta y sin muebles, entre dos estanterías de acero. Los estantes metálicos pintados de verde de Montgomery Ward, destinados a garajes o talleres, a los melocotones en conserva de las granjas, estaban repletos de elegantes ediciones de Nashe, Marlowe, Beaumont y Fletcher que John no dejaba de importar de Blackwell. Eran volúmenes leídos y anotados, porque John trabajaba mucho. Lo encontramos en el dormitorio. Boca abajo, rígido, estaba tumbado en diagonal en la cama doble. No se movió de esa posición. Pero habló con toda claridad.

—Todos los esfuerzos son vanos. Somos incapaces de regenerarnos.

En la Universidad de Minnesota, John y yo compartíamos despacho en unas instalaciones provisionales de madera al norte de la Escuela de Minas. Desde la ventana veíamos un barranco, un aparcamiento y una deprimente multitud de coches. En las paredes se alineaban chamuscados libros de teología comprados en una subasta a raíz de un incendio. Los volúmenes, de Barth y Brunner, parecían rescatados del infierno. No nos interesaban especialmente, pero contribuían a amueblar la vida intelectual de Minneapolis. Aquella ciudad era la cuna de Honeywell, de la cirugía cardiovascular, de Pillsbury, del test multifásico, pero no era celebrada como morada de poetas y novelistas. John y yo solíamos pasear por un parque, cerca de un estanque, antes de salir a Lake Street, «¡donde los coches usados viven!». ¿Qué pintábamos nosotros allí? Interesante pregunta. Hablábamos de Yeats. Seguíamos uniendo las fuerzas. Escribíamos cosas:

*Quedaos aquí, con todos los honores, baúles y sesos,
entre la pasión de mis compatriotas
analfabetos, ricos, orgullosos de sus etiquetas,
satisfechos de mí. ¡Recogedme el equipaje!
Enterradme en un hoyo, y decidme adiós,
cerca de Cedar en Lake Street, donde los coches usados viven.*

Estaba orgulloso de aquellos coches vivientes. Era «delicioso», decía, con una de sus expresiones favoritas. En aquella época le dediqué un relato titulado *Irse de la casa amarilla*, que también encontró delicioso, aunque imperfecto, inconcluyente. (Nos decíamos exactamente lo que pensábamos).

Cuando yo entraba en el despacho, lo encontraba tenso, de pie frente a su escritorio. Estaba muy nervioso.

—Compañero —decía—, acabo de escribir un poema nuevo. ¡Es *delicioso*!

Cuando se rompió la pierna y llamamos al doctor Thomas en plena noche, John exclamó mientras se la entablillaban:

—¡Tenéis que escuchar este nuevo «Canto de ensueño»!

Y se puso a recitarlo mientras lo llevaban a la ambulancia.

Más adelante fui a visitar a John a una clínica (no la de su novela) llamada, según creo, El Valle Dorado. No estaba allí por lo de la pierna. El entorno de la clínica era efectivamente dorado. En los campos, a principios de otoño, brillaban los rubios rastrojos. La habitación de John estaba amueblada con sencillez. En el suelo se veía el tatami sobre el que hacía sus ejercicios de yoga. En una mesita abatible escribía sus «Cantos de ensueño».

—Como ves, me tienen metido en una cuna. De noche levantan los laterales para que no me caiga. ¡Es humillante! Escucha, compañero, he escrito una cosa nueva — me dijo y, alzando las manos temblorosas, me aseguró a continuación—: ¡Es absolutamente sensacional!

Se llevó un dedo al puente de las gafas, pues todo carecía de estabilidad. Las cosas se tambaleaban y caían. Tanto fuera como dentro, daban tumbos y salían por los aires. La paja del Valle Dorado se arremolinaba en las colinas.

John esperaba desde hacía tiempo esa felicidad poética. Había sufrido la angustia del retraso. Ahora llegaban los poemas. Y lo estaban *matando*.

Refulgente. Me inyectan mil cantos.

No hay reglas. Escribir con brevedad, en el orden de lo esencial.

La inspiración contenía una amenaza de muerte. Escribir cosas tan esperadas, tan suplicadas, le dejaba deshecho. La bebida equilibraba, reducía un tanto la fatal tensión. Era quizás un sustituto del reconocimiento público de que los poetas de las ciudades gemelas de Minneapolis y Saint Paul (o de Chicago, Washington, Nueva York) se veían privados. No se les negaba por malicia. Sencillamente no existían. A nadie le importaba que alguien criara caniches o escribiera «Cantos de ensueño». Algunos hombres geniales tenían suerte; acababan aceptando mal que bien a su país natal. Otros tenían las mujeres, la botella, el hospital. Incluso en Francia, lejos de las Ciudades Gemelas, Verlaine había recurrido asiduamente a cárceles y hospitales.

John bebía mucho y se refugiaba en los hospitales, pero también estudiaba y enseñaba. Dar clase era importante. Preparaba concienzudamente, incluso con pedantería, sus disertaciones. Se entregaba por completo.

Llegaba en taxi desde El Valle Dorado. Con aspecto calamitoso, subía los escalones de piedra del edificio de la universidad. Llevaba uno de esos enormes sombreros del oeste. Bajo el ala del sombrero, su pálido rostro era fino y alargado. Con trémula compostura, los hombros erguidos, entraba tranquilamente en el aula. Mientras el taxi esperaba, él daba clase. Sus primeras palabras eran poco firmes,

inaudibles, pero pronto los demás profesores debían cerrar la puerta para protegerse de aquella voz atronadora. Sudaba copiosamente, pasaba con dedos temblorosos las fichas numeradas de sus detalladas notas, pero se sentía orgulloso de su seriedad y de su capacidad para enseñar. «Henry» era efectivamente uno de los enfermos «más constantes» de aquel ala del hospital, tan fiel a su horario como Kant, tan preciso y digno de confianza como un producto Honeywell. Terminaba la clase. Entonces, el rostro menudo bajo el sombrero enorme y empapado en sudor subía al taxi y volvía al Valle Dorado, al tatami y a la mesita plegable, a la desolada penitencia del tratamiento. No es de extrañar que tras aquellos horrores solitarios le encantara la terapia de grupo y se sometiera, democrática y ansiosamente, a las críticas de camioneros chalados, agradeciendo las admoniciones de fontaneros borrachos y amas de casa desequilibradas. En los hospitales encontraba compañía. Sus colegas de la universidad solían ser más vulgares, se mostraban menos tolerantes con los poetas que los alcohólicos o las muchachas de tendencias suicidas. Con esos apasionados compatriotas no necesitaba ser irónico. Allí, en el hospital, podía abrir su corazón.

Todo cabía en sus poemas. Sus poemas lo decían todo. Él, muy poco. Sus cantos eran sus ofrendas de amor, no siempre aceptadas. Depositadas en el altar de, digamos, Edmund Wilson, a veces eran rechazadas. Wilson, muy respetado por John, le había escrito una severa carta acerca de sus más recientes poemas. La última vez que lo vi, John se sentía herido, sufría. Me tendió la carta de Wilson. Mientras yo la leía, se sentó frente a mi mesa, meteórico barbudo como John Brown, tosiendo suavemente y murmurando que no llegaba a entenderlo, que eran de sus mejores creaciones. Luego, cogió bruscamente el ejemplar de *Love and Fame* [Amor y fama] que me había traído y tachó algunos poemas (Berryman suprimió seis poemas en la segunda edición, de 1972), garabateando al margen: «¡Bazofia!». «¡Repugnante!». Pero de un poema, *Surprise Me* [Sorpréndeme] escribió con mano trémula: «Sin duda una de las cosas más auténticas surgidas del don que se me ha otorgado».

Vuelvo a leerlo ahora y comprendo lo que quería decir. Me conmueve la vida de ese ser que yo amaba. Ruega que se le sorprenda con la «bendición gratuita... de un día cualquiera». Tenía que ser un día cualquiera; un día cualquiera en Norteamérica, desde luego. Lo normal y corriente de todos los días, de eso era de lo que se trataba.

En una visita que resultaría la última —vino a dar una lectura—, llegó a Chicago con un tiempo glacial. Envarado, con un abrigo fino y un sombrero de ala rígida, barbudo, tenía una tos cavernosa. Parecía decaído. Había bebido, y la lectura fue un desastre. Su murmullo de Princeton, simple afectación en otro tiempo, se había convertido en vicio. La gente aguzaba el oído para entender alguna palabra. Salvo cuando, a consecuencia de alguna extraña ley de la dinámica, alzaba la voz y gritaba fuerte, apenas oíamos nada. Nos marchamos decepcionados, perplejos, irritados. Muy digno, subió a un coche que esperaba, se sentó y vomitó. Se quedó dormido en su habitación del Quadrangle Club y no se despertó para la fiesta que el claustro daba en su honor. Pero por la mañana estaba lleno de inocente alegría. Desbordante de

animación. Había sido una velada fantástica. Un gran éxito, según recordaba. Llegó su taxi, nos abrazamos y se dirigió al aeropuerto bajo el gélido sol.

Ya era profesor titular, y una celebridad. *Life* le había hecho una entrevista. El fotógrafo de la revista le había tomado unas diez mil fotografías en Dublín, me dijo John. Pero su entorno humano era curiosamente reducido. Por sola compañía, tenía al dios del poeta ebrio y degradado a quien rezaba por encima del hombro. Por afecto y buena voluntad hacía gestos de normalidad. Marido, ciudadano, padre, propietario, dejaba de beber, volvía a caer, iba a Alcohólicos Anónimos. Qué no hubiera hecho por ser como todo el mundo: quería, amaba, le gustaba la gente, pero era consciente de que había algo extrañamente cómico en todo eso. Y acabó teniendo la sensación de haber agotado todos sus recursos. La fe contra la desesperación, el amor contra el nihilismo, esos eran los temas de sus luchas y sus poemas. Todo lo que exigía su arte lo sacaba de su propio ser, su intelecto, su agudeza de ingenio. Lo extraía de sus órganos vitales, de su misma piel. Hasta que no quedó nada. Y no llegaron refuerzos. No se unieron las fuerzas. El ciclo de resolución, reforma y recaída se había convertido en una broma pesada que no podía continuar.

Hacia el final, escribió:

Parece de noche todo el tiempo.

Me cuesta andar.

Recuerdo lo que decir en el seminario

pero no sé si quiero decirlo.

Dije en un Canto una vez: estoy muy cansado.

Lo repito y lo aumento.

Vomito.

Hoy he prorrumpido en llanto en el movimiento lento del K 365.

Desde luego no creo que dure mucho más.

John Cheever

(1982)^[48]

John y yo nos veíamos a intervalos regulares en cualquier parte de Estados Unidos. Yo lo invitaba a almorzar en Cambridge, él me invitaba a una copa en Palo Alto; él venía a Chicago; yo iba a Nueva York. Nuestra amistad, una especie de planta hidropónica, florecía en el aire. Estaba, sin embargo, muy sana, nutrida por buenos elementos, y era una amistad verdadera. Como nos veíamos en tránsito, por así decir, íbamos derechos a lo esencial. Por ambas partes había una franqueza inmediata. La rapidez a la que se intercambiaba la información necesaria era maravillosamente divertida. Cada uno sabía lo que el otro se traía entre manos. Éramos del mismo oficio, lo cual, en Estados Unidos, es particularmente raro y difícil, practicado por gente difícil a quien no siempre satisface el talento de sus contemporáneos. (Piénsese en aquel malicioso malabarista, el difunto Nabokov, que acuñó expresiones como «novelistas etnopsíquicos», relegándonos a todos al pelotón de los torpes). John no era envidioso ni suspicaz. Como John Berryman, era fabulosamente generoso con los demás escritores. Sí, extraña ralea, la de los poetas y novelistas. Y el país, a su vez, es singularmente paradójico para los que escriben novelas sobre él, muy distinto de la América «normal» donde viven hombres de negocios, políticos, periodistas, sindicalistas, publicitarios y científicos, ingenieros y campesinos.

Creo que nuestras diferencias nos acercaban más que las afinidades. John era yanqui; yo, de Chicago e hijo de inmigrantes judíos. Su voz, su estilo, su sentido del humor eran completamente diferentes de los míos. Él era reservado; yo... otra cosa. A John le correspondía resolver esas diferencias. Y lo lograba sin la menor dificultad, poniendo sencillamente la esencia humana en primer lugar: primero las personas —él mismo, yo—, y después —orígenes de clase, historia social— todo lo demás. Soy observador de gran experiencia, pero nunca he visto a nadie hacer algo así; es decir, como si no hiciera nada. En él todo fluía de la manera más natural. Y aunque era reservado, John no ocultaba nada de sí mismo. Cuando parecía dudar, se dedicaba en realidad a condensar sus juicios, sus opiniones, sus apreciaciones de sus propios logros, con ánimo de darles más fuerza. Hablaba de sí mismo como si fuera otro, de forma concisa e imparcial. Prefería exponer sus puntos de vista con brevedad, y practicaba la misma economía en el lenguaje hablado que en el escrito. Podría haber afirmado, como Pushkin: «Vivo como escribo; escribo como vivo».

La señorita Kakutani, del *New York Times*, ha elegido muy atinadamente la cita con que iniciaba la necrológica de John. «Las constantes que busco —escribió él una vez— son el amor a la luz y la determinación de encontrar una cadena moral del ser». Sé que John no prodigaba declaraciones sobre la moral y el ser; no era su estilo. Lo considero una aseveración renuente, algo que al fin tuvo que decir para corregir la

distorsión de lectores apresurados, críticos y organizadores de categorías eruditas. Supongo que acabó viendo la necesidad de dar una explicación de lo que estaba haciendo desde hacía cincuenta años.

Hay escritores cuyas últimas obras se parecen mucho a las primeras. Después de aprender el oficio, tras dominarlo de una vez por todas, lo practican con pocas variaciones hasta el fin. Pueden ser novelistas muy buenos. Como Somerset Maugham o Arnold Bennett (añadan ustedes nombres americanos, si quieren), de mucho talento y enteramente al servicio del público lector. Lo que les falta es empuje para perfeccionarse. No evolucionan; rara vez sorprenden. John Cheever era un escritor de una especie completamente diferente. De los que se transforman a sí mismos. El lector de sus relatos escogidos asiste a una metamorfosis impresionante. La segunda parte de la colección es muy distinta de la primera. Al volver a leerle, como he hecho recientemente, se me hizo patente, como ocurrirá a todo aquel que le lea con atención, la cantidad de energía que derrochó en el perfeccionamiento y transformación de sí mismo, y la pasión con que se entregó a esa tarea. Resulta extraordinariamente conmovedor descubrir la huella íntima de la vida de un hombre y descifrar las señales que nos ha dejado. Aunque la materia y los temas de sus relatos no cambiaran mucho, escribía con una fuerza y un sentimiento cada vez más hondos.

Con su concisión y retraimiento característicos, solo nos dice, hacia el final, que le gustaba la luz y que estaba empeñado en encontrar una cadena moral del ser; asunto nada sencillo en un mundo que, como él mismo dice, «se extiende a nuestro alrededor como un sueño desconcertante y prodigioso». Su intención era, sin embargo, no solo encontrar pruebas de una vida moral en una sociedad en desorden, sino también ofrecernos la poesía de ese mundo desconcertante y prodigiosamente irreal en el que nos encontramos. Pocos hay que emprendan una tarea así, que pongan el alma en el trabajo de esa manera. La «América normal», de sentirse inclinada a formular tal pregunta, quizá querría saber: «¿Y qué sentido tiene eso en realidad?». Puede que no mucho, según la definición habitual de «sentido». Pero hay otras. Para mí nadie tiene más sentido, nadie es tan interesante como quien empeña el alma en una empresa de esa especie. A medida que envejezco, me voy sintiendo cada vez más atraído hacia quienes viven como John vivió. Los que eligen esa empresa, los que se comprometen en esa lucha, representan para nosotros todo el interés de la vida. Estamos en deuda con la existencia que John llevó. Le debemos mucho, incluso el singular dolor que sentimos a su muerte.

Allan Bloom

(1992)^[49]

La capilla está tan llena como era de esperar. Haría falta un espacio mucho mayor que este —algo como la estación Grand Central— para albergar a todos los estudiantes, amigos y seguidores de Allan, porque él despertaba admiración entre las personas de talento. Los motivos de esa atracción constituirían un estudio apasionante, en caso de que apareciese alguien con la suficiente capacidad para llevarlo a cabo. Allan disfrutaba estando en compañía. Yo conseguí llevarlo varias veces a Vermont, donde los árboles eran impresionantes, pero una vez allí no hizo más que citar el *Fedro*: Sócrates rara vez salía de Atenas, me informó, porque los árboles, incluso los más distinguidos, no son capaces de entablar conversación. Tenía muchas necesidades imperiosas que solo podían satisfacerse en la ciudad: en su precioso apartamento repleto de libros y discos, en el aula de un seminario, o en un café del bulevar Saint-Germain, entre amigos ilustrados, elocuentes y conocedores del mundo. En su casa, como en un puesto de mando, la información no dejaba de afluir. Telefoneaban amigos de Londres, París, Washington, para comunicarle decisiones importantes y noticias políticas antes de que salieran en los periódicos. Era difícil ser el primero en revelar a Allan algo nuevo.

¿Y cuáles eran las campañas que dirigía desde el duodécimo piso del Cloisters, vestido con su bata japonesa, bebiendo café cargado y fumando unos cinco o seis paquetes de tabaco al día? Eran las guerras de una civilización frágil, al borde de la desintegración. En los primeros años de nuestra amistad le tomaba el pelo sobre esa cuestión —«Tú eres quien lo coordina todo»—, pero acabé comprendiendo que aquello era muy serio y enteramente real: que efectivamente disponía de todos los elementos para lograrlo. No era ningún salvador de salón. Tampoco le faltaba coraje moral para manifestarse, tomar postura, luchar. Tenía además la audacia de poner a la sociedad norteamericana delante de su propia desnudez, y por eso fue denunciado, estigmatizado; suscitó una hostilidad mortal y, tanto dentro como fuera del país, se convirtió en *el* enemigo, en la *bête noire* de legiones de personas buenas, amables, progresistas, que profesaban los puntos de vista más sensatos y avanzados sobre todos los asuntos de interés público: gente que hacía buenas obras pero que, por alguna inexplicable inversión de ciertas corrientes psíquicas, se había transformado en una turba asesina. Se puede fingir y recibir recompensas, se puede mentir y ser elegido presidente, pero decir públicamente lo que es una verdad manifiesta, eso no se puede tolerar.

Los detractores de Allan le reprochaban un conservadurismo rígido, apegado a un canon tradicional. En su famoso (o infame) discurso de 1988 en Harvard, afirmó que no era conservador, añadiendo que no lo decía para ganarse el favor de una

universidad donde el conservadurismo no era ni mucho menos popular. «Toda lectura superficial de mi libro mostrará hasta qué punto me he alejado de posturas conservadoras, tanto en la teoría como en la práctica. A mis maestros —Sócrates, Maquiavelo, Rousseau y Nietzsche— difícilmente se les puede calificar de conservadores. Toda fundación es revolucionaria, y el conservadurismo siempre debe juzgarse en función del pensamiento o los acontecimientos revolucionarios pasados que, según él, haya que conservar». Continuaba diciendo que tampoco era progresista en el sentido actual del término, aunque la preservación de una sociedad progresista era una preocupación central para él. Existía una tendencia manifiesta, proseguía, a sospechar que toda posición teórica estaba secretamente vinculada a uno u otro partido, y, afirmaba él, parece que hemos llegado al punto de que el pensamiento mismo debe estar sometido al espíritu de partido. Ahí tocaba Allan uno de los más repulsivos aspectos de la vida contemporánea. Se da a toda consideración teórica un aspecto fraudulento, presentándola como un camuflaje de los intereses partidistas y una máscara que encubre secretas connivencias.

Con un pensamiento profundamente arraigado en Platón, Maquiavelo y Rousseau, Allan era un erudito, pero también un hombre de letras; poseía demasiada inteligencia y versatilidad, demasiada humanidad, para circunscribirlo a una sola categoría. La publicación de *El cierre de la mente humana* lo había convertido en un personaje público, en una celebridad; ganaba dinero, era admirado, tenía enemigos y detractores, y aprendía lo que era desempeñar un papel importante y ser atacado por ello. Observándolo de cerca, comprobé con agrado que cada vez era más típicamente él mismo. Permítanme un ejemplo. Cuando se quedó paralizado por el síndrome de Guillain-Barré y lo llevaron a la unidad de cuidados intensivos, nadie esperaba que sobreviviera. Yo estaba en su habitación cuando lo subieron. En cuanto lo metieron en la cama sonó el teléfono; era una vendedora de Loeber Motors. Allan manifestó que quería hablar con ella y cogió el teléfono con una mano que temblaba con fuerza. Se puso entonces a discutir los detalles de la tapicería del Mercedes que había encargado, tratando de decidirse entre el cuero gris y el negro. Apenas capaz de hablar, pasó de la tapicería al reproductor de discos compactos. Cuando todo eso quedó arreglado, pidió a mi mujer que le comprara tabaco. Algún tiempo después, cuando se recuperó lo bastante para volver a casa, quería que su amigo Michael Wu lo llevara en su nuevo Mercedes. El médico le dijo que aún no podía sentarse y que tenía que ir en ambulancia, y después de muchas reticencias, acabó resignándose.

Le habían instalado en casa una cama de enfermo de avanzada tecnología. Cuando al fin pudo sentarse, se desplazaba mediante un dispositivo hidráulico —la base de un triángulo metálico remetida bajo su cuerpo: una especie de silla de contramaestre— que lo depositaba en una silla de ruedas. Era el Bloom de siempre, su esencia seguía intacta: ni el menor signo de debilidad interior. El fisioterapeuta le enseñaba de nuevo a andar. Deambulaba por la habitación, arrastrando los pies y hablando de Jane Austen o Flaubert, de los discos de Sviatoslav Richter con

interpretaciones de Schubert que acababa de encargar, o de las posibilidades que los Chicago Bulls tenían aquella temporada. Contaba chismes y gastaba bromas. A veces se le veía tenso, pero nunca deprimido.

Le dije que estaba sobrellevando la situación como un filósofo. No le gustaban los tópicos para animar a los enfermos ni los convencionales deseos de pronto restablecimiento, y a decir verdad, me avergoncé bastante de mí mismo. Lo que yo veía, y conocía a la perfección, era aquel apetito por la vida tan especialmente marcado en él, que de manera tan clara se ponía de manifiesto en las relaciones con sus amigos: gente excepcionalmente cercana a él, como Nathan Tarcov, Werner Dannhauser, Michael Wu y tantos otros (había sitio para muchos más). A otro nivel, ese apetito también era evidente en su consumo de café y cigarrillos, y en el placer que le procuraba la adquisición de alfombras persas, arcones chinos, porcelana de Hermés, abrigos de cachemir de Ultimo y automóviles Mercedes Benz. En general, su actitud hacia el dinero era la de algo que debía dilapidarse, arrojarse a voleo por la plataforma trasera de los trenes de lujo. Y con el mismo entusiasmo, se aprestaba a reanudar sus seminarios sobre Jenofonte o la *Política* de Aristóteles. La enseñanza era algo a lo que jamás pudo renunciar.

Y entonces, aún parcialmente paralizado e incapaz siquiera de estampar su firma, escribió un libro. Se lo dictó a Tim Spiekerman a lo largo de muchos meses; los primeros capítulos estaban dedicados a *Madame Bovary*, *Ana Karenina*, *Orgullo y Prejuicio*, *Rojo y negro*. También escribió sobre una serie de obras de Shakespeare, y sobre Montaigne, y finalmente sobre *El banquete* de Platón. Menciono todo esto porque me parece algo notable en un enfermo o convaleciente y por el hecho extraordinario de que un teórico político escogiera ese preciso momento de su vida para escribir sobre literatura. Pertenezco a una generación, hoy en gran parte desaparecida, que sentía pasión por la literatura, creyéndola una indispensable fuente de iluminación del presente, de capacidad de reflexión. Marc Fumaroli, otro amigo de Allan, lo expresa acertadamente en un reciente número del *Times Literary Supplement*: «No ha surgido nada que pueda sustituir a ese órgano delicado, vivo, reflexivo; ni los diferentes medios tecnológicos, ni las diversas disciplinas que denominamos ciencias humanas».

Ese nuevo libro, en resumen, era la continuación de *El cierre de la mente humana*. Me gusta pensar que su inteligencia libre y poderosa, respondiendo a las grandes pulsiones internas suscitadas por una enfermedad que podía ser fatal, se dirigió a la novela decimonónica, a las obras de amor de Shakespeare y al Eros platónico, para acercarnos a la gran poesía de los afectos y pedirnos que considerásemos el estado de nuestros sentimientos más profundos en esta época de artificial euforia que nos han impuesto dirigentes y manipuladores.

Porque Allan era una persona de sentimientos profundos, poderosos. Quienes le reprochaban su elitismo, ¿qué querían que hiciese con esa superioridad manifiesta y —añadiría yo— benevolente? No era un sentimental; se mostraba implacable con

muchos de nosotros, y hasta cruel a veces, pero no lo era menos consigo mismo cuando así lo exigía la probidad intelectual.

He conocido y admirado a muchas personas extraordinarias en la larga vida que se me ha concedido, pero ninguna tan excepcional como Allan Bloom. Cuando no hace mucho me preguntaron si había conocido a grandes hombres respondí de modo espontáneo. Sí, desde luego, efectivamente había conocido a unos cuantos; incluso había querido a algunos. Allan está sin duda entre los grandes. Y lo cierto es que a los que recibimos sus enseñanzas o logramos acercarnos a él nos transformó por completo. Ninguno de nosotros volvió ya a ser el mismo. Y estamos aquí para dar testimonio de ello.

William Arrowsmith

(1993)^[50]

A principios de los años cincuenta aterricé en Princeton; nunca he comprendido cómo ni por qué. Recuerdo que Richard Blackmur, para tomarse un año sabático, había pedido a Delmore Schwartz que lo sustituyera. Delmore, que era muy generoso con los amigos en apuros, se las arregló para que me contrataran como ayudante suyo. Que yo no causara gran impresión a Blackmur no es nada sorprendente, dado que no tenía mucho que decirle. Mis preocupaciones eran otras: iba como sonámbulo por la vida. Un poco fuera de la realidad, supongo. Compartía un apartamento con Tom Riggs, persona encantadora y atribulada que se entretenía dando fiestas. El piso olía como un bar. Los aburridos vecinos de arriba se quejaban de vez en cuando. Pero acabaron encontrando divertidas las reuniones de Riggs y se ponían a observar las idas y venidas. A finales de curso, cuando caí enfermo de neumonía y me llevaban en una ambulancia, la señora de arriba observó:

—Ahí va el último de los invitados.

John Berryman asistía habitualmente a esas fiestas; igual que R. W. B. Lewis y su mujer, Nancy, que vivían en el mismo pasillo; así como los Monroe Engels, cuyo apartamento estaba a la vuelta de la esquina; y también Delmore, y Elizabeth Pollet; sin olvidar a Edmund Wilson, de vuelta en Princeton para dar clase sobre la guerra de Secesión y estudiar hebreo. Ralph Ellison, que estaba en Nueva York, aparecía alguna que otra vez; lo mismo que Theodore Roethke, que vivía en Seattle y venía de vacaciones. Entre los estudiantes de doctorado que formaban parte de aquella comunidad se contaban Robert Towers, Robert Keeley y Bill Arrowsmith. De ese grupo de Princeton, Arrowsmith era a quien yo conocía mejor. Nos habían presentado años atrás, en Minneapolis, donde él estudiaba japonés por cuenta del ejército. Me cayó bien en aquella ocasión, y en Princeton me resultaba cada día más simpático. Riggs bebía mucho. Su mujer había pedido el divorcio, y él estaba desesperado. Otros se emborrachaban por razones distintas. Yo trataba de estar a la altura, pero me faltaba aguante. Como a Arrowsmith. Intercambiábamos comentarios sobre el ambiente de las fiestas de Riggs, conviniendo en que nos resultaba agradable aquel ambiente de «hermosos y malditos» tan fitzgeraldiano. Wilson, observándolo maravillado como la luna de Wordsworth, decía:

—Así era Greenwich Village en los años veinte.

Bill y yo salíamos a menudo para escapar del ruido y paseando por la calle charlábamos de los libros que estábamos leyendo. Él sabía mucho de Eurípides, pero no era uno de esos clasicistas que se refugian en el siglo v a. C. y afirman estar al margen de las atrocidades de nuestra época. Por entonces estaba yo dando los últimos toques a *Augie March*, y Bill tuvo la amabilidad de atribuirme el descubrimiento de

una nueva forma de describir la vida en Estados Unidos. La *Hudson Review*, en cuya redacción trabajaba, había publicado un capítulo de mi novela. John Berryman y él se habían interesado en mis experimentos con el lenguaje. Tales experiencias, me aseguró Arrowsmith, influyeron en su traducción del *Satiricón*.

Pero no era lo que tuviésemos en común como escritores lo que me unía a él. Me resultaba simpático en primer lugar por su rostro. Era delicado y sensible, sin ese aspecto afeminado que la sensibilidad suele dar al semblante masculino. Tenía los rasgos pálidos, anchos, fuertes. A veces se ha dicho que tenía los ojos pequeños; yo los veía más bien alargados. Aunque era de constitución atlética, estaba enfermo a menudo, y sus múltiples dolencias le daban cierto aire de inquietud, como si se estuviera siempre en guardia. Además, sostenía sus opiniones con firmeza y obstinación, pero se mostraba abierto a las alusiones cómicas y era muy capaz de reírse de sí mismo: cualidad que yo tengo en alta estima. Empezamos estando apasionadamente de acuerdo con que *Fontamara*, de Silone, era un libro maravilloso, y a partir de ahí seguimos coincidiendo en todo. Esa armonía no era producto de una cuestión intelectual, ni tampoco de una coincidencia emocional, sino que se basaba, como ambos comprendíamos, en una premisa humana subyacente que no podía explicarse con palabras. Si yo iba como sonámbulo por la vida cuando me presentaron a Blackmur, con Arrowsmith andaba bien despierto. En aquella época yo me encontraba en un estado de gran agitación, y su compañía me calmaba y tranquilizaba.

Más tarde, en Roma, vi mucho a Arrowsmith. El Servicio de Información americano me invitó a dar una charla en la embajada, en la Via Veneto, y Bill vino a escucharme. En aquellos días tenía a Flaubert metido en la cabeza. Emma Bovary, sostenía yo, era en cierto sentido la madre de la novela artística. Pero las obras maestras de los sucesores de Flaubert en el siglo xx no eran accesibles a la mayoría de los lectores, al gran público. Había una ruptura, señalada por Wyndham Lewis, entre la novela de Dickens, de fácil comprensión por el gran público, y la novela de los entendidos modernos, asimilada únicamente por un público minoritario. Flaubert daba por supuesto que el tema de *Madame Bovary* era humanamente pobre y que esa limitación ambiental debía compensarse o justificarse a través de un brillante dominio técnico: por medio del arte. Mi argumentación solo era cierta en parte, reconozco ahora. Emma cobra una dimensión superior por los horrores de su extrema situación, por el insoportable sufrimiento que la conduce al suicidio. El propio Flaubert quizá se equivocara sobre su insignificancia.

Con todo, mi razonamiento era en parte acertado. Bill creía que había demostrado claramente mis argumentos. Los pesos pesados de la intelectualidad romana, en cambio, no apreciaron mucho mi conferencia. Nicola Chiaromonte hundió la barbilla en el cuello de la camisa y permaneció inmóvil en el asiento en silenciosa desaprobación. Alberto Moravia no dio importancia alguna a mi charla. Sin embargo, luego hicieron algo positivo. Nos invitaron a Bill y a mí a un café de la Via Veneto,

donde inmediatamente se enzarzaron en una estruendosa discusión política (sobre China, creo). Dije a Bill:

—Chao, chao, Bovary.

Nadie se dio cuenta de nuestra marcha.

Dimos una vuelta por la famosa *Via*. Bill volvió a insistir en lo equivocados que Chiaromonte y Moravia estaban al despreciar mi conferencia.

—Son un par de cretinos, esos cabrones —observó—. Les has descubierto algo de lo que nunca han oído hablar. Pero esos intelectuales de mierda están tan seguros de saberlo todo ya, que se vuelven sordos cuando les dicen algo nuevo.

Un mendigo nos paró en una esquina oscura y nos dio conversación, soltándonos el discursito de que era persona instruida y de buena familia. Bill, que disfrutaba con la vida callejera de Roma, le siguió la corriente. Cuando el mendigo se enteró de que Bill enseñaba literatura griega y latina, se llenó de entusiasmo.

—Escuche esto —dijo, llevándose las manos al pecho.

Como un ave marina, se lanzó en picado a un océano de latines, y cuando volvió a la superficie, alzó la cabeza, miró a Bill y preguntó:

—¿De quién era esa cita?

—¿De Suetonio? —aventuró Bill.

—¡De Suetonio! —exclamó el mendigo, en tono desdeñoso—. ¿Es que no sabe distinguir a Tácito de Suetonio? Y ahora, atienda.

Hablaba gesticulando mucho, y se ofendió cuando nos reímos.

—Le daré otra oportunidad. ¿Quién escribió esas frases?

—Plinio —contestó Bill.

—¡Cicerón! —corrigió a gritos el mendigo—. ¿Así son los profesores en América? Vaya incultura. Qué vergüenza.

Volvimos a reírnos y le dimos dinero.

—¿Qué te ha parecido? —pregunté a Bill.

—He contado hasta veinte errores. Esos textos no eran ni de Suetonio, ni de Tácito, ni de Cicerón ni de Plinio. Solo algo que los chicos aprenden de memoria en el instituto, probablemente. Bueno, hoy nos han menospreciado a los dos, ¿verdad?

Cuando se han cumplido los setenta, se conocen claramente las propias constantes psíquicas, las características permanentes de tus *dramatis personae*, las personas que se han querido y han contado verdaderamente en la vida, las que uno estaría contento de ver en el más allá. Bill Arrowsmith está en mi lista. Desde hace muchas décadas.

SEXTA PARTE

Impresiones y nociones

Media vida

(1990)^[51]

Las ideas nos vienen de dos maneras: conscientemente, mediante la educación y la lectura, e involuntariamente, cuando se nos ocurren de pronto. ¿Cuándo se dio usted cuenta por primera vez de haber tenido una idea; una idea distinta de «Vamos a comprar un chicle»? —Keith Botsford, revista Bostonia.

Desde luego no fui consciente de tener ideas propiamente dichas antes de cumplir los diez años. Las de antes, eran más bien esas nociones metafísicas primitivas que tienen los niños pequeños. —Saul Bellow.

¿Como cuáles?

Sentado en el bordillo de la acera, pensaba, mirando al cielo: ¿De dónde ha salido todo eso? ¿Por qué estoy aquí? Cuestiones epistemológicas. Así es, desde luego, como a muchos filósofos de hoy en día les gustaría tratar ese tipo de cuestiones: esencialmente, como una epistemología infantil.

¿Se discutían mucho esas ideas en su primera infancia?

No sé si se discutían o no. Simplemente estaban ahí. A los cuatro años más o menos, empezábamos a estudiar hebreo y a leer el Antiguo Testamento, pero no considerábamos necesariamente la idea de la creación y del presente, ni tampoco el origen del mundo ni la explicación de su existencia. Me sentía muy a gusto con Dios, el padre primordial, y cuando llegué a los Patriarcas (ya tenía cinco o seis años), me daba la impresión de que eran miembros de mi familia. En realidad, no establecía una distinción muy clara entre mis padres y los antepasados heroicos: Abraham, Isaac y Jacob, y los hijos de Jacob, sobre todo José.

Así que la sinagoga desempeñó un papel importante.

No era tanto la sinagoga como la Torá.

Al principio, ¿se oponía usted a esas ideas, o las aceptaba en general?

Nunca se me habría ocurrido que la realidad pudiera ser algo distinto de lo que me exponían. Entonces, no.

¿Cuándo empezó a tener esa noción?

Bueno, pues aproximadamente a los ocho años tuve una impresión muy fuerte. Pasé más o menos medio año en el hospital. Vino una monja y me dio un Nuevo Testamento para niños. Lo leí. Me conmovió mucho la vida de Jesús, a quien consideré como un judío, igual que yo. Creo que en el hospital me enteré bastante de todo eso. Porque nunca me había separado antes de mis padres.

Pero ¿se daba cuenta de la fragilidad de la vida? ¿Lo comprendía ya en esa época?

Ah, sí. La muerte me resultaba muy familiar desde mi más tierna infancia. Durante la gran epidemia de gripe, mi hermano Sam y yo nos sentábamos frente a la ventana del salón, para ver cómo pasaban los entierros.

¿Eso era en Montreal?

Sí. Recuerdo el *corbillard* [coche mortuario], las bandas de música, las marchas fúnebres, y el *cortége* con sus caballos negros.

De modo que la memoria forma parte del proceso de formación de las ideas, ¿no es así? Gran parte de nuestro pensamiento surge de recuerdos muy concretos.

Hay que preguntarse si es verdad lo que le han enseñado a uno. A mí nunca se me ocurrió que no lo fuera. Más tarde llegué a comprender que podían mantenerse puntos de vista diferentes. Tuve que enfrentarme a la acusación de que los judíos eran responsables de la crucifixión.

Pero eso no está implícito en el Nuevo Testamento. ¿De dónde sacó esa idea?

Ah, pero sí lo está. En los pasajes en que los fariseos se presentan principalmente como enemigos de Jesús. Los judíos prefirieron a Barrabás.

Pero desde un punto de vista judío, Jesús era judío. En consecuencia, no era un enfoque antisemita en el sentido actual del término. No era antijudío.

Sí, lo era. Lanzaba un gran reproche contra los judíos, cosa que me confirmó el internamiento en el hospital. Era la primera vez que estaba en un hospital y también la primera vez que me encontraba lejos de mi calle y mi familia. No me permitían ver a mis padres. Solo tenía derecho a una visita a la semana. Mi padre y mi madre se alternaban las visitas. Siempre los veía por separado. Era el hospital Royal Victoria, de Montreal. La sala de pediatría. Sala H. Era un hospital protestante.

Y muy estricto. ¿Se trataba de una enfermedad infecciosa? ¿O solo seguían las normas? ¿Leyó mucho en su estancia en el hospital, aparte del Nuevo Testamento?

Leía todo lo que me caía en las manos. Había muy pocos libros. Tebeos, sobre todo, que se amontonaban junto a las camas. Verdaderas montañas de tebeos. De personajes ya desaparecidos hace mucho, con Slim Jim, Happy Hooligan y los Katzenjammer Kids.

Se estaba criando usted, en Montreal y sus alrededores, en una cultura muy francesa. ¿Le creaba eso la sensación de ser diferente?

Yo era consciente de ser *juif*. Eso llegué a comprenderlo muy pronto. En realidad, no sabía si era malo. Empecé a aclararme un poco leyendo el Nuevo Testamento.

De manera que, en lo esencial, como le ocurre a mucha gente, sus primeras ideas son de carácter religioso, escatológico, ¿no es cierto?

Sí, y muy marcadas. Me llegaron muy hondo. En primer lugar por mi aislamiento, y luego por el hecho de que sabía que estaba en peligro de muerte. Para ser un niño de ocho años, sabía leer bastante bien. De vez en cuando me levantaba de la cama. Y como solían colgar el gráfico a los pies de la cama, yo lo veía y me daba cuenta de que mi situación no era nada prometedora.

De manera que en cierto sentido es usted un superviviente. ¿Tiene usted esa sensación?

En mí, eso es fundamental, creo yo. A partir de entonces tuve la impresión de que se me había disculpado de la muerte y —como decían los jugadores de Chicago en la época de mis ocho o diez años— de que «jugaba con ventaja», de que tenía ganada la partida.

A uno se le queda muy marcado el hecho de haber sobrevivido a la muerte de pequeño; la sensación de ser un elegido se añade a la experiencia por la que se ha pasado, y eso produce una especial concentración intelectual, ¿no es así?

Todo el que se haya enfrentado a la muerte a esa edad tendrá un recuerdo parecido al mío: sentí que había logrado un triunfo, que me había librado. No solo había ganado la partida. Además era un privilegiado. Pero también había cierta necesidad de rendir cuentas. Así que hice mi propia contabilidad mental. Llegué a la conclusión de que estaba en deuda con alguna entidad por el privilegio de haber sobrevivido.

¿De modo que también había una deuda? ¿Una deuda que tenía que saldar?

Una obligación que la supervivencia llevaba consigo. Eso es lo que contaba en el fondo.

¿En qué sentido se definía usted esa deuda?

En el sentido de que debía mostrarme digno de quien había autorizado todo aquello. Siempre he tenido esa sensación. De alegría desbordante. De arrolladora vitalidad. Quizá pensara que si me había librado era con el permiso de una autoridad superior. Cuando hablo de esto con alguien, me encuentro con una total indiferencia hacia la cuestión. Con el hecho de que la gente desconoce ese sentimiento. De que carece de centralita, por decirlo en términos telefónicos.

Así que sobrevive a la infancia con la sensación de ser un privilegiado; luego vuelve a casa y se enfrenta con la realidad: de vuelta en una familia que ha seguido viviendo perfectamente sin usted. ¿Le daba por pensar en su muerte y la tragedia que causaría al mundo? ¿Se imaginaba a sus padres llorando en su entierro?

No, pero sí veía a muchos niños morir en aquella sala. Ocurría muy a menudo. Mucho ajeteo por la noche y un biombo en torno a la cama del niño, y las enfermeras corriendo con linternas de acá para allá. Y por la mañana, la cama vacía. Que otro niño no tardaba en ocupar. Sabíamos muy bien lo que ocurría, pero no hablábamos de ello ni nos daban explicaciones.

Bueno, ya está usted de vuelta en casa, consciente de que ha causado angustia, sufrimiento y ansiedad a sus padres. Sus hermanos están allí. ¿Cómo reaccionan?

Al principio, con simpatía; pero eso no duró mucho. Luego me veían como un crío repelente que monopolizaba toda la atención, el cariño y los cuidados de la casa, y sentían celos de mí. Tenían cuatro y ocho años más que yo. El que era cuatro años mayor, había utilizado y roto mis juguetes. Sobre todo el trineo.

¿Y entonces vino el traslado a Chicago?

Mi padre se marchó a Chicago en el invierno de 1924. Casi era verano cuando yo volví a casa. Ni siquiera pasé por el colegio. Aquel mismo verano, mi madre nos llevó a Chicago a mis hermanos y a mí.

¿Veía usted el mundo de manera diferente?

Es posible. Naturalmente, no lo concebía a través de un proceso de razonamiento propiamente dicho, pero desde luego tomaba decisiones en función de mi situación. Tuve que decidir, por ejemplo, si robustecerme o asumir el papel de chico enfermizo y convaleciente. Me decidí por lo primero. Empecé un programa muy estricto de ejercicios. Corría mucho.

Ahí tenemos, pues, una idea en su forma más primitiva: he sobrevivido. Debería

sobrevivir. Tengo que sobrevivir. Y la manera de lograrlo, de pagar la deuda, es volverme bueno o ser mejor. ¿Cuándo apareció esa noción de «mejor» en su vida?

Cuando llegamos a Chicago, yo ya era un lector consumado, de manera que sacaba de la biblioteca toda clase de libros sobre la mejora y el desarrollo personal, principalmente sobre el perfeccionamiento físico. Había un famoso entrenador de fútbol americano llamado Walter Camp, que había escrito un libro titulado *Cómo ponerse y mantenerse en forma*. Uno de los ejercicios consistía en llevar cubos de carbón con los brazos extendidos, así que empecé a hacerlo porque en la leñera teníamos carbón (esto era en Chicago), y una de mis tareas, que me encantaba realizar, era subir y bajar las escaleras. Subir carbón y bajar las cenizas. Me hice un fanático del entrenamiento.

De manera que cuando habla de supervivencia, no se refiere a la mente. Es el cuerpo el que sustenta la estructura del pensamiento. Sin cuerpo, no hay mente. Si no hubiera sobrevivido, no habría estado en condiciones de realizar ninguna clase de perfeccionamiento, de modo que decidió proteger su cuerpo como fuese. ¿Es así?

Las otras posibilidades eran seguir siendo un enclenque y dejar que me mimaran.

Espléndida situación para muchos niños... Fíjese en Marcel Proust: pilló un resfriado y le duró toda la vida. Mucha gente probablemente piensa que en una familia como la suya debía de imperar el razonamiento, la deliberación, el análisis, la lógica, el orden y la violencia, tanto intelectual como de otra índole. ¿Guarda eso alguna relación con los hechos?

Bueno, hay algunos elementos que corresponden. Mi padre era violento, fuerte, autoritario. A los niños nos parecía un ángel de fuerza, de belleza, de castigo. Sus afectos también eran fuertes. Era un apasionado. Mi madre también era así. Dentro de la familia, la vida judía es muy distinta de la que se lleva fuera, de cara al mundo. Uno ve a sus padres en dos ámbitos sociales diferentes: uno interno y familiar; y otro externo, de afrontamiento de los problemas del mundo.

¿Se trata de una idea que ya se había formado? ¿O solo es un elemento de la formación de una idea? ¿Esa especie de doble papel?

Supongo que sí, porque más tarde se tradujo en mi vida. El contraste entre la fuerza, la fuerza que yo sentía en mi interior, y lo absurdo de mi intento por expresarla exteriormente.

La vida tiene para usted dos aspectos muy distintos: por un lado, afronta el mundo igual que los demás, y por otro, cultiva usted su universo particular. ¿No había en eso cierto disimulo?

No era tanto disimulo como una profunda sensación de distanciamiento con respecto a lo que hacía. Primero traduje el Antiguo Testamento a mi vida interior, y luego trasladé los libros que leía en la biblioteca pública también a mi vida interior. En el primer caso, contaba con la aprobación del judaísmo; es decir, principalmente de mi familia. En el segundo, me introducía en el ámbito de la fantasía. No había que fiarse de lo que era estimulante y ennoblecedor, y, al mismo tiempo, resultaba peligroso revelar.

¿Recuerda alguna de esas fantasías? ¿Vaticinaban algo de su vida futura?

No. Al principio eran fantasías bastante corrientes. Pioneros, exploradores de la frontera, hombres libres. Adentrarse en territorios inexplorados con el hacha y el fusil (y el ingenio). Muy importante.

Cuando llegó usted, Chicago aún no era ni mucho menos una ciudad refinada: la frontera no quedaba muy lejos.

No, es cierto. Nosotros vivíamos en una calle sin pavimentar; una calzada de tierra, por donde pasaban caballos. Circulaban pocos coches, y de manera muy espaciada. Los chavales nos tirábamos al suelo bajo los coches aparcados para ver si tenían frenos en las cuatro ruedas.

¿Hablaban de Estados Unidos? ¿Era un tema de conversación? Al fin y al cabo, en aquella época Montreal debía de tener un ambiente muy especial.

Sí, hablábamos del cambio. Montreal —es decir, el Canadá oriental— era muy europeo. Solo más adelante comprendí hasta qué punto la costa este era distinta de la región central de Estados Unidos. Aunque de niño notaba mucho la diferencia. La materia me parecía más burda: como si las moléculas de Chicago fueran más grandes o más groseras. La tierra misma parecía distinta. Desde luego, los árboles eran diferentes. En Chicago había olmos, álamos de Virginia. Los árboles de Montreal (arces) eran más grandes. Los inviernos, feroces; los veranos, asfixiantes.

¿Hablaban de política?

Mucho, porque mis padres seguían los acontecimientos de la Revolución rusa. Su interés obedecía a motivos muy concretos. Sus padres y sus hermanos se habían quedado allí. Yo nací en 1915. Antes de que cumpliera tres años, la Revolución rusa estaba plenamente en marcha.

¿Era usted consciente de ello? ¿Sabía de qué se trataba? Eso debió de influir en sus ideas.

Lo sabía todo de Lenin y Trotski. Desconocía el significado de la Revolución en cuanto tal. Los parientes de mi madre eran mencheviques. Yo era muy pequeño para comprender que durante el período de Kerenski los mencheviques y los bolcheviques andaban a la par.

Como más adelante eso tuvo una considerable importancia para usted, ¿recuerda que influyera de algún modo en sus ideas por aquel entonces?

Recuerdo que un día, siendo aún muy pequeño, iba por la calle con mi padre, cuando nos encontramos con un muchacho llamado Lyova. El chico dijo a mi padre que se iba a Rusia. El padre de Lyova era nuestro profesor de hebreo, y su madre, Mary, una señora gruesa con un sombrero enorme, era amiga de mi madre. Mi padre le dijo: «Eso que vas a hacer es una tontería. No vayas». Le aconsejó que no fuera, pero al parecer Lyova ya había adoptado una firme postura política. No podía tener más de dieciocho o diecinueve años. Pero esas cosas pasaban todos los días. Lyova se marchó y no lo volvimos a ver.

¿Qué me dice de las instituciones políticas? ¿Tenía usted alguna idea de la forma en que funcionaba la política americana, en qué se diferenciaba de la rusa o europea?

En aquella época lejana, las ideas políticas venían de la prensa. Al Smith era candidato católico a la presidencia. Los periódicos eran muy importantes. Aún no había radio propiamente dicha. En Chicago todo el mundo tomaba partido basándose en el periódico que leía, ya fuera el de Hearst o el de McCormick. Hearst publicaba dos periódicos: el *Herald Examiner* y el *Evening American*, ambos desaparecidos hace tiempo. Y luego estaba el *Tribune* republicano de McCormick. La prensa nos facilitaba nuestro drama del día. El asunto Leopold y Loeb, por ejemplo. A principio de los años veinte, los niños leíamos cosas sobre Clarence Darrow y el crimen de Leopold y Loeb.

¿Se contaban a veces entre sus fantasías cuestiones tales como la política o la ley? ¿Pensaban en ello en términos de justicia eterna?

No; en realidad, no. No pensábamos así. Lo que más importaba a la familia era la americanización y la integración, y en eso estábamos divididos. Mi hermano mayor era partidario de la americanización total; se avergonzaba de ser inmigrante. No quería que lo tomaran por un inmigrante de los barrios pobres. Se fue derecho al Loop.

¿Cómo reaccionó usted?

Me parecía muy interesante. No tenía posición alguna. Era difícil no fijarme en

mi hermano mayor. Su histrionismo tenía una enorme influencia en nuestros sentimientos, y el hecho de que tuviera un físico impresionante —alto y fuerte, agresivo, inteligente— sencillamente aumentaba el efecto. Cuando llegamos a Chicago él terminaba ya el bachillerato y yo estaba en tercero de primaria.

¿Qué ideas propiamente dichas circulaban por entonces en los colegios?

El «americanismo» era muy importante, y el plan de estudios hacía hincapié en el patriotismo literario. Importantísimo. Primordial. Chicago consistía en una interminable serie de comunidades de inmigrantes. Nosotros vivíamos en un enclave de polacos, ucranios y escandinavos, y al otro lado de Chicago Avenue (siempre había por medio alguna línea de tranvía) estaban los italianos. También había alemanes, irlandeses, griegos...

El «Soy americano, nacido en Chicago» con que empieza Las aventuras de Augie March es una reminiscencia de eso, ¿verdad? Tiene usted una mentalidad cosmopolita y universal pero, sobre todo, americana.

Bueno, el cosmopolitismo nace del deseo de trascender las barreras locales y sumergirse en el crisol de culturas. Pero no se trataba de un verdadero crisol, nada se fundía. Aunque jugara en la calle con chicos polacos, no iba con ellos al colegio. Ellos acudían a la escuela parroquial, donde los cursos se daban exclusivamente en polaco. Y hasta hace poco, los descendientes de inmigrantes polacos, al cabo de varias generaciones, hablaban con una entonación muy particular, con un acento claramente polaco.

¿Qué ideas a favor o en contra de esa noción de americanismo se le quedaron grabadas en la memoria?

Mi padre estaba completamente a favor del americanismo. En la mesa, nos decía: *estamos verdaderamente en el país de las oportunidades; aquí uno es libre de hacer lo que quiera, dentro del respeto a la ley; tan libre de darse un batacazo como de prosperar.* Mi padre, que aún no hablaba bien inglés, predicaba el evangelio de la prosperidad.

Pero eso lo tenía usted presente prácticamente desde su nacimiento. La noción de progreso ya estaba grabada en usted; forma parte de su herencia decimonónica, la idea de progreso de Comte.

A Comte no le habrían gustado los elementos religiosos. La idea del creador de la vida (y no me refiero a mi padre) era muy importante, y encontraba continuo apoyo en la Biblia. Era una mezcla extraña, que no se disolvía bien. Digamos que uno iba a un colegio americano, jugaba al béisbol en un campo de ceniza, y a las tres de la tarde

iba a la escuela hebrea. Hasta las cinco, se estudiaban los cinco primeros libros de Moisés, y se aprendía a escribir en yiddish con caracteres hebreos y todo eso. Así eran las cosas. Yo no iba a la escuela parroquial, pero sentía un gran interés por la religión que me duró hasta que fui lo bastante mayor para decidir entre la vida judía y la vida de la calle. Esa última fue la que se impuso.

Convencionalmente, la siguiente etapa en la formación de las ideas es la pubertad, el colegio, las lecturas, la tendencia a distinguirse de los demás chicos, la creación de una identidad propia. En ese momento ya se es consciente de tener ideas. ¿Había leído mucho para entonces? ¿Ya se había olvidado de Natty Bumppo^[52]?

En el instituto, leía a Dreiser, Sherwood Anderson, Mencken. Dreiser exponía asuntos nuevos, válidos y del momento, muy actuales. Con una sólida formación religiosa, podía entenderse perfectamente al Clyde Griffiths de *Una tragedia americana*. Lleno de ambiciones y deseos carnales.

¿Constituía la avaricia una especie de idea?

En el ambiente había el suficiente darwinismo social como para justificar la avaricia y un montón de cosas más, quitando el asesinato. No solo eran los escritores que he citado los que ejercían esa influencia, sino también gente como Jack London y Upton Sinclair. Esos dos apóstoles socialistas, que al mismo tiempo eran darwinistas, ensalzaban la lucha por la vida, la victoria del más fuerte.

Hay dos cosas sorprendentes en su infancia, comparada con la de los demás: la primera es común a judíos, católicos y en general a los que han recibido una sólida educación religiosa: esa enorme insistencia en el poder de la memoria, en la necesidad del conocimiento y la capacidad para recordarlo. La segunda, que no leía tonterías.

Bueno, de vez en cuando sí leía tonterías. Y mi hermano, el de la americanización, traía a casa el *Saturday Evening Post* y el *Collier's*. También leía a Fanny Hurst, Edna Ferber, Peter B. Kyne, James Oliver Curwood. Claro que, filosóficamente, esos autores estaban en la línea de Jack London. Supongo que Dreiser también tenía algo de eso. Y además estaban los libros de Horatio Alger.

Ese asunto de la memoria, la retentiva. ¿Cómo se adquiere de niño?

Ni siquiera la consideraba como memoria. Yo siempre he mantenido un canal abierto hacia el pasado, que funcionaba desde el principio. Era como volver la cabeza mientras iba caminando por la calle. Miraba hacia atrás a la vez que avanzaba.

En general, a los niños no les da por la retrospección. Tienden más bien a la

prospección.

Bueno, quizá yo tuviera muy marcado el elemento retrospectivo debido a mis padres. Ambos estaban obsesionados por la idea de la regresión social. En San Petersburgo eran una familia próspera, cosmopolita. Mi madre no paraba de hablar de su dacha, de su vida privilegiada, y de que todo eso había desaparecido para siempre. Trabajaba en la cocina. Guisando, lavando, remendando para una familia de cuatro hijos. En Rusia tenía criados.

¿Cierta sentido aristocrático en eso? ¿De aristocracia desposeída?

Max Weber dice que los judíos son parias aristocráticos, parias con una vena señorial. Creo que es cierto, eso de que los judíos tengan cierta tendencia natural a considerarse de ese modo.

Seguro que en ese sentido la «aristocracia» judía es más religiosa que social. No es algo personal, no tiene nada de individual.

Pero uno siempre puede transmutar su condición humillante mediante una especie de amarga ironía. El sufrimiento es la marca de nuestra tribu, aprendemos en la escuela. *El mercader de Venecia* profundiza bastante en la cuestión. Cuando estudiábamos a Shakespeare en el instituto no hacíamos apologética. Ese es uno de los rasgos curiosos de la sociedad americana. En aquellos días todo se sacaba a la luz. Y si los prejuicios y el chovinismo eran casi tan peligrosos como en Europa, resultaban, en la práctica, ineficaces. La ausencia de la idea de difamación era muy liberadora. Todo el mundo estaba expuesto a ella. Nadie podía reclamar protección. Claro que los respetables anglosajones protestantes estaban un tanto aparte, pero hasta ellos recibían ataques. Nadie era inmune. Ni judíos, ni italianos, ni griegos, ni alemanes ni negros. No existían zonas protegidas. Y eso daba vía libre a la libertad de opinión. Todo el mundo recibía su parte de insultos. Eso es lo que ahora ha desaparecido. Sin que se haya incrementado la libertad.

Y desde luego tampoco ha aumentado la comunicación, porque disimulando las diferencias con discursos piadosos sobre lo diferentes que son las personas, tanto en aptitudes como en otros mil aspectos, solo se logra reforzar los prejuicios. Los que pretenden que las diferencias no existen, cometen un error fundamental. Basta casarse, para comprenderlo rápidamente.

Eso me ha pasado a mí más de una vez. Creo que es importante decirlo. Es cierto que había tiras cómicas desagradables como «Abie Kabibble», con orondos judíos de nariz ganchuda y todo lo demás. Nadie estaba inmune. La gente devolvía los golpes. Pero existía una especie de tolerancia general. Era una sociedad mucho más abierta

que la que se inició con el proteccionismo étnico.

En literatura tuvo el espléndido efecto, me parece a mí, de permitir que la imaginación del escritor creara personajes un tanto desmesurados. Eran de características tan marcadas y resultaban tan conocidos que si a alguien se le llamaba judío, católico o lo que fuera, se exageraba ese aspecto de su vida. Sobre el cual podían escribirse libros enteros. Pero ahora todos somos manchas grises, nos vemos reducidos a la más absoluta mediocridad.

Salvo al otro lado de la divisoria, en la primera capa del subconsciente, donde se sabe perfectamente que no es así. Pero esa zona del inconsciente que se sitúa en la parte primitiva del cerebro ha estado muy castigada.

¿Así que a los trece o catorce años ya se daba usted cuenta de que tenía sentimientos inconscientes?

En el instituto los libros de Freud pasaban de mano en mano. Igual que los de Marx y Lenin. Cuando cumplí los quince, ya teníamos la Depresión encima y todo el mundo la sufría. Por otro lado, existía algo que ahora percibo como un vitalismo adolescente, indomable y espontáneo, al que traían sin cuidado las crisis económicas y esas cosas. La Depresión era un hecho social, pero desde luego no era una realidad personal.

¿De qué modo hace la Depresión acto de presencia como idea?

Fue la primera vez que el capitalismo se vio directamente atacado a causa de sus propios fracasos.

¿Así lo formulaba usted en su adolescencia?

A los quince años, ya lo creo. Eso era hacia 1930. Resultaba imposible evitarlo, compréndalo, incluso la prensa reaccionaria utilizaba esos términos. «Aquí no queremos revoluciones rusas», y todo eso. De manera que cuando se dieron el batacazo, ya tenían preparado el vocabulario de la acusación. Y por supuesto, los inmigrantes rebosaban de ideas revolucionarias, porque 1917 era... bueno, un acontecimiento glorioso.

¿Tenía usted alguna noción, en su adolescencia, de que existiera una diferencia entre la intelectualidad y el resto del mundo?

Sí, claramente. Era algo que se veía. Iba uno a las principales calles judías y se encontraba con personas que se definían como intelectuales. Vestían de manera distinta. Llevaban lentes. Fumaban con gestos curiosos, utilizaban un vocabulario

diferente. Hablaban de capitalismo y socialismo. Hablaban de evolución, de Tolstói. Todo eso era muy importante en mi adolescencia. Me encontraba con una nueva clase de gente por las calles más transitadas del barrio. Al establecer la distinción entre los barrios pobres donde uno vivía de pequeño y las calles principales que se frecuentaban como adolescente intelectual, se pasaba a la edad adulta. En mi caso, en Chicago, era Division Street, con su mezcla de elementos polacos, judíos, ucranios, rusos, escandinavos...

¿Se clasificaba usted en aquella época como intelectual?

Nunca se me ocurrió una cosa así. Yo no era más que un par de ojos, unas orejas.

Pero debió de ser por entonces cuando empezó a verse a sí mismo como escritor, como observador. ¿Recuerda un momento concreto, o el hecho de escribir era simplemente una parte del entrenamiento de la mirada? El caso es que su manera de escribir es muy física; las emanaciones de la gente, sus efluvios, significan mucho para usted.

No sé si se trataba de un entrenamiento. Creo que era algo espontáneo. Me parece que en mi más tierna infancia, lo que yo entendía no era lo que hablaba la gente, el contenido de sus palabras, sino su aspecto, sus gestos. Con lo cual, la nariz también era un órgano parlante, lo mismo que los ojos. Y también la manera en que crecía el pelo y la forma de las orejas, el estado de los dientes, las emanaciones del cuerpo. Todo eso. Y yo parecía captarlo con absoluta naturalidad. Es decir, así es como yo percibo el aspecto más visible de las cosas. De modo que tenía que seguir haciendo el mismo tipo de observaciones que siempre había hecho. No era del todo voluntario. No tenía nada que ver con las ideas. Era un hecho asumido.

Pero la cualidad física de algo o de alguien es sin duda una idea...

Exacto. Es la abstracción de un principio conceptual. Pero la abstracción venía después. Lo primero siempre era la vida real.

¿Qué mejor fundamento para las ideas?

Si nos remontamos a los griegos, o a los griegos y los isabelinos, quizá nos encontremos con que la conceptualización es un endeble sustituto de esa forma de percepción inmediata del ser y de las cosas.

Las cosas son viscerales. Las cosas son reales. Vivimos en un mundo real en el que observamos fenómenos. Usted tiene una marcada afinidad con esos elementos. Como Michelet. Eso discurre por toda su Historia de la Revolución francesa con gran vigor. Michelet entendía que el cuerpo produce emanaciones. Y cuando habla del

cuerpo político, se refiere efectivamente a un cuerpo; en Michelet no es una metáfora de lo que debería ser el Estado.

Con el tiempo he llegado a comprender la importancia de la abstracción en algunas de sus formas. He pensado en esto últimamente al toparme con un pasaje de un libro sobre Kafka donde este escritor afirma (creo que acierto en la paráfrasis) que no conseguía leer a Balzac porque sus novelas contenían demasiados personajes. ¿Es que a usted no le interesan los personajes?, le preguntan. No, contesta él, solo me interesan los símbolos. Y eso lo interpreto yo como una fuente de poder dramático. Al hacerme mayor, descubrí que una «personalidad» también podía construirse a partir de algo artificial. De un concepto. Por otro lado, el número de tipos y de papeles era realmente limitado; pronto se hacían aburridos porque carecían de originalidad. Esa idea se confirmó cuando empecé a viajar a Europa. Para entonces ya era un adulto hecho y derecho. Enseguida empecé a darme cuenta de que los autores clásicos habían modelado el carácter nacional. En París, se reconocían personajes de Balzac o Molière en empleados y tenderos, en la portera de la casa y en toda la escala social, incluso en las vanguardias intelectuales y revolucionarias. Lo mismo en Londres, con gente que parecía salida de Dickens, de Trollope o de Oxford. Empecé a comprender que el carácter del hombre de hoy también es producto de la literatura o la historia. O del cine, que es el equivalente moderno de esa narrativa antigua. No voy a mencionar la televisión, porque en este aspecto la psicología de ese medio no tiene interés alguno.

¿Y qué conclusión extrajo usted de la observación de Kafka?

La encontré en el fondo de mí mismo. Vi que en mi interior coexistían ambas tendencias. Por un lado, siempre podía contar con mis reacciones instintivas hacia la gente. Recomendación de Baudelaire: ante cualquier dificultad literaria, recordar cómo se era a los diez años. Por otro lado, con esas reacciones instintivas o inmediatas no iba a ir muy lejos si al mismo tiempo no estaba preparado para pensar en lo que veía.

Quizá se remonte eso a sus años de universidad y a la época inmediatamente posterior, además de a su preferencia por la antropología. Preferencia un tanto singular por su parte, en mi opinión.

La idea de la antropología es fundamentalmente democrática. Los demás tienen su cultura y nosotros la nuestra, y no deberíamos dejarnos llevar por nuestro etnocentrismo. Esto último es una idea puramente occidental. A un iraní nunca se le ocurriría pensar que el etnocentrismo distorsiona su perspectiva. Bueno, casi nunca.

Al contrario, lo encontraría nefando, igual que un indio americano. Es curioso

cómo las civilizaciones más antiguas no consideran que el etnocentrismo deforma su visión del mundo. Las más recientes, sí.

El problema, creo, es que la verdadera cultura ciega. Porque uno se siente completamente poseído por ella. No hay que pensar, so pena de una gran dificultad y ciertos ajustes anormales, que el desconocido que viene a tu encuentro es blanco o negro, varón o hembra, si es peligroso, inofensivo, etcétera. No eres tú, el demócrata progresista o *bien pensant*, quien formula los juicios, sino esa entidad real, a veces vergonzosamente fea, tu propio yo. La cultura es el prejuicio en su forma más primaria (o inferior, si se prefiere).

¿Consistiría en eso el catálogo de ideas que se recuerda de los años entre la pubertad y los estudios serios, es decir, universitarios? Es como si se elaborase mentalmente la lista de lo que uno piensa que Raskolnikov tenía en la cabeza cuando decidió convertirse en asesino. ¿Qué tenía usted en la suya? ¿Qué extraña mezcla?

Claro que era una mezcla. Como si se abriera por la mitad la cabeza del hombre moderno y empezaran a caer cosas por todos lados. De manera que nos encontráramos a la Biblia y los Patriarcas en estrecha intimidad con los novelistas rusos, los filósofos alemanes, los activistas revolucionarios y así sucesivamente. Mi cabeza se parecía al barril de libros de Walgreens, donde había clásicos a diecinueve centavos. Todavía conservo un ejemplar de *El mundo como voluntad y representación* de Schopenhauer, que compré por veinte centavos y leí cuando estaba en cuarto de bachillerato; o intenté leer. Creo que lo entendí bastante bien. Esos libros pasaban de mano en mano, y las notas que tengo en ese Schopenhauer las hizo mi difunto amigo Sidney Harris, compañero mío del instituto. Toda clase de alucinados garabatos al margen. Pero leíamos efectivamente esas cosas. Por un lado, Schopenhauer y Nietzsche; y por otro, Marx y Engels. Y luego John B. Jackson, además de Theodore Dreiser, Dostoievski, Balzac y todo eso. Realmente nos habíamos precipitado a una especie de caos mental, y había que abrirse paso como fuese.

¿Qué demonios ha pasado con nuestros adolescentes para que hoy rara vez ocurra eso?

Bueno, en vez de eso tienen su música, las drogas, los encuentros sexuales. Y su privilegiada situación... comparada con la nuestra.

Nadie que tenga la cabeza llena de libros es un desventurado.

No, pero eso crea un tremendo desorden, al que es preciso dar algún sentido porque lo que está en juego es la independencia personal. Lo que se pretende es dirigir la propia vida, y no se sabe cuál será el precio. Al principio se siente uno lleno

de orgullo, se tiene una sensación de poderío y determinación, pero luego se empieza a ver cierta incapacidad personal para realizar los ajustes más delicados y a comprender que la vida no va a ser más que una acumulación de errores, y que solo detectando esos errores podrán ponerse en claro las ideas. Son los errores quienes te van formando.

¿Mientras que hoy?

Supongo que hoy los objetivos son más simples. Se aspira al placer, al dinero, a alcanzar una posición dominante en el mundo. Se quiere vivir plenamente al estilo americano.

Pero en realidad no se quiere nada. Todo está al alcance de la mano, hecho que debilita el deseo.

Es cierto. Hay una decadencia del deseo. Además, ya no se puede leer una novela contemporánea sobre una muchacha casta y sentir curiosidad por el desenlace, como pasaba entonces. Se percibía la imposibilidad de la chica para decidir entre intereses antagónicos. Y todo, mientras la joven se preguntaba: ¿con cuál de mis pretendientes debo casarme? Ya no ocurre eso.

De ahí la absoluta imposibilidad del celibato para el clero, por ejemplo, por no mencionar más que un efecto secundario. Cuando los obispos se reúnen para discutir si la homosexualidad es aceptable desde el punto de vista sacramental, es que hay algo que no va bien.

Pues claro, todo eso se ha acabado. Cuando digo que tuve que decidir entre Schopenhauer y todo lo demás, me estoy refiriendo a un signo de los tiempos. Algunas o muchas de esas cuestiones candentes ya han agotado su breve existencia. Todo ha desaparecido. Lo último que se ha desacreditado en general, menos en el Tercer Mundo y las universidades americanas, es el marxismo. A mí me salía por las orejas. Es imposible leer de joven el *Manifiesto comunista* y no sentirse transportado por la fuerza de su análisis.

Estudiando ya en la universidad, con la cabeza llenándose poco a poco, irrumpe un concepto extraño en el mundo de las ideas: el de la originalidad personal, el propio sentido de la diferencia con el rebaño. ¿Cómo ocurrió eso en usted? ¿Cómo surge el personaje Bellow de toda esa vorágine?

Empieza a ver su vida como un proceso de revisión, de corrección de errores. Al menos tiene la satisfacción de haber escapado a ciertos tiranos. Permítame aclarar lo que quiero decir. Ya he mencionado a Marx; a Marx y a Lenin. Podría haber aludido a Freud. Esos filósofos y escritores eran una fuente de poderosas metáforas, que se

apoderaban de uno de tal manera que se tardaba décadas en escapar de ellas. No resulta fácil librarse de la idea de la historia como expresión de la lucha de clases. Como tampoco es fácil desechar la idea del complejo de Edipo. Son metáforas imponentes, que se adueñan de uno durante mucho tiempo.

Pero al mismo tiempo está usted interactuando en un mundo perfectamente real. Esas ideas dominan una parte de su mente, pero la parte activa tiene su propia chispa y acaba yendo por su propio camino. Acepta esas ideas, pero se mueve con cierta independencia. ¿Tuvo esa sensación al final de la adolescencia, antes de ingresar en la universidad?

Creo que más poderosa que la influencia de los libros que leía era mi íntima convicción de que todos estábamos aquí como resultado de una extraña contingencia, porque no sabíamos cómo habíamos llegado ni qué significado tenía verdaderamente el hecho de estar aquí. Leía muchos libros con la esperanza de descubrir alguna verdad sobre esas cuestiones persistentes. En el fondo siempre quedaba una sensación muy rara, y así seguiría siendo después. Ninguna explicación llegaba a hacer inteligible aquella extraña impresión. Los sistemas se desmoronan uno tras otro, y se los va tachando de la lista a medida que uno sigue su camino. *Au revoir*, existencialismo. Pero nunca desaparece la exigencia de justificar nuestra presencia en este mundo.

En todos sus libros expresa usted esa misma cuestión en términos diferentes.

Supongo que las aspiraciones del hombre moderno no pueden llegar a nada más alto. Eso es precisamente lo que descubrimos cuando empezamos a leer a Shakespeare. Desde las primeras obras hasta *La tempestad*. En *El rey Lear* se nos dice: «Madurar lo es todo». Debemos aceptar tanto nuestra presencia como nuestra partida de este mundo, y así sucesivamente... Ya sabe, esa sensación de misterio, el misterio radical del ser, de la existencia de cada uno. La naturaleza de los fenómenos ha cambiado un poco. Ya no estamos rodeados únicamente por el mundo de la naturaleza, sino también por el mundo de la técnica. Que no comprendemos mejor por el hecho de haber estudiado. Porque por muy amplia que sea nuestra formación, seguimos sin poder explicar lo que ocurre cuando abordamos un avión. Nos sentamos, abrimos el libro, y esos extraños mecanismos de los que no tenemos la menor idea nos transportan en cuestión de horas a Nueva York, y ya sabemos el tiempo que se tardaba yendo en el autocar de la Greyhound. Y el autocar constituyó un avance de la técnica en su momento. La gente cultivada conserva algún elemento bárbaro, y últimamente tengo cada vez más la impresión de que somos primitivos desprovistos de capacidad de asombro. ¿Y cuál es la razón de que ya no nos maravillamos ante esos milagros de la técnica? Se han convertido en la realidad exterior de cada individuo. Todos hemos ido a la universidad, todos hemos dado

cursos introductorios a un sinfín de materias, y por tanto estamos convencidos de que, si tuviéramos tiempo de examinar esas maravillas científicas, lograríamos entenderlas. Pero eso, por supuesto, es una ilusión. No sería posible. Ni siquiera para quienes han hecho una carrera de ciencias. Ellos desconocen tanto como nosotros el funcionamiento de esas cosas. De manera que nos encontramos en la posición de seres salvajes cuya educación, sin embargo, los lleva a creer que son capaces de entenderlo todo. No que lo entendamos efectivamente, sino que poseemos la capacidad para ello. Como todos esos objetos son obra del hombre y nosotros somos hombres, tendríamos que ser capaces de comprender los misterios últimos o incluso los inmediatos.

Está diciendo usted que el dulce misterio de la vida se ha esfumado. Y sin embargo, esa educación reflexiva judía ha debido de ser uno de sus dones más preciados. Le enseñó que había milagros, que existía el misterio; para un católico, el acto central del culto era algo que no podía entender, aunque lo intentara, porque su capacidad no era igual a la de Dios.

Ahora el misterio se ha trasladado a la tecnología de vanguardia. Sin embargo, a todos nos han educado para creer que *podemos* entender esas cosas, porque somos «ilustrados». Pero en realidad, no tenemos la menor idea. Debemos contentarnos con un vocabulario, con términos como «metabolismo» o «espacio-tiempo». Curiosa conjunción...

Sin embargo, seguimos desdeñando el misterio. Lo consideramos un arcaísmo. La gente solo se maravillaba en la Edad Media. Hoy ya no hay místicos, salvo algunos alucinados, sin saberlo.

Lo que realmente quiero decir es que nuestra educación nos induce al error, haciéndonos creer que no hay misterios, y sin embargo...

Pero, discúlpeme, a usted su educación no le ha inducido al error. ¿Por qué?

Supongo que debido a un escepticismo radical judío con respecto a todas las argumentaciones que se me presentaban.

¿Incorporaba de algún modo la antropología ese sentido del misterio?

Sí, lo asumía. Pero pronto comprendí que lo que ofrecía era una versión de la vida primitiva elaborada por gente con una formación semejante a la mía, que no me aportaba ningún conocimiento esencial sobre los habitantes de las islas Trobriand. El simple hecho de leer a Malinowski y compañía no significaba conocer a esos aborígenes. Se conocía la versión que de ellos tenía un europeo civilizado y culto. Y supongo que había una especie de disimulada arrogancia en toda esa concepción del

antropólogo: en la idea de que como los habitantes de las Trobriand son más sencillos, es posible sondear sus profundidades. Exhaustivamente. Con gente sencilla podemos establecer con certeza el sentido de la vida.

Seguro que Malinowski lo entendía. Eso es lo que tiene de bueno.

Para hacer mi crítica, he escogido a uno de los mejores. Cabía mantener ciertas dudas en el caso de Malinowski o Radcliffe-Brown, pero en la mayoría de los casos no podía tenerse confianza alguna. Cuando se conocía a esos eruditos, se daba uno cuenta de que nunca comprenderían lo que habían visto sobre el terreno. A mí me resultaban sospechosos en parte porque carecían de cualidades literarias. Escribían libros, pero no eran verdaderos escritores. Les hacía falta afinar la sensibilidad. Aplicaban lo que llamaban «ciencia» a las cuestiones humanas, a los asuntos del entendimiento humano, pero su «ciencia» nunca podría suplir a una sensibilidad educada.

Lo que nos lleva de nuevo a usted.

A lo que yo adquiriré sin siquiera saberlo.

Pero no puede adquirirse una sensibilidad educada.

No, a menos que uno comulgue con ciertas obras maestras como si fueran hostias consagradas.

La eucaristía de la literatura universal.

En cierto modo, así es. Si no se da a la literatura un papel decisivo en la propia existencia, entonces no se tiene sino una apariencia de cultura. Sin realidad efectiva. Pero puede asumirse la tarea de interiorizar todas esas grandes cosas, toda esa maravillosa poesía. Y una vez hecho eso, se encuentra uno formado, desde dentro, por esos libros y esos escritores.

Mientras se va asimilando todo eso, hay una parte que se extrae de las lecturas. Se sacan ideas de Tolstói, o de Shakespeare. Y luego hay otra parte, que no puede separarse de la forma en que esos autores expresan sus ideas, que está encarnada en el estilo, en la narración, en los personajes que crean. ¿Estaba clara esa distinción para usted en la universidad?

Empezaba a estarlo, sí. Por ejemplo, en la facultad leí todo Tolstói. Puedo estar de acuerdo con Natacha o con Iván Nicoláievich aunque no pueda aceptar las ideas de Tolstói sobre el cristianismo, el hombre y la naturaleza. De manera que conozco la diferencia, y él también, evidentemente.

Aunque él lo habría negado, diciendo únicamente: «Las parábolas están en el centro de mi ser».

Hay, naturalmente, un hilo doble, triple o multidimensional en esos grandes cabos que lo atan a uno a la vida. Por eso es posible leer a Dostoievski sin desconcertarse ante su antisemitismo, porque se sabe que en un plano más profundo actúan otras fuerzas, aunque muchas de sus opiniones carezcan de valor alguno.

¿Qué opinión le merecía su educación universitaria en conjunto? Su sentido crítico ya apuntaba por aquella época.

En Chicago, quien nos formaba en realidad era Hutchins, o el espíritu de Hutchins, del que la universidad entera estaba imbuida. Pasábamos allí cuatro años, o menos, si a uno se le daba bien aprobar los exámenes. Cada uno iba a su ritmo. Pero cuando se satisfacían todos los requisitos, uno podía licenciarse sabiendo todo lo que había que saber sobre ciencias físicas, biología, ciencias sociales y filosofía y letras. Todo. Se estaba en condiciones de rivalizar con cualquiera en pie de igualdad, sin ceder terreno. E incluso algo más. Había en todo aquello una especie de arrogancia enloquecida, disparatada, que atraía mucho a los judíos jóvenes del West Side. Pero cuando fui a la Northwestern, solo me encontré con un montón de profesores de inglés, protestantes y anticuados, que eran muy agradables pero resultaban limitados, excéntricos. No hacían proclamas, no aspiraban a la universalidad.

¿Qué motivos lo impulsaron a tomar esa decisión? ¿Por qué se fue a la Northwestern?

Estaba cansado de encontrarme cuatro días a la semana con otros trescientos o cuatrocientos estudiantes en enormes anfiteatros donde no existía el contacto personal con los profesores. Y al quinto día había un examen oral de una hora de preguntas, seguido de un repaso de las asignaturas con los directores de estudios. Eran verdaderos maestros, y se trataba de lecciones magistrales. Pero no había manera de conocer a ninguno, y ninguno te conocía a ti. Me harté de ese anonimato. Quería tener la ocasión de distinguirme. Los exámenes eran de tipo test, no había nada que redactar, de manera que aunque se sacaran buenas notas, uno se quedaba insatisfecho. No me encontraba a gusto en Chicago. Así que me cambié a otro sitio. Supongo que necesitaba llamar la atención.

Y lo consiguió, sin duda. ¿Ya había empezado a escribir por entonces?

Sí, ya escribía.

¿Cuándo le vino por primera vez a la cabeza esa idea, fundamental en todos los escritores, de que a eso era a lo que iba a dedicarse, a escribir? ¿Y de qué forma se

le ocurrió?

En los años de instituto, muy pronto, cuando empecé a darme cuenta de que siempre me había considerado un escritor. Pero bien sabe Dios que no era el único, formaba parte de un grupo de gente con ambiciones literarias.

¿Consideraba usted esos primeros textos como literarios, o simplemente como vehículos de sus ideas?

En aquella época había revistas maravillosas. Era fácil envenenarse de ambición.

¿Qué revistas leía usted entonces?

En primer lugar, la *American Mercury*, y luego la *New Republic*, *The Nation*, el *Times Literary Supplement*, el *Manchester Guardian*. Se podían comprar todas en el centro, en Monroe Street. En unas tiendas grandes, donde podían adquirirse todos los periódicos ingleses. Y los franceses también, para quienes sabían la lengua, además de alemanes y españoles.

¿Veía una clara diferencia entre el contenido de esas publicaciones y el de los periódicos de Chicago, por ejemplo?

En Chicago, había periódicos como el *Evening Journal* y el *Daily News*, donde trabajaba gente como Ben Hecht. Su sección literaria era estupenda, y tenían críticos excelentes como Burton Rascoe. Y Harriet Monroe aún estaba en la revista *Poetry*. Daba un poco la impresión de que Chicago se había convertido brevemente en un centro literario. Cuando estudiaba en el instituto, ya se estaba desintegrando. Pero ahí seguían Edgar Lee Masters, que vivía en Chicago, y Vachel Lindsay, en Springfield, y Carl Sandburg. Serwood Anderson había trabajado en Chicago. Dreiser y otros cuantos habían estado allí. Y la señora de Hull House, Jane Addams, además de Robert Morss Lovett y Thornton Wilder. Innumerables personajes de la escena literaria nacional. En Chicago se percibía todo eso en el ambiente.

¿Le parecía una carrera la literatura?

Nunca lo consideré así. No creo que pensara en hacer carrera. Nunca me pregunté: ¿de qué voy a vivir? Ni siquiera: ¿cómo se gana uno la vida? Nunca se me ocurrió que eso fuera un problema. Claro que mi padre estaba desesperado conmigo.

Terminó la universidad, se fue a Nueva York y allí sentó las bases de una carrera literaria.

Hacía crítica de libros, vivía a salto de mata y era muy feliz. Trabajaba en el

programa federal de escritores de la WPA, el organismo para la mejora del trabajo, y mi tarea consistía en seguir a los autores de Illinois. Supongo que logré convencer al organismo de que era un verdadero escritor.

Nos encontramos en Nueva York justo antes de la guerra. Vive usted en la miseria, con sueños de grandeza literaria. La idea subyacente es que vivimos en un universo ilimitado; en todas partes hay posibilidad y capacidad de realización total. ¿Qué ideas aportó la guerra a su vida?

Yo interpreté la guerra de manera completamente incorrecta. Estaba tan influido por el marxismo, que al principio la consideré simplemente como otra guerra imperialista.

¿Ya había trabajado en la Partisan Review? ¿Colaboraba en esa revista?

No. La guerra empezó en el treinta y nueve. Hasta entrados los cuarenta no empecé a trabajar en la *Partisan*. Continué aferrado a esa vieja doctrina de pacotilla, la línea leninista: el enemigo principal está en casa, es una guerra imperialista. En aquella época seguía siendo un vendido al marxismo y la revolución, pero con la caída de Francia se me pasó.

Entonces, ¿acaso no sabía nada de lo que ocurría realmente en Alemania?

Empecé a hacerme una idea cuando los alemanes entraron en Varsovia en 1939 y empezaron a perseguir a los judíos por la calle.

Pero ¿no le produjo verdadera impresión la Kristallnacht?

Pues claro que sí. Lo consideré algo maléfico y peligroso. Empecé a tener serias dudas cuando los rusos invadieron Finlandia. Pero seguía en las garras de la ideología izquierdista. Y los trotskistas (porque yo me sentía más cercano a ellos que a cualquier otro grupo marxista) sostenían que un Estado obrero, por degenerado que estuviese, no podía entregarse a una guerra imperialista. Argumentaban asimismo que a pesar de su degeneración, harían progresar la causa del socialismo llevando a Finlandia los métodos para organizar un desarrollo más avanzado; había que nacionalizar la tierra, establecer cooperativas, crear sóviets o consejos obreros, y así sucesivamente. No porque Stalin hiciera lo posible por anular la Revolución dejaba de haberse producido efectivamente una revolución, y por eso Trotski ordenó a sus partidarios que no se opusieran a una guerra dirigida contra el más blanco de los regímenes blancos, contra un régimen de guardia blanca, contrarrevolucionario. Pero cuando los alemanes llegaron a Varsovia, empecé a ver las cosas de otro modo. Y la caída de París, naturalmente, fue un golpe devastador.

Eso no afectó a la mayoría de los americanos.

Pero yo no era de la mayoría de los americanos. Yo pertenecía a un grupo selecto de excéntricos que sabían un poco de historia y de doctrina marxista y utilizaban esos conocimientos para conducir el debate a un «plano elevado».

¿Diría usted que las ideas históricas desempeñaron un papel principal en su vida, que en aquel momento la historia influyó en su formación?

Algo parecido al conocimiento de la historia. Nosotros pensábamos que el Partido Comunista francés era en parte responsable de la derrota de Francia en 1940. La línea comunista tenía desmoralizado al ejército. De manera que corrió la voz: *La France est pourrie*. Eso no era una explicación suficiente, ni siquiera un sucedáneo del conocimiento. Pero la gente próxima a la *Partisan Review* y que entonces ejercía una gran influencia sobre mí, siguió apegada a la visión marxista del mundo. Los colaboradores de la revista eran de lo mejor que teníamos en un plano cosmopolita. Nos tenían entusiasmados publicando a los principales autores europeos, que descubrían al público literario americano. ¿Dónde podría encontrarse a Malraux, Silone, Koestler y compañía, si no era en la *Partisan Review*? Cierto es que algunos de los redactores tenían mentalidad de estanqueros de la Sexta Avenida, pero importaban buenas cosas. Algunos de ellos me caían muy bien. No solo ejercían influencia intelectual, sino que me encantaban personalmente. Gente como Dwight Macdonald y Philip Rahv, Delmore Schwartz, Will Barrett y Clem Greenberg. Pero Clem y Dwight profesaban una ortodoxia marxista tenaz y rigurosa, y repetían una y otra vez: «No os engañéis, esta no es más que otra guerra imperialista. No os dejéis seducir por la propaganda como ocurrió en la Primera Guerra Mundial».

¿Tenía usted la impresión, como joven literato, de que era influenciable?

Yo no pertenecía a nada. No me incorporé a ningún grupo. Institucionalmente, nunca estuve vinculado a ninguna de esas personas. Iba por mi cuenta.

Tenía usted un aspecto muy tenso en las fotografías de la época.

Había motivos sexuales para esa tensión. Y luego, la literatura y la política de entonces lo ponían a uno a prueba. Había leído a todos aquellos autores antibelicistas, como Barbusse y Remarque. Estaba además el mito revolucionario de que las masas habían tomado el destino en sus manos en 1917 para destruir el poder del imperialismo capitalista. Tardé mucho en superarlo. Fue probablemente la mezcla política más fuerte del siglo xx.

¿Qué produjo el derrumbamiento del mito?

El propio Stalin hizo mucho para desacreditarlo. Me enteré de lo de las purgas. Sabía que los procesos de Moscú eran una falacia, una impostura. Todo eso estaba muy claro. Pero como todo aquel que desde muy joven cifra sus esperanzas en una doctrina, era incapaz de renunciar a ella.

¿Y el Bellow adulto se hace una autocrítica por eso?

No, no veo por qué. Para evitar todas las tentaciones, las trampas de la vida moderna, habría que ser genial en todo. Y nadie puede ser un genio universal.

¿En qué momento resulta imposible perdonar a la gente el hecho de perseverar en ideas manifiestamente falsas?

Depende de la carga de la prueba disponible. Los que se aferraron al estalinismo tras el pacto de Stalin con Hitler merecen duras críticas, desde luego. Pero la mayoría de la gente no comprendía —se negaba a comprender— el significado de los campos de concentración, tanto alemanes como rusos.

¿Podría decirnos algo sobre su círculo de afinidades, de amigos íntimos, de gente como Isaac Rosenfeld, Delmore Schwartz y John Berryman? La formación de las ideas junto a los íntimos a esa edad crítica entre los dieciocho y los treinta años es absolutamente fundamental. ¿Cuál era la corriente que alimentaba tales ideas, y cómo describiría usted a esas personas y las ideas que representaban?

Al cabo de unos años llenos de cariño y admiración, empecé a sospechar que Isaac tenía cierta debilidad por las ortodoxias. En muchos sentidos era un izquierdista ortodoxo. Lo que me resultaba curioso. No podía renunciar a algunas de esas rígidas convicciones. Ni siquiera algunas de las mejores personas que conocí, entre las que incluyo a Isaac, fueron capaces de apartarse del marxismo.

¿Conocía a alguien contrario a esa corriente?

Amigos judíos con una orientación más americana, sí. Esos no derivaron hacia la izquierda. Muchos compañeros de colegio de Chicago. Hoy utilizo la palabra «intelectual» en sentido peyorativo. Nunca me gustó la idea de ser un intelectual, porque pensaba que los intelectuales no podían resistirse a las grandes ortodoxias y eran proclives a dejarse atrapar por el marxismo y el estalinismo.

¿Por falta de discernimiento o por romanticismo?

Eran intelectuales. Creo que veían una ventaja personal en el hecho de seguir una línea determinada. Una de las cosas que me quedaron muy claras cuando fui a París con una beca Guggenheim fue que *Les Temps Modernes* entendía menos de

marxismo y política de izquierdas que yo cuando estaba en el instituto. Tenía la firme impresión de que esperaban que Occidente sucumbiera al comunismo, momento en el cual ellos se situarían en una posición destacada. No sé cómo explicar, si no, algunas de las posturas de Sartre y de los que gravitaban en torno a *Les Temps Modernes*. ¿Por qué fueron incapaces de criticar a los rusos en 1956? Para comportarse de esa manera, su interés debía de ser algo más que doctrinario. Puede que pensarán en ciertos privilegios. Ese tipo de cosas se veía con frecuencia, sobre todo en Francia y en Italia.

¿Qué hizo usted durante la guerra?

Cuando me llamaron a filas, no me admitieron porque tenía una hernia. Ingresé enseguida en el hospital para que me operaran. La intervención fue un fracaso. Tardé año y medio en recuperarme. La guerra en Europa ya estaba casi terminando. Así que me alisté en la Marina Mercante. Y aún estaba en período de instrucción cuando tiraron la bomba sobre Hiroshima. Yo había calado al «verdadero» Hitler. Conocía lo esencial de la historia, y no solo pensaba que mis amigos judíos marxistas estaban equivocados en teoría, sino que me horrorizaban las posturas que ellos o, mejor dicho, nosotros habíamos tomado. De manera que todo aquello se había acabado. Y pensé que debía hacer algo en la guerra.

¿Le dolió romper con esas personas?

No. Para entonces ya me había distanciado de ellos. Seguí adelante con mi lucha, con mi formación personal. Algo que no he dejado de hacer. Tratando de corregir y corregir, continuamente. Y además creo que cuanto más aislado se está, más se depende de los libros; hay que protegerse contra lo que se considera grosero, vulgar y sórdido. Erigir una fortaleza de altos principios morales. Mal asunto, verdaderamente. No digo que los libros sean malos. Me refiero a que los he utilizado como un adicto a las drogas. Y aún sigo cayendo en eso. No me estoy acusando de nada. Solo expongo el caso. Zola escribió *Yo acuso* sobre el asunto Dreyfus, pero nuestro libro de cabecera debería ser «Yo me acuso». Por otro lado, el silencio es enriquecedor. Cuanto más cerrada se tenga la boca, más fértil será uno.

¿Diría usted que tuvo mentores entre los dieciocho y los treinta? ¿Desempeñaron un papel en la formación de sus ideas?

Me habría gustado tenerlos, y algunos se ofrecieron a desempeñar ese papel; pero me resultaba difícil aceptarlos. En realidad, yo siempre necesitaba que me orientasen. Un crítico de arte de los más importantes de la época quiso ocuparse de mí. Estaba extrañamente convencido de que la formación de un joven dependía de una mujer mayor que él, preferiblemente europea, que lo civilizase, le enseñara algo sobre la

sexualidad y lo presentara en las altas esferas; que limara sus asperezas. Decidí no entrar en el juego, sobre todo cuando descubrí a quiénes me destinaba: a las que él ya había plantado. Otro intelectual importante que se interesó por mí fue Dwight Macdonald, pero él mismo era nervioso y distraído. Supongo que Isaac ejerció una gran influencia en mí. Después de Isaac, Delmore Schwartz fue realmente un guía importante y, luego, John Berryman. Pero se trataba de amigos, no de formadores de mi carácter.

¿Cuándo conoció a John Berryman?

En el Village, en el entorno de la *Partisan Review*, y luego estuvimos un año en Princeton cuando Delmore y yo sustituimos a Blackmur. Eso fue hacia 1952.

Díganos algo sobre su primer contacto con Europa.

Hice mi primer viaje (a España) en 1947, al frente de un grupo de estudiantes de la Universidad de Minnesota, donde era profesor adjunto desde 1946. Conseguí esa promoción gracias a Red [Robert] Penn Warren, porque me contrataron como auxiliar, pero él no dejó de insistir hasta que Joseph Warren Beach consintió en ascenderme. Me salvó de los trabajos de primer curso. Madrid, en 1947, me abrió mucho los ojos. En España, me sentí como si volviera a una especie de hogar ancestral. Tenía la impresión de encontrarme entre gente muy parecida a mí, e incluso llegué a pensar vagamente en que podría haber vivido en el Mediterráneo en mi anterior reencarnación. Me encantaba todo, absolutamente todo. Hasta el aire parecía distinto. Tenía una cualidad especialmente tonificante. Y además, naturalmente, había seguido la guerra civil española y conocía los sucesos ocurridos en España entre 1936 y 1939 tan bien como cualquier joven americano de la época.

El país estaba deshecho. Seguía prácticamente igual que cuando acabó la guerra. Los edificios estaban acribillados a balazos. Madrid mismo era como una vuelta a un pasado bastante lejano. Los tranvías, por ejemplo, eran Toonerville. Escribí un artículo sobre todo esto para la *Partisan Review*. Conocí a muchos españoles; era mi primer contacto prolongado con europeos y con intelectuales de Europa. Al menos con los miembros de una *tertulia*^[53] del café cercano a mi pensión, que estaba en plena Puerta del Sol. Llevaba una carta para ciertas personas: alemanes que habían sido periodistas durante la guerra civil. Me recibieron y me presentaron a personajes como Jiménez Caballero, fascista y hombre de letras de las Cortes, con quien cené en varias ocasiones. Los madrileños me miraban con curiosidad. No habían visto muchos norteamericanos. España había estado absolutamente incomunicada durante años. Se sentían tan aislados que acogían con entusiasmo incluso a un insignificante profesor auxiliar de Minnesota.

Conocí al nuncio del Papa en Madrid. ¿Desde cuándo un chaval de Chicago tiene la oportunidad de conocer al nuncio? Y comí en la Nunciatura. Uno de sus ayudantes

me dijo que los españoles no eran europeos: *son moros*^[54], no pertenecen verdaderamente a la colectividad europea. Pasé también mucho tiempo en El Prado, que por entonces estaba vacío y mugriento. Me quedaba horas meditando frente a los Goya, Velázquez y Bosch. Recorrí España en antiguos trenes traqueteantes. Fui a Málaga. Habíamos llegado por París, donde pasé una semana a la ida y otra a la vuelta. Londres era una ciudad absolutamente miserable en 1947. Todos aquellos solares, las flores creciendo por todas partes en los cráteres de las bombas. En los restaurantes no había nada que comer, y se tenía el convencimiento de que lo que servían era carne de caballo.

¿Cuándo llegó usted al fondo del problema, a Alemania, y qué es lo que vio por allí?

Fui a Salzburgo en 1949 y luego a Viena. Los rusos seguían ocupando el país. Me habían invitado a un seminario en Salzburgo, pero aproveché para hacer una excursión a Viena. Fui a ver los monumentos. Naturalmente, estaba fascinado, pero Viena no me gustó mucho. Conocía bastante bien la literatura de Europa central. Mis preferencias iban hacia Kafka y Rilke. De Rilke, la poesía me interesaba menos que la prosa de *Los apuntes de Malte Laurids Brigge*, que me encantaba. A Thomas Mann siempre lo he considerado con cierta desconfianza.

Por entonces ya ha cumplido los treinta. Está a punto de escribir Las aventuras de Augie March. ¿Diría usted que para entonces ya era una persona formada? ¿O esta media vida carece de conclusión?

No, no creo que estuviera formado realmente. No había logrado asimilar montones de cosas. Cosas que se me escapaban. El Holocausto, por ejemplo. Verdaderamente estaba muy mal informado. Incluso puede que alejara un poco esa cuestión de mis preocupaciones, porque cuando viví en París conocí a montones de personas que habían pasado por todo aquello. Entendía lo sucedido, pero en cierto modo no lograba desprenderme de mi vida americana.

Eso es lo que veo ahora al recordar la elaboración de *Las aventuras de Augie March*. Seguía enteramente concentrado en la parte americana de mi vida. La crítica judía ha sido dura en ese aspecto. Me acusan de ser un asimilacionista en ese libro. Dicen que lo único que hice fue mostrar que los judíos aún podían prosperar, que me limité a describir América en su mejor aspecto. Como si pretendiera sugerir que lo que había pasado en Europa ocurrió porque Europa era corrupta y deficiente, liberando así de toda culpa a Estados Unidos.

Para un judío, eso es como decir que ser judío es estar condenado.

Exacto. Es lo mismo que decir que Occidente no tiene nada que ofrecer a los

judíos. Pero yo no estaba considerando esa cuestión cuando escribí el libro. Ni se me pasó por la cabeza. En *Augie March* no hay ni sombra de eso. Fue después, al visitar Auschwitz en 1959, cuando el Holocausto cayó sobre mí como una losa. Nunca consideré que escribir sobre el destino de los judíos fuese un deber. No necesitaba convertirlo en una obligación. No tenía más compromiso que el de escribir aquello que verdaderamente me sentía impulsado a escribir. Sin embargo, el hecho de que estuviera ensimismado en mi vida americana hasta el punto de no poder apartarme de ella resulta absolutamente asombroso. No estaba preparado para meditar sobre la historia de los judíos. No sé por qué. Pero así es.

A lo mejor no quería limitarse intelectualmente.

Quizá. Pero no puedo interpretarlo como un mérito personal. Todavía me inquieta esa cuestión. Perdí a parientes próximos.

Puede que esas cosas solo adquieran una importancia capital a su debido tiempo. Y aún no había llegado el momento.

Sí, pero de todos modos, ¿qué habría cambiado escribiendo sobre ello? Leyendo las cartas de Kafka nadie podría imaginar que una guerra asolaba Francia y el este de Europa. En el *Ulises* no se menciona la guerra para nada, y se escribió en las peores horas de la Primera Guerra Mundial. Proust sí lo hizo, pero fue porque asumió la tarea de historiador de la vida francesa. Él supo combinar el aspecto estético con el histórico. Eso no ocurre con frecuencia. Son muy pocos los escritores que logran establecer un equilibrio, porque deben crear unas condiciones estéticas especiales en las que solo cabe la cantidad precisa de actualidad que su arte es capaz de asimilar. Y nos encontramos con que el asunto Dreyfus y la guerra no acaban con Proust; es él quien los domina estéticamente. Grandioso.

Aparte del Holocausto, ¿qué más cree que le falta a su formación?

No sé cómo me las he arreglado para no ver la trascendencia de algunos acontecimientos de gran importancia. No los he tratado de la forma en que, según veo ahora, podría haberlo hecho. Antes de *La conexión Bellarosa*, no. De manera que he vivido lo suficiente para cumplir algunas obligaciones desatendidas.

Otra media vida

(1991)^[55]

Lo dejamos a usted en Nueva York. Ahora volvemos a encontrarlo en Princeton. ¿Qué papel desempeña la universidad en su vida?

Al principio, Princeton me libró de la escritura alimenticia. Tenía que mantener a una esposa y a un hijo pequeño. Estuve trabajando en la Universidad de Nueva York, dando cursos nocturnos de literatura y creación literaria. Fue un paréntesis divertido. Entonces vivía en Queens, y estaba encantado con la oportunidad de deambular por Washington Square. El Village estaba movidito por entonces, y entre los que lo movían me interesaban Isaac Rosenfeld, Harold Rosenberg, Delmore Schwartz, Philip Rahv, Dwight Macdonald, William Barrett.

Así que la vida intelectual neoyorquina era donde estábamos...

¿Parapetados? Yo no estaba parapetado.

Y se presentó por las buenas en las oficinas de la Partisan Review. Los críticos controlaban todo y...

Ah, ellos sí estaban parapetados.

¿Por qué?

Los críticos, los «pensadores», eran quienes organizaban y promovían todo aquello. Por entonces, la *Partisan Review* divulgaba la vida intelectual europea del momento entre los americanos cultos y el público universitario. Era una empresa que Rhav y Phillips llevaban con éxito. En todo lo posible, seguían el ejemplo de *The Dial*, una revista de criterios literarios mucho más elevados. Claro que *The Dial* no ponía mucho interés en las crisis políticas de los años veinte. La *Partisan Review* atraía a izquierdistas que hasta mediados de los años treinta habían participado en el movimiento comunista. Tenían gustos literarios. Pero eran manipuladores. Por ello, sacaban tajada a ambos lados del Atlántico. Pero en este país prestaban un servicio cultural importante.

Las lumbreras europeas de la época colaboraban encantadas con las revistas americanas: George Orwell, Arthur Koestler, T. S. Eliot, Ignazio Silone, André Malraux y otros más. Si se era americano, y además autor primerizo, el hecho de publicar en la *Partisan Review* era una verdadera suerte. De pronto se encontraba uno en muy buena compañía. Eso resultaba muy emocionante para un muchacho de

veintitrés o veinticuatro años, que solo había visto a Eliot, Silone y André Gide en los estantes de las librerías. Durante la guerra civil española, hasta Picasso aparecía en la *Partisan Review*. Tremendamente apasionante para jóvenes petulantes e inmaduros de los estados centrales.

¿De dónde venía el desprecio hacia los que ni a usted ni a mí nos gusta llamar «creadores»? ¿Qué sublevaba a la gente contra la creación, contra la literatura?

Pues, bueno, los editores prestaban atención a los creadores únicamente en la medida en que tuvieran cierto interés político. La *Partisan Review* buscaba el prestigio político que rodeaba a esos autores.

¿Quizá pensaban que usted llegaría a ser un personaje político?

Para ellos yo era un tío que venía de las Chimbambas, un chaval de Chicago que prometía y que a la larga podría dar algo. Me animaban mucho, sobre todo Philip Rhav. No creo que William Phillips tuviera grandes esperanzas.

¿Fue Hombre en suspenso la primera obra narrativa que recibieron de usted?

No. Ya había publicado algunas cosas en *PR*. Esbozos...

Así que entró usted a formar parte de su plantel...

Sí, un joven intelectual judío de la región central del país.

¿Le gustó dar sus primeras clases serias?

¿Con lo de «serias» se refiere usted al curso que di en Princeton? Pues iba al aula y enseñaba a los alumnos. Algunos parecían simpáticos. No me impresionaba la respetabilidad de las universidades más antiguas del país. Solo sentía curiosidad. Conocía de oídas esos prestigiosos recintos universitarios para privilegiados. Pero no adopté una postura de desprecio barriobajero. Princeton era en parte divertida y conmovedora, y en parte escenario de lamentables pretensiones. El bebercio fitzgeraldiano no se correspondía con la distinción literaria. Salvo en el caso de John Berryman, que de verdad tenía mucho talento. El alcohol no era el detonante del genio. Allí entablé amistad con Delmore. R. P. Blackmur no andaba por allí a menudo. Estuvo ausente la mayor parte del curso. No llegué a conocerlo bien. Observé que le gustaba tener a su séquito sentado en el suelo a su alrededor mientras él recitaba en un murmullo sus monólogos laberínticos.

Los intelectuales y escritores congregados en Princeton en 1952 atraían a mucha gente. Ted Roethke aparecía de cuando en cuando, y Ralph Ellison venía habitualmente para asistir a nuestras reuniones. En 1949 o 1950 yo había hecho la

crítica de *El hombre invisible* en *Commentary*, pero Ralph no quedó muy contento de ella, pese a que era sumamente favorable. Se quejó cortésmente de que no había sabido captar la infraestructura mítica de su novela. Yo tomaba muy en serio a Ralph. Tenía el tema, la retórica, todo lo que hacía falta.

En Princeton yo vivía con Thomas Riggs, profesor auxiliar de inglés, a quien tomé verdadero afecto. Bebía mucho, multiplicaba las derrotas personales, era un hombre desesperado. Murió al año siguiente, después de mi marcha de Princeton. Su fallecimiento, las circunstancias que precipitaron su muerte, me dejaron hecho polvo. Lo conocía bien. En su espacioso apartamento de Princeton daba fiestas que duraban horas y horas, al antiguo estilo de Greenwich Village. La gente acudía en tropel, entraba y salía bulliciosamente, comiendo, bebiendo y fumando, buscando contactos provechosos, cotorreando, ligando. R. W. B. Lewis vivía en el mismo rellano. En el apartamento de Riggs yo dormía en un catre, al pie de unas estanterías repletas de libros.

Edmund Wilson estaba absolutamente encantado con aquel renacimiento del Village; adoraba las fiestas de Riggs. Wilson era maravilloso... con quien le inspiraba interés. Quien no le llamaba la atención, no existía. Quedaba borrado del mapa, reducido a la nada. Siempre andaba buscando datos o alguna información concreta. Cuando se enteró de que yo tenía nociones de hebreo, se entusiasmó. Vino a mi despacho con unos textos bastante difíciles. Y cuando no supe contestarle y le dije que necesitaba un diccionario, se marchó de inmediato. Se parecía un poco a Mister Magoo. No me refiero a que fuera literalmente corto de vista, sino a que solo veía lo que convenía a sus propósitos. Además tenía el mismo modo de hablar brusco y crispado de Magoo. En parte coloquial, en parte intelectual.

¿Era el intelectual representativo de la época?

Wilson era de un rango superior. En esos círculos se solía menospreciar a los aspirantes como yo. Pero se respetaba mucho a los que ya habían triunfado. Como Matthew Arnold dijo sobre Shakespeare: «Los otros se atienen a nuestra cuestión. Tú eres libre». Algunos estaban por encima de toda crítica, como Wilson. Otra eminencia indiscutible era Meyer Shapiro. Y también Sidney Hook, aunque se limitara exclusivamente a la política. Nada de literatura para Sidney Hook. Lionel Trilling, en aquella época, tenía un aire majestuoso. Pura perfección. Y se aspiraba a ser uno de aquellos personajes a quien todo el mundo trataba con guante blanco. Algunos se molestaban en conseguirlo. Pero Wilson, no. No le hacía falta.

¿Formaba usted parte de los incuestionables?

¿Yo? ¡Oh, no! ¡Yo era infinitamente cuestionable!

Pero no era cuestionado a menudo.

No causaba gran impresión entre los pesos pesados de la *Partisan Review*.

Pero no todo el mundo se dedicaba a trabajar en serio, ¿verdad?

Schwartz sí, y Berryman también. William Barrett estaba ya dominando el existencialismo, a punto de empezar su libro sobre el tema. A principios de los años cincuenta, Berryman componía el poema de Bradstreet. Yo estaba terminando *Las aventuras de Augie March*.

¿Cuándo empezó a escribir esa novela?

La empecé en París, con la beca Guggenheim. Uno sale al extranjero, y luego solo piensa en Estados Unidos. La escribí en París y después en Roma, en el Casino Valadier, dentro del parque de Villa Borghese. Iba todas las mañanas con un cuaderno, bebía café romano y las palabras fluían a borbotones. A eso de mediodía, con toda tranquilidad, se presentaba mi amigo Paolo Milano y nos dirigíamos al Café Greco a tomar más café.

¿No salió de Princeton en todo el curso?

Iba a Nueva York siempre que podía. Tenía un apartamento en Forest Hills y una habitación en MacDougal Alley. En aquella época se podía alquilar un cuarto por tres o cuatro dólares a la semana.

Al escribir Augie debió de darse cuenta de que se encontraba ante un avance importantísimo.

Yo sabía que era importante para mí. No tenía idea de lo que parecería a los demás. El hecho de apartarme del inglés mandarín para poner mis propios acentos en el lenguaje fue un verdadero alivio. Mis primeros libros habían sido convencionales y respetables. Como si me hubieran obligado a cumplir las normas de H. W. Fowler. Pero en *Augie March* yo pretendía inventar una nueva especie de frase americana. Algo así como una fusión de coloquialismo y elegancia. Lo que se encuentra en la mejor literatura inglesa del siglo xx: en Joyce o e. e. cummings. El lenguaje de la calle combinado con un estilo elevado. Hoy no me tomo tan en serio los efectos retóricos, pero en aquella época me movía la pasión de *inventar*.

Consideraba que la literatura norteamericana se había plegado sin razón suficiente a los modelos ingleses: todo el mundo trataba de respetar las normas inglesas dominantes. Sin duda era muy buena cosa, pero no para mí. Significaba el abandono de los hábitos lingüísticos personales, del lenguaje de cada día. A la cabeza de las fuerzas gramaticales «correctas» se encontraba *The New Yorker*. Yo solía decir que en *The New Yorker* Shawn había cambiado el Talmud por el *Modern English Usage* de Fowler... Me gustaría mencionar, antes de que dejemos el tema de Princeton, que

Bill Arrowsmith estaba allí en 1952, terminando su doctorado en Clásicas. Disfrutaba mucho en su compañía. Lo había conocido en Minneapolis, cuando él estudiaba japonés por cuenta del ejército. En Princeton era aún más maravilloso.

Ese uso del lenguaje en Augie, del que hablaba antes... siempre ha parecido una necesidad interior.

El año de 1948 en París era propicio para la *grisaille*. La ciudad estaba deprimida; yo también. Me di cuenta de que el libro que había ido a escribir allí me tenía completamente dominado. Entonces, una mañana comprendí que podía liberarme de sus garras, burlar la depresión, escribiendo sobre algo que me emocionara profundamente, es decir, la vida en Chicago tal como la había conocido a temprana edad. Y solo había una manera de hacerlo: con total espontaneidad, sin pensar en las consecuencias.

¿Y el libro despegó en cuanto decidió hacer eso?

Sí. Aproveché la ocasión que se me presentaba e inmediatamente caí en un estado de entusiasmo. Empecé a escribir en todos los sitios, en todas las posturas, en cualquier momento del día o de la noche. Manaba de mi interior. Parecía una boca de riego en pleno verano. El símil no es muy acertado. Las bocas de riego no se excitan sexualmente. Yo estaba tremendamente excitado.

Exteriormente, llevaba la vida de un perfecto pequeño burgués. Aunque la gente no se daba cuenta. Un día, me crucé con Arthur Koestler en el bulevar Saint-Germain. Llevaba a mi hijo de la mano; Koestler y yo nos conocíamos de un breve encuentro en Chicago. Me preguntó: «¿Es tu *hijo*?». «Sí», le contesté. Y entonces me echó la bronca: un escritor no tiene que engendrar hijos. Rehenes de la fortuna... toda la retahíla. «Bueno, pues *ahí* está», le dije. No es que no me gustara Koestler. Lo admiraba. Pero al parecer, estaba tan provisto de lugares comunes como el que más.

Lo que destaca verdaderamente en todo eso es su prodigiosa energía.

Entonces no había leído a Blake. Lo leí más adelante. Pero cuando descubrí «la energía es gozo», recordé cómo había superado la depresión parisiense de 1948. *Eso* me llegó al alma.

¿Cuándo se puso de moda la necesidad de atenuar esa energía?

En el decenio de 1950 los escritores, a mi entender, podían clasificarse según las líneas establecidas por Yeats: los peores rebosaban de apasionada intensidad. Así lo exigía la historia. Bueno, pues los Céline poseían esa intensidad apasionada. Los personajes demoníacos de la derecha eran todo energía. Los *bien pensants* eran insulsos. *La vie quotidienne* era algo que postraba y agotaba a la «gente buena», a los

«hombres de buena voluntad». Exponer los estragos de aquella enfermedad que estaba consumiendo a la humanidad lo situaba a uno en cierta categoría honorífica. Había una desagradable melancolía en los libros que los autores bien intencionados e «ideológicamente correctos» escribían en los años cincuenta. En la izquierda, Sartre poseía una gran energía, pero era aún más deprimente que los *bien pensants*. Cuando escribió el prólogo al libro de Frantz Fanon, pensé que Sartre trataba de hacer en la izquierda lo que Céline había hecho en la derecha: ¡Mata! ¡Mata! ¡Mata! Con todo su bandolerismo desesperado, Sartre me recordaba a *Peck's Bad Boy*^[56] [El chico malo de Peck].

Tiene usted un carácter fundamentalmente optimista.

Bueno, lo que usted llama optimismo quizá no sea más que una vitalidad mal orientada, mal comprendida.

Llegamos a Annandale-on-Hudson y al Bard College. Un sitio realmente curioso. Ya se le había rendido homenaje en una novela de la entonces mujer de un personaje bastante famoso.

Mary McCarthy y *The Groves of Academe* [El mundo académico]. También estaba *Pictures from a Institution* [Retratos de una Institución], de Randall Jarrell, que me parecía mucho más divertido. Mary era sin duda una escritora ingeniosa, pero a veces caía en un sadismo mezquino. Arremetía brutalmente contra personas a las que no era preciso atacar. Tenía un temperamento combativo y belicoso. Sentíamos curiosidad por ella porque, en su juventud, había sido una mujer muy hermosa, tremendamente atractiva y al parecer dotada de gran talento sexual. Ni soñé con probarlo; lo mismo me habría dado mirar los pasteles en el escaparate de Rumpelmayer. Se podían contemplar, pero no eran para comer. La recuerdo en las fiestas de la *Partisan Review*. Era muy elegante, la única mujer elegante de todas las presentes. Llevaba un maquillaje que daba a su rostro un aspecto de porcelana. Tenía una mirada sombría; las cejas arqueadas, la piel clara bajo el maquillaje. Nicola Chiaromonte me contó que una vez se la encontró por la calle. La vio tan radiante, que le preguntó: «¿Cómo es que tienes tan buen aspecto, Mary?». Y ella le contestó: «Acabo de terminar un artículo contra Fulano de Tal y he empezado otro sobre Mengano. Y luego voy a hacer pedazos a ya sabes quién». Era nuestra tigresa.

¿Cómo acabó usted en Bard?

En Princeton solo tenía contrato por un año. Necesitaba un sitio donde estar. En aquel momento, trabajar en Bard me venía bien. El aire del campo y los agradables alrededores compensarían el escaso salario. Allí podría recibir a mi hijo; sacarlo de la ciudad, tenerlo conmigo en vacaciones y en fines de semana largos. Mucho más

agradable que arrastrarlo por los museos y zoológicos de Nueva York. No hay nada tan matador. Para el divorciado, el zoo es todo un vía crucis.

Pero en cambio, experimenté más metamorfosis de las que puedo contar. Era una época de lanzarse al fondo de las cosas, cosas de apariencia seductora, que pronto perdían interés. Pasé por una etapa de psiquiatría. Todo el mundo estaba inmerso en dificultades «personales». Más adelante, todo eso desaparecería, dejando la impresión de que se había desperdiciado el tiempo en «relaciones» y de que era imposible entender a los coetáneos y sus concepciones terapéuticas o sexuales. Buscando cierto equilibrio, se seguían pistas que se iban descartando a medida que se exploraban. Leía algo sobre un tema determinado, lo dejaba y lo volvía a intentar. Seguí una terapia reichiana. Curioso. Un violento ataque sobre los síntomas físicos de las neurosis caracteriales.

¿Llevaba muy avanzado Henderson por entonces?

Empecé a escribir *Henderson* cuando me marché de Bard. Había comprado una casa en Tivoli, en el estado de Nueva York, a unos cuantos kilómetros al norte de Bard. Me dejé la piel en aquella casa: con el martillo y la sierra, raspando y pintando, arrancando hierbas, plantando y cavando hasta sentirme como un enterrador en mi propio cementerio. Hasta el punto de que mientras cortaba el césped pensaba: «Aquí me enterrarán en otoño. A este paso. Bajo ese árbol». Pero Bard no fue enteramente una experiencia negativa. Allí aprendí algunas cosas. No hay que olvidar que había pasado de una universidad conservadora a una progresista, a Bard, donde se encontraban numerosos naufragos de navíos que se habían ido a pique en travesía hacia Harvard o personajes ya caídos en desgracia en Yale. Algunos miembros del claustro seguían perfeccionando los modales que habían adoptado en los grandes centros universitarios tradicionales. Bard era algo así como un Greenwich Village de postín. Los estudiantes procedían de acomodadas familias neoyorquinas. Había muchos chicos con problemas, algunos seguían tratamiento psicoanalítico. Y luego estaban las «grandes» familias de la localidad. Era interesante conocerlas. No directamente, porque nunca me invitaron a tomar una copa, sino de manera indirecta, aprendí muchas cosas de ellas.

Mis vecinos y conocidos eran Dick Rovere, Fred Dupee, Gore Vidal. Mis colegas, y a veces amigos, eran Keith Botsford, Ted Hoffman, que asumía un papel de chulo brechtiano, y Tony Hecht. Me encantaba la compañía de Heinrich Blücher. Alguna que otra vez veía en Nueva York a su mujer, Hannah Arendt, que me ponía al corriente de todo lo relacionado con William Faulkner y me decía lo que necesitaba saber sobre literatura norteamericana. La recuerdo con zapatillas rojas de ballet.

No había mucha humildad en el Bellow de ese período. Era comprensible. A diferencia de los demás, había logrado el éxito.

Siempre procuraba rebajar a las personas (encopetadas) que creían que yo les debía respeto. Mi falta de humildad se agravaba por los rechazos que encontraba o esperaba encontrar. Aquellas confrontaciones formaban parte de mi educación. Cinco minutos de aclaración amistosa me habrían evitado todo eso, pero no había nadie que me ayudara a superar mi lentitud mental. En aquella época, yo vivía con una tremenda tensión emocional. Me había casado con la hija de una familia bohemía neoyorquina, que no tardó mucho en reprocharme mi mentalidad puramente medieval. Habría podido remontarse un poco más atrás, a la antigüedad, a los Patriarcas. Mi infancia había transcurrido bajo el signo radiante (o sombrío) de la familia arcaica, la familia en la que Dios es el padre original y el propio padre la encarnación de la divinidad. Una versión americana (inmigrante más protestante de alta posición social) de los mitos más antiguos: la creación, el Edén, la caída, el Génesis, el Éxodo, Josué, los Jueces. El Antiguo Testamento formaba parte de la propia vida, si se había recibido esa clase de educación. Figúrese lo bien pertrechado que estaba uno con ese fundamentalismo para enfrentarse al mundo en el que yo entraba entonces: bohemía, arte de vanguardia, revolución sexual. Me dio por decir que en la revolución sexual no había habido 1789. Solo 1793: todo Terror.

El padre de mi mujer era pintor, un teórico marxianofreudiano-jungiano que para un grupo de entregados discípulos encarnaba la quintaesencia del arte. Mi mujer estaba hasta la coronilla de artistas... En cierto odioso sentido, aquel extravagante círculo con su hipnótico mentor resultaba divertido. Pero mi joven esposa y yo habríamos debido abandonar toda «experiencia formativa» para, en la medida de lo posible, haber partido de cero, dejando a un lado a nuestros respectivos padres...

Yo arrastraba otra desventaja: mi «educación superior». Eso cuenta mucho. Cuando la educación superior entró en juego, no dio resultado. Empecé a comprender su inanidad, a rechazarla por decepcionante. Entonces, un día vi su aspecto cómico. Herzog dice: «¿Qué piensas hacer, ahora que tu mujer se ha echado un amante? ¿Sacar a Spinoza del estante y ver lo que dice sobre el adulterio? ¿Sobre la servidumbre humana?». En otras palabras, uno descubre la inadecuación de los estudios superiores, de la cultura que tanto ha costado adquirir. Entregándose verdaderamente a Spinoza y otros no se habría tenido tiempo para relaciones neuróticas y malos matrimonios. *Eso* habría constituido una solución.

Con lo anterior no afirmo que la educación superior sea una inutilidad, sino que la concepción que tenemos de ella es ridícula.

Una de las cosas que hay que aprender, y que nunca está clara hasta llegar a una edad avanzada, es la cantidad de gente que vive separada de su alma primigenia. Eso es, por sí solo, una revelación. Y nunca deja de sorprender que los demás tengan una historia personal tan diferente de la de uno. Y que hayan perdido completamente de vista su alma primigenia, si es que alguna vez existió efectivamente para ellos. Quizá se alejaran de ella a temprana edad. En la anterior generación de Greenwich Village, aún quedaba cierta memoria de ella, incluso entre los más anárquicos y

revolucionarios. Una persona como Paul Goodman la tenía bien presente, su alma primigenia, a pesar de su curiosidad, de las transformaciones sufridas por el examen psicoanalítico y las excéntricas ideas que él elaboraba o inventaba. Sin embargo por ahí andaba, en alguna parte: el núcleo del ser de principio a fin. No es preciso que sea —y a menudo no lo es un núcleo positivo o deseable.

Para muchos, el concepto de un centro original es extraño y absurdo. La vida nos muestra más reproducciones que originales. Nos resulta difícil asimilar el último hombre de Zaratustra. Pero Nietzsche no describía el último hombre *a* los últimos hombres, como Marx tampoco describía el proletario alienado *a* los proletarios. Marx se dirigía sin duda a un nuevo protagonista de la historia que debía sobrevivir a las opresivas fuerzas de la despersonalización. Pero ¿quién puede negar que diariamente nos vemos enfrentados a una masa de egos contruidos artificialmente? E incluso la gente medianamente ilustrada prefiere un huevo de Fabergé a un huevo de verdad.

¿Por qué iba a casarse alguien con un Fabergé?

Por la atracción del arte. Y porque se tiene (o desea tenerse) la impresión de que en el interior del Fabergé que se está contemplando se esconde un huevo de verdad con una yema espléndida, el residuo de un alma primigenia oculta. Recuerde el cuento de E. T. A. Hoffmann de la mujer hecha de muelles, cojines y alambres inventada por un italiano loco, y de la que se enamora un apasionado estudiante. La muñeca se deshace entre sus brazos^[57]. En resumen, en algunos casos la propia pasión le hace a uno creer en la posibilidad de ser correspondido. Sin contar con que no tratamos con absolutos autómatas, porque el objeto amoroso puede saber lo que deseas y tener el talento de simularlo. Las personalidades «construidas» suelen poseer unas maravillosas dotes para el engaño.

Aprender todo eso requiere tiempo, y hay que esperar mucho antes de estar preparado para enfrentarse a la naturaleza humana *telle qu'elle est*. Finalmente, por razones ideológicas nos negamos a admitir ese género de cosas. No convienen a la visión progresista de la naturaleza humana que nos ha inculcado nuestra educación *bien pensant*. Nos acobardamos ante la crueldad y el sadismo. No nos gusta descubrir intrigas, astucias, prácticas deshonestas. La ideología a la que aludo es nuestro legado burgués.

La alta comedia del intelectual en la utopía del «corazón». Me refiero a las personas a quienes les encanta la pintura, la poesía o la filosofía, que se rodean y nutren de ficciones. Quizá confían en que la crisis, la guerra o la revolución las devolverá a la «realidad». Hitler, Stalin, los campos de la muerte, los atentados terroristas: esos son los antídotos de la «vida real» a los opiáceos de la «ficción».

Al parecer, nosotros tenemos nuestros propios campos de concentración en esas barriadas que son como una visión de un infierno futuro.

El actual entorno urbano del miedo y la desconfianza. Lo que me gusta denominar complejo de Fort Dearbon.

Solo que la caballería no acude al galope...

No viene la caballería, y en el recinto del fuerte nadie tiene el menor empeño en luchar contra los indios.

Por lo visto, el premio Nobel fue tanto una carga como un placer.

Sí, no me gustó nada la cantidad de atención que atrajo. Yo deseaba *cierto* reconocimiento, claro está, pero no necesitaba, ni esperaba, una superconsagración.

El tono de su discurso al recogerlo parecía indicar que los tiempos estaban derivando hacia una postura contraria al pensamiento crítico, hacia una actitud antiintelectual; la literatura sufría un retroceso; ya no se la tomaba en serio.

En mi juventud la literatura formaba parte integrante de la vida; se absorbía, se asimilaba en el organismo. No se era conocedor, esteta, amante de la literatura. No, con la literatura daba una forma a su vida, era algo que se ingería, que pasaba a ser parte de la propia sustancia, que constituía la senda de la liberación y la libertad plena. Todo eso empezó a perderse, ya estaba desapareciendo cuando yo era joven.

¿A consecuencia de la política?

En parte a consecuencia de la crisis mundial, sí. Muchas veces trato de comprender los sentimientos, actitudes y estrategias de Joyce durante la Gran Guerra mientras trabajaba en el *Ulises*. ¿Acaso podía pasarse por alto la furia de una guerra así? Apenas hay rastro de eso en el *Ulises*. Pero la guerra reclamaba la atención de la mayor parte de la humanidad. Como la mula del ejército golpeada entre los ojos: forma infalible de conseguir la atención del bicho. Puedo entender que Rilke, enteramente angustiado, no escribiera prácticamente nada entre 1914 y 1918.

En nuestra primera sesión, reconocía usted que había pasado sistemáticamente por alto determinados acontecimientos importantes.

Tardaba en ponerme al tanto. No es que no me interesaran. Me ensordecía el imperioso griterío a mi alrededor.

La cultura norteamericana es capaz de aislar, de amordazar...

El entorno inmediato norteamericano es absorbente, abrumador. Y como no dejamos de mirar alrededor, olvidamos que Estados Unidos, al igual que Rusia, no es

simplemente un país, sino un mundo en sí mismo.

Siempre nos ha resultado difícil imaginar la vida en sitios diferentes del nuestro. Pensamos que los extranjeros son americanos incompletos, y estamos convencidos de que debemos ayudarlos para acelerar su evolución.

Pero si la literatura es algo que hay que vivir y asimilar, los americanos se la representaban en general como «ego».

La literatura norteamericana importante posterior a la Gran Guerra tenía un carácter vanguardista. Los jóvenes autores americanos tomaban como modelo a las grandes figuras de la literatura europea simbolista y de posguerra. Se trataba, al fin y al cabo, de literatura para un público minoritario. No estaba dirigida a un gran público democrático.

Para los escritores cuya formación, cuya sustancia vital era americana, el adoptar aquellas actitudes importadas constituía una especie de paradoja. Lo cierto es que no eran enteramente de importación. El gran público de este país no manifestaba interés alguno en sus proyectos literarios. Y en realidad, tales autores no sentían el menor deseo de acercarse a un público que les imponía sus propias condiciones.

Wyndham Lewis, en un libro titulado *Rude Assignment* [Ruda tarea], su autobiografía intelectual, examina esa cuestión con ejemplar claridad. Establece una distinción entre el arte minoritario y el destinado al gran público. Los autores que se dirigían al gran público en el siglo XIX eran los Victor Hugo, Dickens, Tolstói, Balzac. Escribían para un público nacional. Con la aparición de Baudelaire, de Flaubert, surge un arte destinado a un limitado público de conocedores. A medida que la indiferencia del gran público se incrementaba, ese arte oscuro se iba haciendo, quizá por desconfianza, cada vez menos accesible al común de los lectores.

Creo que ocurrió lo mismo a ambos lados del Atlántico. Los americanos, por supuesto, siguiendo estrechamente los mejores modelos europeos, produjeron su propia clase de arte para un público limitado. Uno de los logros de Hemingway fue llegar a un público amplio con novelas y relatos destinados a un público limitado. Lo que seguidamente tuvimos en Estados Unidos fue una generación de autores que, con una perspectiva esotérica, se dirigían a un público amplio.

Empresa condenada al fracaso.

Extraña, en el mejor de los casos. Y también cada vez más asociada a las universidades, lo que constituía un refugio para artistas minoritarios.

¿Esa impresión tenía usted?

Claro que sí. Yo me había ejercitado, lo mismo que otros, en el arte de elegir la técnica. O los instrumentos más refinados. Creo que *Las aventuras de Augie March*

supusieron una rebelión contra el arte minoritario y las inhibiciones que imponía. Mi verdadero deseo era llegar a «todo el mundo». Había descubierto —o creí haber descubierto— una nueva manera de escribir con *fluidéz*. Para bien o para mal, eso me hacía diferente. O eso quería pensar. Quizá no fuera bueno quedarme aislado, pero mi carácter lo exigía. Era inevitable; y la mejor manera de afrontar lo inevitable es considerarlo como algo bueno.

Eso explicaría en parte el mezquino rencor que el estamento literario norteamericano ha sentido a veces hacia usted: el hecho de que intentara ocupar el centro del escenario, tomarse la literatura en serio y abordar los problemas de la sociedad. Eso no les gusta nada, ¿verdad?

No se lo toman amablemente. Pero no hablemos de mí por el momento. La cuestión tiene un interés más general, que deberíamos examinar.

Creo que el ambiente de entusiasmo y amor por la literatura, ampliamente extendido en los años veinte, empezó a desaparecer en el decenio de los treinta. No solo en Estados Unidos, sino también en Inglaterra, Francia e Italia. No así en la Unión Soviética, donde la dictadura estalinista la convirtió en una necesidad espiritual. En Estados Unidos, e incluso en Francia, pasó a ser insignificante. En Norteamérica había una clase de intelectuales que al principio de su carrera se presentaban como literatos. Pero abandonaban pronto la literatura. No les importaba mucho, en realidad. Labraban su reputación a medio camino entre la literatura y la política, con atención decreciente a la literatura. No es que se dedicaran a la política propiamente dicha, porque en eso eran unos incapaces. Eran intelectuales literarios que continuaban la obra de Orwell y Koestler. Pasaron de la literatura al periodismo político. Arrojaron la mampara «literaria», un mero objeto de utilería, detrás de las bambalinas.

Esto es lo que recuerdo de una conversación entre William Phillips y Philip Rahv. La escuché en la redacción de la *Partisan Review*, en Astor Place, hace casi cincuenta años.

Yo había ido a entregar el manuscrito de un relato. Entra Rahv y pregunta a Phillips: «¿Ha venido algo para el próximo número?». Y Phillips contesta: «Todavía no hemos recibido nada importante» [es decir, de política, crítica o filosofía].

Aunque la mitad de sus inquietudes fueran políticas, Rahv era un literato de pies a cabeza. Pero en mis tiempos los poderosos no eran amantes del arte. Stalin telefoneó a Pasternak para pedirle una referencia sobre Mandelstam: no porque pensara leer sus poemas sino porque tenía a Mandelstam en la lista negra. Los dirigentes de partido, los jefes de Estado, generalísimos, presidentes de consejos de administración, etc. — incluso los traficantes de bonos basura—, no tienen tiempo para las *belles lettres*. Como tampoco lo tienen los antiguos intelectuales literarios que zumban a su alrededor (ampliamente desoídos) como asesores, aduladores y *besserwisser* o

entendidos.

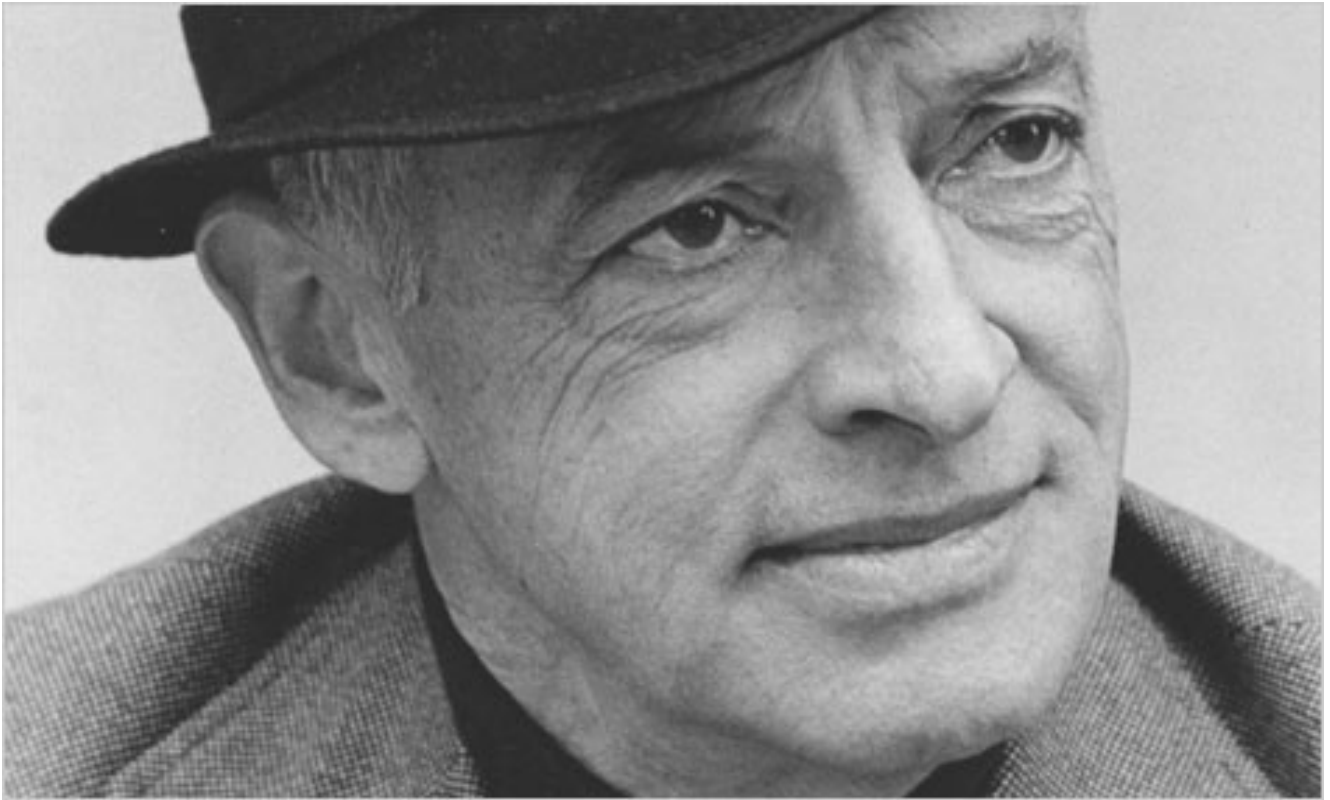
Esos intelectuales, ya enteramente políticos, se han pasado a la cultura basura. De alto nivel, desde luego, pero basura de todos modos, que es lo que de verdad les gusta. Tras una jornada llena de tensión, lo que quieren es un entretenimiento agradable. No se apresuran en volver a casa para leer el tercer acto de *La tempestad* o unas páginas de Proust antes de acostarse, ¿verdad? Y gran parte de la cultura basura tiene un fondo de situaciones críticas: tiroteos, incendios, cuerpos tendidos en charcos de sangre, o desnudos y abrazados, violaciones y estrangulamientos. La base rítmica de la cultura basura va marcada por un contrabajo de extremismo. Nuestras diversiones están plagadas de espectros de crisis mundial. Nada moderado puede llamarnos la atención.

La perspectiva de un próximo ahorcamiento facilita extraordinariamente la concentración mental, nos asegura el doctor Johnson. Puede que las novelas de misterio nos ayuden a lograr esa concentración y a mantener el ánimo durante la oscura noche. Nada «normal» ofrece el menor interés. Que nos libren de los virginales gozos de la Natacha de Tolstói. Solo queremos los obuses cayendo en barrena, a punto de estallar. Nos servimos del sufrimiento mayor para eximirnos del menor. El cuadro de honor está reservado permanentemente para Auschwitz, Treblinka y el gulag. El Vélo d'Hiver se sitúa a un nivel ligeramente inferior. La hambruna hace que Etiopía sea candidata a la ayuda. Y América del Norte, con excepción de México, no figura para nada.

Este continente es el reino de la frivolidad, mientras que las «figuras sobresalientes» se encuentran en Europa oriental. Así es como los intelectuales político-literarios ven el mundo actual. No es solo la literatura contemporánea la que está amenazada. Y los clásicos mismos no es que se dejen llevar por la corriente, sino que se precipitan al Leteo. A este paso podemos perderlo todo.

¿Acaso percibo una nota de desesperación?

¿Es que tengo aspecto de estar desesperado? Nunca me he sentido más animado. No es desesperación; sino cólera. Ira y desprecio. Por esta última y prolongada traición de intelectuales y eruditos con cerebro de plastilina.



SAUL BELLOW (Lachine, 1915 - 2005) fue un escritor canadiense y estadounidense de origen judío-ruso. Nació en Canadá, pero vivió desde pequeño en Estados Unidos. Fue galardonado con el Premio Nobel de Literatura en 1976.

Su obra narrativa es leída como una crónica corrosiva, irónica, y a la vez sublime y enérgica sobre el hombre moderno a partir de la descripción del mundo de los judíos en Estados Unidos.

Procedente de una familia de emigrados rusos, vivió en Canadá y luego en Chicago. Estudió en las universidades de Chicago e Illinois y fue profesor de antropología y literatura inglesa en instituciones docentes norteamericanas.

Notas

[1] Personaje legendario del siglo XVII, protagonista de una canción infantil inglesa, que a pesar de ser un traidor y un ladrón se consideraba una buena persona. (*N. del T.*). <<

[2] Personaje obsesionado con la cabeza del decapitado Carlos I, que se inmiscuye en la realización de un interminable memorial. (*N. del T.*). <<

[3] Alusión a «The Road Not Taken», poema de Robert Frost. (*N. del T.*). <<

[4] Revista *Bostonia*, primavera de 1992. Leído el 5 de diciembre de 1991, en el bicentenario de la muerte de Mozart, en Florencia, Italia. <<

[5] *Country matters*, juego de palabras entre *country* («campo») y *cunt* («coño»), de pronunciación semejante a la primera sílaba del término anterior. (*N. del T.*). <<

[6] *Esquire*, diciembre de 1983. <<

[7] Old deal, en contraposición al New Deal, el programa de reformas económicas impulsado por Roosevelt en 1933. (*N. del T.*) <<

[8] *Silent Cal*, el presidente Calvin Coolidge (1923-1929). (N. del T.). <<

[9] El Sombrero toma el té con la Liebre de Marzo y Alicia en «Una merienda de locos», capítulo 7 de *Alicia en el país de las maravillas*. (N. del T.). <<

[10] *Esquire*, marzo de 1961. <<

[11] Autora de *Etiquette*, empeñada en aportar sentido común a los buenos modales y las reglas de protocolo. Falleció el 25 de septiembre de 1960. (N. del T.). <<

[12] Prólogo a *Notas de invierno sobre impresiones de verano*, de Fiódor M. Dostoievski (*Winter Notes on Summer Impressions*, Nueva York, Criterion, 1955). Publicado previamente en *New Republic*, 23 de mayo de 1955. <<

[13] *The Reporter*, 6 de septiembre de 1956. <<

[14] *The Times Literary Supplement*, 1 de julio de 1960. <<

[15] *The New York Times Book Review*, 11 de febrero de 1962. <<

[16] *The New Yorker*, 5 de agosto de 1961. <<

[17] *The Noble Savage* 5, 1962. <<

[18] Magnate del algodón objeto de oscuras ayudas gubernamentales. (*N. del T.*). <<

[19] *Opera News*, 11 de enero de 1975. <<

[20] *Ontario Review*, n.º 4, 1975 (titulado «Algunas preguntas y respuestas»). <<

[21] Pronunciado en Estocolmo el 12 de diciembre de 1976. Publicado en *The Nobel Lecture*, Nueva York, Targ Editions, 1979. <<

[22] *The National Interest*, primavera de 1993. <<

[23] Pasaje. (*N. del T.*). <<

[24] I. Washington DC, 30 de marzo de 1977.

II. Chicago, 1 de abril de 1977.

(National Endowment for the Humanities). <<

[25] Magnate de la construcción. (*N. del T.*) <<

[26] Matarife autorizado según la ortodoxia hebraica. (*N. del T.*). <<

[27] Término empleado por Walt Whitman para designar a personas de la clase trabajadora con quienes se iba encontrando y de quienes dejaba cumplida descripción en sus cuadernos. (*N. del T.*). <<

[28] Comunidad. (*N. del T.*). <<

[29] Tadeusz Kosciuszko (1746-1817), héroe nacional y jefe militar polaco que luchó en la guerra de Independencia norteamericana. (*N. del T.*). <<

[30] Conferencias Romanas, Universidad de Oxford, 10 de mayo de 1990. <<

[31] *Forbes*, septiembre de 1992. <<

[32] El Tribunal Supremo estudiaba revertir el fallo del caso Roe contra Wade por el que se legalizó el aborto en Estados Unidos. (*N. del T.*) <<

[33] *Partisan Review*, 15 de febrero de 1948. <<

[34] En español en el original, como otros términos y expresiones que aparecen en cursiva en el texto. (*N. del T.*). <<

[35] *Holiday*, 22 de septiembre de 1957. <<

[36] *Newsday*, 12, 13 y 16 de junio de 1967. <<

[37] *The New York Times Book Review*, 6 de diciembre de 1970. <<

[38] *Newsday*, 1 de abril de 1979. <<

[39] *The New York Times Magazine*, «The Sophisticated Traveler», Part 2, 13 de marzo de 1983. <<

[40] *Life*, octubre de 1983. <<

[41] Personaje protagonista de un monólogo dramático de Edwin A. Robinson. (*N. del T.*). <<

[42] *Travel Holiday*, julio de 1990. <<

[43] *Travel Holiday*, noviembre de 1992. <<

[44] *Partisan Review*, otoño de 1956. Reeditado como prefacio de *An Age of Enormity: Life and Writing in the Forties and Fifties* [La era de las enormidades. Vida y obra en los años cuarenta y cincuenta], de Rosenfeld, Theodore Solotaroff (ed.), Cleveland, World, 1962. <<

[45] Afable, bonachón. (*N. del T.*). <<

[46] Prólogo a la novela de Berryman *Recovery* [Recuperación], Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 1973. Publicado en *The New York Times Book Review*, 27 de mayo de 1973. <<

[47] Alusión a «Hommage to Mistress Bradstreet» [Homenaje a la señora Bradstreet], primer poema experimental de Berryman, publicado en 1956. (*N. del T.*). <<

[48] Elogio fúnebre leído en la reunión anual de la Academia Americana de las Artes y las Letras, en diciembre de 1982. Publicado en *The New York Review of Books*, 17 de febrero de 1983. <<

[49] Discurso pronunciado en el funeral de Bloom, 9 de octubre de 1992. <<

[50] *Arion: A Journal of Humanities and the Classics*, noviembre de 1993. <<

[51] *Bostonia*, noviembre/diciembre de 1990. <<

[52] Personaje protagonista de algunas novelas de Fenimore Cooper. (*N. del T.*). <<

[53] En español en el original. (*N. del T.*). <<

[54] En español en el original. (*N. del T.*). <<

[55] *Bostonia*, enero/febrero de 1991. <<

[56] Película interpretada por Jackie Coogan y realizada por Sam Wood en 1921. (*N. del T.*). <<

[57] Alusión al relato «El hombre de la arena». (*N. del T.*). <<